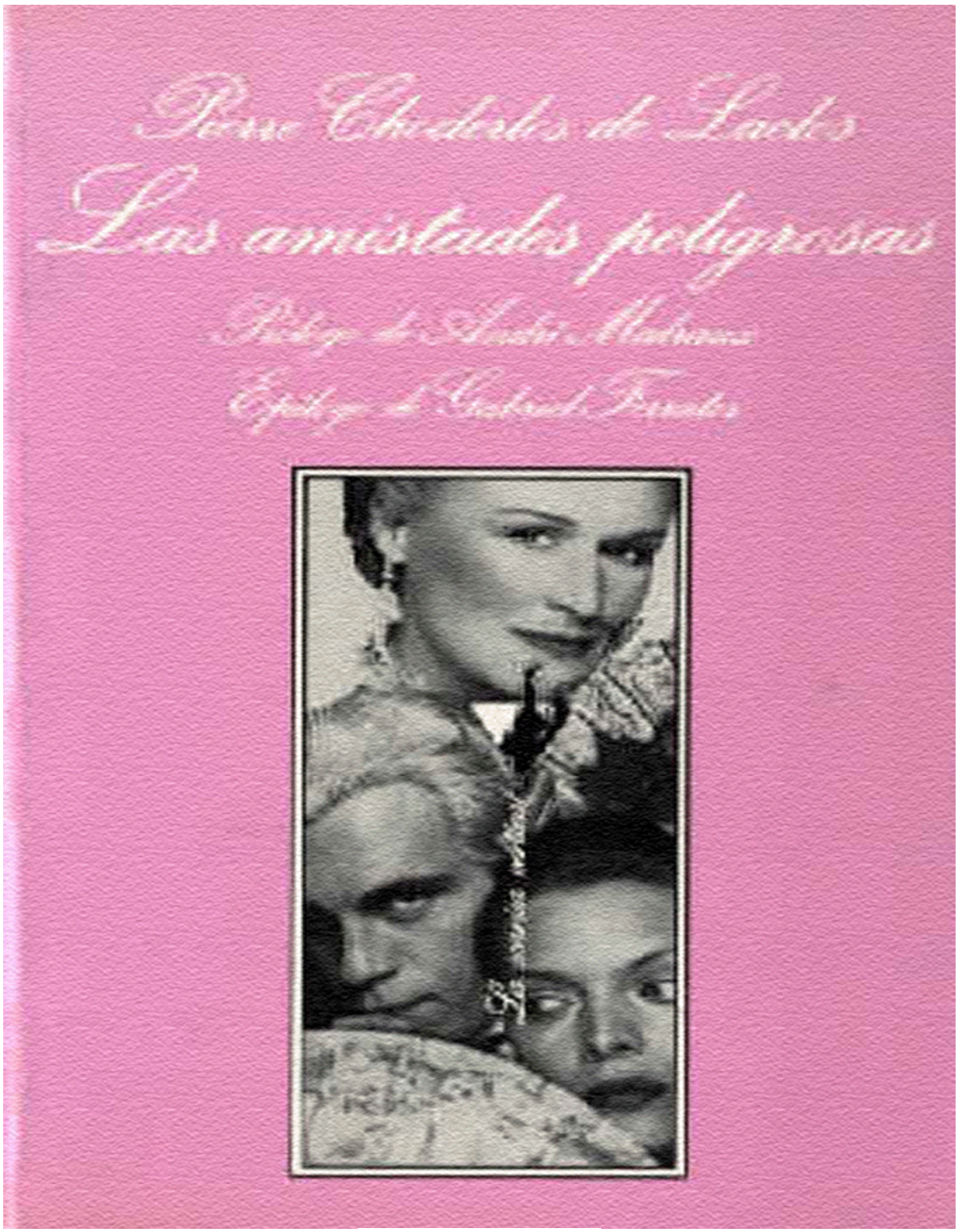
LAS AMISTADES PELIGROSAS
CHODERLOS DE LACLOS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

LAS AMISTADES PELIGROSAS

Esta colección, que el público hallará quizá aún demasiado voluminosa, no contiene, sin embargo, sino el más pequeño número de las cartas que componían la totalidad de la correspondencia de que está sacada. Encargado de ponerla en orden por las personas que la habían adquirido, y que sabía yo tenían intención publicarla, no he pedido por recompensa de mi trabajo sino permiso de separar lo que me pareciese inútil, y he cuidado conservar efectivamente sólo aquellas que he considerado necesario para mostrar los caracteres y hacer más comprensibles los sucesos, se agrega a este ligero trabajo el de colocar nuevamente en orden que he conservado -lo que hecho casi siempre siguiendo las fecha- y en fin, algunas notas cortas que, en su mayoría sólo tiende indicar la fuente de algunas citas, o a motivar ciertos cortes que he permitido hacer, se verá toda la parte que he tenido en esta obra. Mi encargo no se extendía a más[1].

Yo había propuesto otras alteraciones más considerables, y casi todas relativas a la pureza de la dicción o del estilo, contra la cuál se hallarán muchas faltas. Hubiera deseado también hallarme autorizado para abreviar ciertas cartas demasiado largas, y muchas de las cuales tratan separadamente, y casi sin transición, de objetos que no tienen relación alguna uno con otro. Este trabajo, que no se admitió, no hubiera bastado, sin duda, para dar mérito a la obra, pero la hubiera purgado, por lo menos, de una parte de sus defectos.

Se me ha objetado que el fin era dar a conocer las cartas mismas, y no tan sólo una obra compuesta según ellas; que seria tan inverosímil como falso que ocho o diez personas que han contribuido a formar esta correspondencia, hubiesen escrito todas con igual pureza.

Habiendo yo entonces hecho ver que lejos de ser así no había una sola que no hubiese cometido faltas graves y que no dejarían de ser criticadas, se me ha respondido que todo lector razonable esperaría ciertamente hallar faltas en una colección de cartas particulares, pues cuantas van publicadas hasta hoy de autores estimados, y aun de algunos académicos, no se halla ninguna enteramente a salvo de esta reconvención. Estas razones no me han persuadido y las he hallado más fáciles de ser dadas que admitidas, pero no dependía de mí y me he sometido. Sólo me he reservado el derecho de protestar y declarar que no era éste mi dictamen; así lo hago. En cuanto al mérito que esta obra pueda tener, acaso no me toca hablar, pues no debe influir mi opinión en la de nadie. Sin embargo, los que antes de empezar una lectura gustan saber lo que deben esperar, esos, digo, pueden ver mi dictamen; los otros harán mejor en pasar desde luego a la obra misma; ya saben de ello lo bastante.

Lo que puedo decir por ahora es que si mi opinión ha sido, como convengo, la de publicar estas cartas, estoy, sin embargo, lejos de esperar que agraden; y no se tome esta confesión, sincera de parte mía, como modestia afectada de un autor, porque con igual franqueza declaro que si esta colección no me hubiese parecido digna de presentarse al público, no me hubiera ocupado de ella. Procuremos conciliar esta aparente contradicción.

El mérito de una obra se compone de su utilidad, o del agrado que procura, o de ambas cosas, cuando es capaz de reunirlas: pero el gustar (que no prueba siempre el mérito), a menudo depende más de la elección del asunto que de la ejecución, del conjunto de los objetos que

[1]Debo advertir también que he suprimido todos los nombres de que hablaban estas cartas, y si en los que no he sustituido hay algunos que sean propios de alguna persona conocida, será solamente un error mío, del cual no deberá sacarse consecuencia ninguna.

presenta más que del modo con que son tratados. Ahora, pues, como esta colección contiene, según lo anuncia su título, las cartas de los individuos de una sociedad, reina en ellas una diversidad de intereses que disminuye el del lector. Además, como todos los sentimientos que en ellas se expresan son fingidos o disimulados, no pueden excitar sino un interés de mera curiosidad (muy inferior siempre al de la realidad), el cual, sobre todo, inclina menos a la indulgencia y deja tanto más percibir las faltas que se hallan en el pormenor, cuanto éste se opone sin cesar al único deseo que se quiere satisfacer.

Estas faltas se hallan tal vez compensadas en parte con una calidad propia de la naturaleza de la obra: la variedad de los estilos, mérito que un autor consigue con dificultad, pero que en el presente caso se ofrecía naturalmente, y que, por lo menos, libra del fastidio de la uniformidad.

Mucha gente podrá aún, ante cualquier detalle, hacer una cantidad bastante grande de observaciones, novedosas o poco conocidas, que se encuentran esparcidas en estas cartas. Esto es, a mi parecer, lo más grato que se puede esperar de ellas, aún juzgándolas con la mayor benevolencia.

La utilidad de esta obra, que acaso será más disputada, me parece no obstante, más fácil de probar. Creo, a lo menos, que es hacer un servicio a la moral el descubrir los medios que emplean los que tienen malas costumbres para corromper a los que las tienen buenas; y pienso que estas cartas podrán contribuir eficazmente a ese objeto. También se hallará en ellas la prueba y el ejemplo de dos verdades importantes que podrían tenerse por desconocidas al ver cuan poco son practicadas: la una, que toda mujer que consiente en recibir en su sociedad a un hombre sin costumbres acaba por ser su víctima; la otra, que toda madre es cuando menos imprudente, se permite que su hija ponga en otra mujer y no en ella su confianza. Los jóvenes de ambos sexos podrán aprender también que la amistad que las personas de malas costumbres parecen acordarles tan fácilmente, es siempre un lazo peligroso, tan funesto para su dicha como para su virtud. Con todo, el abuso, que está siempre tan cerca del bien, me parece aquí demasiado temible; y, lejos de aconsejar esta lectura a la juventud, me parece muy importante alejar de ella toda las de esta clase. La época en que ésta puede cesar de serle peligroso y comenzar a serle útil, me parece ha sido muy bien entendida, en cuanto a las personas de su sexo, por una madre que no sólo tiene talento, sino buen talento: "Yo creería, me dijo después de haber leído el manuscrito de esta correspondencia, hacer un verdadero servicio a mi hija, dándole este libro el día de su casamiento." Si todas las madres de familia piensan de este modo, me felicitaré eternamente de esta publicación.

Pero, aun partiendo de este supuesto, favorable siempre, creo que esta colección debe agradar poco en la sociedad. Los hombres y mujeres de una conducta depravada, hallarán interés en desacreditar una obra que pueda dañarles; y como no dejan de tener destreza acaso tendrán la de poner de su parte a los hombres rígidos, asustados con la pintura de las malas costumbres que no se ha tenido miedo de presentar al público.

Los pretendidos despreocupados no se interesarán por una mujer devota, que por lo mismo mirarán como una pobre mujer, al mismo tiempo que los devotos se enfadarán de ver que la virtud sucumbe, y se quejarán de que la religión se muestra con poco poder.

Por otra parte, a las personas de gusto delicado repugnará el estilo demasiado sencillo y defectuoso de muchas de estas cartas, en tanto que el común de los lectores, seducidos por la idea de que cuanto se halla impreso es fruto de un trabajo, creerán ver en algunas otras la obra penosa de un autor que se muestra detrás del personaje que hace hablar.

En fin, se dirá acaso con bastante generalidad, que cada cosa vale cuando está en su lugar, y que si ordinariamente el estilo demasiado trabajado de algunos autores quita la gracia a las

cartas familiares, los descuidos que presentan son faltas verdaderas, y las hacen intolerables cuando están impresas.

Confieso ingenuamente que todas estas objeciones pueden ser fundadas; creo también que me sería posible responder a ellas, y aun sin exceder los límites de un prefacio, pero se debe saber que para que fuese necesario responder a todo, era preciso que la obra no respondiera a nada; y que, si tal fuera mi opinión, hubiera suprimido juntamente el prefacio y el libro.

CARTA PRIMERA

CECILIA VOLANGES A SOFIA CARNAY EN EL CONVENTO DE URSULINAS DE . . .

Ya ves, mi buena amiga, que cumplo mi palabra y que los gorros y los perifollos no llenan

todo mi tiempo; siempre me quedará un ratito para ti. Sin embargo, he visto sólo en este día más atavíos que en los cuatro años que hemos pasado juntas; y creo la orgullosa Tanville[2] tendrá más pesar cuando haga yo mi primera visita, en que me propongo pedir el verla, que el que ha creído darnos ella siempre que ha venido a vernos in fiocchi. Madre me ha consultado sobre todo; me trata mucho menos como educanda que antes; tengo una doncella a mi servicio, un gabinete y una pieza de que dispongo, y te escribo en una papelera muy bonita, de la cual tengo la llave y en la que puedo encerrar cuanto quiera. Me ha dicho mi madre que la veré todos los días cuando se levante; que bastará que esté peinada para comer, porque estaremos siempre solas, y que entonces me dirá a qué horas deberé pasar a verla después de medio día.
El tiempo restante queda a mi disposición, y tengo mi arpa, mi dibujo, y libros como en el convento, con la diferencia de que ahora no viene a reñirme la madre Perpetua, y que podría yo, si quisiese, estarme mano sobre mano; pero como no tengo conmigo a mi Sofía para hablar con ella y reír, es que tanto procuro ocuparme en algo.

Todavía no son las cinco; no debo ir a donde madre hasta las siete; tiempo me sobraría, si tuviese algo que decirte, pero no han dicho nada aún; y sin los preparativos que veo y la cantidad de oficialas que vienen, todas para mí, creería que no se piensa en casarme, y que es una nueva chochez de la buena Pepa[3]. Sin embargo, me ha dicho madre tantas veces que una señorita debe permanecer en el convento hasta que se case, que pues ahora me ha hecho salir, debe ser verdad lo que Pepa asegura.

Acaba de parar un coche a la puerta y madre me envía a decir que pase inmediatamente a su cuarto. ¿Si será aquel sujeto? No estoy vestida, mi mano tiembla y me palpita el corazón. He preguntado a mi doncella quién está con mi madre: "Seguramente es el señor C. . ." y se reía. ¡Oh, creo que es él! Volveré sin falta para contarte lo que haya pasado. No puedo hacerme esperar. Adiós, hasta un ratito.

¡Cómo vas a burlarte de la pobre Cecilia! ¡Qué vergüenza he pasado! Pero tú hubieras caído en el garlito como yo. Al entrar en el cuarto de madre he visto un sujeto vestido de negro y que estaba de pie cerca de ella; le he saludado lo mejor que he podido y me quedé después hecha una estatua. Ya puedes pensar cuánto le examinaría. "Señora, ha dicho a mi madre al saludarme, esto es lo que se llama una linda señorita, y aprecio más que nunca la bondad de usted." Al oír esta expresión tan positiva me asaltó un temblor tal que no podía sostenerme; hallé una silla junto a mí y me senté, bien colorada y confusa. Apenas lo hice, vi a aquel hombre a mis pies; tu pobre Cecilia perdió entonces la cabeza; mi madre dice que estaba como espantada. Me levanté dando un grito muy agudo, mira, así como aquel día del trueno. Madre soltó una carcajada, diciéndome:
"Y bien, ¿qué tienes? Siéntate y alarga el pie a este hombre." En efecto, hija mía, este hombre era el zapatero. No puedo explicarte cuán corrida quedé; por fortuna sólo estaba allí mi madre. Creo que cuando esté casada no me calzará ese zapatero.

Convén conmigo en que sabemos mucho. Adiós. Van a dar las seis y mi doncella dice que es preciso que me vista. Adiós mi querida Sofía, te amo como si estuviese en el convento.

P. D. No sé por quién enviarte mi carta. Esperaré que venga Pepa.
París, 3 de agosto de 17...

---

[2] Educanda en el mismo colegio.
[3] Tornera del convento.

CARTA II

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT, EN LA QUINTA DE...

Vuelva usted, mi querido vizconde, vuelva usted. ¿Qué hace usted ahí? ¿qué puede hacer en casa de una tía anciana que le ha instituido a usted heredero de sus bienes? Parta usted al instante, que yo lo necesito.
Me ha ocurrido una idea excelente y quiero confiarle su ejecución. Estas pocas palabras deben bastar a usted y, demasiado honrado con mi elección, debe venir ansioso a recibir mis órdenes a mis pies; pero usted abusa de mis bondades, aun después de que ha cesado de aprovecharse de ellas; y en alternativa de un adiós eterno o de una excesiva indulgencia, dicha de usted quiere que pueda más mi bondad. Deseo, pues, informarle de mis proyectos; pero júreme usted a fe de caballero fiel que no correrá ninguna aventura antes de haber dado fin a ésta; es digna de un héroe, servirá usted al amor y a la venganza, en fin, será como una hazaña más que añadirá a sus memorias; sí, a sus memorias, porque quiero que sean publicadas un día, y yo me encargo de escribirlas. Pero dejemos esto y vamos a la idea que me ocupa.

La señora de Volanges casa su hija: todavía es un secreto; pero ayer me lo ha confiado. ¿Quién cree usted que ha escogido para yerno suyo? El conde de Gercourt. ¿Quién me hubiera dicho que yo llegaría a ser la prima de Gercourt? Tengo una rabia... ¿qué? ¿no adivina usted todavía? ¡Oh, torpe entendimiento! ¿Le ha perdonado usted ya el lance de la intendenta? ¿y yo no debo quejarme aún más de él, monstruo[4]? Pero me calmo, y la esperanza que concibo de vengarme tranquiliza mi espíritu.

Mil veces se ha fastidiado usted como yo con la importancia da Gercourt a la mujer con quien se casará, y con la necia presunción de creer que evitará la suerte que cabe a todos. Usted sabe su ridícula presunción en favor de la educación que se recibe en conventos, y su preocupación, todavía más ridícula, en favor del recato de las rubias. En efecto, apostaría yo que a pesar de sesenta mil libras de renta que tiene la joven Volanges, jamás hubiera casado con ella si se hubiese tenido el pelo negro, o no hubiese estado en el convento. Probémosle, pues, que es un tonto: los llevará un día, no es eso lo que me apura, pero lo gracioso sería que empezase por ello. ¡Cuánto nos divertiríamos al día siguiente oyéndolo jactarse! Porque se jactará, sin duda, y a más de esto llega usted a formar a esta muchacha, será gran desdicha si el tal Gercourt no viene a ser, como cualquier otro, la fábula de París. Por lo demás, la heroína de esta novela merece toda la atención de usted; verdaderamente bonita, no tiene más de quince años, es un botón de rosa, lerda, a la verdad, como ninguna, y sin la menor gracia, pero ustedes los hombres no temen esto; tiene, además, cierto mirar lánguido que seguramente promete mucho; añada usted que yo se la recomiendo, con lo que no tiene más que hacer que darme las gracias y obedecerme.
Recibirá usted esta carta por la mañana; exijo que a las siete de la tarde esté ya conmigo. No recibiré a nadie hasta las ocho; ni aun al caballero favorito: no tiene bastante cabeza para un negocio tan grave. Ya ve usted que no me ciega el amor. A las ocho daré a usted su libertad y a las diez volveré a mi casa para cenar con su hermoso objeto, porque la madre y la hija cenarán conmigo. Adiós; son más de las doce, pronto no me ocuparé más de usted.

París, 4 de agosto de 17...

---

[4] Para entender este pasaje es preciso saber que el conde de Gercourt había dejado a la marquesa de Merteuil por la Intendenta de..., que le había sacrificado al conde de Valmont: entonces fue cuando la marquesa y el vizconde aficionaron uno a otro. Como esta aventura es muy anterior a los sus que tratan estas cartas, se ha creído bien suprimir toda la correspondencia.

CARTA III

CECILIA VOLANGES A SOFÍA CARNAY

Nada sé aún, querida amiga mía; madre tuvo ayer mucha gente a cenar. A pesar del interés que tenía yo en observar particularmente a los hombres, me aburrí. Hombres y mujeres, todos, me miraban mucho y después cuchicheaban. Yo notaba que hablaban de mí y esto me hacía saltar los colores a la cara; no lo podía remediar. Bien lo hubiera querido pues noté que cuando miraban a las otras mujeres, ellas no se sonrojaban, o tal vez el colorete que se ponen me impedía ver el que les daba su embarazo, porque debe ser cosa bien difícil no ponerse colorada cuando un hombre nos mira de hito en hito.

Lo que más me inquietaba era el no saber lo que pensaban de mí. Creo, sin embargo, haber oído dos veces la palabra "bonita", pero bien ciertamente he escuchado también la de "torpe"; y es preciso que sea así, porque la señora que la decía es parienta de mi madre, y aun me pareció que se hizo inmediatamente amiga mía. Es la única que me ha dirigido
algunas veces la palabra. Mañana debemos cenar en su casa.

Después de la cena he oído a un hombre que seguramente hablaba de mí, pues decía: "es necesario dejar madurar el asunto, veremos para el invierno". Quizás es el que debe casarse conmigo; pero entonces esto no sería hasta dentro de cuatro meses, y mucho quisiera saber lo que hay sobre el particular.

Acaba de llegar Pepa, que dice estar de prisa; sin embargo, quiero contarte una de mis tonterías. ¡Ay! juzgo que esta señora tiene razón.

Pusiéronse a jugar después de la cena, coloquéme al lado de mi madre y, no sé cómo fue, pero yo me quedé al instante dormida. Una gran risotada me despertó. Ignoro si se reían de mí, pero me lo imagino. Mi madre me dio el permiso de retirarme, lo que me causó sumo gusto. Figúrate que eran ya más de las once.

Adiós, mi querida Sofía, ama siempre a tu Cecilia. Yo te aseguro que el mundo no es tan divertido como lo creemos.

París, 4 de agosto de 17...

CARTA IV

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL, EN PARIS

Las órdenes de usted me encantan y el modo de darlas es aún más amable; haría usted amar el despotismo. No es la primera vez, lo sabe bien, que siento no ser ya su esclavo, y por más que me llame ahora monstruo, nunca recuerdo sin placer el tiempo en que me honraba

con11nombres menos duros. Y aun suelo desear a menudo volver a merecerlos y acabar por dar juntos, al mundo, un ejemplo de constancia. Pero mayores intereses nos llaman: el hacer conquistas es nuestro destino; debemos seguirle; quizás al cabo de nuestra carrera volveremos a encontrarnos; pues, sea dicho sin enfados, mi bella marquesa, usted me sigue a paso igual y desde que, separándonos por el bien del mundo predicamos la fe, cada uno por su lado, me parece que en esta misión de amor convierte usted más gente que yo. Conozco su celo y ardiente fervor y, si aquel Dios nos juzgare por las obras, sería usted un día la patrona de alguna ciudad grande, en tanto que su amigo sería, cuando más, el santo de un lugarejo. Este lenguaje la admira, ¿no es verdad? Pues de ocho días a esta parte ni hablo ni oigo hablar otro; y para perfeccionarme en él, me veo precisado a desobedecer a usted.

No se enfade y escuche, que como depositaria de todos mis secretos voy a confiarle el mayor proyecto de cuantos he formado en mi vida... ¿Qué me propone, seducir a una jovencita que no ha visto ni conoce nada; que, por decirlo así, me sería entregada sin defensa; a quien la rendición del primer obsequio no dejaría de cautivar, y a quien tal vez precipitará más pronto la curiosidad que el amor? Mil otros pueden lograrlo como yo. No así con empresa que medito; su logro me asegura tanta gloria como place El Amor, que prepara mi corona, duda él mismo entre el mirto y el laurel, o más bien los reunirá para honrar mi triunfo. Usted misma, mi bella amiga, usted misma, sentirá un santo respeto y dirá con entusiasmo: "He aquí el hombre que yo he soñado.?

Ya conoce usted a la presidenta de Tourvel, su devoción, su amor conyugal y sus principios austeros.

Todo eso es lo que me propongo atacar, ése el fin que pretendo conseguir.

Y si el premio no logro obtenerlo Siempre el honor me cabe de emprenderlo[5].

Se pueden citar malos versos cuando son de un gran poeta.

Sepa, pues, que el presidente está en Borgoña siguiendo un gran pleito (espero hacerle perder otro un poco más importante); su mitad 12 inconsolable debe pasar aquí todo el tiempo de su desagradable viudez.
Una misa cada día, algunas visitas a los pobres del distrito, el rezo de mañana y tarde, algunos paseos a solas, conversaciones piadosas con mi vieja tía y alguna vez un triste whist debían ser sus únicas distracciones.
Yo le preparo otras más eficaces Mi ángel bueno me ha traído aquí por su dicha y por la mía. ¡Loco! ¡Estaba yo lamentando las veinticuatro horas que sacrificaba a los miramientos del uso! ¡Buen castigo hubiera llevado si me hubiese forzado a volverme a París! Felizmente son necesarias cuatro personas para jugar al whist, y como aquí no hay más que el cura del lugar, mi tía me ha instado mucho para que le sacrifique algunos días. Ya imagina usted que he consentido; pero no puede figurar cuánto me mima desde aquel momento, y cuánto le edifica sobre todo verme asistir regularmente a sus oraciones y a su misa. No sospecha la divinidad que adoro allí. Véame, pues, de cuatro días a esta parte entregado a una violenta pasión. Usted sabe, cómo yo deseo vivamente, cómo devoro los obstáculos; pero lo que usted ignora es cuánto la soledad aumenta el ardor de los deseos. Ya no tengo sino una sola idea; en ella pienso durante el día y sueño con ella por la noche. Es preciso que yo logre a esta mujer para librarme de la ridiculez de amarla, porque, ¿a dónde no lleva un deseo contrariado? ¡Oh posesión deliciosa, te imploro para mi dicha y sobre todo para mi tranquilidad!. ¡Qué felices somos los hombres de quienes las mujeres se defiendan tan mal! No seríamos, si no, cerca de

[5] La Fontaine

ellas, más que tímidos esclavos. Siento en este instante un movimiento de gratitud hacia las mujeres fáciles, que me arrastra naturalmente a los pies de usted. Ante ellos me prosterno para obtener mi perdón, y acabo esta carta, demasiado larga. Adiós, mi hermosísima amiga. Sin rencor.

En la quinta de..., a 15 de agosto de 17...

CARTA V

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT

¿Sabe, Vizconde, que su carta es muy insolente, y que tendría yo derecho para enfadarme, si quisiera? Pero he visto por ella claramente que había usted perdido la cabeza, y esto sólo le libra de mi indignación.

Amiga generosa y sensible, olvido mi propia injuria para no pensar sino en el peligro de usted, y por más enojoso que sea el razonar, cedo a la necesidad que tiene usted de ello en este momento. ¡Lograr a la presidenta de Tourvel! ¡capricho tan ridículo! Reconozco en ello su mala cabeza, que siempre desea justamente lo que cree que no podrá lograr.

¿Qué ve en esa mujer, en suma? Facciones regulares, si quiere, pero sin ninguna expresión; bastante bien formada, pero sin gracia; puesta siempre de un modo que da risa con sus golas al cuello y su corpiño cerrado hasta la barba. Le hablo como amiga. Dos mujeres como ésta bastarían para hacerle perder toda su reputación; acuérdese del día en que ella pedía para los

pobres en San Roque, y en que usted me agradeció tanto que yo le hubiese procurado aquel espectáculo. Me parece verla aún dando la mano a aquel varal de cabellos largos, tropezando a cada paso, teniendo siempre su tontillo de cuatro varas sobre la cabeza de alguno y sonrojándose a cada reverencia. ¿Quién hubiera dicho a usted entonces "usted deseará un día esta mujer"? Vamos, vizconde mío, avergüéncese y vuelva en sí; le prometo el secreto.

Fuera de esto, fíjese en los disgustos que le esperan. ¿Qué rival tiene usted que combatir? ¡Un marido! ¿No se siente humillado con esta sola palabra? ¡Qué vergüenza si fracasa y qué poca gloria si vence! Aún digo más; no espere ningún placer. ¿Puede haberlo con las excesivamente modestas, quiero decir, con las que lo son de buena fe? Reservadas hasta en el centro del deleite, no ofrecen sino goces a medias. Aquel abandono total de sí, aquel voluptuoso delirio en que el placer resulta más puro por el exceso mismo, tales dones del amor, no son conocidos por esa clase de mujeres. Se lo predigo: en la suposición más dichosa, la presidenta creerá haber hecho cuanto cabe tratando a usted como a su marido; y cuando están a solas dos esposos, aun en los momentos de mayor delicia se ve siempre que son dos. En el caso de usted el mal es aún mayor: su presidenta es devota, pero con aquella especie de devoción de pobre mujer que las hace no pasar nunca de la infancia. Acaso vencerá usted esta dificultad pero no se lisonjee de destruirla. Vencerá al amor de Dios, pero no al temor del diablo; y cuando tenga entre sus brazos a su amada y sienta palpitar su corazón, este seguro de que es de miedo y no de amor. Tal vez si la hubiese usted conocido antes hubiera podido hacer algo de ella, pero y ya tiene usted veintidós años y lleva dos de matrimonio.

Créame, cuando una mujer ha formado ya esa costra, es preciso abandonarla a su suerte, porque en el fondo jamás valdrá nada.

Sin embargo, tal es el bello objeto por quien usted me desobedece se entierra en casa de su tía y renuncia a la empresa más deliciosa y más honorífica. ¿qué fatalidad hace que Gercourt le lleve siempre alguna ventaja? Escúcheme, le hablo sin enfadarme, pero en este momento estoy tentada de creer que no merece usted la reputación que tiene, y sobre todo lo estoy de cesar de hacerle mi confidente Nunca me acostumbraré a decir mis secretos al amante de la señora de Tourvel.

Sepa, no obstante, que la señorita Volanges ha hecho ya una conquista.
El joven Danceny está loco por ella. Ha cantado con ella y en efecto, canta mejor que regularmente lo hacen las colegialas. Deben ensayar muchos dúos y creo que con gusto se pondría ella al unísono; pero Danceny es un niño que perderá el tiempo en galanteos y no acabará nada. La muchacha por su parte es bastante espantadiza y, de cualquier modo, todo esto será mucho menos divertido que lo hubiera sido en manos de usted; así es que estoy enfadada y el caballero será reñido seguramente cuando llegue. Le vendrá bien mostrar dulzura, porque en este momento nada me costaría dejarlo. Estoy segura de que si ahora me diera por romper con él se desesperaría y nada me divierte más que un amante desesperado. Me llamaría pérfida y esta palabra me ha dado siempre mucho gusto. Después de la palabra cruel es la más dulce para el oído de una mujer y la que cuesta menos merecer. Seriamente voy a ocuparme de esta ruptura; vea, sin embargo, de lo que usted es causa.
Por eso lo echo sobre su conciencia. Adiós; recomiéndeme a las oraciones de su presidenta.

París, 7 de agosto de 17...

CARTA VI

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

¡Con que no ha de haber una mujer que no abuse del imperio que ha sabido tomar! ¿Y usted misma, a quien he llamado tantas veces mi indulgente amiga, cesa ya de serlo y me ataca en lo que más aprecio?
¡Cómo pinta usted a la señora de Tourvel! ¿Qué hombre no hubiera dado su vida por castigar semejante atrevimiento? ¿A qué otra mujer no le hubiera valido a lo menos una desvergüenza? Por Dios, no me exponga a pruebas tan terribles, porque no respondo de poderlas sostener. En nombre de la amistad le pido que aguarde a que haya logrado a esta mujer para murmurar de ella. ¿No sabe que sólo el placer tiene el derecho de arrancar la venda del amor? Pero, ¿qué digo? ¿La presidenta de Tourvel tiene acaso necesidad de hacer ilusión? No: para ser adorable le basta ser ella misma. Le echa usted en cara que se viste mal. Lo creo, porque todo adorno le daña y todo lo que la oculta la desfigura. En el abandono del negligé es cuando más encanta. Gracias a los calores excesivos que reinan, un jaboncillo de lienzo simple me deja ver su talle redondeado y flexible. Una muselina clara cubre su hermoso pecho, y mis miradas furtivas, pero penetrantes, han distinguido ya su forma seductora.

Dice usted que su rostro carece de expresión. ¿Y qué puede expresar en los momentos en que nada habla a su corazón? Sin duda no tiene como nuestras mujeres presumidas esa mirada mentirosa que seduce algunas veces y nos engaña siempre; no sabe dar valor a una sonrisa estudiada, a una frase hueca, y aunque tiene la más hermosa dentadura, no se ríe sino de lo que le hace gracia. Pero es preciso ver cómo en los juegos animados presenta la imagen de una alegría franca y natural, como cuando se halla cerca de un desgraciado, a quien se apresura a socorrer, sus ojos destellan de un goce puro y piadoso. Hay que verla sobre todo cuando oye la menor palabra de mimo o elogio cómo se pinta en su rostro celestial aquel interesante embarazo que procede de una modestia no afectada. Es recatada, es devota, ¿y por eso ya cree que es fría e insensible?
Pienso de muy diverso modo. ¿Qué sensibilidad extraordinaria necesita tener para revelarla hasta con relación a ese marido y amar un ente que siempre está lejos de ella? ¿Qué mayor prueba puede usted desear? Sin embargo, yo he sabido procurarme otra.

He dirigido su paseo de modo que apareció una zanja que era preciso saltar. Aunque ella es ligera, es todavía más tímida, y usted sabe bien que una recatada teme siempre dar el salto. Le fue preciso confiarse a mí, y he tenido abrazada a esta mujer tan honesta. Nuestros preparativos y el paso de mi anciana tía habían hecho reír a carcajadas a mi festiva devota; pero luego que me hube apoderado de ella, por efecto de una acertada torpeza se entrelazaron nuestros brazos; estreché su seno contra el mío y en aquel brevísimo instante sentí que su corazón palpitaba con mayor viveza; una amable púrpura coloreó su rostro, y su honesta turbación me indicó que su pecho no había palpitado de miedo sino de amor. No obstante, mi tía se engañó como usted, y se puso a decir: "La niña ha tenido miedo". Pero el delicioso candor de la tal niña no le permitió mentir y respondió sencillamente: "No, señora. Pero..." Esta sola palabra me bastó y desde aquel instante la dulce esperanza ha reemplazado en mí a la cruel inquietud. Yo lograré a esta mujer y le quitaré el marido que la profana; osaré quitársela al Dios mismo que adora. ¡Qué delicia ser, alternativamente, el que causa y el que vence sus remordimientos! Lejos de mí la idea de desvanecer las preocupaciones que la atormentan y que han de hacer mayor mi triunfo y mi placer. Que crea enhorabuena en la virtud pero que me la sacrifique. Que sus faltas la asusten sin que logre detenerle, y que, agitada de mil terrores, no pueda olvidarlos ni vencerlos sino en mis brazos. Consiento en que entonces me diga: "Te adoro".

Entre todas las mujeres ella sola será digna de pronunciar esta palabra.
Yo seré verdaderamente el Dios que habrá preferido.

Seamos sinceros: en nuestros arreglos, tan fríos como fáciles, lo que llamamos felicidad es apenas un placer. ¿Me atreveré a decírsela a usted?

Yo creía mi corazón marchito, y no percibiendo sino sensualidad, me quejaba de una vejez prematura. La señora de Tourvel me ha devuelto las deliciosas ilusiones de la juventud, y a su lado no necesito gozar para ser feliz. Lo que únicamente me asusta es el tiempo que va a costarme la empresa; porque no quiero exponer nada. Por más que recuerde las veces que la temeridad me ha favorecido, no me atrevo a servirme de ella ahora. Para que yo sea completamente dichoso es preciso que se entregue ella misma, y no es poco pedir.

Estoy seguro de que usted admiraría mi prudencia. Aún no he pronunciado la palabra amor, pero ya usamos las de confianza e interés. Para engañarla lo menos posible, y sobre todo para prevenir el efecto de lo que pueda oír por fuera, yo mismo, como acusándome, le he referido una parte de mis aventuras más conocidas. Reiría usted viendo cómo me predica. Dice que quiere convertirme y no sospecha aún lo que le costará el intentarlo. Está lejos de pensar que abogando, como dice ella, por las infelices que yo he perdido, habla de antemano por sí misma. Esta idea se me ocurrió ayer en medio de sus sermones, y no pude negarme el placer de interrumpirla para asegurarle que hablaba como un profeta.

Adiós, mi bella amiga. Ya ve usted que no estoy perdido sin remedio.

P. S. A propósito, ¿ese pobre caballero, se ha muerto de desesperación?
En verdad, es usted cien veces más mala cabeza que yo, y podría humillarme si yo tuviera amor propio.

De la quinta de..., a 9 de agosto de 17...

CARTA VII

CECILIA VOLANGES A SOFÍA CARNAY[6]

[6] Página: 12
Por no abusar de la paciencia del lector, se suprimen muchas cartas de esta correspondencia diaria, y no se insertan sino las que han parecido necesarias para la inteligencia de los acontecimientos ocurridos en esta

Si todavía no te he dicho nada de mi matrimonio, es porque no estoy más adelantada que el primer día. Me acostumbro a no pensar más en él y me acomodo bastante bien a este género de vida. Estudio mucho el canto y el arpa, y me parece que me gustan más desde que no tengo maestro, o más bien porque tenga uno mejor.

El caballero Danceny, el mismo sujeto de quien te he hablado, y con quien he cantado en casa de la marquesa de Merteuil, tiene la complacencia de venir todos los días y de cantar conmigo hora enteras. Es 6 Por no abusar de la paciencia del lector, se suprimen muchas cartas de esta correspondencia diaria, y no se insertan sino las que han parecido necesarias para la inteligencia de los sumamente amable, canta como un ángel y compone arias muy bonitas de las que él mismo hace la letra.

Es lástima que sea caballero de Malta, pues me parece que si se casase, su mujer sería muy feliz... Es sumamente dulce. Nunca parece hacer cumplidos, y no obstante lisonjea cuanto dice.
Me corrige a cada instante el canto y otras cosas, pero mezcla a sus observaciones tanto interés y gracia, que es imposible serle ingrata. Con sólo mirar parece ya que dice algo agradable. A todo esto agrega el ser muy complaciente. Ayer, por ejemplo, estaba convidado a un gran concierto y prefirió pasar la noche en nuestra casa. Yo me alegré mucho, porque, cuando él no está, nadie me habla y me fastidio; en cambio, cuando viene, cantamos y hablamos juntos. Siempre tiene algo que decirme.

Él y la marquesa de Merteuil son las únicas personas que encuentro amables. Pero, adiós, mi querida amiga; he prometido saber para hoy cierta aria, cuyo acompañamiento es muy difícil, y no quiero faltar a mi palabra. Voy a ponerme a estudiar hasta que venga.

En?, a 7 de agosto de 17?

CARTA VIII

LA PRESIDENTA DE TOURVEL A LA SEÑORA DE VOLANGES

Muy señora mía: Nadie puede agradecer más que yo la confianza que se sirve usted manifestarme, ni tomar mayor interés en la colocación de su hija. Deseo de todo corazón que sea dichosa, como no dudo que merezca serlo, y en este punto me refiero a la prudencia de usted. No conozco al conde de Gercourt; pero cuando usted le honra con elegirle, debo

---

sociedad. Por el mismo motivo se suprimen las de Sofía Carnay y muchas de las de los actores en estas aventuras.

formarme de él una idea muy favorable. Me limito a desear que su casamiento sea tan dichoso como el mío, que también es obra de usted, a quien cada día tengo nuevos motivos de darle gracias por él. ¡Quiera Dios que la felicidad de su hija recompense la que me ha procurado, y pueda la mejor de las amigas ser la más afortunada de las madres!

Siento en realidad muchísimo no poder repetirle esto mismo de viva voz, y conocer a su hija, tan pronto como quisiera. Después de haber experimentado las bondades de usted, verdaderamente maternales, tengo derecho para esperar de ella la tierna amistad de una hermana. Le ruego se sirva pedírsela de mi parte, mientras me hallo en disposición de merecerla.
Cuento permanecer en el campo hasta que regrese mi marido, y he aprovechado este tiempo para gozar del trato de la respetable señora de Rosemonde. Esta mujer es siempre admirable y su anciana edad no le hace perder nada de su memoria ni de su alegría. Su cuerpo tiene ochenta y cuatro años, pero su espíritu tiene veinte.

Nos divierte en nuestro retiro su sobrino el vizconde de Valmont, que ha tenido la bondad de sacrificarnos algunos días. No le conocía sino de reputación, y ésta no me daba deseos de conocerle más, pero voy viendo que él vale más que ella. Aquí, en donde el torbellino del gran mundo no le echa a perder, habla razonablemente con una facilidad prodigiosa y se acusa de sus defectos con un raro candor. Me habla con mucha confianza y yo le predico muy severamente. Usted que lo conoce, comprende conmigo que sería ésta una excelente conversión. Pero estoy segura de que, a pesar de sus promesas, ocho días en París le harán olvidar mi sermones. Cuando menos todo el tiempo que pase aquí, será apartado de su conducta ordinaria, y creo que, dado su modo de vivir, lo mejor que podría hacer es no hacer nada. Sabe que estoy escribiendo a ustedes, y me encarga presentarles sus respetos. Reciba también mi tributo con la bondad que le caracteriza, y no dude nunca de la sinceridad de los sentimientos con que tengo el honor de ser. . . etc.

De la quinta de..., a 9 de agosto de 17...

CARTA IX

LA SEÑORA DE VOLANGES A LA PRESIDENTA DE TOURVEL

Jamás he dudado, mi bella amiga, ni de la amistad que usted me profesa, ni del interés que toma en todo lo que me concierne. No respondo a su respuesta para aclarar este punto, que considero arreglado entre las dos para siempre; pero creo que no puedo dispensarme de hablar con usted sobre el vizconde de Valmont.

No esperaba, lo confieso, hallar jamás su nombre en sus cartas. En efecto, ¿qué relación puede haber entre él y usted? No conoce acaso a ese hombre. ¿Dónde podría haber hallado más clara la idea del alma de un libertino? Me habla usted de su raro candor; ¡oh! sí, el candor

de Valmont debe ser, en efecto, cosa bien rara. Aún más falso y peligroso que amable y seductor; jamás desde su primera juventud ha dado un paso ni dicho una palabra sin tener un objeto, y jamás lo ha tenido que no fuera deshonesto y criminal. Usted me conoce, amiga mía, y sabe que entre las virtudes que procuro adquirir es la indulgencia la que más estimo.
Por eso, si Valmont se viese arrastrado por pasiones fogosas; si fuese, como otros mil, seducido por las ilusiones propias de su edad, condenando su conducta, tendría compasión del individuo, y esperaría en silencio el tiempo de que su vuelta feliz a la virtud le atrajera de nuevo la estimación de los hombres de bien. Valmont no es así y su conducta es el resultado de sus principios. Sabe calcular todo lo más horrible que puede emprender sin comprometerse; y para ser cruel y malvado sin peligro, ha escogido por víctimas a las mujeres. No me detengo en contar las que ha seducido; pero, ¿a cuántas no ha perdido? Como usted vive ahí juiciosamente y retirada, no llegan a sus oídos sus escandalosas aventuras. Podría contarle algunas que le harían estremecerse, pero sus ojos, tan puros como su alma, se ofenderían al mirar unas pinturas de esta clase, y, segura de que Valmont no será nunca peligroso para usted, no necesita de estas armas para defenderse. Únicamente debo prevenirle, que de cuantas mujeres él ha obsequiado, con éxito o sin éxito, no ha habido una que no haya tenido que quejarse, si se exceptúa la marquesa de Merteuil, pues sólo ella ha sabido resistirle y contener su malignidad[7].

Confieso que este rasgo es el que más la honra y que ha bastado para justificarla ante todos, a pesar de cuantas inconsecuencias se le hubieron de echar en cara al principio de su viudez. Sea lo que fuere, lo que la edad, la experiencia, y, sobre todo, la amistad, me autorizan a hacerle presente a usted, es que empieza aquí la sociedad a notar la ausencia de Valmont, y si sabe que ha quedado ahí con usted y su tía, está su reputación en las manos de este hombre, que es la peor cosa que puede ocurrirle a una mujer. Aconséjole, pues, que inste a su tía a que no le detenga más, y si él se obstina en quedarse, creo que no debe dudar un instante en cederle el puesto. Pero, ¿por qué se quedaría él? ¿qué hace en esa casa de campo? Si usted lo hiciese espiar, creo que descubriría que la toma por un asilo más cómodo para ejecutar algunas infamias que proyectará emprender en sus alrededores. En la imposibilidad de remediar el mal contentémonos con preservarnos de él.

Adiós, mi bella amiga: el casamiento de mi hija se ha retardado un poco. El conde de Gercourt, que esperábamos de un día para otro, me dice que su regimiento pasa a Córcega; y como siguen los preparativos de guerra, le será imposible ausentarse hasta el invierno. Esto me contraría, pero me da esperanza de poder ver a usted en la boda, y sentiría se hiciese sin su presencia. Adiós, en fin; soy enteramente suya, sin cumplimiento y sin reserva.

P.D. Recuérdeme a la memoria de la señora de Rosemonde, que amo siempre cuanto se merece.

En..., a 11 de agosto de 17...

[7] El error en que está la señora de Volanges nos demuestra que Valmont (como todos los malvados) no descubría a sus cómplices.

CARTA X

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT

¿Está usted enojado conmigo, vizconde? ¿o bien está muerto? o, lo que sería casi lo mismo, ¿no vive más que para su presidenta? Esta mujer que le ha devuelto las ilusiones de la juventud, le volverá también pronto sus ridículas preocupaciones. Ya es tímido y esclavo: tanto valiera estar enamorado. Renuncia a su temeridad dichosa. Vea, pues, como ya se conduce sin principios, abandonando todo al acaso, o más bien, al capricho.

¿Ha olvidado que el amor es, como la medicina, solamente el arte de ayudar a la naturaleza? Vea que le combato con sus propias armas; pero no me engreiré, porque combato a un hombre en tierra. Es preciso que se entregue ella misma, dice usted. Seguramente es preciso; así es que se entregará como las otras, pero ésta con mala gracia. Mas para que se entregue, es menester empezar por tomarla. ¡Oh, cómo esa ridícula distinción es un desvarío del amor! Digo amor, porque está usted enamorado, y hablarle de otro modo, sería engañarlo y

resultaría su mal. Dígame, señor amante lánguido, las mujeres que usted ha logrado ¿cree haberlas violado? Por más deseos que una mujer tenga de entregarse, por más que se la inste para ello, es preciso siempre un pretexto; y ¿puede haberlo más cómodo que el que proporciona el aire de ceder a la fuerza? En cuanto a mí, confieso que una de las cosas que me lisonjean más, es un ataque vivo y bien dado, en que todo va por orden, aunque rápidamente; que no nos pone jamás en el embarazo de tener que reparar nosotras mismas una torpeza que debió ser provechosa; que sabe dar el aire de violencia hasta a las cosas que concedemos, y lisonjear con maña nuestras dos pasiones favoritas: la gloria de la defensa y el placer de haber sido vencidas. Convengo en que este talento, más raro de lo que se cree, me ha gustado siempre, pero no me ha seducido, y que algunas veces me ha sucedido rendirme únicamente por recompensa. Así en nuestros antiguos torneos la hermosura daba el premio al valor y a la destreza.

Pero usted, que ya no es usted, se conduce como si tuviera miedo de acertar. ¿Desde cuándo marcha en pequeñas jornadas y por caminos de travesía? Amigo mío; cuando se quiere llegar pronto, buenos caballos de posta y el camino real delante. Pero dejemos este punto que me pone tanto más de mal humor, cuanto me priva del gusto de verle. Por lo menos, escríbame más a menudo y póngame al corriente de sus progresos.

Sabe bien que van más de quince días que esta ridícula aventura lo ocupa y que descuida a todo el mundo.

A propósito de descuidos, se parece usted a los que mandan a informarse del estado de sus amigos enfermos; pero nunca se hacen dar la respuesta. Acaba su última carta preguntándome si el caballero ha muerto. No le he respondido y usted no se ha cuidado más de saberlo.
¿No sabe que mi amante es su amigo nato? Pero tranquilícese, pues no ha muerto; si fuese así, sería por exceso de placer; ¡pobre caballero! ¡Qué tierno es! ¡qué a propósito para el amor! ¡con qué viveza siente! Estoy loca por él y, seriamente, la felicidad perfecta que halla en ser amado por mí, me hace quererle más y más.

El mismo día en que escribí a usted que iba a tratar de romper con él ¡qué feliz le hice! Estaba no obstante meditando en el modo de desesperarle cuando me anunciaron su visita. Sea verdad o ilusión jamás me había parecido tan amable. Él esperaba pasar dos horas a solas conmigo antes de que abriese mi puerta para todos. Le dije que tenía que salir; preguntóme adónde y no le respondí. Insistió, y repliqué de mal talante:
"Donde usted no esté". Felizmente para él, se quedó hecho una estatua con mi respuesta; porque si hubiera dicho una palabra se habría seguido infaliblemente una escena que hubiera producido el rompimiento que yo meditaba. Admirada de su silencio volví los ojos a él, sin otro fin, se lo aseguro, que el de ver qué gesto hacía. Hallé pintada en su semblante encantador aquella tristeza profunda y tierna a la vez, a la cual usted mismo ha convenido conmigo que era muy difícil poder resistirse. La misma causa produjo igual efecto y fui vencida por segunda vez. Desde aquel momento sólo me ocupé de evitar que pudiese probarme mi sinrazón.
"Salgo, le dije con un aire más dulce, para un asunto que le concierne, pero no me pregunte ahora. Cenaré en mi casa. Vuelva usted y entonces le informaré".

Con esto encontró las palabras, mas yo no quise permitir que hablase.
"Estoy muy de prisa, añadí. Déjeme, y nos veremos esta noche"; él me besó la mano y se marchó. Inmediatamente, para reparar lo hecho, o tal vez para desquitarme yo misma, resolví hacerle conocer la casita mía, de la que no tenía idea. Llamé a mi fiel Victorina y le dije: "Tengo jaqueca: para todos estoy acostada". Luego, quedándonos las dos solas, mientras ella se disfrazaba de lacayo, tomé yo el traje de doncella, hice venir un simón a la puerta del jardín, entramos en él y partimos. Llegadas a mi casita, o sea al templo del amor, escogí el traje de casa más elegante; es delicioso y de mi invención, nada deja ver y, sin embargo,

señala todas las formas. Le prometo a usted un modelo para su presidenta; cuando la haya hecho digna de llevarlo.

Después de estos preparativos, mientras Victorina se ocupaba de otros pormenores, leí un capítulo de El Sofá, una carta de Heloisa y dos cuentos de La Fontaine para recordar los diversos tonos que yo quería tomar. Entretanto mi caballerete volvió a mi casa con la exactitud de siempre. Mi portero no lo dejó entrar diciendo que yo estaba indispuesta.

Primer incidente. Luego le dio un billete mío, mas no de mi mano, según mi regla de prudencia; entonces él abre y halla escrito de puño de Victorina:
"A las nueve en punto en el paseo del boulevard, enfrente de los Cafés". Va allí, y un lacayito que cree no conocer, y que era Victorina, le indica que despida su coche y le siga. Todo este modo romántico lo levantaba de cascos y esto siempre es bueno. Llegó por fin y la sorpresa y el amor le causaron un verdadero encantamiento. Para dejarle que se repusiera un poco, nos paseamos un rato por el jardín. Después le hice volver a mi habitación, y allí vio dos cubiertos puestos y una cama hecha.
Pasamos al gabinete, que estaba adornado con el mayor gusto. Allí, mitad por sensibilidad, mitad por reflexión, le cogí entre mis brazos y me eché a sus pies. "Oh, mi querido amigo, le dije, para procurarte esta sorpresa, me acuso de haberte afligido, con la apariencia de un enfado, y haberte un instante solo ocultado el interior de mi corazón; perdóname mi falta, quiero expiarla a fuerza de amor". Ya juzgará usted el efecto que produjo este discurso apasionado. El feliz caballero me levantó y mi perdón fue sellado en el mismo canapé en que usted y yo sellamos tan alegremente y del mismo modo nuestro eterno rompimiento. Como teníamos que pasar seis horas juntos, y había yo resuelto que todo este tiempo fuera igualmente delicioso para él, moderé sus trasportes, y las gracias y amables entretenimientos dieron tregua a la ternura. No creo haber puesto jamás tanto esmero en agradar ni haber estado nunca tan contenta de mí misma. Después de la una, ya aniñada, ya razonable, ya tumultuosa, ya sensible, y algunas veces libertina, me placía el contemplarle como un sultán en su serrallo donde yo sola hacía el papel de diferentes favoritas.
En efecto, sus obsequios repetidos, aunque recibidos siempre por la misma mujer, lo fueron siempre por una nueva amante.
En fin, al rayar el día fue preciso separarse y por más que dijo e hizo por probarme lo contrario, tenía tanta necesidad de ello como poco deseo. En momentos en que salíamos y nos despedíamos tomé la llave de aquella mansión deliciosa y poniéndola en sus manos le dije: "No la tenía sino por usted; es justo que usted disponga de ella; el sacrificador debe disponer del templo." Con esta maña he sabido prevenir las reflexiones que hubieran podido excitarse en él, viéndome propietaria de una casita, cosa siempre sospechosa. Estoy segura de que no se servirá de ella con otra mujer, y si yo tuviera el capricho de ir allí sin él tengo llave doble. Quería le señalase día para volver, pero lo amo demasiado para querer acabarle tan pronto. Los excesos son buenos con aquellos a quienes luego se quiere dejar. Él no sabe eso, pero por dicha suya lo sé yo por los dos.

Son las tres de la mañana y he escrito a usted un volumen cuando tenía intención de escribirle sólo una palabra. Este placer produce la confianza de la amistad; ella hace que usted sea lo que yo más aprecio.
Pero el caballero es lo que más me agrada.

En..., a 12 de agosto de 17...

CARTA XI

LA PRESIDENTA DE TOURVEL A LA SEÑORA DE VOLANGES

Muy señora mía: Su severa carta me hubiese asustado si no hubiera hallado aquí más motivos de seguridad que los que usted me da para desconfiarme. El sensible Valmont, que debe imponer terror a todas las mujeres, ha dejado sus mortíferas armas a la entrada de esta quinta. Lejos de formar proyectos en ella, no tiene siquiera pretensiones, y su cualidad de hombre amable, que le conceden aun sus enemigos, desaparece para no dejar ver sino un hombre liso y llano. El aire del campo ha operado sin duda este milagro. Puedo asegurarle que a pesar de que siempre está conmigo y parece que halla gusto en mi compañía, no se le ha escapado una sola palabra que tenga visos de amor, ni aun ninguna de aquellas frases que todos los hombres se permiten, sin tener como él, lo que es preciso para que se les excusen. Jamás obliga a aquella reserva que hoy toda mujer, que sabe portarse con decencia, está precisada a observar para contener a los hombres que la rodean. Sabe no abusar de la alegría que inspira; y aunque es tal vez un poco adulador, lo hace con tal delicadeza que sería capa de acostumbrar a la modestia misma al elogio. En fin, si yo tuviese un hermano desearía que fuese como Valmont. Muchas mujeres acaso desearían que se mostrase más galante, pero yo le agradezco infinitamente haya sabido juzgarme bien para no confundirme con ellas.

Este retrato es sin duda muy diverso del que me hace usted y, sin embargo, los dos pudieran ser fieles si se determinan las épocas. Él mismo conviene en que ha hecho muchas locuras y que también le habían imputado algunas; pero he hallado pocos hombres que hayan hablado de las mujeres honradas con más respeto, y casi diré con más entusiasmo.
Usted me enseña que a lo menos en este punto no engaña, y su proceder con la marquesa de Merteuil es una prueba. Nos habla de ella muchas veces y siempre con tanto elogio y con aire de estimarla tanto que antes de recibir vuestra carta he pensado que lo que él llamaba amistad entre los dos era verdaderamente amor. Me acuso de este juicio temerario en el cual tengo yo tanta culpa cuanto él mismo a menudo se ha tomado trabajo de justificarla.

Confieso que yo reputaba fineza lo que de su parte es sólo franqueza y sinceridad. Y no sé, pero me parece que el que es capaz de profesar una amistad tan constante a una mujer tan

estimable no es un libertino incorregible.

Ignoro si la conducta juiciosa que observa aquí es efecto de algunos proyectos que tenga en estas cercanías como usted supone. Hay en ellas pocas mujeres amables y sale muy poco, excepto por las mañanas; pero entonces dice que va a cazar. Rara vez trae caza, mas él mismo confiesa que es poco diestro en este ejercicio. Por otra parte me inquieta poco lo que pueda hacer fuera de casa, y si desease saberlo sería por tener una razón más, o para agregarme al dictamen de usted o para traer a usted al mío.

En cuanto a lo que usted me propone de contribuir a que Valmont haga corta mansión aquí me parece muy difícil atreverme a decir a su tía que no le tenga en su casa, tanto más cuanto que lo quiere mucho. Sin embargo prometo a usted, más por condescendencia que por necesidad, que aprovecharé la ocasión de pedirle así, o bien a ella, o bien a él mismo.
Por lo que hace a mí, como mi marido sabe que mi intención es el permanecer aquí hasta su vuelta, extrañaría con razón la ligereza que me hacía mudar de pensamiento. Vea usted, amiga mía, unas explicaciones bien largas pero he creído arreglado a lo justo el dar un testimonio ventajoso para el señor de Valmont y del cual me parece tiene gran necesidad ante usted.
No por eso agradezco menos la amistad que ha dictado sus con lejos. A ella debo también todas las cosas finas que me dice soba el retardo del casamiento de su hija. Quedo muy reconocida por ellas, pero por más placer que yo me prometa, pasando esos momentos con usted, los sacrificaré gustosa al deseo de ver que su hija sea más pronto feliz, si es que puede serlo nunca más que al lado de una madre tan digna de su ternura y de su respeto. Yo la acompaño en esos sentimientos que me inclinan a usted de los que le pido reciba con bondad la sincera expresión.

En..., a 13 de agosto de 17. . .

CARTA XII

CECILIA VOLANGES A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Muy señora mía: Mi madre está indispuesta y es preciso que me quede acompañándola; no tendré, pues, el honor de ir con usted al teatro. Le aseguro que más que no ver éste, siento el no estar con usted.
Deseo que así lo crea. ¡La quiero tanto! ¿Tendría la bondad de decir al caballero Danceny que no tengo la colección de que me ha hablado y que me daría mucho gusto si pudiese traerla mañana? Si viene hoy, le dirán que no estamos en casa, porque mamá no quiere ver a nadie. Espero que mañana estará mejor. Queda de usted, etc.

En..., a 13 de agosto de 17...

CARTA XIII

LA MARQUESA DE MERTEUIL A CECILIA VOLANGES

Siento mucho, querida mía, estar privada del gusto de verla y la causa de esta privación. Espero que esta ocasión volverá a presentarse.
Cumpliré con exactitud su encargo para el caballero Danceny, a quien seguramente disgustará mucho el saber que su madre de usted está indispuesta.
Si mañana quiere recibirme iré un rato a hacerle compañía. Atacaremos ella y yo al caballero

de Belleroche8 a los cientos, y al ganarle su dinero tendremos para mayor gusto el de oír cantar a usted con su amable maestro, a quien yo se lo propondré. Si esto conviene a su madre y a usted misma, respondo de ir con mis dos caballeros. Adiós, mi querida; mis cumplimientos a mi estimada señora de Volanges. La abrazo tiernamente.

En..., a 13 de agosto de 17...

CARTA XIV

CECILIA VOLANGES A SOFÍA CARNAY

No te he escrito ayer, mi amada Sofía, pero no ha sido por haberme divertido, te lo aseguro. Mamá estaba y la he acompañado todo el día.
Cuando me separé de ella por la noche, no tenía ganas de nada y me he acostado luego para asegurarme de que el día estaba acabado. No es decir que no quiera mucho a mamá, pero yo no sé lo que era. Yo debía haber ido a la ópera con la marquesa de Merteuil, y el caballero Danceny debía hallarse allí. Sabes ya que son las dos personas que me agradan más; cuando llegó la hora en que yo también debí haber ido, se me oprimió el corazón a pesar mío. No hallaba gusto en nada y lloré, lloré sin poderlo remediar. Felizmente mamá estaba acostada y no me veía. Estoy segura de que el caballero Danceny lo ha sentido también, pero se habrá distraído con el espectáculo y con la concurrencia; es muy diferente.

Por fortuna mamá está hoy mejor, y la señora de Merteuil vendrá con otra persona y el caballero Danceny; mas siempre viene muy tarde, y cuando una está sola tanto tiempo es cosa muy fastidiosa. Aún no son más de las once. Es verdad que debo tocar el arpa, además mi toilette me ocupará algún tiempo, pues hoy quiero estar bien peinada. Creo que la madre Perpetua tiene razón, y que luego que entramos en la sociedad nos hacemos presumidas. Jamás he deseado tanto parecer bonita como de algunos días a esta parte, y hallo que no lo soy tanto como lo creía.
Además se pierde mucho al lado de las señoras que se ponen colorete, como por ejemplo la señora de Merteuil, a la que veo que todos los hombres la encuentran más bella que yo; pero esto no me disgusta mucho, porque me quiere bien, y además me asegura que Danceny me halla más bonita que ella. Es mucha bondad de su parte el habérmelo dicho, y aun tenía el aire de estar muy contenta de ello; no lo concibo. ¿Es que me quiere tanto? ¿Y él? ¡Ah! esto me da también mucho gusto. Me parece que con sólo mirarle se le hermosea a una el semblante. Yo le miraría siempre si no temiese encontrarme con sus ojos, porque siempre que esto me sucede, me desconcierta y casi me apena; pero no importa.

Adiós, mi querida amiga; voy a ponerme al tocador. Te amo siempre como acostumbro.

París, 14 de agosto de 17...

CARTA XV

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Hace usted muy bien, amiga mía, en no abandonarme a mi triste suerte. La vida que llevo aquí es realmente fatigosa por lo demasiado descansada y su uniformidad insípida. Al leer su carta y el pormenor del modo admirable con que ha pasado el día[8], me han dado tentaciones veinte veces de pretextar un negocio cualquiera, de volar a los pies de usted y de pedirle una sola infidelidad a su caballero, que al cabo de cuenta no merece tanta dicha. ¿Sabe que tengo celos de él? ¿Qué me habla usted de eterno rompimiento? Renuncio a un juramento hecho en
la fuerza de un delirio; no hubiéramos sido dignos de hacerlo si lo hubiéramos de observar. ¡Ah! puédame yo vengar un día en sus brazos del despecho involuntario que me ha causado la fortuna del caballero. Confieso que me lleno de indignación cuando pienso que ese hombre sin razonar, sin tomarse el menor trabajo, siguiendo tontamente el instinto de su corazón, halla una felicidad que yo no puedo alcanzar. ¡Oh! yo la turbaré. Prométame que yo la turbaré. ¿Usted misma, no se siente humillada? Se da usted la pena de engañarle y él es más feliz que usted; lo cree atado a su cadena y es usted la que está a la suya; duerme tranquilamente mientras usted vela para procurarle placeres. ¿Qué más podría hacer su esclavo?

Mire, querida amiga, mientras usted se entregue a muchos no tendré ningunos celos, porque sólo veré en ellos los sucesores de Alejandro, incapaces de conservar entre todos el imperio en que yo reinaba solo. Pero si usted se da enteramente a uno de ellos, si existe otro hombre tan feliz como yo, eso no lo sufriré, no espere que lo tolere. Vuelva usted a ligarse conmigo, al menos con otra que no sea el actual; no falte por un capricho exclusivo a la amistad inolvidable que hemos jurado.

Basta que yo tenga que quejarme del amor. Usted ve que sigo sus ideas y confieso mis errores. En efecto, si se llama estar enamorado el no poder vivir sin poseer lo que se desea, sin sacrificar el tiempo, los placeres y la vida, yo lo estoy verdaderamente. No estoy más adelantado que antes, y aun no tendría nada que decirle en este punto, sin un suceso que me da mucho que pensar y por el cual yo no sé todavía si debo esperar o temer.

Usted conoce mi lacayo, tesoro de intrigas y verdadero gracioso de comedia. Bien piensa usted que sus intenciones eran cortejar a la doncella y emborrachar a los criados. El tunante es más dichoso que yo. Ha logrado su fin. Y ahora acaba de descubrir que la señora de Tourvel ha encargado a uno de sus criados de tomar informaciones sobre mi conducta, y aun de seguirme en mis excursiones por las mañanas, en cuanto pueda, sin que yo me percate de ello. ¿Qué quiere esta mujer? ¿Con que la más honesta de toda se arriesga a cosas que apenas osaríamos nosotros?....
Juro a usted... Pero antes de pensar en vengarme de esta astucia femenina, ocupémonos de

[8] Es el mismo de que se habla en las cartas de la marquesa de Merteuil.

hacer que resulte en nuestra ventaja. Hasta ahora, estos paseos que excitan sus sospechas, no tenían objeto ninguno; es preciso hacer que lo tengan. Este plan merece mi atención; dejo a usted para meditarlo. Adiós, mi hermosa amiga

Siempre en la quinta de..., a 15 de agosto de 17...

CARTA XVI

CECILIA VOLANGES A SOFÍA CARNAY

¡Ay! Mi querida Sofía; he aquí muchas noticias que acaso no debería darte. Pero es preciso que hable con alguien, no puedo resistir. El caballero Danceny... estoy tan turbada que no puedo escribir; no sé por dónde empezar. Después de que te conté la noche tan divertida que pasé con él y la señora de Merteuil en el cuarto de mi madre, no volví más a hablarte de esto porque no quería hablar a nadie; pero siempre pensaba en ello[9]. Desde entonces se puso él muy triste; pero tan triste, tan triste, que me daba mucha pena. Y cuando le preguntaba yo por qué lo estaba me decía que no era cierto; mas yo veía que sí. En fin, ayer lo estaba más de lo acostumbrado, aunque eso no le impidió tener la complacencia de cantar conmigo como de ordinario; pero cuantas veces me miraba me oprimía el corazón. Cuando hubimos acabado fue a encerrar mi arpa en su caja, y al darme la llave me suplicó que tocase otra vez luego que me quedase sola. No tenía yo sospecha ninguna; pero me rogó tanto, que al fin dije que estaba bien. Él tenía sus motivos. Efectivamente, cuando me metí en mi cuarto y mi doncella se retiró, fui a tomar el arpa y hallé entre la cuerdas una carta plegada solamente, sin sello, y escrita por él. ¡Ah ¡Si supieses todo lo que me dice! Desde que la he visto estoy tan contenta, que no puedo pensar en otra cosa. Leí la carta cuatro veces seguidas y luego la encerré en mi papelera. La sabía ya de memoria; y acostada, la repetía tantas veces, que no pensaba en dormir. Cuando cerré los ojos, la veía siempre diciéndome cuanto acababa de leer. Cuando me desperté (era muy temprano) volví a tomar la carta para leerla con toda comodidad. La llevé a mi cama y la besé, como si... Tal vez está mal hecho el besar un carta como ésta, pero no he podido menos. Ahora bien; si esto muy contenta, también estoy muy embarazada, porque, seguramente no debo responder a una carta semejante. Sé que no lo debo hacer y, sin embargo, él lo pide. Si no le respondo, sé positivamente que va a ponerse de nuevo triste; es una desgracia para él. ¿Qué me aconsejas tú? Pero tú no sabes más que yo. Tengo muy gran deseo de hablar a la marquesa, que me quiere mucho. Mucho querría consolarle, pero no quiero hacer nada malo. Se nos recomienda tanto que tengamos buen corazón, y luego se nos prohíbe seguir sus inspiraciones cuando se trata de un hombre. Eso no es justo ¿Un hombre no es nuestro prójimo, como una mujer, y aún más? Porque, en fin, ¿no tiene una un padre como una madre, un hermano como una hermana, y queda siempre, a más, un marido? Sin embargo, si yo hiciese ahora alguna cosa que no estuviera bien, tal vez el mismo Danceny se formaría una mala opinión de mi. ¡Oh no, prefiero que esté triste! Siempre estaré a tiempo. A su carta de ayer no estoy obligada a responder hoy. Además, esta noche he de ver a la señora de Merteuil, y si tengo valor para ello le contaré todo. Haciendo sólo lo que ella me diga, nada tendré de qué acusarme. Acaso me dirá que puedo responderle alguna cosita para que no esté triste. ¡Ah, tengo mucha pena!

Adiós, mi buena amiga. Dime siempre lo que te parece.

En..., a 19 de agosto de 17...

---

[9] La carta en que se habla de esta noche no se ha encontrarlo. Se puede suponer que es aquella tertulia propuesta en el billete de la marquesa de Merteuil, de la que se trata en la carta anterior de Cecilia Volanges.

CARTA XVII

EL CABALLERO DANCENY A CECILIA VOLANGES

Antes de rendirme, señorita, ¿diré al placer o a la necesidad de escribir a usted? empiezo por pedirle se sirva escucharme. Conozco que necesito de indulgencia para atreverme a declararle mis sentimientos, y me sería inútil si sólo quisiera justificarlos. Y al cabo, ¿qué pretendo hacer con mostrarle lo que usted misma ha causado? Y ¿qué decirle que mis ojos, mi turbación, mi conducta y aun mi silencio, no le hayan dicho ya? ¿Por qué se ofendería de un sentimiento que usted misma ha producido?

Dimanado de usted es sin duda digno de serle ofrecido; y si es ardiente como mi alma es puro como la suya... ¿Podría ser un crimen el haber sabido apreciar su semblante adorable, sus habilidades sorprendentes, sus gracias encantadoras y esa atractiva candidez que añade un valor inestimable a unas cualidades tan preciosas? No, sin duda. Pera sin ser culpado, puede uno ser infeliz. Y es la suerte que me espera si usted desecha mi obsequio. Es el primero que mi corazón ha ofrecido. Desde que la he visto el reposo ha huido de mí y mi felicidad es dudosa; usted se admira de verme triste y me pregunta la causa, y aun he creído ver que alguna vez lo siente. Diga una sola y habrá labrado mi dicha... Pero piense también que una palabra sola puede colmar mi desventura. Usted puede hacerme eternamente feliz o desdichado. ¿En qué manos más amadas puedo poner un interés más grande? He rogado a usted me escuche y ahora me atrevo a pedirle que me responda. Acabaré como he comenzado: solicitando su indulgencia. Rehusármela sería hacerme creer que se ha ofendido y mi corazón me asegura que mi respeto hacia usted es igual a mi amor.

P. S. Puede usted servirse para responderme del mismo modo que yo me sirvo para darle esta carta. Paréceme igualmente cómodo que seguro.

En..., a 18 de agoto de 17...

CARTA XVIII

CECILIA VOLANGES A SOFÍA CARNAY

¿Cómo, Sofía, condenas de antemano lo que voy a hacer? Mi inquietud era bien grande y tú vienes a aumentarla. Me dices que no debo responder. Hablas bien a tus anchas y por otra parte no sabes exactamente lo que pasa. Estoy segura de que si estuvieras en mi lugar obrarías como yo; es verdad que no se debe responder y has visto por mi carta de ayer que tampoco yo lo quería; pero creo que nadie se ha visto en un caso como el mío. Estoy precisada a decidirme por mí sola. La señora de Merteuil, que yo contaba ver ayer noche, no vino. Todo conspira contra mí. Ella es causa de que yo le conozca; las veces que le he visto y hablado, ha sido casi siempre con ella. Esto no es decir que yo la quiera mal; pero me abandona en los momentos más difíciles para mí. ¡Ah! soy muy digna de compasión.

Figúrate que anoche vino como acostumbra. Estaba tan turbada que no me atrevía a mirarle. Presente mi madre, no podía él hablarme; bien sospechaba que se enfadaría cuando viese que no le había respondido. Y en verdad te digo que no sabía qué aire debía tomar. Un instante más tarde me preguntó si quería que fuese a buscar mi arpa. Me palpitaba tanto el corazón que lo que únicamente pude hacer fue decirle que sí.
Cuando volvió fue peor. No lo miré sino un instante; él no me miraba pero tenía una cara que se hubiera creído que estaba malo y me dio mucha pena. Se puso a templar el arpa y al dármela me dijo estas palabras:
"¡Ah, señorita!?" pero con un tono que me quedé enteramente confusa.
Ensayaba un preludio antes de empezar sin saber lo que hacía y mi madre preguntó si cantaríamos juntos. Se excusó diciendo que se encontraba un poco indispuesto, mas como yo no tenía excusa me fue preciso cantar. Hubiera querido no tener voz; escogí expresamente un aria que no sabía, porque estaba segura de que no podría cantar ninguna. Se hubiera notado que ocurría alguna cosa. Felizmente llegó una visita. Cuando divisé el coche dejé el arpa y le pedí la volviese a su lugar. Yo temía que se fuese al mismo tiempo, pero volvió.

Mientras mi madre hablaba con la señora que entró, quise mirarle un instante. Me encontré con sus ojos y me fue imposible separar los míos. Un momento después vi correr sus lágrimas y se vio obligado a volverse un poco para no ser visto. Entonces no pude contenerme y comprendí que yo también iba a llorar. Salí de allí y con un lápiz escribí en un pedazo de papel: "No esté usted tan triste, se lo suplico, prometo responderle." Seguramente no puedes decir que haya mal en esto y sobre todo no pude resistir. Puse mi papelito entre las cuerdas del arpa, como estuvo antes su carta, y volví a la sala. Ya estaba más tranquila y esperaba con impaciencia que se fuera aquella señora. Por fortuna iba haciendo visitas y se marchó pronto. Inmediatamente volví al arpa y vi bien por su aire que no sospechaba la cosa. Pero cuando volvió, ¡oh, qué contento estaba! Al poner el arpa delante de mí se colocó de manera que mamá no podía verle y tomando mi mano me la apretó... pero de un modo... Fue sólo un instante, mas no puedo decirte qué placer tuve. Sin embargo, la retiré; con que no tengo nada que echarme en cara.

Ahora, mi querida amiga, ya ves que no puedo dispensarme de escribirle pues se lo he prometido, y además no iré a ponerle triste otra vez, pues yo sufro más que él. Si fuese por cosa mala, seguramente no lo haría; pero, ¿qué mal puede haber en escribir, sobre todo, cuando es para impedir que alguno sea desgraciado? Lo que me embaraza es que no sabré hacer bien mi carta, pero ya comprenderá él que no es culpa mía, y además estoy segura que con sólo ser cosa mía le dará infinito gusto.
Adiós, mi querida Sofía. Si piensas que he hecho mal dímelo, pero creo que no. Cuanto más cerca está el momento de escribirle, más palpita mi corazón. Mas es preciso puesto que se lo prometí. Adiós.

En..., a 20 de agosto de 17...

CARTA XIX

CECILIA VOLANGES AL CABALLERO DANCENY

Muy señor mío: Estaba usted tan triste ayer y me daba tanta pena, que me he visto forzada a responder a su carta. Sigo pensando que no debo hacerlo, pero como lo he prometido no quiero faltar a mi palabra, y esto debe probarle mi amistad. Ahora que usted la conoce espero que no volverá a pedirme que le escriba y asimismo no dirá a nadie que le he escrito, porque se me censuraría y podría causarme un gran sentimiento.
Sobre todo espero que usted mismo no formará mal juicio de mí, lo que sentiría más que todo. Puedo asegurarle que por ningún otro hombre hubiera tenido esta complacencia. Quisiera que usted tuviese la de no estar triste como lo estaba, porque eso me quita todo el gusto que tengo en verle. Usted ve que le hablé con toda franqueza. Nada deseo con más
ansia que el que nuestra amistad dure siempre. Pero por Dios no me escriba más.

CECILIA VOLANGES.

En..., a 20 de agosto de 17...

CARTA XX

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT

¡Ah, picarillo! Me lisonjea temiendo que me burle de usted. Vamos, le hago a usted gracia. Me escribe tantas locuras, que debo perdonarle el juicio que le hace tener su presidenta. No creo que mi caballero sería tan indulgente como yo; sería capaz de no aprobar nuestro nuevo arrendamiento y de no hallar nada de gracioso en la idea loca de usted, a pesar de que a mí me ha hecho mucha gracia y que verdaderamente sentía tener que reír sola. Si usted hubiese estado allí no sé hasta donde podría conducirme mi alegría. Pero he reflexionado y me he armado de severidad.
No es decir que renuncio para siempre; pero que doy largas y tengo razón; porque podría poner algo de vanidad y el que se pica al juego no sé dónde parará. Fuera capaz de cautivarle de nuevo y hacerle olvidar su presidenta; y si lograse yo, indigna, disgustar a usted de la virtud, ¡qué escándalo! Para evitar este peligro vea usted mis condiciones.

Luego que haya logrado a su bella devota y pueda probármelo venga y soy suya. Pero sabe bien que en los negocios importante no se admiten pruebas sino por escrito. Con este arreglo, por una parte yo seré una recompensa y no un consuelo, idea que me agrada más. Y por otra parte el logro de usted será más picante, sirviendo de medio para una infidelidad. Venga, pues, venga lo más pronto posible a hacerme el testimonio de su triunfo, al modo que venían nuestros antiguos y valientes caballeros a poner a los pies de sus damas los frutos brillantes de su victoria.

Seriamente, estoy curiosa de saber lo que puede escribir una devota después de un momento semejante, y qué velo pone a sus pensamientos después de no haber dejado ninguno a su persona. Usted puede ver si me rindo a un precio muy alto, pero advierto que no haré ninguna rebaja. Hasta entonces, mi querido vizconde me permitirá que permanezca fiel a mi caballero y me divierta en hacerlo feliz a pesar de la pequeña pena que su dicha causa a usted.

Sin embargo, si yo fuese una libertina, creo que en este momento tendría él un rival peligroso: la joven Volanges. Estoy loca por esta criatura. Es una verdadera pasión; o me engaño o llegará a ser un de nuestras mujeres más de moda. Ver desenvolverse su tierno corazón es un espectáculo delicioso. Ama ya con furor a su joven Danceny, pero no lo conoce
ella todavía. Él mismo, aunque está muy enamorado, tiene todavía la timidez propia de su edad y no se atreve a demostrárselo. Ambos están en admiración delante de mí. La niña, sobre todo, tiene grandes deseos de decirme su secreto particularmente de algunos días a esta parte la veo verdaderamente sofocada y le hubiese hecho un gran servicio ayudándola un poco, pero no olvido que es una niña y no quiero comprometerme.
Danceny me ha hablado un poco más claro, pero en cuanto a él he tomado mi partido y no quiero escucharlo. En lo que mira a ella estoy tentada muchas veces en hacerla mi discípula. Es un favor que tengo ganas de hacer a Gercourt. Me deja el tiempo necesario pues está en Córcega hasta el mes de octubre. Tengo idea de que aprovecharé este tiempo y que le daremos una mujer ya formada en vez de una inocente colegiala.
¿Cuál es, en efecto, la insolente seguridad de aquel hombre que se atreve a dormir tranquilo mientras alguna mujer a quien ha ofendido no se ha vengado de él aún? Mire usted, si la niña estuviese aquí en este momento, no sé qué no le diría.

Adiós, vizconde, buenas noches, y buen acierto. Pero, por Dios, adelante. Piense que si no logra a esa mujer las otras se avergonzarán de haberlo tenido a usted.

En..., a 20 de agosto de 17...

CARTA XXI

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

En fin, mi bella amiga, he dado un paso adelante. Pero un gran paso que si no me ha conducido hasta el cabo me ha hecho conocer, al menos, que estoy en el camino, y ha disipado el miedo que tenía de andar descarriado. Al fin he declarado mi pasión y aunque se ha guardado el silencio más absoluto, he recibido acaso la respuesta menos equívoca y más lisonjera. Pero no avancemos sucesos y tomemos la cosa de más arriba.

Usted se acordará de que mis pasos eran espiados; pues he querido que este medio escandaloso procurase la edificación pública, y vea lo que hice. Encargué a mi confidente que buscase en las cercanías algún desvalido que tuviese necesidad de socorros, comisión ésta que no era difícil de cumplir. Ayer, después del mediodía, me informó que en la mañana de hoy debían embargarse los muebles de una familia entera que no podía pagar las contribuciones. Me aseguré de que no hubiese en esta familia ninguna mujer soltera o casada que por su belleza pudiese hacer sospechosa mi acción, y cuando estuve bien cierto de que no era así, declaré mi proyecto a la hora de cenar de ir al día siguiente a cazar. Llegando aquí debo hacer justicia a mi presidenta, pues sin duda sintió algún remordimiento por las órdenes que había dado, y no teniendo bastante fuerza para vencer su curiosidad, la tuvo, sin embargo, para contrariar mi designio. Debía hacer un calor excesivo, me exponía a caer enfermo, no mataría nada, y me cansaría en vano. Durante este diálogo, sus ojos, que hablaban tal vez más de lo que ella quería, daban a entender que deseaba que yo tuviese por buenas sus malas razones. Yo no traté ni un solo momento de rendirme a ellas como usted puede pensar, y aun resistí a una pequeña sátira contra la caza y los cazadores, y a una tintura de mal humor que oscureció durante toda la noche aquel semblante celestial. Temí por un momento que revocase sus órdenes y que su delicadeza me fuese funesta. mas en esto no calculaba la curiosidad de una

mujer, y por tanto me engañé. Mi criado me tranquilizó aquella misma noche y me acosté satisfecho.

Al rayar el día me levanté y partí. No había andado unos cincuenta pasos fuera de la casa, cuando veo que un espía me sigue. Empiezo mi caza, y marcho atravesando los campos hacia el lugar donde me había propuesto ir, sin otro placer que el de hacer correr bien al tunante, que, atreviéndose a dejar la ruta, hacía a menudo a toda carrera triple camino que yo. A fuerza de querer ejercitar sus piernas yo mismo me sentí cansado, y para reposarme sentéme al pie de un árbol. ¿Creería usted que tuvo la insolencia de encubrirse tras de unas matas y venir a sentarse a veinte pasos de mí? Estuve tentado de encajarle un tiro, que aunque sólo de perdigones hubiera bastado para darle una lección sobre los peligros de la curiosidad. Pero, afortunadamente para él, me acordé de que era útil y necesario a mi proyecto.

En fin, llego al lugar y veo que hay rumor; me adelanto, pregunto y me refieren el hecho. Hago llamar al recibidor, y cediendo a mi generosa compasión, pago noblemente cincuenta y seis libras, por cuya suma entregaban cinco personas a un lecho de paja y a la desesperación. Después de una acción tan sencilla, no puede usted imaginarse qué coro de bendiciones se oía alrededor de mí de parte de los asistentes, qué lágrimas de gratitud corrían de los ojos del anciano de esta familia, y hermoseaban su rostro patriarcal, que un momento antes la impresión feroz de la desesperanza hacía verdaderamente horrible.

Examinaba este espectáculo atentamente, cuando otro paisano más joven, y que conducía por la mano una mujer y dos niños, adelantándose hacia mí a paso precipitado y les dijo: "Arrojémonos todos a los pies de esta imagen de Dios", y al instante me vi rodeado de aquella familia prosternada a mis rodillas. Confieso mi debilidad: mis ojos se llenaron de lágrimas y sentí interiormente un involuntario pero delicioso movimiento. Quedé admirado al ver el placer que se experimenta haciendo el bien, y casi creo que los que nosotros llamamos personas virtuosas no tienen tanto mérito como se nos dice. Sea lo que fuere, he hallado justo el pagar a esta pobre familia el gusto que acababa de causarme. Había llevado aquel día diez luises y se los di. Comenzaron otra vez los agradecimientos, mas no ya tan expresivos: lo necesario había producido el verdadero efecto.

Lo demás era una sencilla demostración de reconocimiento y de admiración producida por un don excesivo y superfluo.

Entre tanto, en medio de las bendiciones parleras de esta familia no dejaba yo de parecerme bastante al héroe de un drama en la escena del desenlace. Note usted que en aquel montón de gente se encontraba mi espía. Mi fin estaba logrado, y así me desprendí de todos y volví a la quinta.

Estoy contento de mi invención, que tan bien he calculado. Esa mujer merece sin duda la pena. Será lo que en su día haré vale para con ella, y habiéndola en cierto modo pagado de antemano tendré derecho de disponer de ella a mi capricho sin reconvenciones que hacerme.

Se me olvidaba decirle que por sacar partido de todo he rogado a aquellas buenas gentes que pidan a Dios por que se logren mis deseos.
Va usted a ver si no los he conseguido ya en parte . . .

Pero avisan que está servida la cena, y sería luego tarde para que partiese la carta si no la cerrase ahora. Lo demás, pues, por el correo siguiente. Lo siento porque lo restante es lo mejor. Adiós, mi bella amiga.
Usted me priva un momento del placer de ver a mi querida.

En..., a 20 de agosto de 17...

CARTA XXII

LA PRESIDENTA DE TOURVEL A LA SEÑORA DE VOLANGES

Muy señora mía: Tendrá usted sin duda gusto en saber un rasgo del señor de Valmont, que contrasta mucho, en mi concepto, con aquellos con que se le ha representado.

¡Es tan penoso el pensar desventajosamente de cualquier cosa que sea, y tan sensible no encontrar sino vicios en aquellos que tendrían todas las cualidades necesarias para hacer amar la virtud! En fin usted gusta tanto de emplear la indulgencia que es obligarla el oírsele motivos para corregir un juicio demasiado riguroso. El señor de Valmont me parece que tiene fundamento para esperar ese favor y casi diré esa justicia: y vea por qué lo pienso.

Esta mañana ha dado uno de aquellos paseos que podían hacer sospechar que tenía algún proyecto en estas cercanías, idea que usted mismo tuvo y que me acuso de haber adoptado con demasiada ligereza.
Felizmente para él, y sobre todo para nosotros, pues nos impide ser injustos, uno de mis criados debía ir hacia la misma parte[10], y de este modo mi curiosidad, reprensible pero feliz, ha quedado satisfecha.
Nos ha contado que Valmont, habiendo hallado en el lugar de... una familia numerosa a quien se le estaban vendiendo los muebles porque no había pagado los impuestos, no sólo se apresuró a pagar por aquellas pobres gentes, sino que además les dio una suma bastante considerable. Mi criado ha sido testigo de esta acción generosa, y me ha contado también que los aldeanos, hablando entre ellos y con él, habían dicho que un criado, que han designado, y el mío piensa que es el de Valmont, había tomado ayer informes en el mismo lugar acerca de los vecinos que podían tener necesidad de auxilios. Siendo así, ya no es sólo una compasión pasajera determinada por la circunstancia, es un proyecto decidido de hacer el bien, es una beneficencia cuidadosa, es la virtud más hermosa de las almas bellas; pero sea puro azar o proyecto, es una acción honrada y loable, y que al oírla me ha enternecido hasta hacerme derramar lágrimas.
Añadiré además, y siempre para hacerle justicia, que cuando le he hablado de esta acción, de la cual no decía una palabra, comenzó por negarla, y cuando la admitió parecía darle tan poco valor, que su modestia redoblaba su mérito.

Ahora, dígame usted, mi respetable amiga: ¿el señor de Valmont es en efecto un libertino incorregible? Si no es otra cosa y se conduce así, ¿qué les queda por hacer a los hombres de bien? ¡Cómo! ¿Los malvados partirían con los buenos el placer sagrado de la beneficencia? ¿Dios permitiría que una familia virtuosa recibiese de la mano de un pícaro los socorros de que ella daría gracias a su divina Providencia? ¿y podría complacerse en oír a sus labios puros echar bendiciones a un réprobo?
No, quiero mejor creer que sus errores, aunque de larga duración, no son eternos y no puedo pensar que quien hace el bien sea enemigo de la virtud. El señor de Valmont es sólo acaso un ejemplo más del peligro que suelen tener las amistades. Me detengo en esta idea que me agrada. Si por una parte puede servir para justificarle con usted, por otra me hace apreciar más y más la tierna amistad que me une con usted para toda la vida.

Tengo el honor de ser, etc.

---

[10] La señora de Tourvel no se atreve a decir que iba por orden suya.

P. D. La señora de Rosemonde y yo vamos en este momento a ver también a la familia desgraciada y a unir nuestros socorros tardíos a los de Valmont. Haremos que nos acompañe y por lo menos daremos a estas buenas gentes el gusto de que vuelvan a ver a su bienhechor. Esto es creo, lo único que nos ha dejado por hacer.

En..., a 20 de agosto de 17...

CARTA XXIII

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Llegaba en mi última carta al punto en que regresé a la quinta, y vuelvo a tomar el hilo de mi cuento.

No tuve tiempo sino para vestirme de prisa, y salí a la sala, en donde mi hermosa estaba bordando, mientras el cura del lugar leía la Gaceta a mi anciana tía. Fui a sentarme junto al bastidor. Unas miradas más dulces que de ordinario, y casi acariciadoras, me advirtieron muy luego que el criado había ya dado cuenta de su comisión. En efecto, mi amable curiosa no pudo guardar más tiempo el secreto; y sin temor de interrumpir al venerable sacerdote, cuyo tono parecía no obstante el de un sermón, exclamó: "Yo también tengo una noticia que dar". Y en seguida contó mi aventura con una exactitud, que hacía honor a su historiador.
Ya piensa usted como desenvolvería yo mi modestia; pero, ¿quién sería capaz de detener a una mujer que, sin sospecharlo, hace el elogio del que ama? Tomé, pues, el partido de dejarla hablar. Diríase que predicaba el panegírico de un santo.

En el ínterin yo observaba, no sin esperanza, todo lo que mi amor podía prometerse de su semblante animado, de sus movimientos ya más francos, y, sobre todo, del metal de su voz que, con su alteración sensible, descubría la emoción de su alma. Apenas acabó de hablar: "Ven, sobrino mío, ven que te abrace", me dijo la señora de Rosemonde. Comprendí al instante que la linda predicadora no podría evitar el ser abrazada también; quiso escaparse, pero pronta se halló entre mis brazos; y lejos de tener fuerza para resistir, apenas le quedó la

de sostenerse. Cuanto más observo a esta mujer tanto más apetecible me parece. Se dio prisa a volver a su bastidor, y afectó para todos reanudar su bordado; mas yo me percaté bien de que el temblor de su mano no le permitía seguir trabajando.

Después de comer, las damas quisieron ir a ver a los desgraciados que yo había socorrido tan piadosamente y fui acompañándolas. Excuso a usted el fastidio de esta segunda escena de reconocimiento y elogios; mi corazón, impelido por un recuerdo delicioso, se apresura a referir el momento de la vuelta a la quinta. Ocupado enteramente de hallar los medios para aprovecharse del efecto producido por el suceso de aquel día yo continuaba guardando el mismo silencio. Sólo la señora de Rosemonde hablaba, pero no lograba de nosotros sino respuestas cortas y pocas. Debimos aburrirla: tal era mi fin y lo alcancé. Así es que, al bajar del coche, se entró en su cuarto y me dejó a solas con mi hermosa en un salón poco alumbrado, agradable oscuridad que da aliento al amor tímido.

No tuve el trabajo de dirigir la conversación al punto que yo quería. El fervor de la amable predicadora me sirvió mejor que lo hubiera podido mi maña.

"Cuando se tienen tantas disposiciones para hacer el bien, me dijo ella fijando en mí sus dulces ojos, ¿cómo puede pasarse la vida haciendo el mal?

"No merezco, le respondí, ni ese elogio ni esa censura, y no concibo que con tanto talento como usted tiene no me haya comprendido todavía.

"Aunque mi confianza pueda serme nociva con usted, la merece demasiado para que pueda negársela. Hallará usted el principio de mi conducta en un carácter demasiado fácil. Por desgracia, cercado de gentes sin costumbres, he copiado sus vicios y acaso he puesto cierto amor propio en aventajarlos. Del mismo modo seducido aquí por el ejemplo de las costumbres, sin la esperanza de igualar a usted, he ensayado, al menos, el imitarla. ¡Ah! tal vez la acción que tanto alaba hoy en mí le parecería sin mérito ninguno si supiese su verdadero motivo (vea, mi bella amiga, cuán cerca andaba de decir verdad). No deben a mí aquellos desgraciados el auxilio que han recibido. En lo que mira usted una acción loable, he buscado sólo un medio de agradar. No era yo en fin, puesto que he de decirlo, sino un débil agente de la divinidad a quien adoro (aquí intentó interrumpirme, pero no le di tiempo). En este mismo instante mi secreto se escapa sólo por debilidad mía. Me había propuesto firmemente callarlo, y hallaba mi delicia en tributar a las virtudes de usted, no menos que a su hermosura, un culto puro que hubiera usted ignorado siempre; pero incapaz de engañar cuando tengo a la vista el ejemplo del candor, no habré de echarme en cara un culpable disimulo.
No crea que la ultrajo fundando esperanzas criminales. Seré desgraciado, lo sé; pero mis sufrimientos me serán agradables, y me probarán la violencia de mi amor; depondré a sus pies y en su seno mis quebrantos. Ahí tomaré fuerzas para sufrir de nuevo; en ellos hallaré la bondad más compasiva y me creeré consolado porque usted me habrá compadecido. ¡Oh belleza que adoro! escúcheme, tenga piedad de mí, socórrame. Al decir esto me había arrojado a sus pies y apretaba sus manos con las mías. Pero ella las retiró, y llevándolas a los ojos dijo con tono de una mujer afligidísima: "¡Ay desdichada!" y luego se deshizo en llanto. Por fortuna yo me había abandonado de tal modo que también lloraba, y volviendo a coger sus manos las bañé de lágrimas. Esta precaución era muy necesaria, porque ella estaba tan preocupada de su pena, que no se habría percatado de la mía si no hubiera yo empleado este medio de advertirla. Gané con esto, además de considerar a mi placer aquel rostro encantador, hermoseado con el poderoso atractivo de las lágrimas. Mi cabeza se exaltaba, y era ya tan poco dueño de mí mismo, que estuve tentado de aprovechar del momento.

¿Cuánta es, pues, nuestra debilidad? ¿Cuánto el imperio de las circunstancias; pues que yo mismo, olvidando mi proyecto, he arriesgado el perder por una victoria prematura el encanto

de un largo combate y los pormenores deliciosos de una penosa conquista; seducido por el deseo de un joven sin experiencia, pensé exponer al vencedor de la señora de Tourvel a no recoger como fruto de su trabajo sino la insípida ventaja de haber logrado una mujer más? ¡Ah! ríndase enhorabuena, pero después de combatir; sin fuerzas para vencer, téngalas para resistir, saboree a placer la sensación de su debilidad y véase obligada a convenir en que ha sido rendida. Dejemos al cazador furtivo matar al ciervo por sorpresa, al noble cazador debe forzarle, rendirle. Mi plan es sublime, ¿verdad? Pues tal vez ahora estaría yo sintiendo el no haberlo seguido si el azar no hubiese ayudado a mi prudencia.

Oímos ruido hacia el salón. La señora de Tourvel, asustada, se levantó precipitadamente, tomó un candelero y salió. Preciso era dejarla. Era sólo un criado. Entonces la seguí; pero apenas di unos pasos, sea que me reconociera, sea por un vago sentimiento de terror apresuró la marcha y se arrojó más que entró en sus habitaciones. Allá iba yo. Pero la llave estaba por dentro. Claro que no llamé. Hubiérale sido muy fácil resistir. Tuve, sí, la feliz idea de mirar por la cerradura y vi a esta mujer adorable arrodillada, bañada en lágrimas y orando con fervor. ¿A qué Dios osará invocar que algo pueda contra el amor? En vano busca ya extraño socorro; yo soy el dueño de su suerte.

Creyendo haber hecho bastante en un día, me retiré a mi cuarto y me puse a escribir a usted. Creí volverla a ver a la hora de la cena, pero mandó a decir que estaba indispuesta y se acostaba. La señora de Rosemonde quiso subir a su aposento pero la maliciosa enferma pretextó una jaqueca que no le permitía ver a nadie. Bien supone usted que la velada fue corta y que yo tuve también mi jaqueca. Ya en mi habitación, le escribí una larga carta quejándome de su rigor y me acosté con el proyecto de dársela mañana. Dormí mal, como verá usted por la fecha de esta carta. Me levanté y volví a leer mi epístola. He visto que me descuidé un tanto y que muestro más entusiasmo que amor, más enfado que tristeza. Será preciso rehacerla, pero estando más tranquilo.

Advierto el amanecer y espero que su frescura me hará conciliar el sueño. Voy a acostarme, y sea cual fuere el imperio de esta mujer sobre mí, le prometo no ocuparme tanto de ella que no me quede tiempo de pensar en usted. Adiós, mi hermosa amiga.

En?, a 20 de agosto de 17?

CARTA XXIV

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA PRESIDENTA DE TOURVEL

Por compasión, señora, sírvase usted de calmar mi agitación extrema, dígnese indicarme lo que debo esperar o temer; colocado entre el exceso de la dicha o del infortunio, la incertidumbre es un martirio cruel.
¡Ah! ¿por qué le he hablado? ¿Por qué no he tenido fuerza para resistirme al imperioso encanto que arrancó mi pensamiento? Contento en adorarla callando, gozaba por lo menos de mi amor, y este puro sentimiento que entonces no turbaba la imagen de la pena de usted, bastaba para labrar mi felicidad; pero esta fuente de placer se ha convertido en manantial de desesperación, desde que he visto correr sus lágrimas, desde que he escuchado aquel cruel "¡Ay desdichada!" Esas dos palabras, señora, resonarán largo tiempo en mi corazón. ¿Por qué fatalidad el más dulce de los sentimientos no puede inspirarla sino terror? ¿Qué teme usted? ¡Ay! no es experimentarle como yo; pues su corazón, que he conocido mal, no está hecho para amar. El mío, que usted calumnia sin cesar, es el único sensible; el suyo es aún despiadado. Si no fuese así, no habría negado una palabra de consuelo a un infeliz que le

contaba sus penas, no se habría usted ocultado a su vista, cuando es su único placer mirarla, no se habría burlado cruelmente, haciéndole anunciar que estaba indispuesta, sin permitirle ir a informarse de su estado; habría entonces sabido que esta misma noche, que para usted no eran sino doce horas de reposo, iba a ser para él un siglo de tormentos.

¿Por dónde, dígame, he merecido ese rigor que me desespera? No temo el hacer a usted misma mi juez. ¿Qué he hecho sino ceder a un sentimiento involuntario, inspirado por la belleza y justificado por la virtud, contenido por el respeto, y cuya inocente declaración fue un efecto de confianza y no de esperanzas culpables? ¿Desatenderá acaso esta confianza que parecía permitirme y a la cual me he entregado sin reserva? No, no lo puedo creer; eso sería suponer en usted una falta, y mi corazón se indigna con la idea de hallar en usted una sola; desmiento mis reconvenciones, que he podido escribir, mas no pensar. ¡Ah! déjeme creerla perfecta, puesto que es el único placer que me queda. Pruébeme que lo es, en efecto, siendo generosa conmigo. ¿Qué desgraciado ha socorrido usted que lo necesite tanto como yo? No me abandone en el delirio en el que usted misma me tiene sumergido. Présteme su razón, pues me ha privado de la mía y después de haberme corregido, ilumíneme para perfeccionar su obra.

No quiero engañarla. Jamás podrá usted vencer mi amor; pero me enseñará a regirlo, y guiando mi conducta y dictando mis discursos me evitará, por lo menos, la desgracia de haberla de desagradar. Disipe, sobre todo, este temor que me desola; dígame que me perdona y se conduele de mí; asegúreme, en fin, que me mira con indulgencia. No tendrá usted tanta como yo quisiera, pero reclamo al menos la que necesito; ¿me la negará?

Adiós, señora, reciba con bondad mis obsequios, que no disminuyen nada del respeto que le tengo.

En..., a 20 de agosto de 17...

CARTA XXV

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DEMERTEUIL

He aquí el boletín de ayer.

A las once entré en la habitaciones de la señora de Rosemonde, y bajo sus auspicios fui introducido al cuarto de la fingida enferma, que estaba todavía en cama. Tenía los ojos muy abatidos; espero que habrá dormido tan mal como yo. Aproveché de un momento en que la señora de Rosemonde se había separado un poco, para dar mi carta. No quiso tomarla, pero yo la dejé encima de la cama y fui con toda cortesía a traer el sillón de mi anciana tía, que deseaba estar cerca de su querida enferma; con lo que fue necesario que ésta ocultase la carta para evitar el escándalo. La enferma dijo mal a propósito que creía tener un poco de fiebre, y la señora de Rosemonde me suplicó le tomara el pulso, alabando mucho mis conocimientos de medicina. Mi hermosa tuvo el doble pesar de verse obligada a entregarme su brazo y saber que su pequeña mentira iba a ser descubierta. Tomé efectivamente su mano con una de las mías y pasé la otra por su brazo fresco y torneado. La maliciosa enferma no dijo nada, lo cual me hizo decir al retirarme: "No advierto la más ligera emoción." Sospechaba que sus miradas debían ser severas y para castigarla, no me cuidaba de observarlas. Un momento después dijo que quería levantarse y la dejamos sola. Vino a la comida, que fue triste, y declaró que no iría al paseo; era como decir que no tendría yo ocasión de hablarla.
Comprendí bien que era aquel el momento en que yo debía lanzar un suspiro o una mirada

dolorida y sin duda ella lo esperaba, pues fue el único instante del día en que yo me encontré con sus ojos. Por más honesta que sea tiene sus mañitas como cualquiera. Encontré un momento para preguntarle si había tenido la bondad de informarse de mi suerte y quedé un poco admirado de oír que me respondía: "Sí, señor, he escrito a usted." Tenía vivos deseos de conocer su carta. Pero sea también malicia, torpeza o timidez, no me la dio sino por la noche, cuando se retiraba a su cuarto. Adjunta la envío a usted; léala y juzgue; vea con qué insigne falsedad asegura que no siente amor, cuando estoy cierto de lo contrario; luego se quejará si la engaño después y no teme ella engañarme de antemano. Mi querida amiga, el hombre más diestro puede cuando más equipararse a la mujer más verídica. Será preciso, sin embargo, fingir que se cree toda esta charla y desesperarse, porque agrada a la señora hacer la cruel. ¿Cómo es posible no vengarse de tales infamias?...
Paciencia... Pero, adiós, pues tengo mucho que escribir todavía.
A propósito, devuélvame la carta de la señora inhumana; es posible que más adelante quiera que se dé valor a tales miserias y es preciso hallarse en regla.

No hablo a usted de la jovencita Volanges; hablaremos de ella el primer día.

De la quinta de..., el 22 de agosto de 17...

CARTA XXVI

LA PRESIDENTA DE TOURVEL AL VIZCONDE DE VALMONT

Muy señor mío: Sin duda no hubiera visto usted carta mía, si la conducta necia que tuve anoche, no me forzase hoy, a entrar en explicaciones. Sí, señor, he llorado, lo confieso; puede ser también que se me hayan escapado las dos palabras que tiene usted tanto cuidado de citarme. Todo lo ha notado usted, las lágrimas y las palabras. Es necesario, pues, explicarlo todo. Acostumbrada a no inspirar sino sentimientos honrados, a no oír sino discursos que pueda escuchar sin sonrojarme, a gozar, por consiguiente, de una seguridad que me atrevo a decir que merezco, no puedo ni disimular ni impedir las impresiones que siento. La admiración y perplejidad en que me pone el proceder de usted, yo no sé qué temor inspirado por un situación en que creí no haber tenido que hallarme jamás; tal ve la idea repugnante de verme confundida con las mujeres que usted desprecia y tratada tan ligeramente como ellas, todas estas causas reunidas han provocado el llanto que ha visto usted y han podido hacerme decir (creo que con razón) que era desdichada. Esta expresión que halla usted tan fuerte, sería, seguro, demasiado débil aún, si mis lágrimas y mis palabras hubiesen provenido de otro motivo. Si en vez de desaprobar unos sentimientos que deben ofenderme, hubiese temido el acogerlos. No, señor, no tengo este miedo; y si lo tuviese huiría cien leguas de usted; iría a llorar a un desierto la desgracia de haberlo conocido. Acaso, a pesar de la certeza que tengo de que no le amo y de que no le amaré nunca, hubiera hecho mejor en seguir los consejos de mis amigos y no haberlo dejado acercarse jamás a mí. He creído, éste es mi único yerro, que usted respetaría a una mujer honrada, que no deseaba sino ver en usted la misma calidad y hacerle justicia, que lo defendía cuando la ultrajaba ya con sus intenciones criminales. No me conoce usted, no señor, no me conoce. De otro modo no hubiera creído poder fundar sus pretendidos derechos en sus mismas faltas: porque usted me ha dicho proposiciones que yo no debía haber escuchado. No se hubiera creído autorizado a escribir una carta que yo no debía leer; y ahora me pide que yo guíe su conducta y dicte sus discursos. Pues bien el silencio y el olvido son los consejos que me cumple dar a usted y a usted el seguirlos. Entonces tendrá derecho a mi indulgencia y aún dependería de usted tenerle a mi reconocimiento... Pero yo no pediré nada a quien me ha faltado al respeto. No daré más prueba de confianza a quien ha abusado de mi seguridad. Usted me fuerza a temerle y acaso a detestarle. Yo no le quería; no deseaba ver en usted sino un sobrino de mi más respetable amiga y oponía la voz de la

amistad a la voz pública que le acusaba. Usted ha destruido todo, y, lo veo, no querrá reparar nada.

Me limitó a declararle, caballero, que sus sentimientos me ofenden, que su declaración me ultraja y, sobre todo, que, lejos de llegar a acogerlos un día, usted me obligaría a no verlo jamás, si no se impusiese en este punto el silencio que me parece tengo derecho de esperar y aun de exigir. Incluyo en esta carta la que me ha escrito y espero que también tendrá la bondad de volverme la mía. Sentiría mucho que subsistiesen trazas de un lance que no debía haber ocurrido jamás.

Quedo de usted, etc.

En..., a 21 de agosto de 17...

CARTA XXVII

CECILIA VOLANGES A LA MARQUESA DE MERTEUIL

¡Oh, mi Dios! Qué buena es usted, señora; cómo ha comprendido que me sería más fácil escribirle que hablarle. A la verdad, lo que tengo que decirle cuesta tanto y es tan difícil. ¡Oh, sí, mi excelente amiga! Voy a procurar no tener miedo. Además, tengo necesidad de usted y de sus consejos. Estoy apesadumbrada. Me parece que todos adivinan lo que pienso y cuando él está allí me sonrojo, si alguno me mira. Ayer cuando me vio llorar era que quería hablar con usted; llego no sé qué me lo impidió. Más tarde me preguntó lo que tenía; saltáronseme las lágrimas a pesar mío, y no hubiera podido decir una palabra. Si no es por usted nadie iba a notarlo, y ¿qué hubiera sido de mí? Vea usted mi vida de cuatro días a esta parte.

Aquel mismo día, voy a decírselo, aquel mismo día fue cuando me escribió el caballero Danceny. Le aseguro que cuando encontré su carta no sabía absolutamente lo que significaba. Pero por no mentir, no puedo decir que no haya tenido mucho placer al leerla. Preferiría tener pesar toda mi vida a que no me la hubiese escrito. Yo sabía bien que no debía decírselo y puede usted estar cierta de que le he dicho que lo sentía mucho. Él dice que no podía resistir y lo creo, porque yo no quería responderle y no he podido contenerme. ¡Oh! no le he escrito sino una vez y fue en parte para prevenirle que no volviese a hacerlo. A pesar de eso, él continúa escribiéndome, y como yo no le respondo, veo que está triste y esto me aflige mucho. No sé qué hacer ni qué partido tomar y en realidad soy bien digna de lástima. Dígame, señora, por Dios ¿habría mal en que yo le respondiese de tiempo en tiempo, solamente hasta que él tomase el partido de no escribirme más? pues en cuanto a mí, si esto continúa, no sé en lo que pararé. No sabe usted lo que he llorado al leer su última carta. Estoy segura de que si no le respondo, ambos tendremos gran pesar.

Voy a enviarle a usted su carta, o a lo menos, una copia. Por ésta juzgará y verá que no es nada malo lo que pide. Si usted halla que no se debe hacer, yo le prometo de abstenerme. Creo que pensará como yo, pues no hay nada en ello. Permítame, señora, que le haga una pregunta. Me han dicho que es malo amar a alguno ¿y por qué? Lo que hace que yo se lo pregunte es que Danceny me dice que no es malo y que casi todo el mundo ama. Si fuese así, ¿por qué yo sola debería contenerme? ¿O sólo es un mal para las solteras? He oído a mamá misma decir que la señora D... ama al señor M... y no hablaba como de cosa que fuese mal hecha.
Estoy cierta de que si sospechase la amistad que tengo a Danceny, se enfadaría. Me trata como a una niña y no me dice nada. Creía que al sacarme del convento era para casarme y ahora me parece que no es así. No me cuido de ello, se lo aseguro; pero como usted es tan

amiga, tal vez sepa lo que hay en esto.

Mi carta va bien larga, señora, mas, ya que usted me ha permitido que la escriba, me aprovecho para referírselo todo y cuento con su amistad.
Quedo de usted, etc.

París, a 23 de agosto de 17...

CARTA XXVIII

EL CABALLERO DANCENY A CECILIA VOLANGES

¿Con que usted rehúsa siempre responderme? Señorita, ¿Nada puede reducir a usted y los días pasan sin que se realice la esperanza que había podido concebir? ¿Qué especie de amistad existe entre nosotros, según conviene usted misma? Si no basta ni aun para hacerle sentir mi pesar. Usted está fría y tranquila mientras a mí me devora un fuego que no puedo extinguir. Lejos de inspirarle confianza, ni siquiera hace que tenga usted compasión. Su amigo sufre y usted no hace nada para socorrerlo. Le pido una palabra y usted me la niega. No quiere ser ingrata, me decía ayer; ¡ah! créame, señorita, querer pagar el amor con la amistad no es temer la ingratitud. Entre tanto, yo no me atrevo a hablarle de un sentimiento que no puede menos de molestarla. Si no le interesa es preciso que cuide de encerrarlo en mi pecho mientras hallo el modo de vencerle. Convengo en que me serví dificilísimo y tendré necesidad de emplear todo mi esfuerzo: pero me valdré de todos los medios; uno hay que me costará más que los otros: el decirme a menudo que su alma es insensible. También haré por verla menos, para lo cual buscaré un pretexto plausible.

¿Mas, qué digo? ¡Perder la dulce costumbre de verla todos los días! ¿Una desgracia eterna ser el premio del amor más puro? Usted lo había querido así. Usted lo había causado. ¡Con qué placer hubiera hecho el juramento de no vivir más que para usted! Pero usted no lo quiere admitir; su silencio me indica bastante que su corazón no siente nada en favor mío. En él se contiene la prueba más segura de la indiferencia y el modo más cruel de anunciármelo. Adiós, señorita. No me atrevo ya a esperar una respuesta. Un amante la hubiera escrito con ansia, un amigo con placer, una persona compasiva con complacencia; pero la compasión, la
amistad y el amor son cosas que su corazón desconoce.

En..., a 23 de agosto de 17...

CARTA XXIX

CECILIA VOLANGES A SOFÍA CARNAY

Ya te decía bien, Sofía, que hay ocasiones en que es lícito escribir y te aseguro que me arrepiento mucho de haber seguido tu parecer que ha causado tanta pena al caballero Danceny y a mí misma. Prueba de que tengo razón es que la señora de Merteuil, que es mujer que lo entiende bien, ha acabado por pensar como yo. Le he declarado todo, y aunque al principio respondió como tú, cuando le expliqué la cosa ha convenido en que el caso es diferente; sólo exige que le muestre todas mis cartas y las del caballero Danceny a fin de estar segura de que no diré sino lo que convenga. Por con- siguiente, estoy tranquila. ¡Cuánto quiero a la señora de Merteuil! ¡es tan buena! Es una señora muy respetable, por lo tanto no hay nada que decir.

¡Cómo voy a escribir ahora a Danceny! ¡qué contento se va a poner!
Más de lo que cree, pues hasta hoy no he hablado sino de mi amistad y él ha querido siempre que yo dijese mi amor. Yo creo que es lo mismo, pero en fin, no me atrevía. Él lo exigía absolutamente. Le he dicho a la señora de Merteuil y ha dicho que tenía razón y que no se debe confesar el amor sino cuando no se puede hacer menos. Yo voy viendo que no podré resistir por más tiempo pero en fin, es lo mismo y esto le agradará más.

La señora de Merteuil me ha dicho también que me prestará libros que hablan de todo eso, en los cuales aprenderé a escribir mejor que ahora; me advierte todos mis defectos; esto prueba que me quiere. Sólo me ha recomendado no diga nada a mamá de los tales libros porque eso tendría aire de haber descuidado mi educación y por lo tanto se enfadaría. ¡Oh! no le diré nada.

Es, sin embargo, muy extraordinario que una mujer que casi no es parienta mía, cuide más de mí que mi madre. También ha pedido a ésta permiso para llevarme mañana a su palco de la ópera. Allí me ha dicho, estaremos solas, hablaremos de mi casamiento, pues dice es cierto que voy a casarme; pero no hemos podido habla más. ¿Por qué mi madre no me dice nada sobre este particular?

Adiós, mi Sofía; voy a escribir al caballero Danceny. Estoy loca de contento.

En..., a 24 de agosto de 17...

CARTA XXX

CECILIA VOLANGES AL CABALLERO DANCENY

Muy señor mío: En fin, consiento en escribirle y asegurarle de la amistad, del amor que le

tengo, pues sin esto usted sería desgraciado. Dice usted que no tengo corazón. Le aseguro que se engaña. Espero que ahora no tendrá duda alguna. ¿Cree acaso que no he sufrido yo también?
Mas por cuanto hay en el mundo no quiero hacer una cosa mala y aun jamás hubiese confesado mi amor si hubiese podido contestarme; pero su tristeza me causa demasiada pena. Espero que usted nunca estará ya triste y que vamos a ser dichosos.

Cuento con verlo esta noche y espero que vendrá temprano, aunque nunca será tanto como yo lo deseo. Madre cena en casa y creo que le propondrá quedarse para acompañarla. Espero no estará usted comprometido como antes de ayer. ¿Era tan agradable la cena a que iba cuando se despidió tan temprano? No hablemos más de esto. Ya sabe usted que le amo. Estemos junto el mayor tiempo posible. Siento mucho que esté triste todavía en este momento; pero no lo puedo remediar. Cuando llegue diré que deseo tocar el arpa a fin de que usted reciba mi carta. No puedo hacer más.

Quede con Dios, caballero mío, le amo de todo corazón, y cuanto más se lo diga más contenta estoy. Espero que también lo estará usted.

En..., a 24 de agosto de 17...

CARTA XXXI

EL CABALLERO DANCENY A CECILIA VOLANGES

Sí, señorita, sin duda alguna seremos felices. Mi dicha es cierta, pues usted me ama, y la de usted no acabará jamás si debe durar tanto como el amor que me ha inspirado. Usted me ama y no teme ya asegurarlo.
¡Cuanto más me lo dice más contenta está! Después de haber leído aquel delicioso amo a usted, escrito por su mano, he oído a su hermosa boca la confirmación de esto mismo y le he visto fijar en mí esos hermosísimos ojos que la expresión de ternura embellecía; he recibido su juramento de no vivir sino para mí. ¡Ah! reciba usted el mío de consagrar mi vida entera a labrar su felicidad; recíbalo usted y esté segura de que no lo quebrantaré.

¡Qué día tan dichoso hemos pasado ayer! ¡Ah! ¿por qué la señora de Merteuil no tiene siempre un secreto qué decir a su madre de usted? ¿Por qué es preciso que la idea de las contrariedades que hemos de experimentar venga a turbar el recuerdo delicioso que me ocupa? ¿Por qué no he de poder tomar continuamente la bonita mano que me ha escrito: amo a usted, cubrirla de besos y vengarme así de que usted me haya negado un favor más grande?

Dígame, Cecilia mía, cuando entró su madre de usted, cuando su presencia nos obligó a moderar nuestras miradas, cuando ya no pudo usted consolarme, asegurándome su amor, de haber rehusado darme pruebas de él, ¿no ha tenido pesar?; ¿No ha dicho para sí: "Un beso le hubiera hecho más feliz y yo le he negado esa dicha?"
Prométame, adorada prenda, que en la primera ocasión será menos severa. Con esta promesa hallaré fuerzas para soportar las contrariedades que las circunstancias nos preparan, y la privación cruel será mitigada a lo menos con la certeza de que usted lo siente como yo.

Adiós, mi amable Cecilia. Llega la hora en que debo ir a su casa. Me fuera imposible cesar si no fuese para ir a verla.

Quede usted con Dios, usted a quien tanto amo y a quien amaré toda mi vida, y siempre más y más.

En..., a 25 de agosto de 17...

CARTA XXXII

LA SEÑORA DE VOLANGES A LA PRESIDENTA DE TOURVEL

¡Está usted, pues, empeñada en que yo crea que Valmont es virtuoso!
Confieso que no lo podré jamás, y que tendré tanta dificultad en creerlo honrado por el hecho solo que me refiere usted, cuanta tendría en creer vicioso a un hombre reputado de bien, de quien se me cuente una falta. La humanidad no es perfecta en ningún género, ni en lo malo ni en lo bueno. El malo suele tener sus virtudes, como el hombre de bien sus debilidades. Me parece tanto más preciso que creamos esta verdad cuanto de ella depende el ser indulgente con los malos como con los buenos y hacer que éstos no se engrían y que los otros no se desanimen.
Usted hallará, sin duda, que yo olvido en este momento la indulgencia que predico; pero la miro como una debilidad peligrosa, cuando nos lleva a tratar de igual modo al vicioso y al honrado.

No me permitiré indagar los motivos que han dado lugar a la acción del señor de Valmont; quiero creer que habrán sido laudables como ella, ¿pero por eso ha pasado menos su vida en introducir en las familias la confusión, el deshonor y el escándalo? Escuche usted si gusta la voz del infeliz que ha socorrido, pero no le impida ésta oír los gritos de cien víctimas que ha sacrificado. Aun cuando no fuese como usted misma dice, sino un ejemplo del peligro de las amistades, ¿sería menos él mismo un amigo peligroso? ¿Usted le supone capaz de corregirse? Vamos adelante y supongamos realizado el milagro, ¿no existiría aún la opinión pública contra él y no bastaría esto a arreglar la conducta de usted? Dios sólo puede absolver en el instante del arrepentimiento; él sólo lee en los corazones; pero los hombres no pueden juzgar los pensamientos sino por las acciones, y ninguno, después de haber perdido la estimación de los otros, tiene derecho a quejarse de la desconfianza necesaria que hace aquella pérdida tan difícil de reparar. Piense, sobre todo, mi bella amiga, que algunas veces basta para perder dicha estimación, el afectar dar poca importancia; no llame usted injusticia esta severidad porque, fuera de que debe creerse que no se renuncia a un bien tan preciado cuando se tiene derecho a él, efectivamente está más cerca de obrar mal aquel a quien no contiene este freno. Tal sería, sin embargo, el aire que le daría a usted una relación íntima con el señor de Valmont, por más inocente que fuese.

Alarmada al ver la vehemencia con que lo defiende, me apresuro a satisfacer las objeciones que ya preveo. Me citará usted a la señora de Merteuil, a quien se le ha perdonado su trato con ese sujeto; me preguntará por qué la recibo en mi casa; me dirá quo lejos de ser desechado por las gentes honradas, está admitido y aun buscado por lo que se llama buena sociedad. Creo que puedo responder a todo esto.

Por de contado, la señora de Merteuil, sin duda muy estimable, no tiene tal vez otro defecto que el de confiarse demasiado en sus fuerzas; es parecida a un conductor hábil que gusta de regir a su carro entre rocas y precipicios, y a quien sólo el acierto justifica. A medida que va teniendo más experiencia, sus principios son más severos y no temo asegurar que en este punto pensaría como yo.

Por lo que a mí toca, no me justificaré más que las otra. Recibo, sin duda, al señor de Valmont y todo el mundo lo recibe. Pero esto es una inconsecuencia que debe aludirse a mil otras que rigen la sociedad. Usted sabe como yo que se emplea la vida en observarlas, en criticarlas y en prometerlas. El señor de Valmont, con un nombre ilustre, una gran riqueza y muchas

cualidades amables, ha conocido muy pronto que para dominar en la sociedad basta saber manejar con igual destreza el elogio y la sátira. Nadie le aventaja en ambas cosas; seduce con la una y se hace temer con la otra. Ninguno le estima, pero todos le acarician. Así vive en medio de un mundo que, más prudente que atrevido, prefiere contemplarle a combatirle.

Pero ni la misma señora de Merteuil ni ninguna otra mujer se atrevería a encerrarse en una casa de campo y casi a solas con un hombre semejante. Estaba reservado a la más prudente, a la más juiciosa de todas el dar este ejemplo de inconsecuencia; perdóneme esta palabra que deja escapar mi amistad. Su propia honradez vende a usted mi bella amiga, en la seguridad que le inspira. Piense que la juzgarán por una parte gentes frívolas que no creerán una virtud que no hallan en sí mismas y por otra malvados que afectarán no creerla para castigar a usted el haberla ejercido.

Considere que está haciendo en este momento lo que algunos hombres no osarían. En efecto, entre los jóvenes de quienes Valmont se ha hecho en demasía el oráculo, veo que los más cuerdos temen parecer íntimamente unidos con él, ¡y usted no le teme! ¡Ah! corríjase usted, corríjase. Yo se lo suplico. Si mis razones no bastan para persuadirla, ceda a mi amistad; ella me hace reiterar mis instancias y ella debe justificarlas. Usted la encuentra severa y yo deseo que sea inútil; pero quiero más que se queje usted de su demasiado celo que de su negligencia.

En..., a 24 de agosto de 17...

CARTA XXXIII

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT

Supuesto que teme usted lograr su fin, mi querido vizconde, supuesto que sólo quiere prestar armas contra sí mismo, y que desea menos vencer que combatir, nada tengo ya que decirle. La conducta de usted es un modelo de prudencia. Lo sería de necedad en la suposición contraria; y hablándole con franqueza, temo que se hace ilusión.

Lo que yo le reprocho no es el no haberse aprovechado del momento. Por una parte no veo con claridad a qué hubiese llegado; y por otra, sé muy bien, dígase lo que se quiera, que una ocasión malograda vuelve a encontrarse, mientras que un paso precipitado no tiene remedio.

Yo lo desafío ahora a que adivine hasta dónde puede esto conducirle.

¿Espera por ventura probar a esa mujer que debe entregarse? Me parece que eso debe ser en efecto una demostración de sensibilidad; y que para ser así, se trata de enternecer y no de razonar; pero ¿de qué serviría el enternecer con cartas, pues no se halla usted allí para aprovecharse? Aun cuando sus bellas frases produjesen el delirio del amor, ¿se lisonjea usted de que duraría bastante tiempo para evitar que la reflexión impidiese la declaración?

Piense en el que se necesita para escribir una carta, en el que pasa antes de ser entregada; este modo de conducirse puede salir bien con los niños, que cuando escriben amo a usted, no saben que dicen me rindo.

Hay además de esto otra observación que me admiro no haya hecho usted mismo, y es que nada hay tan difícil, en punto de amor, como escribir lo que se siente.

Quiero suponer que la presidenta no tiene bastante experiencia para apercibirse de ello; pero qué importa, el efecto no deja de faltar por eso.

Créame, vizconde; se le pide a usted que no vuelva a escribir, aproveche de esa prevención para reparar su falta, y espere a poder hablar.

¿Sabe usted que esa mujer es más fuerte de lo que yo creía? Su defensa es buena, y a no ser por lo largo de su carta y el pretexto que alega para entrar en materia en su frase de reconocimiento, no se hubiera descubierto de ningún modo.

Lo que también me parece que debe tranquilizarle sobre el acierto, es que usa muchas frases a la vez; preveo que las agotará en defensa de las palabras, y no le quedará fuerza para defenderse.

Devuélvole sus dos cartas, y si es usted prudente, serán las última hasta que llegue el momento feliz. Si fuese menos tarde, le hablaría de la joven Volanges, que adelanta bastante, y de quien estoy contenta. Creo que terminaré antes que usted, y debe darse por muy dichoso. Ceso por hoy.

En..., a 24 de agosto de 17...

CARTA XXXIV

EL VIZCONDE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Usted habla a las mil maravillas, mi bella amiga, pero, ¿por qué se fatiga tanto en probar lo que nadie ignora? Para adelantar rápidamente en cosas de amor, vale más hablar que escribir. Al decir esto se reduce, según creo, toda su carta. Y bien, esos son los más simples elementos del arte de seducir. Noto únicamente que hace usted una sola excepción de ese principio y que hay dos. A los niños que obran así por timidez y se rinden por efecto de ignorancia, se deben juntar las mujeres sabias que por amor propio caen en lazos de la vanidad. Por ejemplo, la condesa de B... que respondió sin dificultad a mi primera carta, no estaba entonces más enamorada de mí que yo de ella y sin duda que no vio sino una ocasión de hablar de un asunto que debía hacerle honor. Un abogado diría en el caso presente que ese principio no se aplica a la cuestión. Usted supone que soy libre de escoger entre escribir y hablar, y no es así. Desde el lance del día 29 mi inhumana, que está siempre a la defensiva, evita encontrarse conmigo, con una maña tal, que desconcierta la que yo empleo para lo contrario. Mis cartas le producen una pequeña guerra; pues no contenta con no responder a ellas, rehúsa también el recibirlas; para cada una es menester una nueva astucia, que no siempre sale bien.

Usted se acordará de qué modo sencillo entregué la primera. Para la segunda hallé la misma facilidad. Pidióme le devolviera su carta y yo le di la mía en su lugar, sin que sospechase nada. Pero por despecho de haber sido engañada, o por capricho, o por virtud (al fin me forzará a que lo crea), rehusó absolutamente recibir la tercera.

Después de esta tentativa, que era sólo ensayo hecho de paso, puse una cubierta a mi carta, y escogiendo el momento del tocador, en que la señora de Rosemonde y su doncella se hallaban presentes, hícesela pasar con mi lacayo, con el encargo de decirle que era el papel que me había pedido. En efecto, la tomó, y mi embajador que tenía orden de observar, sólo notó un ligero sonrojo y mayor embarazo que cólera.

Yo me daba el parabién de que, o guardaría mi carta, o, si quería volvérmela, sería forzoso que esperase a estar sola conmigo, lo que me daría ocasión de hablarle.

Casi una hora después uno de sus criados entró en mi cuarto entregándome, de parte de su ama, un paquete de otra forma que el mío y en cuyo sobre reconocí la letra que deseaba tanto. Abro con precipitación... era mi carta misma, sin abrir y solamente plegada por medio. Como usted me conoce, no es preciso que le pinte cuánta fue mi cólera. Me moderé y busqué un medio; vea usted el único que encontré. Todas las mañanas va un hombre por las cartas al correo, que está tres cuartos de legua: para este objeto se emplea una caja cerrada con una trampilla de la que tiene una llave la señora de Rosemonde y otra el administrador del correo. Durante todo el día cada uno pone sus cartas cuando quiere; se llevan por la tarde al correo, y al día siguiente se van a buscar las que hayan llegado. Los criados del país y forasteros hacen igualmente este servicio.

Entretanto yo escribí mi carta, disfrazando la letra en el sobre y contrahaciendo bastante bien el sello de Dijon. Escogí esta ciudad porque hallé gracioso, ya que aspiraba a gozar los mismos derechos que el marido, escribirla desde el paraje en que él estaba y también porque mi querida habló todo el día del deseo que tenía de recibir carta de Dijon.

Tomadas estas precauciones era fácil juntar mi carta a las que venían. De este modo ganaba yo además el testigo del recibo, porque es costumbre reunirse para almorzar y esperar antes de separarse que lleguen las cartas, lo que al fin sucedió.

La señora de Rosemonde abrió la caja. "De Dijon", dijo dando la suya a la señora de Tourvel. "No es letra de mi marido", replicó ella con inquietud, y, abriéndola con viveza, la primera mirada la enteró, y su semblante se alteró de modo que la señora de Rosemonde lo notó y le dijo: "¿Qué tiene usted?" Yo también me acerqué, diciendo: "¿Qué, esta carta es tan terrible?" La tímida devota no se atrevía a levantar los ojos ni a decir una palabra. Y para disimular su embarazo fingió recorrer la carta que no se hallaba en estado de leer; gozaba al ver su turbación y no pesándome el apretar un poco, añadí: "El aire más tranquilo que ya tiene usted me hace creer que esa carta le ha causado más sorpresa que dolor." La cólera la inspiró, mejor que lo hubiera hecho la prudencia. "Contiene, me dijo, cosas que me ofenden y que me admiro se haya atrevido nadie a escribirme." "¿Quién ha sido? pues", interrumpió la señora de Rosemonde. "No tiene firma", respondió la bella, airada; "pero la carta y su autor me inspiran igual desprecio. Agradeceré que no se me hable más de ello." Al decir estas palabras hizo pedazos la carta ofensiva, los metió en su faltriquera, se levantó y se fue.

A pesar de su cólera recibió, en resultado, mi carta, y estoy seguro de que la curiosidad le habrá hecho leerla toda.

El contar todo lo que pasó este día, sería muy largo. Incluyo el borrador de mis dos cartas y con él quedará usted enterada. Si usted quiere estar al corriente de esta correspondencia, es necesario que se acostumbre a leer mis minutas; por nada del mundo me entretendré en volverlas a copiar.

Adiós, mi bella amiga.

En..., a 25 de agosto de 17...

CARTA XXXV

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA PRESIDENTA DETOURVEL

Muy señora mía: Es preciso obedecer a usted y probarle que, a pesar de la sinrazón que se complace en suponerme, me queda bastante delicadeza para no tomarme la libertad de reconvenirla y bastante valor para resistirme a los sacrificios más dolorosos. Usted me impone el silencio y el olvido; pues bien, obligaré a mi amor a que calle y olvide, si es posible, el modo cruel con que lo ha tratado. No hay duda de que el solo deseo de agradar a usted no da derecho para ello, y aun confieso que la necesidad que yo tenía de su indulgencia no era un título para lograrlo. Pero usted mira mi amor como un ultraje; olvida que si puede ser un yerro, sería usted justamente la causa de él y de su excusa. Olvida también que acostumbrado yo a descubrirle mi corazón, aun cuando esa confianza podía serme dañosa, me era imposible ocultarle los sentimientos de que estoy penetrado; y usted mira como efecto de audacia, lo que sólo ha sido efecto de mi buena fe. En premio del amor más tierno, más respetuoso y más sincero, me arroja de su presencia. Me habla, en fin, de su enojo... ¿Qué otro no se quejaría de verse tratado de este modo? Me someto y sufro todo sin murmurar; descarga usted el golpe y yo la adoro. El ascendiente inconcebible que tiene sobre mí, la hace señora absoluta de mis sentimientos, y si mi amor sólo resiste, si usted no logra destruirle, es que es obra suya y no mía.

No exijo un amor que nunca me he lisonjearlo de obtener. No espero siquiera la compasión que podría haberme hecho esperar el interés que me ha manifestado algunas veces; pero confieso que creo poder reclamar su justicia.

Veo por su carta que alguien ha intentado ponerme mal con usted.

Si hubiese escuchado los consejos de sus amigos, no me hubiera dejado acercar a su persona; éstos son sus propios términos. ¿Quiénes son, pues, esos amigos? Sin duda esos hombres tan severos, y de una virtud tan rígida, permitirán que se les nombre; sin duda no querrán ocultarse en una obscuridad que les confundiría con unos viles calumniadores, y espero que llegaré a saber sus nombres y de qué me acusan. Piense, señora, que tengo derecho de saber ambas cosas, pues me juzga usted por lo que ellos dicen. No se juzga a un culpado sin decirle

su crimen y nombrarle sus acusadores. No pido otra gracia, y me empeño de antemano a justificarme y a obligarlos a desdecirse.

Si he despreciado, tal vez demasiado, el vano clamor de un público de que hago poco caso, no hago lo mismo con vuestra estimación; y cuando dedico mi vida a merecerla, no me la dejaré robar impunemente. Es tanto más preciosa para mí, cuanto por ella lograré que me haga aquella petición que indicó y que usted dijo me daría derecho a su reconocimiento.
¡Ah! lejos de exigirle yo, creo que se la deberé, si me procura la ocasión de hacerle un servicio. Comience, pues, a hacerme más justicia, no dejándome ignorar lo que desea que ejecute. Si pudiese yo adivinarlo, le evitaría el trabajo de decirlo. Al placer de verle agregué mi dicha de complacerla y quedaré satisfecho de su indulgencia. ¿Qué la detiene, pues? No será, a lo menos así lo espero, el temor de una negativa; confieso que no se lo perdonaría nunca. No lo es el no devolverle su carta: deseo más que usted que no me sea ya necesaria; pero acostumbrado a ver en usted un alma tan buena, sólo en esta carta puedo reconocerla conforme quiere parecer a mis ojos. Cuando me asalta el deseo de volver a usted sensible, veo en ella que, antes de consentir, huiría a cien leguas de mí; cuando todo cuanto veo en usted aumenta y justifica mi pasión, esa misma carta me repite que mi amor la ultraja; y cuando al verla, me parece este amor el mayor bien, es preciso que lea lo que me escribe, para conocer que sólo es un terrible tormento. Ahora concibe usted que mi mayor dicha sería poder devolverle esta carta fatal; pedírmela aun, fuera autorizarme a no creer más su contenido, y no dude de la prontitud con que yo se la devolvería.

En..., a 21 de agosto de 17...

CARTA XXXVI

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA PRESIDENTA DETOURVEL

(Con el sello de Dijon.)

Muy señora mía: Su severidad aumenta de día en día, y si me atrevo a decírselo, parece que teme usted menos ser injusta, que ser indulgente. Después de haberme condenado sin oírme, ha debido concebir, en efecto, que le sería más fácil no leer mis razones que responder a ellas. Usted rehúsa mis cartas con obstinación; y me las devuelve con desprecio. Me obliga, en fin, a recurrir al artificio, en el mismo momento en que mi único fin es convencerla de mi buena fe. La necesidad en que me ha puesto de defenderme bastará para excusar los medios que empleo. Por otra parte, convencido por la sinceridad de mis sentimientos, de que para justificarlos a sus ojos, basta el hacérselos conocer, he creído poder tomar la libertad de valerme de este ligero rodeo. También me atrevo a creer que me perdonará, y que se admirará de que el amor sea más ingenioso en hallar medios para explicarse, que la indiferencia para repelerle.

Permita, pues, señora, que mi corazón se descubra enteramente es suyo, y así es justo que lo conozca.

Al llegar a casa de la señora de Rosemonde, estaba yo muy lejos de prever la suerte que me esperaba. Ignoraba que usted se hallase en ella; y añadiré con la sinceridad que me caracteriza, que aun cuando lo hubiese sabido, no se hubiera alarmado mi tranquilidad no porque yo no rindiese a su hermosura la justicia que no se le puede negar, sino porque acostumbrado a no sentir más que deseos, y a no abandonarme sino a los que me infundían esperanzas, no conocía los tormentos del amor. Usted fue testigo de los ruegos que me hizo la

señora de Rosemonde para detenerme algún tiempo. Aunque había ya pasado un día con usted, sin embargo, no me rendí, o a lo menos, no creí rendirme sino al placer tan natural y tan justo de tener miramientos con una parienta tan respetable. El género de vida que se hacía aquí, era, sin duda, muy diverso de aquel a que yo estaba acostumbrado; nada me costó hacerme a él, y sin ponerme a indagar la causa de la mutación que observaba en mí, la atribuí únicamente a la facilidad propia de mi carácter, y de la cual creo haberle hablado.

Por desgracia (y ¿por qué es preciso que sea una desgracia?) después de haberla conocido mejor, vi que ese rostro encantado que sólo me había hecho una grande impresión, era la menor de sus calidades; su alma celestial y pura encantó, sedujo a la mía. Al paso que admiré su belleza, adoré sus virtudes, y sin pensar en poseerla, me ocupé sólo de merecerla. La buscaba en los discursos de usted, la espiaba en sus ojos, de los que partía un veneno, tanto más peligroso, cuanto era esparcido sin designio y recibido sin desconfianza.
Entonces conocí el amor; pero, ¡qué lejos estaba yo de quejarme de él! Resuelto a ocultarlo en un eterno silencio, me entregaba sin miedo y sin reserva a un sentimiento tan delicioso. Cada día tomaba más imperio, y bien pronto el placer de verla se cambió en necesidad. Apenas usted se ausentaba, el corazón se me oprimía de tristeza, y apenas se anunciaba su regreso, palpitaba de regocijo. Ya no existía yo sino por usted y para usted, y, sin embargo, dígame usted misma: en mis juegos placenteros o en el calor de una conversación interesante y seria, ¿se me ha escapado jamás una sola palabra capaz de descubrir mi corazón? Pero al fin llegó un día en que debía esperar mi desgracia, y por una incomprensible fatalidad, una buena acción debía dar la señal. Sí Señora, en medio de aquellos infelices, a quienes yo acababa de socorrer, fue en donde entregándose usted a aquella sensibilidad preciosa que hermosea la belleza y da nuevo realce a la virtud, acabó de rendir a un corazón ya demasiado herido de amor. Recordará cuán distraído me hallaba a nuestro regreso a la quinta. ¡Triste de mí! buscaba el medio de resistir a una inclinación que conocía me iba dominando.

Después de haber consumido mis fuerzas en este combate desigual, una casualidad que no pude prever, me hizo encontrar a solas con usted. Allí sucumbí, lo confieso; y, sintiendo mi corazón demasiado comprimido, no pude retener ni las palabras ni la lágrimas. Pero, ¿es un crimen? y si lo es, ¿no es suficiente castigo el martirio horrible al que vivo entregado?

Consumido de amor, sin esperanza, imploro su piedad, y sólo experimento su enojo sin otra dicha que la de verla. En el estado cruel a que me ha reducido, paso los días ocupado en disimular mis penas, y las noches en entregarme a ellas; mientras usted, tranquila y serena, no conoce estos tormentos sino para causarlos y vanagloriarse de ellos. Sin embargo, usted es la que se queja y yo el que me excuso.

Un amor puro y sincero, un respeto que no se ha desmentido nunca, una perfecta sumisión, tales son los sentimientos que me ha inspirado. No hubiera yo temido rendirles culto de admiración en la Divinidad misma. ¡Ah! usted, que es la más bella de su obras, imítela en su indulgencia; piense en mis horribles penas; piense, sobre todo, que, colocado por usted entre la desesperación y la suprema dicha, la primera palabra que pronuncie, decidirá mi suerte para siempre.

De..., 23 de agosto de 17...

CARTA XXXVII

LA PRESIDENTA DE TOURVEL A LA SEÑORA DE VOLANGES

Muy señora mía: Me rindo a los consejos que una amiga como usted, se sirve darme. Acostumbrada a conformarme con su dictamen, lo estoy también a creer que está fundado en razón. Confieso, además, que el vizconde de Valmont debe ser con efecto infinitamente peligroso, si puede a la vez fingir de ser lo que parece aquí, y continúa siendo como usted lo pinta. Sea como fuere puesto que usted lo exige, le alejaré de mi lado; a lo menos, haré todo lo posible para ello; porque muchas veces las cosas más sencillas, vienen a ser, por la forma, las más embarazosas.

Me parece impracticable el empeñar en ello a su tía; esta súplica sería una decepción respecto a ella y a su sobrino. No puedo toma: tampoco, sin repugnancia, el partido de alejarme yo misma; pues además de los motivos que le tengo expuestos, con relación a mi marido, si mi partida contrariara al señor de Valmont, ¿no le sería muy fácil seguirme a París? Y su regreso, de que yo sería la causa o a lo menos, a él le parecería así, ¿no se tendría por más extraño que un simple encuentro con él en el campo, y en casa de una señora que se sabe es parienta suya y amiga? No me queda otro recurso que obtener de él se aleje voluntariamente; conozco que esta proposición es difícil de hacer. Como me parece que desea probarme, que es mas hombre de bien de lo que se supone, no desespero de lograrlo y aun no sentiré intentarle y tener una ocasión de juzgar, si como lo suele decir a menudo, las mujeres verdaderamente honradas no han tenido ni tendrán jamás motivo de quejarse de sus procederes. Si desecha mi proposición y se obstina en quedarse, siempre estaré a tiempo de partir yo misma; esto se lo prometo.

Vea, señora, todo lo que su amistad exige de mí; me apresuro a satisfacerla, y a probar que, a pesar de la viveza que he podido poner en defensa al señor de Valmont, no estoy menos dispuesta no sólo a escuchar, sino también a seguir los consejos de mis amigos.

Quedo de usted, etc.

En..., a 25 de agosto de 17...

CARTA XXXVIII

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT

El enorme cartapacio de usted, querido vizconde, me llega en este momento. Si su fecha es exacta, debía haberlo recibido veinticuatro horas antes. Sea como fuere, si emplease el tiempo en leerlo, no lo tendría para responder. Prefiero, por lo tanto acusar solamente el recibo y hablar de otra cosa. No es que y tenga algo que decirle sobre mí. El otoño no deja en París casi un hombre que tenga figura humana; así, hace un mes que soy la prudencia misma, y cualquier otro que no fuese mi caballero, se fatigaría de las pruebas de mi constancia. No pudiendo ocuparme, me distraigo con la joven Volanges, y de ella quiero hablarle.

¿Sabe que ha perdido más de lo que cree, con no haberse encargado de esta muchacha? es verdaderamente deliciosa. No tiene aún ni carácter ni principios; juzgue usted cuán fácil y suave será su trato. No creo que brillará nunca por la parte de la habilidad; pero todo anuncia en ella las sensaciones más vivas. Sin talento ni malicia, tiene, sin embargo, cierta falsedad natural, si se puede hablar así, que algunas veces me admira a mí misma, y que le servirá tanto más bien cuanto que su rostro ofrece la imagen de candor y de la ingenuidad. Es naturalmente muy cariñosa, y algunas veces me divierte. Su cabecita se exalta con una facilidad increíble, y entonces es tanto más divertida cuanto que no sabe absolutamente nada de lo que desea tanto saber. Tiene a veces impaciencias ciertamente singulares; ríe, se desespera, llora, y luego me pide que la instruya, con una buena fe que realmente me encanta. En verdad, estoy casi celosa de aquel a quien está reservarle este placer. No sé si le he dicho que, de cuatro o cinco días a esta parte tengo el honor de ser su confidenta. Usted comprende que al principio me he mostrado severa; pero apenas he visto que creía haberme convencido con sus malas razones, he tenido el aire de creerlas buenas, y está ahora íntimamente persuadida de que lo debe a mi elocuencia; esto era precisamente para no comprometerme. Le he permitido escribir y decir amo a usted; y el mismo día, sin que ella se apercibiese de ello, le procuré una conversación a solas con Danceny. Pero figúrese usted que es todavía tan torpe que no ha obtenido siquiera un beso. Este joven hace, sin embargo muy bonitos versos. ¡Ay Dios! ¡qué tontos son los hombres de talento! Éste lo es a tal punto, que me pone en embarazo, porque en fin, por lo que a él toca, yo no lo puedo dirigir.

Ahora es cuando usted podría serme muy útil. Usted está bastante unido con Danceny para lograr su confianza, y si llegase a entregársela, llevaríamos el negocio a buen paso. Despache entonces a su presidenta, porque, en fin, yo no quiero que Gercourt se salve de la ley general. Por lo demás, ya le he hablado ayer de él, de tal manera, que, aun cuando llevase diez años de casada, no podría tenerle más odio. Sin embargo, le he predicado mucho sobre la fidelidad conyugal, y nada iguala la severidad que he manifestado sobre este punto. Así, por una parte, restablezco en su opinión mi reputación de virtuosa, que podría destruir la demasiada condescendencia, y por otra aumenta el odio con que deseo que regale a su marido. Espero, en fin, que haciéndole creer que no le es permitido entregarse al amor, sino el poco tiempo que le quede de soltera, se decidirá más pronto a no malgastarlo.

Adiós, vizconde mío; voy a ponerme al tocador, en donde leeré el volumen que usted me ha enviado.

En?, a 27 de agosto de 17...

CARTA XXXIX

CECILIA VOLANGES A SOFÍA CARNAY

Estoy inquieta y triste, mi querida señora Sofía, y he llorado toda la noche, no porque no sea dichosa por ahora, pero preveo que no durará. Ayer estuve en la Ópera con la marquesa de Merteuil, y hablamos mucho de mi casamiento, aunque nada bueno he llegado a saber con este motivo. Debo casarme con el conde de Gercourt, y se hará la boda el mes de octubre. Es rico, hombre de distinción y coronel del regimiento de... Hasta aquí todo va bien; por de contado es viejo: figúrate que tiene, por lo menos, treinta y seis años, y además la marquesa me dice que es triste y rígido, y que ella cree que no seré feliz con él. Aun he visto que está cierta de ello, y no me lo ha querido decir por no afligirme. No me ha hablado casi en toda la noche sino de los deberes de las casadas y, conviniendo en que el conde de Gercourt no es nada amable, dice, sin embargo, que es preciso le ame. ¿Creerás que me ha dicho también que una vez casada con él, debo cesar de amar al caballero Danceny? ¡Como si fuera posible! ¡Oh! yo te aseguro bien que siempre lo amaré. Mira; primero quisiera no casarme. Que ese señor de Gercourt se arregle como quiera; yo no he ido a buscarlo. Ahora está en Córcega, bien lejos de aquí; allí quisiera yo que se quedase diez años. Si no temiera que me volviesen al convento, diría a mi madre que no quiero tal marido; pero sería peor. Me hallo bien confusa. Advierto que jamás he amado tanto a Danceny como ahora, y cuando pienso que no me queda más que un mes de estar como estoy, las lágrimas me saltan a los ojos. No tengo más consuelo que la señora de Merteuil; ¡es tan buena! Siente mis penas como yo misma, y además es tan amable que, cuando estoy con ella no pienso en mis pesares. Por otra parte, me es sumamente útil, porque lo poco que sé, ella me lo ha enseñado; y es tan buena, que le digo todo cuanto pienso, sin rubor ninguno. Cuando halla que no hago bien, suele reñirme, pero con mucha dulzura, y luego la abrazo con toda mi alma, hasta que se desenfada. A lo menos, a esta señora puedo amarla cuanto yo quiera, sin que haya mal en ello, y esto me agrada mucho. Sin embargo, hemos convenido en que no tendré tanto el aire de amarla delante de las gentes, y sobre todo, de mi madre, para que no desconfíe en punto al caballero Danceny. Te aseguro que si pudiese vivir siempre como ahora, creo que sería muy dichosa. Sólo ese feo de Gercourt... pero no quiero hablar más de él, porque volvería a ponerme triste. En vez de eso, voy a escribir al caballero Danceny, y no le hablaré de mis penas, sino de mi amor, porque no quiero afligirle.

Adiós, mi buena amiga; ya ves que no tendrías razón de quejarte, y, que por más ocupada que esté, como me dices, me queda siempre tiempo para amarte y escribirte[11].

CARTA XL

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DEMERTEUIL.

[11] Se siguen suprimiendo las cartas de Cecilia Volanges y del caballero Danceny, que son poco interesantes y no anuncian ningún acontecimiento.

No basta a mi inhumana el no responder a mis cartas y el rehusar recibirlas; quiere además privarme de su vista, y exige que me aleje. Lo que le sorprenderá, es que yo me someto a tan excesivo rigor. Usted me lo censurará. Sin embargo, no he creído deber perder la ocasión de hacerme dar una orden, estando persuadido, por una parte, que el que manda se empeña; y por otra, que la autoridad ilusoria, que tenemos el aire de dejar tomar a las mujeres, es uno de los lazos que evitan con más dificultad. Además, la destreza con que ha sabido evitar hallarse a solas conmigo, me ponía en una situación peligrosa, de la que he creído debía salir a toda costa: porque hallándome continuamente con ella, sin poderle hablar de mi amor, era de temer que al fin se acostumbrase a verme sin emoción; y usted sabe cuán difícil es volver a perder este hábito.

Fuera de esto, bien supone que no me habré sometido sin una condición. Y aun he tenido cuidado de imponer una imposible de ser acordada, tanto para quedar dueño de cumplir o no mi palabra, como para entablar una discusión, sea por escrito o de palabra, en un momento en el que mi hermosa está más contenta de mí y tiene más necesidad de que yo lo esté de ella: sin contar que yo sería bien torpe si no hallase medio de obtener alguna indemnización por haber de renunciar a mi demanda por más insostenible que ello fuera.

Después de haber dicho mis razones en este largo preámbulo, empiezo la relación histórica de estos últimos días. Añadiré como piezas justificativas la carta de mi bella y mi respuesta, y tendrá que convenir en que hay pocos historiadores tan exactos como yo.

Se acuerda usted del efecto que produjo anteayer mañana mi carta de Dijon; lo restante del día fue agitado y turbulento. La hermosa recatada llegó solamente a la hora de la comida, y anunció desde luego que tenía jaqueca, pretexto con que quiso cubrir una de los más violentes accesos de cólera que una mujer puede tener. Su semblante estaba en realidad mudado, y la expresión de dulzura que ofrece de ordinario se había convertido en un aire de enfado que la cambiaba en una hermosura de otra especie. Me prometo usar bien de este descubrimiento en lo sucesivo, y hacer que la ternura de mi amada ceda el lugar a su mal humor.

Preví que la tarde se pasaría tristemente, y para evitar el fastidio pretexté que tenía que escribir, y me retiré a mi cuarto. Volví a la sala a las seis, y la señora se Rosemonde propuso que fuésemos a paseo, lo que fue aceptado; pero al momento de subir al coche, la fingida enferma, por efecto de malicia infernal, pretextó en cambio y acaso para vengarse de mi ausencia, que su mal de cabeza se había aumentarlo, y me hizo aguantar, sin piedad, la compañía a solas de mi tía. No sé si mis imprecaciones contra esta mujer diabólica fueron oídas, pero lo cierto es que a la vuelta del paseo la hallamos acostada. Al día siguiente, al momento del desayuno, ya no era la misma mujer. Había recobrado su dulzura natural, y tuve motivo de creer que me había perdonado.

Apenas acabamos, la amable señora se levantó con aire indolente y entró en el parque al cual la seguí, como usted puede pensar. "¿De dónde puede nacer ese deseo de pasear?, le dije acercándome a ella. -He escrito mucho esta mañana, me respondió, y estoy fatigada. -No soy bastante dichoso, repliqué yo, para tener que echarme en cara esa fatiga. -También he escrito a usted, volvió a decir ella, pero no me resuelvo a darle mi carta. Pido en ella una cosa y usted no me tiene acostumbrada a esperar que me la conceda. -Ah, juro que si es posible... -Nada más fácil, interrumpió, y aunque usted debiese acaso concederla como un acta de justicia, consiento en recibirla como una gracia."

Al decir esto me presentó su carta, y al tomarla cogí también su mano, que retiró, pero sin cólera y con más embarazo que viveza "Hace más calor de lo que pensaba, dijo; es preciso volvernos" Y tomó el camino de la casa. Hice varios esfuerzos para persuadirla que siguiésemos el paseo y tuve necesidad de recordar que podíamos ser vistos para no emplear

sino mi elocuencia. Entró sin proferir una sola palabra, y vi claramente que este fingido paseo no había tenido otro objeto que el de entregarme su carta. Subió a su cuarto y yo me retiré al mío para leerla.
Bueno será que haga usted lo mismo y que lea juntamente mi respuesta antes de ir más lejos...

CARTA XLI

LA PRESIDENTA DE TOURVEL AL VIZCONDE DE VALMONT

Muy señor mío: Parece que la conducta que ha tenido usted conmigo no se ha propuesto más que aumentar de día en día los motivos de queja que me daba. Su obstinación en quererme hablar sin cesar de un sentimiento que yo no quiero ni debo escuchar; el abuso de mi buena fe o de mi timidez, que no ha dudado hacer usted para entregarme sus cartas; el medio sobre todo, me atrevo a decirlo, poco delicado de que se ha servido para que recibiese su última, sin temer a lo menos el efecto de una sorpresa que podía comprometerme; todo me autoriza a hacerle a usted reconvenciones tan fuertes como merecidas. Sin embargo, en vez de recordar estos agravios, me limito a pedirle una cosa tan simple como justa, y si la obtengo, consiento en que todo quede olvidado. Usted mismo me ha dicho que no debo temer una repulsa; y aunque por efecto de una inconsecuencia propia de usted esta frase va seguida de la repulsa única que podía hacerme[12], quiero creer que hoy cumplirá una palabra dada formalmente hace tan pocos días.

Deseo, pues, que tenga la complacencia de alejarse de mí, de dejar esta quinta en donde una estancia más larga de su parte no produciría sino el exponerme más al juicio de un público siempre pronto a pensar mal y a quien sobradamente ha acostumbrado usted a fijar la vista sobre las mujeres que le admiten en su compañía.

Habiendo sido advertida mucho tiempo ha por mis amigos de este peligro, he descuidado sus insinuaciones y casi sostenido el parecer contrario, mientras la conducta de usted conmigo me ha podido hacer creer que no quería confundirme con el montón de mujeres a quienes ha dado justos motivos de queja; mas hoy que me trata ya como a ellas, y que no puedo ignorarlo, tengo precisión de adoptar este partido por los miramientos que debo al público, a mis amigos y a mí misma. Bien pudiera decirle que nada adelantaría con negarme lo que le pido, pues estoy decidida a partir si usted se queda; pero no intento ocultar cuán agradecida le estaría si quisiese tener esa complacencia, y al contrario, le hago saber que obligándome a partir, me incomodaría en los planes que tengo formados. Apresúrese, pues a probarme lo que me ha dicho tantas veces de que las mujeres honradas nada tendrán que temer de su parte, o a lo menos que cuando usted las ofende sabe reparar sus agravios.

Para fundamentar mi ruego me bastaría recordarle que la conducta de toda su vida lo hace indispensable, y sin embargo en sus manos ha estado que yo no tuviera que hacerlo nunca. Pero no recordemos cosas que quiero olvidar y que me obligarían a juzgarle severamente en el momento en que le ofrezco la ocasión de merecer mi gratitud. La conducta de usted va a indicarme cuáles son los sentimientos con que deberá mirarle siempre su más atenta servidora, etc.

En..., a 25 de agosto de 17...

---

[12] Véase la carta XXXV.

CARTA XLII

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA PRESIDENTA DETOURVEL

Por más duras que sean, mi señora, las condiciones que usted me impone, no rehusó cumplirlas. Siento que me sería imposible contrariar ninguno de sus deseos. Convenido esto, me lisonjeo de que me permitirá pedirle en cambio otras más fáciles de ser concedidas, y que sin embargo quiero deber sólo a mi perfecta sumisión. La una, que espero que la misma justicia la empeñará a acordarme, es declarar quiénes me han acusado a usted, pues me hacen sobrado mal para que yo no tenga el derecho de conocerlos; la otra, que espero de su indulgencia, es que me permita renovarle de cuando en cuando la expresión de un amor que más que nunca va a ser digno de su consideración.

Note, señora, que me apresuro a obedecerla a costa de mi felicidad, y más diré, a pesar de lo persuadido que estoy de que no desea usted mi partida sino para librarse de la vista de una víctima de su injusticia.

Confiéselo usted; menos es en usted el miedo de un público acostumbrado a respetarla y que nunca se atrevería a juzgarla mal que el deseo de deshacerse de la presencia de un hombre a quien es más fácil a usted castigar que censurar. Me aleja de su vista de la misma manera que se apartan los ojos de un infeliz a quien no se quiere socorrer.

Mas ya que la ausencia va a redoblar mi martirio, ¿a quién sino a usted puedo dirigir mis lamentos? ¿De qué otra puedo esperar los consuelos que van a serme tan necesarios? ¿Me los negará usted, causa única de mis pesares?

Menos debe extrañar que antes de partir desee justificar los sentimientos que usted me inspira, como también que no tenga valor para alejarme sino cuando reciba orden de su propia boca.

Estos dos motivos me hacen pedirle una corta entrevista. No podríamos suplirla escribiéndonos; después de haberse escrito volúmenes, suele quedar aún obscuro lo que en un cuarto de hora de conversación se explica perfectamente. Usted puede hallar fácilmente el momento oportuno, pues por más que esté dispuesto a obedecerla, sabe que la señora de Rosemonde conoce mi proyecto de pasar en su casa una parte del otoño, y será menester al menos que espere la llegada de una carta, para alegar un negocio que me obligue a partir.

Adiós, señora mía; jamás me ha costado tanto el escribir esta palabra, que excita en mí naturalmente la idea de nuestra separación. Si pudiese usted imaginar cuán sensible es para mí, me atrevo a creer que agradecería un tanto mi docilidad.

Reciba por lo menos con más indulgencia la expresión obsequiosa del amor más tierno y respetuoso.

En..., a 26 de agosto de 17?

CONTINUACIÓN DE LA CARTA XL

DEL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DEMERTEUIL

Razonemos ahora, mi bella amiga. Usted sabe como yo que la escrupulosa, la honrada señora de Tourvel no puede concederme la primera de mis súplicas, y faltar a la confianza de amigas declarando mis acusadores; con que prometiéndole yo todo con esta condición, no me obligo a nada. Pero también comprende usted que esta misma negativa de su parte me sirve para obtener lo restante, y que entonces gano, alejándome, el entrar con ella en correspondencia de su propia voluntad; pues cuento por poco la entrevista que le pido, y casi no tiene otro fin sino el de acostumbrarla de antemano a que no me rehusé otras cuando me sean verdaderamente necesarias. Lo único que me queda por hacer antes de mi partida es saber quiénes son los que se ocupan en hablar mal de mí. Presumo que será su pedante marido, y quisiera que fuese así. A más que una prohibición marital es un aguijón para el deseo, estaría cierto de que desde el punto en que mi hermosa hubiese consentido en escribirme ya no tendría yo que temer nada del esposo, pues se habría puesto ella en la necesidad de engañarle. Pero si tiene una amiga bastante íntima para que le entregue su confianza, y esta amiga está contra mí, me parece necesario enemistarlas y espero conseguirlo; pero ante todo es preciso estar bien informado.

Creí que ayer iba a estarlo, pero esta mujer no hace nada como las otras. Nos hallábamos en su cuarto cuando se nos avisó que la comida estaba en la mesa. Concluía ella su tocado, y al darse prisa y darme sus excusas, noté que dejaba puesta la llave de su papelera; sabiendo yo además que acostumbraba dejar abierta la puerta de su aposento. Durante toda la comida estaba yo pensando en esto, cuando oí que bajaba su doncella; al instante tomé mi partido, y fingiendo que sangraba por las narices, salí y fuime corriendo a su papelera. Pero hallé todos los cajones abiertos y ni un solo papel en ellos. Sin embargo, no hay ocasiones de quemarlos en verano; ¿qué hace pues de las cartas que recibe a menudo? Todo lo recorrí, todo estaba abierto y busqué por todos los lados, pero nada logré sino convencerme de que este precioso depósito no sale de sus faltriqueras. ¿Cómo sacarlo de ellas? Desde ayer estoy pensando inútilmente el medio y no puedo vencer mi deseo. ¡Ah, cuánto siento no tener el talento de un ratero! ¿No debería éste en verdad formar parte de la educación de un hombre que se ejercita en intrigas? ¿No sería curioso poder robar la carta o el retrato de un rival, o sacar del bolsillo de una hipocritona lo que sirviese para quitarle la máscara? Preciso es confesar que nuestros padres no piensan en nada, y yo por más que piense en todo veo únicamente que soy torpe y que no puedo remediarlo.

Volví a la mesa muy descontento. Mi amada calmó sin embargo un poco mi mal humor con el aspecto de interés que le dio mi fingida indisposición. Yo no dejé de asegurarle que hacía algún tiempo experimentaba violentas agitaciones que alteraban mi salud. ¿No hubiera en verdad debido trabajar para calmarlas?... Pero aunque devota es poco caritativa, y como en punto de limosna amorosa es muy cicatera, me parece que esta propiedad autoriza suficientemente al robo.

Pero, adiós, amiga mía; pues en medio de mi conversación, sólo pienso en aquellas malditas cartas.

En..., a 27 de agosto de 17...

CARTA XLIII

LA PRESIDENTA DE TOURVEL AL VIZCONDE DE VALMONT

¿Por qué, señor mío, se empeña usted en buscar el medio de disminuir mi gratitud? ¿Por qué no quiere obedecerme sino a medias, y anda regateando un honrado proceder? ¿No le basta que yo reconozca su valor? No sólo pide mucho, sino cosas imposibles. Sí, en efecto, mis amigos me han hablado de usted; no pueden haberlo hecho sino porque toman interés en lo que me concierne. Aun cuando se hubiesen engañado, no era menos buena su intención, y

usted me propone que recompense esta prueba de interés descubriendo su secreto. He cometido el yerro de hablarle de ello y lo advierto bien en este momento; lo que con otro hubiese sido demasiado candor, con usted es una gran imprudencia, si accediese a lo que me pide; apelo a usted mismo y a su honradez ¿me ha creído capaz de una acción semejante? No, sin duda, yo estoy segura de que cuando lo haya pensado mejor, no volverá a reiterar esta súplica.

La que me hace de que le permita escribirme, no es más fácil de conceder, y si justo ha de ser usted, no me echará la culpa de ello. No es mi ánimo ofenderle; pero teniendo la reputación que tiene y que usted mismo confiesa, ¿qué mujer osaría confesar que estaba en correspondencia con usted? ¿Y qué mujer honrada puede resolverse a ejecutar lo que conoce que se vería obligada a ocultar?

Si estuviese segura, al menos, de que sus cartas fuesen tales que no me diesen motivo de queja, y pudiese a mis propios ojos justificarme de recibirlas, tal vez entonces el deseo de probarle de que me guía la razón y no el odio, me hubiera llevado a prescindir de estas consideraciones poderosas y a consentir en mucho más de lo que debiera, permitiéndole me escribiese algunas veces. Si, en efecto, lo desea tanto como me dice, se contentará de buena gana a la sola condición con que accedo permitirlo, y si agradece un poco lo que hago por usted, no diferirá en modo alguna su partida.

Permítame que le observe a este propósito, que esta mañana ha recibido una carta y no se ha aprovechado de ella para anunciar a la señora de Rosemonde que debía ausentarse como me lo había prometido. Espero que ahora nada le impedirá cumplir su palabra. Sobre todo, aguardo que no esperará para hacerlo la entrevista que me pide y que no quiero de ningún modo concederle; y que en lugar de la orden que usted dice absolutamente necesaria, se contentará con la súplica que le reitero. Adiós, señor.

En..., a 27 de agosto de 17...

CARTA XLIV

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Compartirá mi alegría, mi bella amiga: ¡Soy amado! He sometido a un corazón rebelde; en vano disimula todavía; mi feliz astucia ha arrancado su secreto: gracias a mi actividad sé ya cuanto me interesa; desde ayer noche, desde la feliz noche de ayer, he vuelto a encontrarme en mi elemento; he vuelto a recobrar mi existencia; he descubierto un doble misterio de amor e iniquidad; disfrutaré el uno y me vengaré del otro. Volaré, en fin, de placer en placer. Con la sola idea que me formo, me arrebato de modo que apenas me contengo ni puedo poner en orden lo que debo referir a usted. Ensayo, sin embargo.

Ayer mismo, después de escribirle, recibí una carta de mi bella devota. Adjunta la hallará usted y verá que, lo más disimuladamente que ha podido, me da permiso de escribirle. Pero me insta a que me ausente, y he conocido que no podía dilatarlo más sin perjudicar mis intereses.

Atormentado, sin embargo, por el deseo de saber quién había escrito contra mí, estaba aún indeciso sobre el partido que tomaría, e intenté ganar a la doncella para que me diese las faltriqueras de su ama, que podía tomar por la noche y volver a su puesto a la mañana siguiente. Le ofrecí diez luises por este pequeño servicio, pero me hallé con una mujer digna, escrupulosa, a la cual no pude vencer con mi elocuencia ni con mi dinero. Estaba yo predicándole todavía cuando tocaron a cenar. Fue preciso dejarla y me di por dichoso con que me prometiese guardar secreto, con lo cual ya pensará usted que no contaba de modo alguno.

Jamás he estado de peor humor; me veía comprometido y me eché en cara toda la noche mi imprudencia.

Retiréme a mi cuarto, no sin inquietud, llamé a mi criado favorito, que en calidad de amante dichoso, debía gozar de algún crédito; quería que obtuviese de esta mujer lo que yo deseaba, o que por lo menos, se asegurase de su discreción. Mas él, que por lo regular nunca prevé dificultades, pareció dudar del éxito de esta negociación, y me hizo a este propósito una reflexión que me admiró por su exactitud: "Ya sabe el señor, mejor que yo, que dormir con una muchacha es sólo hacer lo que a ella misma agrada. Mas de esto a lograr que haga lo que queremos nosotros, suele a menudo haber mucha diferencia."

Talento... el del villano a veces me ha asombrado[13].

"Y tanto menos respondo de ésta, añadió, cuanto que creo que tiene un amante, y si yo la he logrado, lo debo a que en el campo no se sabe lo qué hacer. Así es que, si no fuera porque me desvivo en el servicio de mi amo (¡qué tesoro de muchacho!), no la hubiera visto más de una vez. En cuanto al secreto, prosiguió, ¿de qué servirá hacérselo prometer, pues que nada arriesga en engañarnos? Hablarle de él, será darle a entender que es importante y meterla en ganas de hacer la corte a su ama, diciéndoselo."

Mientras más justas hallaba yo estas reflexiones, más crecía mi embarazo. Felizmente el tunante tenía gana de charla, y como yo lo necesitaba, le dejaba soltar la sin hueso. Contándome la historia con esta muchacha, me dijo que, como la pieza que ella ocupaba, no estaba separada de la alcoba de su ama sino por un tabique era fácil se percatase de cualquier ruido sospechoso, la hacía venir él cada noche a su propio cuarto. Al instante formé mi plan, se lo comuniqué, y lo ejecutamos con éxito.

Esperé a que fuesen las dos de la madrugada y entonces pasé, como habíamos convenido, al cuarto de la cita, llevando yo una luz con pretexto de haber llamado muchas veces inútilmente. Mi confidente, que sabe hacer sus papeles a maravilla, representó una escena de sorpresa, de desesperación y de excusas que yo terminé enviándole a mandar a que me calentasen agua, de lo que dije tener necesidad, mientras que la escrupulosa camarera estaba más avergonzada cuanto que el perillán había querido hacer mas brillante mi invención y la había decidido a quedarse con un traje que la estación comportaba, pero no excusaba.

Viendo yo que cuanto más humillase a esta muchacha tanto más obtendría lo que quisiese, no le permití mudar de postura ni de adorno, y después de haber mandado a mi criado que me esperase en mi cuarto, me senté al lado de ella sobre la cama, que estaba en gran desorden, y empecé mi conversación.

Necesitaba yo sostener el dominio que me ofrecía la circunstancia, y así conservé una sangre fría que hubiera hecho honor a la continencia de Escipión, sin tomarme la más pequeña libertad (lo que, sin embargo, su frescura y la ocasión le prometían); la hablé de mis asuntos tan tranquilamente como lo haría con un procurador.

Mis condiciones fueron que guardaría fielmente el secreto con tal que al día siguiente me entregase ella las faltriqueras de su ama. "Por lo demás, añadí, había ofrecido ayer diez luises a usted y se los vuelvo a prometer ahora. No quiero abusar de la posición de usted." Todo fue acordado como puede usted pensar. Me retiré y permití a los felices amantes que ganasen el tiempo perdido.

El mío empleé yo en dormir, y cuando me desperté, queriendo tener un pretexto para no

---

[13] PIRON, Metromanía.

responder a la carta de mi bella, antes de haber registrado sus papeles, lo que no podía hacer hasta la noche, resolví irme a cazar, en lo que pasé casi todo el día. Cuando regresé fui recibido con bastante frialdad. Creo que estaba un poco picada de verme tan lento en aprovechar del poco tiempo que me quedaba, sobre todo, después de la carta más benigna que me había escrito. Lo fundo en que, habiéndome reconvenido la señora de Rosemonde sobre esta larga ausencia, añadió mi querida, con algún humor: "¡Ah! no reprochemos al señor de Valmont por haberse entregado al único placer que puede hallar aquí." Me quejé de esta injusticia y me aproveché del caso para asegurar a estas damas que me gustaba tanto su compañía que les sacrificaba una interesantísima carta que debía escribir. Y añadí, que no pudiendo dormir hacía algunas noches, había querido ensayar si con la fatiga lo conseguiría. Y al decir esto, mis ojos explicaban bastante el asunto de la carta y la causa de mi falta de sueño.

Adopté toda la noche una gran melancolía, que me parece produjo su efecto y bajo la cual encubría yo la impaciencia con que esperaba la hora en que debía saber el secreto, que con tanta obstinación se me ocultaba. En fin, nos separamos y, poco tiempo después, la fiel doncella vino a traerme el precio convenido de mi discreción. Encontrándome ya dueño de este tesoro, procedí al inventario con la prudencia que sabe usted es propia de mi carácter; porque era importante que volviese a colocar todo conforme estaba. Di desde luego con dos cartas del marido. Mezcla confusa de pormenores de pleitos y párrafos de ternura conyugal, que tuve la paciencia de leer de cabo a rabo y en las cuales no hay una sola palabra que tuviese relación conmigo. Las volví a colocar con enfado; pero éste se mitigó al encontrarme con los pedazos de mi carta con fecha de Dijon, que estaban reunidos con todo cuidado.

Felizmente tuve el capricho de recorrerla. Juzgue usted de mi contento cuando descubrí señales bien claras de las lágrimas de mi adorable devota. Lo confieso: cedí a un movimiento digno de un amante imberbe, y besé la carta con un entusiasmo de que no me creía capaz. Continué el agradable y feliz examen y encontré todas mis cartas, que seguían por orden de fechas, y lo que me sorprendió más agradablemente todavía, fue ver la primera de todas que yo creía que me había devuelto por ingratitud, fielmente copiada de su puño y con una letra temblona, signo evidente de cuán agitado estaba su corazón al escribir. Hasta aquel punto sólo el amor me poseía; bien pronto cedió su vez al furor. ¿Quién cree usted que quiere hacerme aborrecible a esta mujer que adoro? ¿Qué furia supone usted bastante perversa para urdir tan negra infamia? Usted la conoce, es la señora de Volanges. No se puede usted imaginar qué tejido de horrores esta mujer diabólica ha escrito contra mí; ella sola es la que ha turbado la tranquilidad de este ángel celestial; sus pérfidos consejos, sus avisos perniciosos, hacen que me vea precisado a separarme de su presencia. A esa furia del infierno soy, en fin, sacrificado. ¡Ah! sin duda es preciso seducir a su hija; pero no es bastante, es preciso perderla; y ya que la edad de esta mujer la pone a cubierto de mis tiros, es menester herirla en el objeto de su amor y de su ternura.

Ella quiere que vuelva a París, me obliga a ello, enhorabuena, mas ya se arrepentirá de mi regreso. Siento que Danceny sea el héroe de esta aventura. Tiene un fondo de honor que nos estorbará; sin embargo, está enamorado y yo lo veo a menudo; tal vez podremos sacar algún partido. Mas... pierdo la cabeza con la cólera y olvidé que debo contaros lo que ha pasado hoy. Sigamos el relato.

Cuando vi esta mañana a mi insensible recatada, me ha parecido más hermosa. Es claro, el momento más seductor de una mujer, el único que puede producir aquel encanto, de que se habla siempre y que tan rara vez se experimenta, es aquel en que, estando ya seguros de su amor, no lo estamos aún de sus favores. Tal vez la idea de que iba a verme privado del placer de mirarla, servía para hacerle más dichosa.

En fin, a la llegada del correo me han entregado la carta de usted del 27, y mientras la leía

dudaba aún si cumpliría mi palabra; pero me encontré con los ojos de mi hermosa y me hubiera sido imposible negarle cosa alguna.

Anuncié mi partida; un momento después la señora de Rosemonde nos dejó solos. Me hallaba a cuatro pasos de la arisca persona, cuando levantándose como asustada: "Déjeme usted, dijo, déjeme usted, por amor de Dios; déjeme usted."

Esta fervorosa súplica en que se veía su emoción debía precisamente darme nuevo aliento. Ya estiba a su lado y había cogido sus manos que ella cruzaba con una expresión realmente encantadora, ya empezaba yo mis tiernas plegarias cuando un diablo enemigo hizo que volviese la señora de Rosemonde. La tímida devota, que tiene en efecto justos motivos de temer, se aprovechó de esto para retirarse. No obstante le presenté mi mano, que aceptó, y sacando yo buen agüero de esta complacencia quise apretársela volviendo a empezar mis ruegos. Al pronto quiso retirarla; pero instando yo con más viveza la entregó con bastante buena gracia, aunque sin corresponder ni a mi acción ni a mis palabras. Llegando al la puerta de su cuarto quise besar la misma mano antes de alejarme; empezó por rehusármelo francamente, pero esta sola expresión mía. Acuérdese usted que parto, pronunciada con ternura, entorpeció su espíritu y sus fuerzas. Apenas el beso fue recibido recobró su mano para retirarse, y mi prenda amada entró en su cuarto en donde su doncella la esperaba. Aquí finaliza mi historia.

De fijo irá mañana usted a casa de la maríscala de *** donde seguramente no iré yo, y como preveo que en nuestra primera visita tendremos muchos asuntos de que hablar, principalmente de la joven Volanges, que no pierdo de vista, he tomado el partido de enviar por delante esta carta; y aunque es muy larga no la cerré hasta el momento de mandarla al correo, porque en el punto a que hemos llegado, puede todo depender de una ocasión y dejo a usted para ponerme en acecho.

P. D. A las ocho de la noche. Nada de nuevo, ni siquiera un momento de libertad. Gran cuidado, más bien para evitarlo; sin embargo tanta tristeza cuanta permite el decoro por lo menos. Otra circunstancia que puede no ser indiferente es que estoy encargado por la señora de Rosemonde de convidar en su nombre a la señora de Volanges a que venga a pasar con ella en el campo una temporada.

Adiós, mi bella amiga, hasta mañana, o pasado mañana a más tardar.

De..., a 28 de agosto de 17...

CARTA XLV

LA PRESIDENTA DE TOURVEL A LA SEÑORA DE VOLANGES

Mi señora: El Vizconde de Valmont ha partido de aquí esta mañana. Me ha parecido que lo deseaba usted tanto que he creído deber notificárselo. La señora de Rosemonde echa mucho de menos a su sobrino, cuyo trato es preciso convenir en que es muy agradable; ha pasado toda la mañana hablándome de él con la ternura de que sabe usted está dotada, y no paraba de elogiarle. He creído que yo debía tener la complacencia de escucharla sin contradecirla, tanto más cuanto que es preciso confesar que tenía razón en muchas cosas.

Sabía, además, que debía yo acusarme a mí misma el ser la causa de esta separación sin esperanza de poderla desquitar del gusto de que la privaba. Sabe usted que no soy muy alegre de mi natural, y el género de vida que aquí llevamos no es hecho para mudar de carácter.

Si no fuera por seguir sus consejos, temería haber obrado ligeramente; pues en realidad me ha sido muy sensible la pena de mi respetable amiga; me ha conmovido en términos que con gusto hubiera mezclado mis lágrimas con las suyas.

Quédanos ahora la esperanza de que usted aceptará el convite que el señor de Valmont debe hacerle de parte de la señora de Rosemonde de venir a pasar algún tiempo en su compañía. Cree que no dudará cuán agradable me será y en realidad nos debe usted esta compensación. Celebraré mucho tener esta ocasión de conocer más pronto a la señorita de Volanges, y de hallarme en situación de poder convencer a usted de los sentimientos respetuosos con que soy su más atenta servidora, etc.

En..., a 29 de agosto de 17...

CARTA XLVI

EL CABALLERO DANCENY A CECILIA VOLANGES

¿Qué le pasa, mi Cecilia adorable? ¿Quién ha podido causar en usted una mudanza tan cruel? ¿Dónde ha ido el juramento que me hacía de ser constante hasta la muerte? ¡Ayer mismo lo reiteraba con tanto gusto! ¿Qué puede hacer que hoy lo olvide? Por más que examino mi conducta no puedo hallar en ella la causa, y es imposible que la busque en la suya. No; usted no es ligera ni engañosa, y, aun en este mismo instante en que me desespero, no admito que una sospecha ofensiva envilezca mi corazón. Sin embargo, ¿que fatalidad hace que ya no sea la misma? No, cruel, no lo es usted. La sensible Cecilia, la Cecilia que yo adoro, que me ha jurado su fe, no hubiera evitado mi vista, no hubiera malogrado la feliz casualidad que me ponía cerca de ella, o si alguna razón que no alcanzo la obligaba a tratarme con este rigor, no hubiera a lo menos desdeñado decírmela.

¡Lo que hoy me ha hecho sufrir no lo sabrá nunca, Cecilia mía! ¿Cree que yo pueda vivir ya, dejando de ser amado por usted? Y sin embargo, cuando le he pedido una sola palabra por respuesta, que disipe mis zozobras, en vez de responderme ha fingido temer el ser oída; y el obstáculo que no existía lo ha hecho usted nacer, yendo a tomar otro puesto en la tertulia. Cuando, obligado a separarme de usted le he preguntado a qué hora podría verla mañana, ha fingido no saberlo y ha sido preciso que su madre me lo diga. Así que este momento tan deseado siempre, que debe reunirnos mañana, va a ser hoy para mí un motivo de inquietud; y el placer de verla, tan delicioso para mi corazón, será reemplazado por el temor de ser inoportuno.

El temor este, sí lo conozco, este miedo me arredra ya ahora mismo y no me atrevo a hablarle de mi pasión. Aquel amo a usted que me consolaba tanto el repetir cuando hallaba eco en usted; esta expresión tan dulce, que bastaba a mi dicha, ya no me ofrece, si usted se ha mudado, más que la idea de una eterna desesperación. No puedo creer, sin embargo, que este talismán del amor haya perdido toda su eficacia y quiero ensayarle todavía. Sí, mi Cecilia, amo a usted. Repita, pues, conmigo esta expresión emblema de mi felicidad. Piense que usted misma me tiene acostumbrado a oírla, y que privarme de ella es condenarme a un martirio que, así como mi amor, no acabará sino con mi vida.

En..., a 29 de agosto de 17...

CARTA XLVII

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

No podré verla hoy todavía, mi amiga encantadora, y he aquí mis razones que le suplico admita con indulgencia.

En vez de volver ayer directamente, me detuve en casa de la condesa de *** cuya quinta se hallaba casi en mi camino, y me quedé a comer con ella; no llegué a París sino a eso de las siete, y me apeé en la ópera, en donde esperaba encontrarla. Acabado el espectáculo entré a ver a las actrices amigas mías. Hallé a mi antigua Emilia, rodeada de una corte de admiradores, a quienes daba de cenar la misma noche en S***. Apenas puse el pie en aquella reunión fui convidado a cenar. También lo fui por un hombrecillo chico, grueso, que me chapurreó una invitación en francés de Holanda, y que conocí al instante ser el héroe verdadero de la fiesta. Acepté, pues.

Al saber la casa donde nos dirigíamos comprendí que el festín era el precio convenido de los favores que Emilio debía acordar a esta figura grotesca, y que aquella cena revestía los caracteres de un festín de boda.

El hombrecillo, rebosando gozo, no podía contenerse al pensar en su futuro placer; y me pareció tan satisfecho de ello que me dio gana de turbarle, y lo conseguí en efecto.

La única dificultad que hallé fue la de hacer que Emilia se decidiese, pues la riqueza del holandés le daba algunos escrúpulos; pero en fin, se prestó después de algunas dudas al plan que le di, de que llenásemos bien de vino a aquel tonel y le pusiésemos así fuera de combate para toda la noche.

La idea sublime que nos habíamos formado de un bebedor holandés nos hizo emplear todos los medios conocidos. Nos salieron tan bien, que a los postres ya no tenía fuerzas ni para tener un vaso en la mano; a pesar de ello la oficiosa Emilia y yo lo envasábamos a porfía. Cayó bajo la mesa con una borrachera tal que le duró por lo menos ocho días.

Lo enviamos a París; y como no había guardado su coche, lo hice cargar con el mío, y yo ocupé su lugar. En seguida recibí los cumplimientos de la asamblea, que se retiró poco después y me dejó dueño del campo de batalla. Esta broma, y tal vez el largo retiro en que he vivido, me han hecho hallar a Emilia tan apetitosa que le he prometido quedarme con ella hasta la resurrección del holandés.

Esta complacencia mía es el pago de la que ella acababa de tener conmigo, prestándose a servirme de atril para escribir a mi bella devota, a quien hallo original enviar una carta escrita en la cama y casi entre los brazos de una muchacha, interrumpida por un acto de infidelidad completa, y en la que le doy cuenta exacta de mi situación y conducta. Emilia, que ha leído la carta, se ha reído mucho. Como es preciso que lleve el sello de París, se la envío abierta. Tenga la bondad de leerla, cerrarla y ponerla en el correo.

Sobre todo no se sirva de ningún emblema amoroso; un busto solamente.

Adiós, mi bella amiga.

P. D. Abro la carta: he decidido a Emilia a ir al teatro. Aprovecharé de ese tiempo para ir a ver a usted, a las seis lo más tarde, y si le conviene, iremos juntos a las siete a casa de la señora de Volanges. Será curioso. Debo hacerla el convite en nombre de la señora de Rosemonde; a más tendré el gusto de ver a la joven Volanges.

Adiós, mi hermosa. Quiero tener tanto placer en abrazar a usted, que el caballero esté celoso.

En P..., a 30 de agosto de 17...

CARTA XLVIII

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA PRESIDENTA DE TOURVEL

(Con sello de París.)

Muy señora mía: Al salir de una noche tormentosa y durante la cual, no he cerrado los ojos; después de haber estado sin cesar, ya consumido en un fuego devorador, ya en un completo anonadamiento de todas las facultades de mi alma, voy a buscar cerca de usted una tranquilidad que llega a serme tan necesaria y de que sin embargo no espero poder aún gozar. La situación en que me encuentro al escribirle me hace conocer más que nunca la fuerza irresistible del amor; tengo mucho trabajo en poseerme para poner algún orden en mis ideas y ya preveo que no podré acabar esta carta sin verme obligado a interrumpirla. ¿Y no he de poder esperar que un día experimente usted la agitación que siento este instante? Me atrevo a creer que si usted la conociese bien sería tan insensible a ella. Créame, señora; la fría tranquilidad sueño del alma, imagen de la muerte, no conducen a la dicha; pasiones activas pueden sólo verificarlo, y a pesar de los martirios que me hace sufrir, puedo asegurarle que en este momento más afortunado que usted. En vano me oprime con sus rigores excesivos; no me impiden éstos abandonarme enteramente al amor y olvidar, en medio del delirio que me causa, la desesperación que usted me condena. De este modo quiero vengarme del destierro que me impone: jamás he tenido tanto gusto al escribirle; jamás he sentido durante esta ocupación una emoción tan dulce al que tan ardiente. Todo parece reunirse para aumentar mi delito la atmósfera que respiro está llena de voluptuosidad; la mesa que me sirvo, empleada por la primera vez para este uso, viera ser para mí un altar sagrado del amor. ¡Ah, cuánto más hermosa va a parecerme en adelante! Sobre ella habré trazado el juramento de amarla toda la vida. Excuse, le suplico, el desorden de mis ideas. Tal vez no debería abandonarme tanto a un amoroso arrebato que no comparto con usted; es preciso que la deje un instante para calmar un delirio que aumenta a cada momento y al que no puedo resistir.

Vuelvo a usted, dueña de mi vida, y siempre con igual ansia. Sin embargo la sensación de la dicha ha huido dejando en su lugar la de las privaciones más crueles. ¿De qué me sirve hablarle mis sentimientos si no hallo el medio de convencerla? Después de tantos esfuerzos inútiles la confianza y las fuerzas me abandonan; si me acuerdo aún de los placeres del amor es para sentir más haberlos perdido. No hallo remedio sino en su indulgencia, y en razón de cuánto la necesito espero conseguirla. Sin embargo, nunca ha sido más respetuoso mi amor; es tal, que la virtud más severa no debería temerle; pero temo yo mismo hablar a usted más tiempo del pesar que experimento. Estando seguro de que aquella que causa no lo sufre como yo, es preciso a lo menos no abusar de su bondad empleando más tiempo en renovarle esta imagen dolorosa.
La alargo sólo un instante para suplicar a usted que se sirva responderme y no dude jamás de la sinceridad de mis sentimientos.

Escrita en P... con fecha de P..., a 30 de agosto de 17...

CARTA XLIX

CECILIA VOLANGES AL CABALLERO DANCENY

Sin ser ligera ni falsa, me basta, señor, haber llegado a penetrar mi conducta para saber que necesito mudarla. He prometido este sacrificio a Dios mientras puedo hacer el de los sentimientos que tengo por usted y que su estado religioso hace más criminales. Conozco que me será muy sensible y no oculte que desde antes de ayer he llorado cuantas veces he pensado en usted; pero confío en que Dios me dará la fuerza necesaria pues olvidarle, según se lo pido día y noche. Espero aún de su amista y honradez que no buscará apartarme de la buena resolución que me ha inspirado y en la que me obligo a mantenerme. En consecuencia, le pido tenga a bien no escribirme más. Por otra parte le prevengo que no le responderé y que de ese modo me forzará a contarle a mamá todo lo que pasa: lo cual me privaría a la vez del placer de verle a usted. Yo, le conservaré todo el afecto que me sea posible, sin que haga mal en ello; crea usted que con toda mi alma le deseo la mayor felicidad. Comprendo bien que dejará de amarme tanto como ahora, y que acaso muy pronto amará a otra más que a mí; pero ésta será una penitencia más por la falta que he cometido, entregándole un corazón que no debía ser sino de Dios y de mi marido, cuando lo tenga. Espero que la misericordia divina tendrá compasión de mi debilidad, y que no me dará más castigo que el que pueda soportar.

Quede con Dios, y crea firmemente que si me fuese permitido amar a alguno, hubiera amado sólo a usted. He aquí todo lo que le puedo decir, y acaso es más de lo que debiera.

En..., a 31 de agosto de 17...

CARTA L

LA PRESIDENTA DE TOURVEL AL VIZCONDE DE VALMONT

Muy señor mío: ¿De este modo cumple usted las condiciones con que he permitido que me escriba algunas veces? ¿Puedo no tener de qué quejarme, al que temería abandonarme, aun cuando fuese compatible con mis deberes?

Fuera de ello, si tuviese necesidad de nuevas razones para conservar este saludable temor, me parece que las hallaría en su última carta. En efecto, en el momento mismo que usted cree hacer la apología del amor, ¿qué otra cosa hace, al contrario, sino demostrarme sus terribles agitaciones y trastornos? ¿Quién puede apetecer una dicha comprada a expensas de la razón, y cuyos placeres fugitivos dejan siempre pesar, cuando no sea remordimiento? Usted mismo, que por lo habituado que vive con esta especie de delirio peligroso, debe experimentar menos sus efectos, no se ve, sin embargo, precisado a convenir en que a menudo puede más que su razón, y no es usted el primero que se queja de la alteración involuntaria que le causa? Pues, ¿qué destrozo horroroso no haría en un corazón puro y sensible, que aumentaría su violencia en razón de la magnitud de las obligaciones que tendría que sacrificarle?

Cree, o finge creer, que el amor conduce a la felicidad verdadera; y yo estoy tan persuadida de que causaría mi desdicha, que no quisiera oír ni siquiera su nombre.

Todo bien considerado, debe serle muy fácil el concederme lo que le pido. De vuelta a París hallará bastantes ocasiones para olvidar un sentimiento, que tal vez sólo ha debido su origen a

la costumbre que tiene usted de ocuparse de semejantes cosas; y su fuerza a la ociosidad de la vida del campo. ¿No se halla acaso ahora en ese mismo lugar en que me había visto con tanta indiferencia? ¿Puede usted dar en él un paso sin encontrar una prueba de su veleidad y su inconstancia? ¿Y no se halla ahí rodeado de mujeres que, siendo todas más amables que yo, tienen más derecho a sus obsequios? Yo no tengo la vanidad de que se acusa a mi sexo; aún menos tengo aquella falsa modestia que prueba sólo un orgullo más refinado; y le confieso, con la mayor sinceridad y buena fe, que distingo en mí muy pocos medios de agradar. Aun cuando los poseyese todos, no los juzgaría suficientes para fijarme en usted. Pedirle, pues, que no se ocupe más de mí, es pedirle lo mismo que usted ha hecho ya, y que seguramente volverá bien pronto a ejecutar, aun cuando yo pidiese ahora lo contrario.

Esta verdad, que no pierdo nunca de vista, sería por sí sola, una razón suficiente para que yo no quisiese escucharle más. Tengo otras mil; pero, sin entrar en una discusión, me limito a pedirle, como lo tengo hecho antes, que no vuelva a escribirme, ni hablarme de un sentimiento al que no debo dar oídos, y mucho menos responder.

En..., a 10 de septiembre de 17...

CARTA LI

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT

En realidad, mi estimado Vizconde, es usted insoportable. Me trata usted con tan poca formalidad como si fuera su cortejo. ¿Sabe usted que al fin me enfadaré; y que ahora mismo estoy de un humor terrible? ¡Cómo! ¿Debe usted ver a Danceny mañana por la mañana? Sabe usted cuánto importa que hablemos antes y, sin inquietarse por esto, ¿me hace usted esperarlo todo el día, por correr no sé adónde? Usted es causa de que haya llegado a casa de la señora de Volanges ridículamente tarde, y que todas las viejas me hayan hallado demasiado preciosa. Me ha sido forzoso hacerles mil caricias durante toda la noche, para poder aplacarlas; porque no conviene enfadar a las setentonas; pues de ellas depende la reputación de las jóvenes.

Ha dado la una de la mañana, y en vez de acostarme, aunque no puedo tenerme en pie, es preciso que le escriba esta larga carta, que va a redoblar mi gana de dormir con el fastidio que me dará. Tiene usted fortuna en que yo no tenga tiempo para reñirle más. No crea por eso que le perdono, sino que estoy de prisa. Escúcheme, pues, y al hecho. Por poco diestro que usted sea, debe ganarse mañana la confianza de Danceny. El momento es favorable, puesto que ahora es desdichado.

La muchacha ha ido a confesarse y ha revelado todo como una simple. Desde entonces la asusta tanto el temor del diablo, que quiere romper absolutamente todo trato con su amante. Me ha contado todos sus escrúpulos con una vehemencia que me hace ver cuán exaltada está su imaginación. Me ha enseñado lo que ha escrito para romper, y es una verdadera carta de capuchino. Ha charlado una hora sin decir una palabra que tenga sentido común; pero no ha dejado de embarazarme mucho; porque usted comprende que no podía yo correr el riesgo de franquearme con una tan pobre cabeza.

No obstante, en medio de toda su charla, he visto que no por eso ama menos a su Danceny, y aun he notado uno de aquellos recursos que nunca deja de emplear el amor, y del que veo que esta muchacha es víctima de un modo bastante curioso. Atormentada por el deseo de ocuparse de su querido y por el temor de condenarse, ha imaginado el pedir a Dios que se lo haga olvidar; y como renueva esta oración a cada instante del día, halla el medio de pensar en él sin cesar.

Con otro que tuviera más mundo que Danceny, este pequeño incidente sería, acaso, más favorable que contrario; pero el joven es tan mirado que, si no le ayudamos, necesitará tanto tiempo para vencer los más pequeños obstáculos, que no nos dejará el suficiente para efectuar nuestro proyecto.

Usted tiene razón; es lástima, y lo siento yo también, que sea héroe de esta aventura; ¿pero qué quiere usted? lo hecho no tiene remedio, y es culpa suya. He querido ver su respuesta[14] y me ha dado lástima. Se fatiga en probar con razonamientos, que un sentimiento involuntario, no puede ser un crimen, como si no cesase de involuntario desde el momento en que se le deja de combatir. Esta reflexión es tan sencilla, que la muchacha misma la ha hecho. Se queja de su infortunio de un modo bastante patético; pero su dolor es tan tierno, y parece tan fuerte y tan sincero, que tengo por imposible que una mujer que halla la ocasión de desesperar a un hombre y con tan poco peligro, no esté tentada de contentar su capricho. Acaba, en fin, explicándole que no es peligroso como ella creía; y es, sin disputa, lo mejor que dice; porque si se trata de entregarse al amor monástico, seguramente los caballeros de Malta no merecen que les demos la preferencia.

Sea como fuere, en lugar de perder el tiempo en razonamientos que me hubieran comprometido, tal vez sin persuadirla, he aprobado su proyecto de rompimiento; pero le he dicho que era más decoroso, en tal caso, decir sus razones que escribirlas; que el uso exige también que se devuelvan las cartas y otras bagatelas que puedan haber recibido; y así, teniendo el aire de adoptar sus ideas, la he decidido a dar una cita a Danceny. Al instante hemos concertado el modo, me he encargado de decidir a su madre a que salga mañana de casa sin su hija; mañana después de medio día será el momento decisivo. Danceny está ya informado; pero por Dios, si halla usted la ocasión, decida usted a este lánguido amante a que haga menos el derretido; enséñele usted, ya que es menester enseñarle todo, que el verdadero medio de vencer los escrúpulos, es el no dejarles nada que perder, en este particular, a los que los tienen.

[14] No se ha encontrado esta carta.

Por lo demás, a fin de que no se repita una escena tan ridícula, no he dejado de suscitar algunas dudas en la mente de esta niña sobre la discreción de los confesores, y le aseguro que paga ahora el miedo que me ha dado con el que tiene ella misma de que el suyo no va a contarlo todo a su madre. Espero que después que yo haya tenido una o dos conversaciones con ella, no irá más a contar sus tonterías al primer venido.

Adiós, mi vizconde. Apodérese usted de Danceny, y diríjale. Sería cosa vergonzosa que no lográsemos hacer lo que queremos de dos muchachos. Si hallamos más dificultades de lo que habíamos creído, pensemos para animarnos, usted, que se trata de la hija de la señora de Volanges, y yo, que ha de ser algún día esposa de Gercourt. Adiós.

En..., a 2 de septiembre de 17...

CARTA LII

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA PRESIDENTA DE TOURVEL

Muy señora mía: Usted me prohíbe que le hable de mi amor; pero, ¿en dónde podrá hallar fuerza bastante para obedecer a su mandato? Únicamente ocupado de un sentimiento, que debería ser tan dulce, y que usted hace tan cruel; muriendo de amor en el destierro a que me ha condenado; no viviendo sino de privaciones; víctima de un tormento tanto más doloroso, cuanto me recuerda sin cesar su indiferencia; ¿será preciso que pierda aún el único consuelo que me queda? ¿Desviará usted sus ojos para no ver las lágrimas que me hace derramar? ¿Pensará aceptar el mismo sacrificio que me exige? ¿No sería más digno de usted, de su alma tierna y generosa, tener piedad de un desgraciado, que lo es sólo por su causa, que no el querer multiplicar sus penas, con una ley tan injusta como rigurosa?

Usted finge temer al amor, y no quiere considerar que usted se ocasiona los males de que le reconviene. ¡Ah! sin duda, este sentimiento es penoso, cuando el objeto que lo inspira no lo experimenta mutuamente; pero, ¿en dónde buscaremos la dicha, si un amor recíproco no la procura? La tierna amistad, la dulce confianza, la disminución de los pesares, el aumento de los placeres, la esperanza encantadora, el delicioso recuerdo, ¿quién puede procurarlos sin el amor? Usted le calumnia, usted que, para gozar de todos los bienes que le ofrece, necesita

sólo no rehusarlos; y yo olvido las penas que me causa, para emplearme en defenderlo.

Me obliga usted también a defenderme a mí mismo; pues mientras que dedico mi vida a adorar sus encantos, usted emplea la suya en suponer y condenar mis faltas. Ya me cree inconstante y engañoso; y abusando, en daño mío, de algunos errores que yo he confesado a sus pies, se complace en confundir lo que yo era entonces con lo que soy al presente. No contenta con haberme condenado al martirio de vivir lejos de usted, emplea un horrible sarcasmo, hablándome de placeres en punto a los cuales sabe bien cuán insensible me ha vuelto usted. No cree ni mis promesas ni mis juramento; pues bien, me queda todavía una garantía que ofrecer, y, a lo menos, no la será sospechosa; ésta es usted misma. No quiero sino que se pregunte a sí misma de buena fe. Si no cree mi amor, si duda un instante, de que reina únicamente en mi alma, si no está segura de haber fijado este corazón, hasta ahora en efecto demasiado inconstante, consiento en sufrir el castigo de este error; lloraré, mas no apelaré de él: pero si, al contrario, haciéndonos justicia a los dos, se ve forzada a convenir en que no tiene ni tendrá jamás rival para conmigo, entonces no me obligue, se lo suplico, a combatir ilusiones, y déjeme, a lo menos, el consuelo de ver que no duda de la sinceridad de un sentimiento que, en realidad, no acabará ni puede acabar sino con mi vida. Permítame, señora, que le ruegue que me responda categóricamente a este artículo de mi carta.

Si abandono, sin embargo, esta época de mi vida, que parece serme tan perjudicial para con usted, no es decir, que si fuese preciso defenderla, me faltarían las razones.

¿Qué he hecho, en suma, sino resistir al torbellino en que me había metido? Introducido y presentado en la sociedad, joven todavía, y sin experiencia; pasado, por decirlo así, de mano en mano, por una multitud de mujeres, que todas se apresuraban con su facilidad, a no dejar lugar a una reflexión, que conocían debía serles poco favorable, ¿tocaba a mí dar el ejemplo de una resistencia que no hallaba en parte alguna? ¿O debía castigarme de un momento de error, que a menudo había sido provocado, empleando una constancia inútil, y en la que no se hubiera visto sino una ridiculez? ¿Qué otro medio, sino un pronto rompimiento, puede justificar una vergonzosa elección? Pero, puedo asegurarle que en este devaneo de mis sentidos, y tal vez en este delirio de mi vanidad, no ha tomado parte mi corazón. Nacido para amar, las intrigas amorosas podían distraerle, pero no llenarle; cercado de objetos seductores, pero despreciables, ninguno llegaba a poseer mi alma; me ofrecían placeres, y yo buscaba virtudes; yo mismo, en fin, me reputé inconstante, porque era delicado y sensible.

Sólo al ver a usted, se ha rasgado el velo que cubría mis ojos: bien pronto he reconocido que el encanto del amor dimana de las cualidades del alma; que ellas solo pueden producir su exceso y justificarle. Conocí, en fin, que me era igualmente imposible no amar a usted y poder amar a otra.

Vea, pues, señora, cuál es este corazón a quien teme usted entregarse, y de cuya suerte debe decidir; pero sea lo que fuere, la que usted le reserve, no cambiará nada dos sentimientos que le profesa. Éstos son inalterables como las virtudes que los han hecho nacer.

En..., a 3 de septiembre de 17...

CARTA LIII

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

He visto a Danceny, pero no he logrado de él sino una media confianza; sobre todo, se ha obstinado en callarme el nombre de la jovencita Volanges, hablándome de ella como de una muchacha muy juiciosa y un poco devota; excepto esto, me ha contado con bastante exactitud

su aventura, principalmente el último lance. He procurado acalorarle cuanto he podido, y me he chanceado mucho sobre sus escrúpulos y delicadezas; me parece firme en su sistema, y no puedo responder de él; por lo demás, podré decirle más pasado mañana. Lo llevo mañana a Versailles, y me ocuparé de sondearle durante el camino.

La entrevista que debe tener hoy me da también algunas esperanzas; es posible que su efecto sea el que los dos deseamos, y acaso en este momento nos falta sólo obligarlo a que lo confiese, y recoger las pruebas. Esto será más fácil a usted que a mí, porque la niña es más confiada, o lo que viene a ser lo mismo, más parlanchina, que su discreto amante. Sin embargo, haré lo que pueda.

Adiós, mi bella amiga; estoy muy de prisa, y no veré a usted ni esta noche ni mañana. Si ha sabido algo por su parte, escríbame una palabra para mi vuelta; vendré seguramente a dormir a París.

En..., 3 de septiembre de 17...

CARTA LIV

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT

¡Oh! si, ciertamente tendremos mucho que saber de Danceny. Si ha dicho a usted algo, se ha jactado de ello: pues no conozco hombre más tonto en cosas de amor, y me arrepiento cada día más de las bondades que con él tenemos. ¿Sabe usted que por loco me veo comprometida por causa suya? Y todo en pura pérdida. ¡Oh! yo me vengaré, lo juro.

Cuando fui ayer a casa de la señora de Volanges, no quería salir, sintiéndose algo indispuesta; fue necesaria toda mi elocuencia para decidirla: y vi el momento en que Danceny iba a llegar antes que partiésemos; lo que hubiera sido tanta mayor torpeza cuanto la señora de Volanges le había dicho la víspera, que al día siguiente no estaría en su casa. Su hija y yo estábamos en un brete. En fin, salimos, y la niña me apretó la mano tan afectuosamente al decirme adiós que, a pesar de su plan de rompimiento, me prometí maravillas de aquella cita.

No habían terminado aún los acasos inquietantes. Media hora hacía apenas que estábamos en casa de la señora D... cuando la de Volanges se sintió mal, pero seriamente mal; y como era natural y justo, quiso ser conducida a su casa; yo lo quería tanto menos que, si como era de apostar, sorprendíamos juntos a los jóvenes, temía que las instancias que yo había hecho a la madre para salir, llegaran a darle sospechas. Tomé el partido de meterle miedo con su salud delicada, lo que felizmente no es difícil, y la detuve allí hora y media antes de volverla a su casa, fingiendo temer mucho el efecto del movimiento del coche. En fin, no volvimos hasta la hora convenida.

Por el aspecto de vergüenza que noté cuando entramos, confieso que esperé que al menos mi trabajo no había sido perdido.

Las ganas que tenía de saber lo ocurrido, me hicieron quedar con la señora de Volanges, que

se acostó al instante. Después de haber cenado junto a su cama, la dejamos en seguida, con pretexto de que necesitaba descanso, y pasamos al cuarto de su hija. Ésta ha hecho de su parte cuanto yo esperaba de ella; escrúpulos a un lado, nuevos juramentos de amar toda la vida, etc., etc.: en fin, se ha entregado con toda la gracia posible; pero el tonto de Danceny no ha pasado ni una línea el punto mismo en que antes se encontraba. ¡Oh! bien se puede reñir con él; las reconciliaciones no son peligrosas.

Asegura la niña, sin embargo, que él quería más, pero que ella ha sabido defenderse. Apostaría que es por jactarse o excusarle y casi estoy seguro de ello.

En efecto, me vino el capricho de saber a qué atenerme sobre la defensa de que era capaz, exaltando su imaginación, a punto que... créame usted, amigo, no hay muchacha cuyos sentidos sean más fáciles a una sorpresa. Cierto que es amabilísima esta criatura. Merecía un amante de otra especie; pero, a lo menos, tendrá un amiga, porque yo me aficiono a ella con toda sinceridad. Le he prometido formar su corazón y creo que cumpliré mi palabra. Muchas veces he sentido la necesidad de tener una mujer por confidente, y la preferiría para esto a cualquiera otra; pero no puedo hacer nada hasta que esté ya... lo que es preciso que esté; razón de más para enfadarnos con Danceny.

Adiós, mi vizconde; no venga mañana a verme si no es por la mañana. He cedido a las instancias del caballero, concediéndole pasar la noche en mi casita consabida.

En..., a 4 de septiembre de 17...

CARTA LV

CECILIA VOLANGES A SOFIA CARNAY

Tenías razón, mi querida Sofía; tus profecías salen mejor que tus consejos. Danceny, como lo habías predicho, ha podido más que el confesor, que tú, y que yo misma; ya estamos absolutamente como antes. ¡Ah! no me arrepiento de ello, y si tú me riñes, es porque no sabes cuánto placer hay en amar a Danceny. Te es bien fácil decir lo que se debe hacer; nada te lo impide: pero si hubieses conocido como yo, qué pena causa el mal que sufre aquel que se ama; cómo cuando se alegra, nos alegramos también, y cómo es difícil decir no, cuando lo que se quiere decir es sí, no te admirarías de nada. Yo misma lo he experimentado, y bien vivamente, no puedo comprender cómo esto puede suceder. ¿Crees, por ejemplo, que pueda yo no llorar cuando veo llorar a Danceny? Te aseguro firmemente que es imposible, y que cuando está contento, soy dichosa como él. Di lo que quieras, lo que se dice, no impide lo que es en realidad, y esto es así.

Ponte en mi lugar, es decir, mi puesto no lo cedería a nadie... pero quisiera que tú también amases a alguno, no sólo porque me escuchases mejor y me riñeses menos, sino porque fueras más dichosa, o mejor dicho, porque empezaras a serlo.

Nuestras distracciones, nuestras alegrías, no son más que juegos de niños, de que nada queda cuando han pasado; pero el amor, ¡oh, el amor! con una palabra, con una mirada, ya eres feliz. Cuando yo veo a Danceny, ya no deseo nada; cuando no le veo, no deseo sino a él sólo. No sé cómo, pero se dijera que todo cuanto me gusta se le parece. Cuando no está conmigo, pienso en él, y cuando pienso libremente en él, sin distracción, por ejemplo, estando sola, cierro los ojos, y al instante creo verle; recuerdo sus palabras, y creo oírle; esto me hace suspirar, y luego siento un fuego, una agitación... No puedo estar tranquila en un paraje; es como un tormento, y este tormento causa un placer indecible.

Creo también que una vez que sentimos amor, éste influye también en la amistad. La que yo te profeso, no ha mudado; es siempre la misma que cuando estaba en el convento; pero lo que te digo me sucede con la señora de Merteuil. Me parece que la amo más a la manera con que amo a Danceny y que algunas veces quisiera que ella fuese él. Tal vez consiste en que no es un amistad de niños como la nuestra; o bien en que los veo juntos tantas veces que esto hace que me engañe. En fin, lo cierto es que entre los dos me hacen bien dichosa; y, en definitiva, no creo que hay gran mal en lo que hago. Así que, por mí, quisiera quedarme siempre como estoy; y sólo la idea de mi boda me apena, pues si el señor Gercourt es como me han dicho, y no lo dudo, no sé lo qué será de mí.

Adiós, mi Sofía: te amo siempre con la misma ternura.

En..., a 4 de septiembre de 17...

CARTA LVI

LA PRESIDENTA DE TOURVEL AL VIZCONDE DE VALMONT

¿De qué le serviría, señor, la respuesta que me pide? ¿El creer sinceros sus sentimientos, no sería razón de más para temerlos? y, sin averiguar su sinceridad ¿no basta en sí, y no debe bastar a usted mismo, que yo no quiera ni deba corresponder a ellos?

Supongamos que usted me amase verdaderamente (y sólo consiento en admitir esta suposición, para no volver más a hablar sobre este asunto), ¿serían menos insuperables los obstáculos que nos separan? ¿y me quedará otra cosa, sino desear que usted pueda vencer pronto ese amor, y, sobre todo, ayudarle a ello cuanto me fuese posible, quitándole toda esperanza? Usted mismo confiesa que este sentimiento es penoso, cuando el objeto que lo inspira no lo experimenta mutuamente. Sabe, pues, que me es imposible entregarme a él, y aun cuando esta desgracia me sucediese, yo sería más digna de lástima, sin que usted fuese más feliz. Me lisonjeo de que me estima bastante para no dudar nunca de ello; cese, pues, se lo ruego, en querer turbar mi corazón, que tanto necesita de serenidad; no me obligue a que me pese el haberle conocido.

Querida y estimada por mi marido, que amo y respeto, mis placeres y mis obligaciones se unen en una misma persona. Soy feliz y debo serlo; si hay placeres más vivos, no los deseo, ni quiero conocerlos. ¿Puede haberlos mayores que el de estar bien consigo mismo, pasar días serenos, dormirse sin inquietud y despertar sin remordimientos? Lo que usted llama felicidad, es sólo un alboroto de los sentidos, una tormenta de pasiones cuyo espectáculo es horroroso, aun visto desde la playa. ¡Ah! ¿cómo se puede arrostrar una tempestad? ¿Cómo atreverse a navegar en un mar cubierto de los destrozos de mil y mil naufragios? ¿Y con quién? No, señor, me quedo en tierra y apetezco los vínculos que me retienen. Aunque pudiese, no los rompería, y si no los tuviese, me apresuraría a contraerlos.

¿Por qué sigue mis pasos? ¿por qué se obstina en perseguirme? Las cartas de usted, que debían ser raras, se suceden con rapidez. Debían ser razonables, y en ellas no habla sino de su loco amor. Me insidia con su idea más que lo hacía con su persona. Alejándose bajo una forma, al instante se presenta con otra. Las cosas de que se pide a usted no hable más, las repite, sólo que de otro modo. Se complace en embarazarme con razonamientos capciosos y esquiva los míos. No quiero volver a responderle. No le responderé más... ¡Cómo trata usted a las mujeres que ha seducido! ¡Con qué desprecio habla de ellas! Quiero creer que algunas lo merecen, ¿pero son todas tan despreciables? ¡Ah! sin duda, puesto que han faltado a los

deberes del matrimonio para entregarse a un amor criminal. Desde aquel momento lo han perdido todo, hasta la estimación de aquel a quien todo lo han sacrificado. Este suplicio es justo; pero la sola idea llena de terror. Y en fin, ¿qué me importa? ¿por qué he de ocuparme de ellas ni de usted? ¿Con qué derecho viene usted a turbar mi tranquilidad? Déjeme, no me vea ni me escriba más, se lo ruego, y lo exijo. Esta es la última carta que recibirá de mí.

En..., a 5 de septiembre de 17...

+

CARTA LVII

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Al volver ayer de París encontré en mi casa su carta, y me ha divertido mucho su cólera. No le sería a usted más sensible la torpeza de Danceny aun cuando la hubiese emplearlo contra usted misma. Sin duda por vengarse de él acostumbra a su querida a que le haga esas pequeñas infidelidades. En verdad, es usted una picarilla. Pero es muy amable y no extraño que se la resista menos que a Danceny.

En fin, por decirlo así, conozco de memoria a este héroe de novela, y para mí no tiene ya secreto alguno. Le he dicho tanto que el amor honesto da la suprema felicidad, que el sentimiento vale más que diez intrigas, que yo mismo en este momento me hallo enamorado y tímido; n fin: ha encontrado mi modo de pensar tan conforme con el suyo que, encantado con mi candor, me lo ha dicho todo y me ha jurarlo ser mi amigo sin reserva; pero no estamos por eso más adelantados en nuestro proyecto.

Desde luego me ha parecido que tiene por sistema, que una soltera merece más miramientos que una casada, porque tiene más que perder: piensa que un nombre no tiene excusa cuando pone a una señorita en la necesidad de casarse con él, o de vivir deshonrada, cuando ella es infinitamente más rica que él, como sucede en el presente caso. La seguridad de la madre, el candor de la hija, todo lo detiene. Con un poco de maña, y auxiliado por la pasión, pronto hubiera yo combatido estos razonamientos por más justos que sean, tanto más cuanto que sirven a hacer pasar a uno por ridículo, y que el uso corriente no los autoriza. Pero lo que impide que se pueda vencer a este hombre, es que se halla gustoso con su sistema y manera de obrar. En efecto, si los primeros amores parecen en general más honestos, y como se dice, más puros; si, a lo menos, son más lentos en su marcha, no es, como se piensa, por efecto de delicadeza o de timidez, es que nuestro corazón, admirado de un sentimiento desconocido, se detiene, por decirlo así, a cada paso, para gozar de las delicias que experimenta, y es tan grande este influjo en un corazón nuevo que lo ocupa hasta el punto de hacerle olvidar cualquier otro placer. Es esto tan cierto, que un libertino enamorado, si puede estarlo un libertino, muestra desde entonces menos ansias de gozar, y que en fin, entre la conducta de Danceny con la joven Volanges, y la mía con la gazmoña señora de Tourvel, no hay más diferencia que el más o el menos.

Preciso hubiera sido para acalorar a nuestro joven, que hubiese hallado más obstáculos, sobre todo, más misterio, pues el misterio lleva a la audacia. No estoy lejos de creer que usted nos ha perjudicado a fuerza de servirle bien: la conducta de usted hubiese sido excelente con un hombre hecho a esos tratos, que no hubiera sentido deseos; pero debiera usted haber conocido que un hombre joven, honrado y enamorado, el favor que más aprecia es el estar cierto de ser amado, y que cuanto más lo está, menos emprendedor es. ¿Qué haremos ahora? No lo sé; no

creo que la muchacha caiga antes de su casamiento; y sólo habremos sacado el pagar los gastos: lo siento mucho, pero no veo el remedio.

Mientras yo diserto de ese modo, usted emplea el tiempo con su caballero. Esto me hace pensar que usted me ha prometido una infidelidad en favor mío; tengo la promesa por billete escrito y no quiero que se haga añeja; convengo en que no se vence todavía el plazo; pero mostraría generosidad si no lo esperase. Por mi parte no dejaré de pagar los intereses. ¿Qué dice de esto, amiga mía? ¿No está ya cansada de ser constante? Ese cortejo es, pues, bien precioso. ¡Ah! déjeme usted a mí. Quiero obligarla a confesar que si le ha encontrado algún mérito, es porque me tiene olvidado.

Adiós, mi bella amiga. La abrazo con la misma ansia con que la deseo. Desafío a todos los besos de su caballero a que sean más ardientes que los míos.

En..., a 5 de septiembre de 17...

CARTA LVIII

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA PRESIDENTA DE TOURVEL

¿Por dónde he merecido, mi señora, las recomendaciones que me hace y la cólera que me muestra? La más viva inclinación a usted, y no obstante la más respetuosa, la sumisión más completa a sus menores deseos, vea en dos palabras la historia de mis sentimientos y de mi conducta Agobiado con las penas de un amor desdichado, no tenía más consuelo que el de verla; me ha mandado que me prive de él, y he obedecido, sin permitirme la más mínima queja. En recompensa de este sacrificio me ha concedido usted que la escriba, y hoy me quiere quitar ya ese único placer. ¿Me lo dejaré arrebatar sin defensa? No sin duda. Y ¿cómo podría no interesarme siendo el único que me queda, y viniendo de usted?

Mis cartas, dice usted que son demasiado frecuentes; repare que de diez días a esta parte que dura mi destierro, no he pasado un sólo momento sin ocuparme de usted, y, sin embargo, sólo le he escrito dos veces. No hablo a usted en ellas sino de amor: ¿y qué otra cosa puedo decir sino lo que pienso? Lo único que he podido es atenuar la fuerza de las expresiones, y puede creer que no he dejado percibir sino lo que me ha sido imposible ocultar. Me amenaza, en fin, con que no volverá a responderme. Así, pues, el hombre que la prefiere a todo, y la respeta aún más que la ama, no contenta de tratarle con rigor, quiere usted despreciarle. ¿Y por qué esas amenazas? ¿Por qué ese enojo? ¿Qué necesidad tiene de eso? ¿No está bien cierta de ser obedecida aun cuando da órdenes injustas? ¿Me es posible rehusar a usted alguno de sus deseos? ¿No lo he probado ya? ¿Abusará de este mismo imperio que ha tomado sobre mí? Después de haberme hecho desgraciado, después de ser injusta, ¿podrá fácilmente gozar de esa tranquilidad que dice serle necesaria? ¿No se dirá nunca: me ha dejado árbitro de su suerte, y he causado su desdicha? Imploraba mis auxilios y yo lo he rechazado sin piedad. ¿Sabe usted hasta dónde puede llevarme mi desesperación? No.

Para calmar mis penas era preciso que usted supiese adónde llega mi amor y conociera mi corazón.

¿Por qué me sacrifica a temores quiméricos? ¿Quién los inspira? Un hombre que la adora, un hombre sobre quien jamás cesará usted un imperio absoluto. ¿Qué teme usted, ni qué puede temer de un sentimiento que siempre dirigirá a su antojo? Pero su imaginación se crea fantasmas, y achaca al amor el espanto que le causan. Tenga usted un poco de confianza, y esos fantasmas desaparecerán.

Ha dicho un sabio que para disipar nuestros temores, basta siempre el examinar a fondo su causa[15]. Esta verdad es aplicable sobre todo al amor. Ame usted, y sus temores se desvanecerán. En lugar de los objetos que la asustan, hallará un sentimiento delicioso, un amante tierno y sumiso, y todos los días de su vida pasados en el seno de la felicidad, no le dejarán otro pesar sino el del tiempo que ha perdido viviendo en la indiferencia. Yo mismo, desde que corregido de mis errores no vivo más que para el amor, siento haber perdido un tiempo que creí haber pasado entre placeres, y reconozco que usted sola puede hacerme venturoso. Pero le suplico que el gusto que hallo en escribirle, no vuelva a turbarse con el miedo de desagradarla. No quiero desobedecerla; pero, postrado a sus pies, le reclamo la dicha que quiere robarme, la única que me había negado: insto de nuevo; escuche mis ruegos, y vea correr mis lágrimas.

¡Ah, señora! ¿me lo negará usted?

En..., a 7 de septiembre de 17...

CARTA LIX

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Dígame, amiga mía, si lo sabe: ¿Qué significan todas estas lamentaciones de Danceny? ¿Qué ha sucedido? ¿Qué ha pasado? Tal vez su bella se ha enfadado, cansada al fin de su eterno respeto. Es menester ser justos, y creer que habría razón para enfadarse, aún con mucho menos. ¿Qué le diré esta noche en la cita que me ha pedido, y le he dado a todo riesgo? Seguramente no perderé mi tiempo en escuchar sus jeremiadas, y esto no debe conducir a nada. Los lamentos amorosos sólo pueden oírse en recitativo obligado y en arias de bravura. Infórmeme, pues, de lo que ocurre y de lo que yo deba hacer, o sino deserto, para evitar el fastidio que preveo. ¿Podré ver a usted esta mañana? Si está ocupada, escríbame una palabra, y deme la contraseña del papel que debo representar. ¿En dónde estaba usted ayer? No puedo encontrarla ya. Realmente esto no valía la pena de retenerme en París el mes de septiembre. Decídase, sin embargo, porque acabo de recibir un convite muy urgente de la condesa de B*** para que vaya a verla a su casa de campo; y me lo hace de un modo bien curioso, diciéndome: "mi marido posee el más hermoso monte del mundo, que conserva con el mayor cuidado para sus amigos", así es que tengo algún derecho sobre ese monte. Volveré pues a verle, si no puedo ser útil a usted por ahora.

Adiós, amiga mía; piense que Danceny debe venir a mi casa cerca de las cuatro.

En..., a 8 de septiembre de 17...

---

[15] Créese que es Rousseau, en el Emilio; pero la cita no es exacta, y la aplicación que hace Valmont es falsa de todo; además, ¿conocía la señora de Tourvel el Emilio?

CARTA LX

EL CABALLERO DANCENY AL VIZCONDE DE VALMONT

(Inclusa en la precedente.)

¡Ay! Amigo mío, estoy desesperado; he perdido todo; no me atrevo a confiar al papel el secreto de mis penas; pero tengo necesidad absoluta de depositarlas en el pecho de un amigo seguro y fiel. ¿A qué hora podré ir a verle y buscar en su amistad consuelos y consejos? ¡Era yo tan feliz el día en que le abrí mi corazón! Ahora, ¡qué diferencia! Todo se ha mudado. Todo lo que sufro por mi parte no es sino la mínima porción de mis tormentos; pero mi inquietud, mi desasosiego por el objeto que más amo en el mundo, ¡ay! esto es lo que no puedo soportar. Más dichoso que yo, usted puede ir a verla, y cuento con que su amistad no me rehusará este servicio; pero antes es preciso que yo le hable y le informe. Usted me compadecerá, usted me ayudará; no tengo esperanza sino en usted, que es sensible, conoce el amor, y es el único a quien puedo confiarme; no me niegue sus auxilios.

El sólo alivio que experimento en mi dolor, es pensar que me queda un amigo como usted. Hágame saber, por Dios, a qué hora podré encontrarle. Si no puede ser por la mañana, desearía que fuese poco después de medio día.

En..., a 8 de septiembre de 17...

CARTA LXI

CECILIA VOLANGES A SOFÍA CARNAY

Compadece a tu Cecilia, que es muy desgraciada, mi querida Sofía. Mamá se ha enterado de todo; no concibo cómo ha podido sospechar la menor cosa; y, no obstante, todo lo ha descubierto. Ayer noche creí, en verdad, que tenía un poco de mal humor; pero no puse mucha atención, y mientras acababa su partida hablé muy festivamente con la señora de Merteuil, que había cenado aquí, y charlamos mucho de Danceny. No creo hayamos podido ser oídas. Dicha señora se fue, y yo me retire a mi cuarto. Ya me estaba desnudando, cuando mamá entró, y mandó salir a la doncella. Luego me pidió la llave de mi papelera. El tono con que lo hizo me causó un temblor tan grande, que apenas podía sostenerme. Yo hacía como que no la encontraba, pero al fin fue preciso obedecer. El primer cajoncillo que abrió era justamente el que contenía las cartas del caballero Danceny. Yo estaba tan turbada, que cuando me preguntó qué era aquello, no pude sino responder que no era nada; pero cuando la vi que empezaba a leer la primera carta, entonces no tuve tiempo más que para echarme en un sillón, donde me desvanecí. Cuando volví en mí, mamá, que había llamado a la doncella, se retiró, mandándome acostar, y llevándose las cartas de Danceny.

Toda la noche la he pasado llorando, y tiemblo cada vez que pienso que he de volver a su presencia.

Te escribo al rayar el día, esperando que vendrá Pepa. Si puedo hablarle a solas, le suplicaré que lleve a casa de la señora de Merteuil un billete que voy a escribir; sino lo incluiré en tu carta, y tú me harás el favor de enviárselo como cosa tuya. Sólo ella puede procurarme algún consuelo. Hablaremos de él, pues ya no cuento con verle más. ¡Soy muy desdichada! Acaso tendrá la bondad de encargarse de una carta para Danceny. No me atrevo a fiarme para esto de Pepa, y mucho menos de mi doncella; porque tal vez ésta será la que habrá dicho a mi madre que yo tenía cartas en mi papelera.

Quiero que no me falte tiempo para escribir a la señora de Merteuil, y también a Danceny, y no te escribo más largo; después me volveré a la cama, para que me encuentren acostada cuando entren en mi cuarto. Diré que estoy mala, para no tener que ir al de mi madre. Y no mentiré mucho, pues sufro más, ciertamente, que si tuviese calentura. Los ojos me arden a fuerza de tanto como he llorado, y tengo un gran peso en el estómago que me impide respirar.

Cuando pienso que no volveré a ver más a Danceny, preferiría estar muerta. Adiós, mi querida Sofía. No puedo decirte más, las lágrimas me sofocan.

En..., a 7 de septiembre de 17...

NOTA: Se ha suprimido la carta de Cecilia Volanges a la marquesa, porque sólo contenía los mismos hechos y con menos detalles. La escrita al caballero Danceny no se ha encontrado, y se verá el motivo en la carta LXIII de la marquesa al vizconde.

CARTA LXII

LA SEÑORA DE VOLANGES AL CABALLERO DANCENY

Después de haber abusado, caballero, de la confianza de una madre y de la inocencia de una niña, no sorprenderá a Ud. no verse más recibido en una casa en que ha correspondido a las

pruebas más sinceras de amistad con el proceder más impropio de un hombre honrado. Prefiero suplicarle que no vuelva a poner los pies en mi casa, a dar a mi portero unas órdenes que nos comprometerían a los dos igualmente, por las observaciones que los criados no dejarían de hacer. Tengo derecho a creer que usted no me obligará a acudir a este medio tan poco favorable para ambos.

Le prevengo también que, si en lo sucesivo hace la menor tentativa para mantener a mi hija en el descarrío en que la ha precipitado, una clausura austera y eterna la sustraerá a sus pesquisas. Por consiguiente, a usted toca el ver si temerá tan poco el ocasionar su infortunio, como ha temido poco el intentar colmarla de deshonor.

Por lo que hace a mí, tengo tomado este partido y se lo he dicho. Adjunto hallará usted el paquete de sus cartas. Cuento con que en cambio me devolverá todas las de mi hija, y que se prestará así a no dejar traza alguna de un suceso de que no podríamos conservar el recuerdo, yo sin indignación, ella sin vergüenza y usted sin remordimiento.

Tengo el honor de ser, etc.

En..., a 7 de septiembre de 17...

CARTA LXIII

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT

Claro que puedo explicarle el billete de Danceny. El suceso que se lo hizo escribir es obra mía, y en mi sentir obra maestra. No he perdido tiempo desde que recibí la última carta de usted, y he dicho como el arquitecto de Atenas: "Lo que él dice yo lo haré". ¡Con que son necesarios obstáculos a ese bello héroe de novela y se duerme en el seno de su dicha! ¡Descuide en mí! Yo le daré en qué ocuparse, y apuesto que su sueño no será en adelante tan tranquilo. Era menester enseñarle lo que vale el tiempo, y me lisonjeo de que ahora siente el que ha perdido. Era menester, dice usted también, que necesitase de más misterio: pues bien,

esta necesidad tampoco le faltará y tengo eso de bueno, que apenas se me hacen conocer mis faltas, no me sosiego hasta repararlas del todo. Y vea, pues, lo que he hecho.

Entrando en mi casa antes de ayer mañana, leí la carta de usted y la hallé luminosa. Persuadida de que había indicado perfectamente la causa del mal, me ocupé únicamente en encontrar el modo de curarle. Sin embargo, empecé por acostarme, porque mi infatigable caballero no me había dejado dormir un instante y creía tener sueño; pero no era así, enteramente ocupada de Danceny, el deseo de sacarle de su indolencia o de castigarle por ella no me dejó pegar los ojos; y sólo cuando hube concertado mi plan, pude reposar dos horas.

Fui por la noche a casa de la señora de Volanges, y según mi proyecto le confié que creía estar cierta de que existía entre su hija y Danceny una amistad peligrosa. Esta mujer, tan perspicaz respecto a usted, estaba tan ciega que me respondió al instante que seguramente me engañaba; que su hija era una niña, etc., etc. Yo no podía decirle cuanto sabía, pero le cité ciertas expresiones, ciertas miradas que alarmaban mi virtud y mi amistad. Hablé en fin casi tan bien como podría hacerlo una devota, y para dar el golpe decisivo me extendí hasta decir que creía haber visto dar y recibir una carta. "Esto me recuerda que un día abrió ella delante de mí un cajón de su papelera en el cual vi muchos papeles que sin duda guardará. ¿Sabe usted si tiene alguna correspondencia frecuente?" Entonces el rostro de la señora Volanges se mudó y vi que se le saltaban las lágrimas. "Doy a usted mil gracias, mi buena amiga, me dijo apretándome la mano. Yo me enteraré"

Después de esta conversación, demasiado corta para que la niña sospechase nada, me acerqué a ella, y me separé de ella en breve, para decir a la madre que no me comprometiera con su hija. Me lo prometió con tanto más gusto, cuanto que le hice observar que sería una fortuna que la chica tomase bastante confianza conmigo, para abrirme su corazón y ponerme en aptitud de darle mis prudentes consejos. Lo que me hace esperar que me guardará la promesa, es que no dudo que quiera jactarse con su hija de su propia penetración. De esta manera yo quedaba autorizada a continuar en mi tono de amistad con la muchacha sin parecer falsa a los ojos de su madre, lo que quería yo evitar. Ganaba además el quedarme en lo sucesivo con ella cuanto tiempo y cuan íntimamente quisiese.

Aproveché de ello la noche misma, y cuando acabé mi partida, llevé a un rincón a mi jovencita y entablé la conversación acerca de Danceny, sobre el cual nunca le falta que decir. Me divertí en levantarla de cascos hablándola del gusto que tendría al verle al día siguiente, y no hubo género de locuras que no le hiciese decir. Era necesario darle en esperanzas cuanto le quitaba en realidad, y además todo esto debía hacerle el golpe más sensible, porque está persuadida de que cuanto más haya sufrido, tanta más prisa se dará en desquitarse a la primera ocasión. Últimamente, bueno es acostumbrar a los grandes lances a aquél que se destina a grandes aventuras.

En suma, ¿no debe pagar con algunas lágrimas el placer de gozarle ese Danceny? Está loca por él; pues bien, yo le aseguro que le logrará, y también que no lo habría tenido sin esta tempestad. Es un sueño desagradable cuyo despertar será delicioso, y todo bien calculado, me parece que debe estarme agradecida; en efecto, aunque haya habido de mi parte cierta malicia, es preciso divertirse un poco: Para deleite nuestro hay tontos en el mundo.

En fin, me retiré muy contenta de mí misma.

O Danceny, me decía yo, excitado con los obstáculos va a estar doblemente enamorado, y entonces le serviré con toda mi eficacia; o si no es más que un tonto, como a veces lo creo, se desesperará y se dará por batido: en tal caso al menos me habré vengado de él cuanto habrá estado en mi mano y de paso me habré granjeado más la estimación de la madre, la amistad de la hija y la confianza de ambas. En cuanto a Gercourt, he de ser muy desgraciada o muy

torpe, si dueña ya del corazón de su mujer, no hallo mil medios de hacer que sea lo que yo quiero. Con este agradable plan en la cabeza me acosté y dormí muy bien, y desperté muy tarde.

Al abrir los ojos me encontré con dos billetes: uno de la madre y otro de la hija; y no pude menos de reírme leyendo en ambos esta misma frase: "De usted sólo espero algún consuelo". ¿No es curioso consolar en pro y en contra, y ser único agente de dos intereses directamente opuestos? Véame pues usted ya como la Divinidad, recibiendo los deseos encontrados de los ciegos mortales y no cambiando en nada mis inmutables decretos. He abandonado, sin embargo, este empleo por el de ángel consolador, y, según el precepto, he ido a visitar a mis amigos afligidos.

Empecé por la madre. La he hallado tan triste, que esto sólo venga a usted, en parte, de las contrariedades que le hace sufrir por causa de su bella devota. Todo ha salido perfectamente. Mi único cuidado era que no hubiese aprovechado la madre del momento para ganar la confianza de su hija, lo que habría sido muy fácil, sólo empleando con ella el lenguaje de la dulzura y la amistad, y dando a los consejos de la razón el aire y el tono de la ternura indulgente. Por fortuna ha empleado la severidad, y en fin, se ha conducido todo lo mal que yo podía desear. Cierto que ha estado por echar abajo todo nuestro plan con la resolución que había tomado de volver a su hija al convento; pero yo he parado el golpe, persuadiéndola a que sólo haga esta amenaza para el caso en que Danceny siga con el mismo proceder, y en ello he llevado la mira de forzar a los dos a cierta circunspección que ahora creo necesaria para el logro.

Fui luego a ver a la hija. ¡Cuánto la hermosea el dolor! Con poco coqueta que se haga, llorará a menudo, pero esta vez lloraba sin malicia. Sorprendida yo de este nuevo encanto que no conocía y que tenía infinito placer en conservar, no le di por lo pronto más que aquellos insípidos consejos que aumentan las penas más que las mitigan, y de este modo, la puse en términos que iba a caer en convulsiones. Le aconsejé que se acostase, y consintió, sirviéndole yo de doncella. No había arreglado su pelo y bien pronto sus cabellos cayeron sueltos sobre sus espaldas, y su garganta descubierta: yo la besé, ella se dejó caer en mis brazos, y sus lágrimas volvieron a correr. ¡Oh Dios, qué hermosa estaba! ¡Si la Magdalena era así, debió ser mucho más peligrosa como penitente que como pecadora!

Así que la bella desolada estuvo en su cama, entonces me puse a consolarla de buena fe. Por de contado la tranquilicé sobre el temor de volver al convento. Le hice concebir esperanzas de ver a Danceny en secreto y, sentándome sobre su lecho: "¡Si estuviese aquí!" le dije: y después sobre este tema, de distracción en distracción la conduje a no acordarse más de que estaba afligida. Nos hubiésemos separado enteramente amigas si no hubiera querido confiarme una carta para Danceny, lo que yo rehusé; y vea usted mis razones que aprobará, de fijo.

Desde luego era comprometerme con Danceny; y si era ésta la única disculpa que yo podría dar a Cecilia, de usted a mí existen otras muchas. ¿No hubiera sido arriesgar el fruto de mi trabajo el proporcionar tan pronto a estos amantes el medio fácil de calmar sus penas? Además, no me pesaría obligarlos a hacer intervenir algunos criados en esta aventura, porque, en fin, si lo llevamos a cabo, como espero, será menester que sea divulgado inmediatamente de la boda; y hay pocos medios más seguros; o bien si por milagro los criados no hablasen, lo haremos nosotros, y será más cómodo imputar a ellos la indiscreción.

Fuerza, pues, que dé usted hoy esta idea a Danceny; y como no estoy segura de la doncella de Cecilia, de que ella misma duda, indíquele a mi fiel Victorina. Yo cuidaré que el paso salga bien. Esta idea me agrada tanto más, cuanto que la confianza sólo será útil para nosotros y no para ellos, porque no estoy al cabo de mi cuento.

Mientras me rehusaba yo a encargarme de la carta de la muchacha, temía a cada instante que me propusiese echarla al correo, a lo que no hubiera podido negarme. Felizmente, fuese por lo turbada que estaba, por ignorancia, o porque le importase más que la carta la respuesta, que no hubiera podido recibir de ese modo, no me habló de tal cosa; pero para evitar que le viniese la idea, o al menos que le aprovechara, tomé al instante mi partido, y volviendo al cuarto de la madre, la decidí a alejar por algún tiempo de París a su hija, a llevársela al campo. ¿Y adónde? ¡Cómo! ¿El corazón no le palpita de alegría?... A casa de su tía de usted, la señora de Rosemonde. Hoy mismo se lo debe avisar. Con que ya está autorizado a ir a ver a su devota, que no tendría ya que echarle en cara el escándalo de hallarse a solas con usted; y gracias a mi cuidado, la misma señora de Volanges reparará el mal que le ha hecho.

Pero escúcheme bien, y no se ocupe tan exclusivamente de sus asuntos propios, que pierda éste de vista; piense cuánto me interesa. Quiero que sea usted el corresponsal y el consejero de los jóvenes. Informe, pues, de este viaje a Danceny, y ofrézcale sus servicios. No halle dificultad sino en hacer llegar a manos de la bella su carta credencial, y venza al instante el obstáculo, indicándole el medio de mi doncella. No hay duda en que él aceptará, y usted, en premio de su trabajo, logrará la confianza de un corazón nuevo en amor, lo que siempre es interesante. ¡Pobrecilla! ¡cómo se sonrojará al entregar a usted su primera carta! En realidad, este papel de confidente, contra el cual hay tantas preocupaciones, me parece un entretenimiento muy agradable, cuando uno tiene ocupación por otro lado; y en este caso estará usted.

De su cuidado depende el desenlace de esta intriga. Juzgue cuál es el momento oportuno para reunir los actores. El campo ofrece mil medios, y Danceny, sin duda, estará pronto a ir a la primera señal que usted le dé. Una noche, un disfraz, una ventana... ¿qué sé yo? Pero en fin, si la chica vuelve en el mismo estado en que se ha ido, echaré a usted la culpa. Si cree que necesita de algún nuevo estímulo por mi parte, dígalo. Creo haberla dado una buena lección sobre el peligro que hay en guardar cartas, para atreverme a escribirle; siempre sigo en la idea de hacer de ella una discípula mía.

Creo que he olvidado decirle que sus sospechas, en punto al descubrimiento de su correspondencia, habían recaído sobre su doncella; pero yo las hice caer sobre su confesor. Esto es matar dos pájaros de un tiro.

Adiós, vizconde mío; hace mucho tiempo que estoy escribiéndole, y se ha retardado mi comida; pero el amor propio y la amistad han dictado mi carta, y ambos son parleros; por lo demás, usted la recibirá a las tres, y es lo que basta.

Quéjese ahora de mí, si se atreve; y vaya a ver si le tienta el monte del conde B***. Dice usted que lo conserva para el placer de sus amigos. ¿Con que ese hombre es amigo de todo el mundo? Adiós, que tengo hambre.

En..., a 9 de septiembre de 17...

CARTA LXIV

EL CABALLERO DANCENY A LA SEÑORA DE VOLANGES

(Borrador incluido en la carta LXVI del vizconde a la marquesa.)

Muy señora mía: sin intentar justificar mi conducta, ni quejarme de la de Ud., no puedo

menos de lamentarme por un suceso que hace la desgracia de tres personas, todas dignas de una suerte más feliz. Sintiendo más ser la causa que la víctima, he querido desde ayer muchas veces ponerme a responder a usted, sin poder hallar fuerzas suficientes para verificarlo. Tengo, sin embargo, tantas cosas que decirle, que es indispensable haga por fin un esfuerzo; y si esta carta lleva poco orden en las ideas que expresa, usted debe conocer cuán dolorosa es mi situación, para concederme alguna indulgencia.

Permítame, desde luego, que reclame contra la primera frase de su carta. Yo no he abusado, me atrevo a decirlo, de su confianza ni de la inocencia de su señora hija; he respetado una y otra en mis acciones. Estas solas dependían de mí, y aun cuando usted quisiese hacerme responsable de un sentimiento involuntario, no temo añadir que el que me ha inspirado esta señorita es tal, que puede desagradar a usted, mas no ofenderla.

Sobre este punto, que me interesa más de lo que puedo explicar, no quiero tener otro juez sino usted misma, ni otros testigos que mis cartas.

Me prohíbe volver a poner los pies en su casa en lo sucesivo, y seguramente me someteré a cuanto usted guste mandar sobre este particular; ¿pero esta ausencia repentina y total no dará lugar igualmente a las observaciones que usted quiere evitar, como daría la orden que por esta razón no ha querido dar a su portero? Insisto tanto más sobre este punto, cuanto que importa mucho más a su hija que a mí. La pido, pues, que se sirva pesar todo con madurez, y no haga que la severidad perjudique a la prudencia. Persuadido de que el interés sólo de su hija dictará sus resoluciones, esperaré en cuanto a esto nuevas órdenes de su parte.

En caso que me permitiese presentar mis respetos algunas veces en su casa, me obligo -y puede usted, señora, fiarse en mi promesa- a no abusar de dichas ocasiones para intentar hablar en particular a su señora hija, o darle alguna carta. El temor de comprometer su reputación me fuerza a este sacrificio, y la dicha de mirarla me desquitará.

Este artículo de mi carta es la única respuesta que puedo hacer a lo que me dice sobre la suerte que destina a su hija, y que quiero hacer que dependa de mi conducta. Sería engañar a usted el ofrecerle más. Un vil seductor puede acomodar su plan a las circunstancias, pero el amor que me anima sólo me permite dos sentimientos, el valor y la constancia.

¿Consentir ya en que la hija de usted me olvide y en olvidarla yo mismo? No, no, jamás. Le seré fiel, ha recibido mi juramento, y lo renuevo ahora. Perdón, señora, me extravío; es preciso reportarme.

Me queda otro punto que tratar con usted, el de las cartas que me pide. Siendo infinito tener que añadir una negativa a las ofensas que usted me supone ya; pero le pido que oiga mis razones, y que, para apreciarlas, se acuerde de que sólo puede consolarme de haber perdido su amistad la esperanza de conservar su estimación. Las cartas de esta señorita, preciosas siempre para mí, vienen a serlo mucho más en este momento. Son el único bien que me queda; ellas solas me recuerdan un sentimiento que hacen la felicidad de mi vida. Sin embargo, puede creerme, no titubearía un sólo instante en hacer este sacrificio, y el pesar de esta privación cedería al deseo de probarle mi deferencia respetuosa; pero me detienen consideraciones del mayor peso, y que estoy cierto que usted misma aprobará.

Usted sabe ya el secreto de su hija, no hay duda; pero, permítame decirlo, estoy autorizado a creer que ha sido por efecto de sorpresa, y no de la confianza. No pretendo censurar un paso que autoriza tal vez la solicitud de una madre. Respeto sus derechos, pero no alcanzan a dispensarme de mis deberes. El más sagrado de todos es el de no faltar nunca a la confianza que se nos entrega, y sería incurrir en esta falta el hacer ver a otro los secretos de un corazón que no ha querido manifestarlos sino a mí.

Si su señora hija consiente en confiarlas a usted, que hable. Sus cartas entonces son inútiles. Si, al contrario, quiere encerrar en su pecho su secreto, no espere usted, ciertamente, que sea yo quien la instruya.

En cuanto al misterio que desea que cubra este suceso, viva usted tranquila; sobre todo lo que interesa a la señorita de Volanges, desafío yo hasta el corazón de una madre. Para acabar de quitarle toda inquietud, todo lo he previsto; y este depósito precioso, cuyo paquete llevaba antes por letrero Papeles para quemar, lleva ahora el de Papeles que pertenecen a la señora de Volanges. Este partido que tomo debe probarle también que el negárselos yo ahora, no proviene tampoco de que tema que en ellos encuentre usted un solo sentimiento ofensivo a su persona.

Vea pues, señora, una carta bien larga; no lo fuera bastante todavía, si le dejase la mayor duda sobre la honradez de mis sentimientos, sobre mi pesar bien sincero de haberla desagradado, y sobre el profundo respeto con que tengo el honor de ser su más atento servidor, etc., etc.

En..., a 7 de septiembre de 17...

CARTA LXV

EL CABALLERO DANCENY A CECILIA VOLANGES

(Enviada abierta a la marquesa de Merteuil, en la carta LXVl del vizconde.)

¡Oh, mi Cecilia! ¿Qué será de nosotros? ¿Qué Dios nos salvará de las desgracias que nos amenazan? ¡Ah! Denos el amor, a lo menos, valor bastante para soportarlas. ¿Cómo podré pintar cuál ha sido mi sorpresa, mi desesperación, al ver mis cartas, y a la lectura del billete de la señora de Volanges? ¿Quién ha podido vendernos? ¿Quién sospecha usted? ¿Ha cometido, por ventura, alguna imprudencia? ¿Qué hace usted ahora?

¿Qué le han dicho? Quisiera saberlo todo, y todo lo ignoro. Tal vez usted misma no sabe más que yo.

Envíole el billete de su madre, y copia de mi respuesta, esperando aprobará lo que le digo. También tengo mucha necesidad de que apruebe los pasos que he dado desde este lance fatal; todos han tenido por objeto el tener noticias de usted y dárselas mías; y ¿quién sabe? Tal vez con ellos lograré volver a verla y acaso con mayor libertad.

¿Concibe usted, mi Cecilia, adónde llegará el placer de volver a vernos, de poder jurarnos mutuamente un amor eterno, y de ver en nuestros ojos y sentir en nuestras almas que este juramento no será falso ni engañoso? ¿Qué penas no haría olvidar un momento semejante? Pues esa misma esperanza es la que tengo, y la debo a estos pasos que se dignará en aprobar. ¿Qué digo? Lo debo al cuidado y a la solicitud del más tierno de los amigos, y lo que únicamente le suplico es que permita que este mi amigo lo sea suyo.

Acaso yo no debía dar a nadie una confianza que concierne a usted, sin su permiso; pero tengo por excusa, la desgracia y la necesidad. El amor ha sido mi guía; él es el que reclama su indulgencia, el que le pide que perdone una confianza necesaria, y sin la cual quedábamos tal

vez separados para siempre[16]. Usted conoce el amigo de que hablo; lo es también de la mujer que más ama usted; es el vizconde de Valmont.

Mi proyecto dirigiéndome a él, era por lo pronto empeñar a la señora de Merteuil a que se encargase de una carta para usted. No ha creído que este medio pudiese lograrse, pero en falta del ama responde de su doncella que le debe obligaciones. Ella será la que le entregará esta carta y a quien podrá darle igualmente su respuesta.

Este recurso no le será útil si, como lo cree el vizconde, debe usted partir muy pronto para el campo; pero entonces él mismo se ofrece a servirnos. La señora a cuya casa va usted, es parienta suya, y aprovechará de esta circunstancia para ir allá cuando usted esté, de modo que pasará por su mano nuestra correspondencia. Aun me asegura que, si usted se deja dirigir, nos procurará los medios de vernos allí sin riesgo de comprometernos.

Ahora, mi querida Cecilia, si me ama, si se compadece de mi desgracia; si, como lo espero, siente el mismo pesar que yo, ¿negará usted su confianza a un hombre que será nuestro ángel tutelar? Sin él me vería yo reducido a la desesperación de no poder mitigar las penas que le ocasiono. Espero que acabarán; pero, permítame decirle mi buena amiga que no se abandone a ellas, ni se deje por ellas abatir. La idea de que usted sufre me es insoportable. Daría mi vida por hacerla feliz, bien lo sabe. ¡Ojalá que la certidumbre de ser adorada pueda consolar algo los tormentos que padece el alma! La mía necesita que usted le asegure que perdona al amor los males que le hace sufrir.

Adiós, mi Cecilia, adiós, mi tierna amiga.

En..., a 7 de septiembre de 17...

CARTA LXVI

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Usted verá, mi bella amiga, leyendo las dos cartas adjuntas, si he sabido llenar bien sus ideas. Aunque llevan la fecha de hoy, han sido escritas ayer en mi casa, y a mi vista. La que está dirigida a la jovencita dice cuanto queríamos. Es preciso prosternarse ante el profundo talento de usted, si hemos de juzgar de él por el acierto de sus planes. Danceny está hecho un fuego, y seguramente a la primera ocasión no habrá nada que reprenderle. Si su bella inocente quiere mostrar docilidad, todo estará acabado poco después de su llegada a la casa de campo; tengo cien medios preparados. Gracias a su cuidado, soy ya muy decididamente el amigo de Danceny; no le falta más que ser príncipe[17].

Es muy joven aún este pobre Danceny. ¿Creerá usted que no he podido obtener de él que prometa a la madre que renunciará al amor de su hija? ¡Como si fuese tan difícil prometer cuando uno está bien resuelto a no cumplir! Sería engañar, me decía a cada instante: este escrúpulo me edifica sobre todo en un joven que quiere seducir a la hija. He aquí los hombres: siendo todos igualmente malvados, en los proyectos que forman, a la flaqueza que ponen en realizarlos dan el nombre de probidad.

---

[16] El caballero Danceny no habla aquí con exactitud; había ya dado su confianza a Valmont antes de este suceso. Véase la carta LVII.

[17] Expresión relativa a un pasaje de un poema de Voltaire.

A usted toca impedir que la señora de Volanges no se asuste con ciertas imprudencias que se le han escapado en su carta a nuestro joven; presérvenos del convento, y procure hacer también que esa señora abandone la idea de que se le devuelvan las cartas de su hija. Por de contado él no las devolverá; no quiere, y pienso como él; en esto el amor y la razón marchan de acuerdo. Yo he leído estas cartas; me he tragado este fastidio: pueden sernos útiles; me explico.

A pesar de toda nuestra prudencia, pudiera la cosa dar un estallido. Éste haría fallar el casamiento, y destruiría todos nuestros planes respecto a Gercourt. ¿No es verdad? Pero, como por parte mía tengo también que vengarme de la madre, me reservo en tal caso el deshonrar yo a su hija. Escogiendo bien estas cartas y no presentando sino algunas, parecería que ella había dado los primeros pasos, y se había entregado abiertamente. Algunas otras podrían comprometer a la madre, y la harían a lo menos culpable de un descuido sin excusa. Danceny se opondría por lo pronto, bien lo veo; mas como se vería atacado personalmente, creo que al fin se le reduciría. Puede apostarse mil contra uno que no sucederá esto; pero es preciso preverlo todo.

Adiós, bella amiga; sería usted muy amable si quisiese ir mañana a cenar a casa de la mariscala de***; yo no he podido excusarme.

Me imagino que no es preciso recomendar a usted el secreto con la señora de Volanges sobre mi intención de ir al campo; al instante decidiría quedarse en la ciudad; en cambio, una vez llegada allí, no partirá al día siguiente, y si nos da solamente ocho días, yo respondo de todo.

En?, a 7 de septiembre de 17?

CARTA LXVII

LA PRESIDENTA DE TOURVEL AL VIZCONDE DE VALMONT

Muy señor mío: No quería responderle, y tal vez el embarazo que experimento es buena prueba de que no debiera hacerlo. Sin embargo, no quiero dejarle ningún motivo de queja contra mí; quiero más bien convencerle de que tengo hecho por usted cuanto era posible.

Usted dice que le he permitido escribirme. Convengo. Pero, cuando me recuerda ese permiso, ¿piensa que he olvidado con qué condiciones lo di? Si las hubiese yo cumplido tan bien como usted las ha observado mal, dígame en verdad, ¿hubiera recibido una sola respuesta mía? Vea, sin embargo, la tercera, y, cuando usted hace todo lo que es preciso para obligarme a romper esta correspondencia, soy yo la que me ocupo de los medios de mantenerla. Uno hay, pero es el único, y si usted rehúsa emplearle, será, por más que diga, probarme lo poco que le importa.

Deje, pues, un lenguaje que no puedo ni quiero oír; renuncie a un sentimiento que me ofende y me alarma, y que tal vez debería agraciar menos a usted, al pensar que es obstáculo que nos separa. ¿Qué, será este solo el sentimiento que únicamente puede usted cultivar, y el amor tendrá a mis ojos ese defecto más, el excluir la amistad? ¿Usted mismo tendría el de no querer por amiga aquella en quien hubiera deseado ver nacer otros sentimientos más tiernos? No puedo creerlo; esta idea humillante me indignaría, y me alejaría de usted para siempre.

Concediéndole mi amistad, le doy cuanto me pertenece, y lo único de que puedo disponer. ¿Qué más puede desear? Para entregarme a este sentimiento tan tierno, tan hecho para mi

corazón, no espero sino su consentimiento y su palabra, que exijo, de que esta amistad bastará para su felicidad.

Olvidaré todo lo que se me ha podido decir, y fiaré a usted el cuidado de justificar con su conducta mi elección.

Ya ve mi franqueza: ella debe probarle mi confianza, y de usted sólo dependerá el aumentarla; pero le prevengo, que la primera palabra de amor que diga, la destruirá para siempre y me devolverá todos mis temores; sobre todo, será para mí la seña de un eterno silencio con usted.

Si como me dice, está corregido de sus errores, ¿no querrá ser más el objeto de la amistad de una mujer honrada, que el de los remordimientos de una mujer culpable?

Quede con Dios, señor vizconde; usted conoce que, después de haberle hablado de este modo, nada puedo añadir antes de haber recibido su respuesta.

En..., a 9 de septiembre de 17...

CARTA LXVIII

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA PRESIDENTA DE TOURVEL

Muy señora mía: ¿Cómo he de poder responder a su última carta? ¿Cómo me atreveré a ser franco, cuando mi sinceridad puede perderme? No importa; es preciso, y tendré valor para ello. Yo me digo y me repito, que vale más merecer a usted que lograrla, y aunque deba rehusarme siempre una dicha, que desearé sin cesar, es preciso probar, a lo menos, que mi corazón la merecía.

¡Lástima que, como usted dice, haya vuelto yo de mis errores! ¡Con qué transportes de alegría hubiera leído esa misma carta, a la que hoy contesto temblando! Me habla con franqueza, me atestigua confianza, me ofrece, en fin, su amistad; ¡cuántos bienes, señora, y cuánto siento no poderlos aprovechar! ¡Ah! ¿por qué no soy el mismo? Si aún lo fuera; si no tuviese por usted más que un vulgar deseo, hijo de la seducción y del placer que hoy se llama amor, me apresuraría a sacar provecho de lo que pudiera obtener. Poco mirado de los medios, con tal me procurasen el éxito, excitaría la franqueza de usted para venderla; desearía su confianza para traicionarla; aceptaría su amistad esperando descarriarla... ¿Le asusta, señora, este cuadro? Sería, sin embargo, mi retrato, si aceptara el ser sólo su amigo. ¿Había yo de consentir en partir con nadie un sentimiento suyo? Si tal dijese, no me crea más. Desde entonces procuraría engañarla; podría aún desearla, pero amarla, no.

Y no es que la amable franqueza, la dulce confianza y la sensible amistad hallen en mí desprecio... Pero el amor, el verdadero amor que usted me inspira, reuniendo todos esos sentimientos, dándoles mayor energía, no se presta como ellos a esa tranquilidad, esa frialdad del alma que permite comparaciones que sufre preferencias. No, señora, no seré su amigo; la amaré con el amor más tierno y más ardiente, aunque más respetuoso. Y usted podrá desesperarlo, pero nunca aniquilarlo.

¿Con qué derecho pretende disponer de un pecho de quien rehúsa el homenaje? ¿Con qué crueldad refinada me quita hasta la dicha de amarla; que es mía y que no le pertenece y que sabré defender? Que si es fuente de mis males, también es el remedio. No, mil veces no. Persista en sus crueles negativas; pero déjeme mi amor. Usted se complace en hacerme desdichado, sea; procure vencer mi valor. Podré, al menos, forzarla a decidir de mi suerte y tal

vez, un día me haga más justicia. No que espere nunca volverla sensible; pero, sin persuadirse, quedará convencida y se dirá: lo había juzgado mal.

Mejor diría que a usted misma es a quien hace injusticias usted. Conocerla sin amarla, amarla sin ser constante, son dos igualmente imposibles: y a pesar de la modestia que la adorna, debe ser a usted más fácil quejarse que asombrarse de los sentimientos que despierta. Mi sólo mérito es haberla apreciado y no quiero perderlo; y lejos de consentir con sus insidiosas ofertas, renuevo a los pies de usted el juramento de amarla siempre.

En..., a 10 de septiembre de 17...

CARTA LXIX

CECILIA VOLANGES AL CABALLERO DANCENY

(Billete escrito con lápiz, y recopiado por Danceny.)

Me pregunta que hago: le amo, y lloro. Mi madre no me habla; me ha quitado papel, plumas y tintero; le escribo con un lápiz, que por suerte me ha quedado y en un pedazo de la carta de usted. ¿Cómo no aprobar cuanto hace y dispone para recibir noticias mías y darme las suyas? ¡Le quiero tanto! El señor de Valmont no me gustaba y no lo creía tan amigo suyo. Trataré de acostumbrarme a él y lo amaré por usted. No sé quién nos ha vendido; sólo puede ser mi doncella o mi confesor. ¡Qué desgraciada soy! Partimos al campo mañana; ignoro por cuánto tiempo. ¡Dios mío, no ver a usted! Adiós, procure leerme. Estas palabras, trazadas con lápiz, se borrarán tal vez; pero nunca los sentimientos grabados en mi corazón.

En..., a 10 de septiembre de 17...

CARTA LXX

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Tengo que darle un importante aviso, mi amiga querida. Cuando ayer, como usted sabe, en casa de la mariscala de *** se habló de usted, y yo dije no todo lo bien que pienso, sino lo que no pienso, todo el mundo parecía de mi opinión y la conversación languidecía como siempre que se habla bien del prójimo, cuando salió un contradictor: Prevan.

"No permita Dios, dijo, que yo dude de la honestidad de la señora de Merteuil. Pero osaría creer que la debe más a su ligereza que a sus principios; es tal vez más difícil seguirla que agradarla; y como corriendo tras una suelen encontrarse otras mujeres, que valen tanto o más, los unos se han distraído y los otros parado de cansancio. Y es quizás la mujer de París que menos ha tenido que defenderse. En cuanto a mí, añadió animado por la sonrisa de algunas damas, no creeré en la virtud de la marquesa de Merteuil, antes de haber reventado seis caballos en hacerle la corte."

El mal chiste hizo fortuna como todos los que encierran maledicencia, y, entre las risas que excitó, Prevan tomó su sitio y cambió la conversación general. Pero las dos condesas de B***, con quienes estaba nuestro incrédulo, continuaron con él el asunto de modo que felizmente yo lo oía todo. El desafío de hacer a usted sensible, quedó aceptado, dada la palabra de contarlo todo y de todas las empeñadas en esta aventura, sin duda sería ésta la

cumplida más religiosamente. Pero prevenida usted, ya sabe el proverbio.

Quédame por decirle que este Prevan, a quien no conoce usted, es infinitamente amable y aún más diestro. Que si a veces se me oyó decir lo contrario, es porque no lo quiero bien y gusto de contrariar sus éxitos, y no ignoro qué peso tiene mi sufragio en una treintena de nuestras mujeres de moda.

Así he conseguido largo tiempo impedirle que apareciera en lo que llamamos gran teatro y haciendo verdaderos prodigios, se conservaba en la obscuridad. Pero el brillo de su triple aventura, atrajo sobre él las miradas, le dio la confianza que le faltaba y lo ha hecho, en verdad, temible. Es, en fin, hoy, el único hombre que temería encontrar en mi camino. Y, aparte el interés de usted, me hará un gran servicio proporcionándole, de camino, algún ridículo. Lo dejo en buenas manos y espero que, a mi vuelta, será hombre al agua.

Le prometo en pago, llevar a feliz término la aventura de su pupila y ocuparme de ella tanto como de mi bella mojigata.

Ésta acaba de enviarme un proyecto de capitulación. Toda su carta declara el deseo de ser engañada. Imposible ofrecer un medio más cómodo ni más gastado. Quiere que sea su amigo. Pero yo, que gusto de los procedimientos nuevos y difíciles, no quiero liquidar tan barato, y no me hubiese tomado tanto trabajo para acabar en una seducción vulgar.

Mi proyecto, al contrario, es que sienta ella bien el valor y la extensión de cada sacrificio que me haga; no conducirla tan de prisa que no pueda seguirla el remordimiento y no concederle la dicha de tenerme en sus brazos hasta haberle obligado a no disimular el deseo. Poco valgo, si no valgo la pena de ser solicitado. Ni puedo vengarme menos de una altiva mujer que parece sonrojarse de confesar que adora.

He, pues, rehusado la preciosa amistad y atenídome a mi título de amante. Y como no se me oculta que el tal título que parece al principio una disputa de palabras, es de importancia real el obtenerlo, he puesto gran cuidado en mi carta llenándola de ese desorden que pinta sólo el sentimiento. He desvariado, en fin, lo más posible, porque sin desvarío no hay ternura, y creo que por esto las mujeres nos son superiores en las cartas de amor.

He terminado la mía con una adulación, lo que es aún consecuencia de largas observaciones. cuando el corazón de una mujer se ejercita algún tiempo, ha menester reposo, y he notado que una zalamería era para todas la mejor almohada que ofrecerle; se puede.

Adiós, mi bella amiga. Parto mañana. Si tiene algo que mandarme para la condesa de***, me detendré en su casa, al menos, a comer. Siento partir sin ver a usted. Páseme sus sublimes instrucciones y ayúdeme con sus sabios consejos en este momento decisivo.

Sobre todo, defiéndase de Prevan y ojalá pueda yo un día indemnizarla de este sacrificio. Adiós.

En..., 11 de septiembre de 17...

CARTA LXXI

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

¡Pues no se ha dejado mi cartera en París el aturdido de mi criado! Las cartas de mi hermosa, las de Danceny para la joven Volanges, todo está allá y todo lo necesito. Mientras él ensilla su caballo y se dispone a partir para reparar su estupidez, yo le contaré a usted mi historia de esta noche, para que vea que no pierdo el tiempo.

La aventura en sí no es nada; una simple recaída con la vizcondesa de M***. Pero en los detalles me intereso y tengo además gusto en mostrarle que si sé perder a las mujeres, sé también salvarlas cuando las quiero. El partido más difícil o más alegre es el que tomo; y no me reprocho una buena acción con tal que me ejercite o me divierta.

Encontré aquí, pues, a la vizcondesa, y como ella juntara sus instancias a las que se me hacían de que me quedase en el castillo: "Consiento, le dije, a condición de que pasaremos la noche juntos". "Me es imposible, respondió ella, Vressac está ahí." Yo, que no lo había dicho por tanto hasta entonces, me rebelé como siempre ante la palabra imposible. Me sentí humillado de que me sacrificaran a Vressac, y resolví no sufrirlo. Insistí.

No me ayudaban las circunstancias. Este Vressac ha tenido la torpeza de inspirar celos al vizconde, de modo que la vizcondesa no puede ya recibirlo en casa y este viaje a la de la buena condesa, estaba concertado entre ellos para poder aprovechar algunas noches. El vizconde, había empezado por poner ceño al hallarse con Vressac: pero como es más cazador que celoso, se quedó sin embargo; y la condesa, siempre la misma que conoce usted, después de alojar a la esposa en el gran corredor, ha puesto a un lado al marido, y al otro el amante, y los ha dejado arreglarse entre ellos. El mal destino de ambos quiso que a mí me alojaran enfrente.

El mismo día, es decir ayer, Vressac que como supone usted, mima al vizconde, cazaba con él, a pesar de no gustarle la caza, contando consolarse por la noche, entre los brazos de la mujer, del fastidio que de día le causaba el marido; pero yo juzgaba que mejor le vendría el reposo y me ocupé de los medios de que su querida se lo proporcionase.

Salíme con ello y obtuve que ella le armara una disputa sobre aquella misma partida de caza, en la que sólo había consentido por culpa suya. No podía escoger peor pretexto; pero nadie mejor que la vizcondesa posee ese talento común a todas, de sustituir la razón con el humor y de ser más invencible cuanto menos razón lleva. El momento no se prestaba tampoco a explicaciones, y el ser fútil la causa facilitaba el arreglo al día siguiente, pues yo no pedía más de una noche.

Vressac halló pues cara de juez al llegar, y cuando quiso preguntar la causa, se le enfadaron. Trató de justificarse; la presencia del marido sirvió de pretexto para romper la conversación: quiso cuando salió el esposo que le prometieran oírle a la noche. Aquí se puso sublime la vizcondesa. "Estos hombres audaces, que porque han gozado los favores de una dama se creen con derecho para abusar, aun cuando ella tenga justos motivos de queja." Y, cambiando de tesis tomó tan bien el tono delicado y sentimental, que Vressac se quedó mudo y confuso y yo mismo estuve sobre creer que tenía razón; pues ya sabe usted que, como amigo de ambos, terciaba en la conversación.
Finalmente, ella declaró que no añadiría las fatigas del amor a las de la caza, y que no quería turbar tan dulces placeres. Volvió el marido. El desolado Vressac, que ya no podía replicar, me tomó aparte, y después de contarme por menudo sus razones, que yo me sabía tanto como él, me suplicó que hablase a la vizcondesa. Hablé yo en efecto, pero para darle las gracias y convenir la hora y modo de nuestra cita.

Me dijo que, alojada entre su marido y su amante, había creído más prudente ir al cuarto de Vressac, que recibirle en el suyo y que puesto que yo dormía frente a ella, juzgaba también más seguro pasar a mi habitación a donde iría cuando despidiese a su doncella. Restábame sólo dejar mi puerta entreabierta y esperar.

Todo sucedió como convinimos, y llegó ella a mi cuarto con el simple aparato de una hermosura al sueño sustraída[18].

Falto de vanidad, no me paro en los detalles de la noche, usted me conoce, y quedé satisfecho de mí.

Fue preciso separarse al amanecer. Y aquí comienza lo interesante. La atolondrada había creído dejar su puerta entornada y la encontramos cerrada, y con la llave por dentro. No tiene usted idea de la expresión desesperada con que la vizcondesa exclamó al instante: "¡Ay, estoy perdida!" Hubiera sido chusco, lo confieso, dejarla en tal situación: pero, ¿podía yo tolerar que una mujer se perdiese por mí sin perderla yo? ¿Debía como los hombres vulgares dejarme dominar por las circunstancias? Preciso era hallar un medio. ¿Qué hubiera usted hecho, mi bella amiga? He aquí mi ardid que salió bien.

Pronto vi que la puerta en cuestión podría echarse abajo, permitiéndose hacer mucho ruido. Obtuve pues de la vizcondesa, no sin trabajo, que se pusiera a dar gritos penetrantes de ladrones, asesinos, etc., para que al primer grito derribara yo la puerta, y ella corriera a su cama. Acabamos al fin por hacerlo así, y al primer puntapié cedió la puerta.

Bien hizo la vizcondesa en no perder tiempo: en un instante el vizconde y Vressac se hallaban en el corredor y también la doncella.

Yo, el único que conservaba sangre fría, me aproveché para apagar una mariposa que ardía aún en el cuarto y derribarla por tierra, pues ya piensa usted cuán ridículo hubiera sido fingir tal pánico teniendo luz en el cuarto. Y luego, regañé al marido y al amante por tener un sueño tan pesado, asegurándoles que los gritos a que yo había acudido y mis esfuerzos para derribar la puerta duraban hacia cinco minutos por lo menos.

La vizcondesa, que en su cama había recobrado su valor, me secundó bastante bien, y juró por Dios y por los santos, que había un ratón en su aposento: y protestó con la mayor sinceridad, que en su vida había tenido un miedo igual. Buscábamos en balde, cuando yo hice reparar en la mariposa caída y concluí, que sin duda un ratón había causado el daño y el terror. Mi opinión fue la de todos, y tras algunas bromas sobre los ratones, fuese el primero a la cama el vizconde, rogando a su mujer que tuviera en adelante ratones más tranquilos.

Vressac, solo con nosotros, se acercó a la vizcondesa para decirle tiernamente que aquello era una venganza del amor, a lo que ella dijo mirándome: "Pues muy enfurecido debía estar, porque bien se ha vengado; pero, añadió, estoy rendida de fatiga y quiero dormir."

Yo me sentí bueno; antes de separarnos abogué por la causa de Vressac y conseguí la reconciliación. Ambos amantes se abrazaron y me abrazaron a su vez. Nada me daban los besos de la vizcondesa, pero confieso que el de Vressac me hizo gracia. Salimos juntos, y después de recibir sus largos cumplimientos, nos fuimos cada uno a su cama.

Si le place la historia, no le pido el secreto. Ya me ha divertido a mí, tome el público su parte. Me refiero a la historia ¿diremos pronto lo mismo de la heroína?

---

[18] RACINE, Britannicus.

Adiós, hace una hora que aguarda mi lacayo; un momento sólo para abrazar a usted, y recomendarle sobre todo que se guarde de Prevan.

Del palacio de..., a 15 de septiembre de 17...

CARTA LXXII

EL CABALLERO DANCENY A CECILIA VOLANGES

(No entregada hasta el 14.)

¡Cuánto, Cecilia mía, envidio la suerte de Valmont que la verá mañana! ¡Él le entregará esta carta y yo languideciendo lejos de usted arrastraré mi penosa existencia entre penas y recuerdos! Amiga mía, mi tierna amiga, compadezca mis males, compadézcame más aún por los suyos, contra ellos sí que me abandona el valor.

¡Qué horrible causar la pena de usted! Sin mí estaría dichosa y tranquila. ¿Me perdona, Cecilia? Diga, sí, diga que me perdona, diga que me ama, que me amará siempre. Necesito que me lo repita. No porque dude... pero mientras más seguro estoy de ello, más dulce me es el escucharlo. Me ama usted, verdad. Sí, me ama con toda su alma. No olvido que ésta es la última palabra que le he oído. ¡Cómo la conservo en mi corazón! ¡Cómo está allí grabada, profunda y con qué delirio le responde el mío!

¡Ay! en aquel momento dichoso, estaba yo lejos de prever la horrible suerte que nos esperaba. Ocupémonos, mi Cecilia, del modo de dulcificarla. De creer a mi amigo, bastará que usted le otorgue su completa confianza. Él la merece.

Apenábame, lo confieso, la idea desventajosa que usted parecía tener de él; en ella he visto las prevenciones de su madre; para someterme también a ellas, había yo descuidado hacía tiempo a este hombre tan amable que hoy lo hace todo por mí, que trabaja en fin para reunirnos, cuando su mamá de usted nos ha separado. Ruégole, mi querida amiga, que lo vea con ojos más favorables. Piense que es mi amigo, que quiere serlo suyo, y que puede darme la dicha de verla. Si estas razones no la convencen, Cecilia mía, usted no me ama como la amo, no me quiere como yo la quiero. ¡Ah! si llegase a amarme menos... Pero no, mío es el corazón de mi Cecilia y para toda la vida, y si debo temer las penas de un amor infeliz, su constancia me salvará al menos los tormentos de un amor traicionado.

Adiós, mi amiga encantadora; no olvide que sufro y que sólo de usted depende el hacerme dichoso, dichoso del todo. Escuche los votos de mi corazón, y reciba el más tierno beso de amor.

París, a 11 de septiembre de 17...

CARTA LXXIII

EL VIZCONDE DE VALMONT A CECILIA VOLANGES

(Adjunta a la anterior.)

El amigo que la sirve, ha sabido que usted carece de lo necesario para escribir, y se lo ha

proporcionado. En la ante-sala de su aposento hallará, bajo el gran armario, a mano izquierda, provisión de papel, tinta y plumas, que se renovará cuando quiera, y que puede dejar en el mismo sitio, si no encuentra otro más seguro.

Y le ruega que no se ofenda si aparenta no atenderla en el círculo, y mirarla como a una niña. Esta conducta le parece necesaria para inspirar la seguridad de que necesita y poder trabajar con más eficacia en la dicha de su amigo y de usted.

Tratará de originar ocasiones de hablarle cuando tenga algo que decirle o que darle, y espera conseguirlo si usted pone celo en secundarlo.

También le aconseja devolver las cartas conforme las vaya recibiendo, para arriesgar menos un compromiso.

Y termina asegurándole que si usted quiere darle su confianza, pondrá el mayor cuidado en dulcificar la persecución que una madre harto cruel inflige a dos personas, una de las cuales es ya su mejor amigo y la otra le parece merecer el más tierno interés.

En quinta de..., a 14 de septiembre de 17...

CARTA LXXIV

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT

¿Y desde cuándo, mi amigo, se me asusta tan fácilmente? ¿Tan temible es ese Prevan? Pues mire qué sencilla y modesta soy. Mil veces lo he encontrado, y no lo he mirado siquiera. Nada menos que la carta de usted fue preciso para llamarme la atención. Ayer he reparado mi injusticia. Estaba en la ópera casi frente a mí, y me ocupé de él. Es guapo al menos, pero muy guapo; rasgos finos y delicados; debe ganar visto de cerca. ¿Y usted dice que quiere conquistarme? pues de fijo me hará honor y gusto. Seriamente, tengo el capricho, y empiezo por confiar a usted aquí que he dado ya los primeros pasos. No sé si saldrán bien. He aquí el caso.

Estaba él a dos pasos de mí a la salida de la ópera, y he dado en alta voz cita a la marquesa de*** para cenar el viernes en casa de la mariscala. Sólo allí creo poderlo ver. No dudo de que me haya oído. ¿Si no vendrá el ingrato? Pero dígame, ¿cree que vendrá? ¿Sabe usted que si no viene estaré de mal humor toda la noche? Ya ve cómo no encontrará tanta dificultad en seguirme; y lo que más le extrañará, menos va a encontrar en gustarme. ¡Quiere, dice,

reventar seis caballos haciéndome la corte! Yo salvaré la vida a esos pobres caballos. No tendría paciencia para esperar tanto. Usted sabe que no está en mis principios el dilatar las cosas cuando estoy decidida, y por él lo estoy.

Sí que da gusto ¿verdad? el darme consejos. El importante aviso de usted no tiene gran éxito. Pero ¡qué quiere, hace tanto tiempo que vegeto! más de seis semanas ha que no me he permitido alegría ninguna. Ésta se presenta: ¿cómo rehusármela? ¿Y no vale la pena el asunto? ¿qué otro más agradable en cualquier sentido que tome la palabra?

Usted mismo está obligado a hacerle justicia; y hace más que elogiarle, tiene celos de él. Pues bien, yo me instituyo juez entre ambos. Pero por lo pronto hay que instruirse, y a eso voy. Seré juez íntegro, y pesaré a los dos en la misma balanza. De usted tengo ya las memorias y su causa perfectamente instruida. ¿No es justo que ahora me ocupe de su adversario? Vamos, sométase de buen grado, y para empezar cuénteme luego cuál es esa triple aventura de que él es el héroe. Me habla de ella usted como si la supiera yo de memoria, y no sé una palabra. A lo que parece, habrá ocurrido cuando mi viaje a Ginebra, y sus celos no lo dejaron escribírmela. Repare luego esa falta; nada de lo que le concierne me es extraño. Creo que aún se hablaba a mi regreso; pero ocupada de otras cosas, oigo rara vez en ese género lo que no es del día o de la víspera.

Y aunque lo que le pido le contraríe algo, ¿no es lo menos que debe a los cuidados que tomo por usted? ¿no son ellos los que lo han acercado a su presidenta cuando sus tonterías lo tenían alejado? ¿Y no soy yo también quien le ha puesto entre las manos el tomar venganza del amargo celo de la señora de Volanges? Tantas veces como se ha quejado usted del tiempo empleado en buscar las aventuras. Ahora las tiene en la mano. El amor, el odio, a escoger, y todo bajo el mismo techo; acariciar con una mano y herir con la otra.

Y aún es a mí a quien debe la aventura de la vizcondesa. Mucho me alegro; pero, como dice usted, hoy hay que hablar de ello; porque si la ocasión le ha hecho preferir el misterio al lustre, por el momento hay que reconocer que la dama no merecía tan honrado proceder.

Y a más yo estoy quejosa de ella. El caballero de Belleroche la encuentra más bonita que yo quisiera, y por muchas razones me alegraría de un pretexto para romper. Y nada más cómodo que tener que decirse: "No se puede tratar a esa mujer."

Adiós, vizconde. Piense que en su situación el tiempo es precioso: voy a emplear el mío en ocuparme de la dicha de Prevan.

París, 15 de septiembre de 17...

CARTA LXXV

CECILIA VOLANGES A SOFÍA CARNAY

NOTA. En esta carta Cecilia Volanges da cuenta minuciosa de lo relativo a ella en los sucesos que el lector ha visto en la carta LIV y siguientes. Pareció bien suprimir esta repetición. Hablando, en fin, del vizconde de Valmont, se expresa así:

Te aseguro que es un hombre extraordinario. Mamá habla muy mal de él; pero el caballero Danceny dice mucho bien, y yo creo que es él quien tiene razón. Jamás vi hombre más diestro. Al entregarme la carta de Danceny estaba todo el mundo delante, y nadie lo notó; verdad que yo pasé mucho miedo, porque no estaba prevenida; pero ahora ya lo sé. Entendí

perfectamente cómo quiere que haga para darle la respuesta. Es muy fácil entenderse con él, porque tiene una mirada que lo expresa todo. No sé como lo hace; en su billete me decía que iba a aparentar no ocuparse de mí delante de mamá; y en efecto, diríase que yo no existo para él; y sin embargo, siempre que busco sus ojos estoy cierta de encontrarlos en el acto.

Hay aquí una buena amiga de mamá, que yo no conocía, que también parece no gustar nada del señor de Valmont, aunque éste la atiende mucho. Temo que se fastidie pronto de la vida de aquí, y se vuelva a París. Sería bien triste. Preciso es que tenga buen corazón, para haber venido sólo por servir a su amigo y a mí. Quisiera atestiguarle mi gratitud; pero no sé cómo hacer para hablarle, y cuando lo consiguiese, me daría mucha vergüenza, y no sabría qué decirle.

Sólo ala señora de Merteuil hablo libremente. Quizás contigo misma, hablando me sentiría embarazada. Con el mismo Dancenv he sentido a veces como, a pesar mío, cierto temor que me impedía decirle todo lo que pensaba. Ahora lo siento, y daría todo el mundo por decirle una vez, una sola vez, cuánto le amo. El señor de Valmont le ha prometido que si yo me dejo conducir, él nos procuraría la ocasión de volvernos a ver. Yo haré lo que quiera; pero no crea que sea posible.

Adiós, mi buena amiga; no tengo más tiempo.

En la quinta de..., a 14 de septiembre de 17...

CARTA LXXVI

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

O su carta es una broma que no entiendo, o se hallaba al escribírmela en un delirio muy peligroso. Si la conociera menos estaría de veras asustado; y, diga usted lo que quiera, no me asustaría fácilmente.

La leo y releo en vano; nada saco en limpio; porque tomar su carta al pie de la letra, no es posible. ¿Qué ha querido, pues, decirme?

¿Es sólo que cree inútil darse tanto cuidado en un enemigo tan poco temible? Pues en ese caso pudiera hacer mal. Prevan es realmente amable; más de lo que cree usted; tiene, sobre todo, el talento de interesar mucho de su amor con la destreza que pone en hablar delante de todo el mundo, sirviéndose de cualquier conversación. Pocas mujeres hay que se salven así del lazo de responder, porque todas, picándose de agudas, encuentran la ocasión de mostrarlo. Ahora bien, usted sabe de sobra que la mujer que consiente en hablar de amor, acaba pronto por tenerlo, o al menos por conducirse como si lo tuviera. Y él gana en este método, que ha perfeccionado, el llamar a veces a las mismas mujeres a testificar de su derrota; y de esto le hablo, porque lo he visto.

Yo estaba en el secreto, de segunda mano, porque nunca tuve relación directa con Prevan; pero, en fin, éramos seis; y la condesa de P***, creyéndose muy lista, y pareciéndolo, en efecto, para los que no estaban instruidos de sostener una conversación general, nos contaba con el mayor detalle cómo se había rendido a Prevan y cuanto había pasado entre ellos. Hacía su relación con tal seguridad, que ni siquiera la turbó la loca risa que nos dio a los seis al

mismo tiempo; y me acordaré siempre que, habiendo uno querido excusarse haciendo como que dudaba de la exactitud del cuento, respondió gravemente que de fijo ninguno podíamos saber tanto como ella; y no temió preguntar a Prevan si habíase equivocado en una sola palabra.

He podido creer, pues, a este hombre peligroso para todo el mundo... pero para usted, marquesa, ¿no bastaba que fuese guapo, muy guapo, como usted misma lo dice? ¿que le dirigiese uno de esos ataques que usted gusta de recompensar sin más que por hallarlos bien hechos? ¿Qué, le hubiera parecido bien rendirse por una razón cualquiera? o... ¿qué se yo? ¿Puedo adivinar los cien mil caprichos que rigen la cabeza de una mujer, sólo por lo cual pertenece usted a su sexo? Ahora que está advertida del peligro, ya supongo que saldrá de él fácilmente, pero había que advertirla. Vuelvo, pues, a mi tema: ¿qué ha querido decir?

Si no es más que una broma sobre Prevan, además de larga, es inútil conmigo. En la sociedad es donde hay que ponerlo un poco en ridículo y le renuevo mi ruego a este punto.

¡Ah! Creo haber hallado el quid. Su carta es una profecía, no de lo que usted hará, sino de lo que él la creerá dispuesta a hacer en el momento de la caída que le prepara. Apruebo el proyecto. Pero exige gran cuidado. Usted sabe, como yo, que para el público tener un hombre o recibir sus atenciones, es la misma cosa, a menos que el hombre no sea tonto; y Prevan no lo es ni mucho menos. Con una sola apariencia que alcance, se notará y se dirá todo. Los tontos lo creerán; los malos afectarán creerlo; ¿qué recursos quedarían a usted? Vaya, tengo miedo. No que dude de su habilidad, pero los buenos nadadores se ahogan.

No me creo yo más tonto que cualquiera; medios de deshonrar a una mujer he encontrado ciento, mil; pero cuando me he puesto a buscar cómo podría salvarla, no he visto nunca la posibilidad. En usted misma cuya conducta es una obra maestra, he creído ver cien veces más suerte que buen juego.

Después de todo, tal vez estoy buscando razones a lo que no las tiene y tratando en serio lo que no es de seguro, sino una chanza suya. ¿Usted va a burlarse de mí? bien, sea; pero pronto, y no hablemos de otra cosa. De otra cosa, digo mal, siempre de la misma, de las mujeres a ganar o a perder y a veces de ambas.

Tengo yo aquí, como dice usted, con qué ejercitarme en los dos géneros, pero no con la misma facilidad. Preveo que la venganza correrá más que el amor. Respondo de la joven Volanges; sólo depende de la ocasión, y yo me encargo de originarla. No así con la señora de Tourvel; no concibo a esta mujer desesperante; tengo cien pruebas de su amor; pero mil de su resistencia; temo, en verdad, que llegue a escapárseme.

El primer efecto producido por mi regreso, me auguraba mejor. Adivinará que para juzgar por mí mismo y sorprender los primeros movimientos, llegué de improviso y calculando el momento de que estuvieran a la mesa. Caí de las nubes como las divinidades de ópera en el trance del desenlace.

Entré haciendo ruido para llamar la atención, y pude ver con la misma ojeada el júbilo de mi vieja tía, el despecho de la señora de Volanges y el placer desenfrenado de su hija. Mi bella, que estaba de espalda a la puerta, no volvió siquiera la cabeza; pero yo dirigí la palabra a la señora de Rosemonde, y, a la primera sílaba, la sensible devota dejó escapar un grito, en el que yo creí reconocer más amor que sorpresa o espanto. Vi entonces su cara: el tumulto de su alma, el combate de sus ideas y sus sentimientos, se pintaban en ella de mil modos. Me senté a su lado a la mesa; no sabía que hacía ni que decía. Trató de seguir comiendo; no hubo medio, en fin: antes de un cuarto de hora, su embarazo y su placer aumentados, no halló nada mejor que pedir permiso para levantarse de la mesa, y se escapó al jardín, con pretexto de

tomar el aire. La de Volanges quiso acompañarla; la tierna virtuosa no lo consintió; feliz de hallarse sola y entregarse, sin recato, a la dulce emoción de su pecho.

Abrevié yo la comida cuanto pude. Apenas servido el postre, la infernal Volanges, movida, sin duda, del deseo de perjudicarme, se levantó para ir en pos de la encantadora enferma. Yo había previsto el proyecto y lo destruí. Fingí tomar aquel movimiento particular por el movimiento general, y me levanté: la joven Volanges y el cura del lugar hicieron lo propio al ver el doble ejemplo, y mi tía y el comendador de T***, que se quedaban solos, nos siguieron también. Fuimos todos en busca de mi hermosa a quien hallamos en el bosquecillo junto al palacio, y como necesitaba más soledad que paseo, prefirió volver con nosotros a hacernos quedar con ella.

Seguro ya de que la señora de Volanges no hallaría ocasión de hablarle a solas, pensé en ejecutar las órdenes de usted. Después del café subí a mi cuarto, inspeccionando de paso los otros, para reconocer el terreno; tomé mis disposiciones para asegurar la correspondencia de la muchacha y tras este primer beneficio le escribí dos líneas para instruirla y pedirle su confianza; junté al billete la carta de Danceny y salí al salón. Mi bella estaba en una chaise longue en un abandono delicioso.

Este espectáculo, despertando mis deseos, animó mis miradas; comprendí que debían ser tiernas y apremiantes y me coloqué de modo de aprovecharlas. Su primer efecto fue el de haber bajar los grandes y honestos ojos de mi celeste recatada. Primero consideré un rato aquel semblante angelical, luego recorrí toda su persona, adivinando los contornos y las formas a través de un vestido ligero, pero siempre importuno. De los pies volví a la cabeza. La dulce mirada estaba fija en mí; en el acto se bajó de nuevo, y queriendo yo favorecer su vuelta, aparté mis ojos. Entonces se estableció entre ambos esa tácita convención, primer tratado de amor tímido que permite a las miradas sucederse esperando confundirse.

Persuadido de que este nuevo placer ocupaba toda a mi hermosa, me encargué de velar por nuestra común seguridad; pero luego de asegurarme que una conversación muy viva nos salvaba de la observación del círculo, traté de obtener que aquellos ojos hablasen francamente su lenguaje. Sorprendí primero algunas mirarlas, pero con tanta reserva que no podía alarmarse la honestidad y para tranquilizar a la tímida persona, me puse tan azorado como ella. Pero, a poco, nuestros ojos, habituados a encontrarse, se fijaron más tiempo; al cabo no se separaron ya y yo noté en los suyos esa dulce languidez, señal dichosa de amor y deseo; pero sólo un momento: vuelta en sí, cambió, no sin cierta vergüenza, su posición y su mirada.

No queriendo que dudase de que yo me percataba de todos sus movimientos, me levanté con viveza y le pregunté si se hallaba mal. Todo el mundo llegó en seguida a rodearla. Los dejé pasar y como la jovencita Volanges, que bordaba junto a una ventana, necesitaba tiempo para apartarse de su labor, aproveché el momento para dejarle la carta de Danceny. Desde lejos le eché la epístola sobre las rodillas. Ella no sabía qué hacer. Usted se hubiera reído de su aire de sorpresa e inquietud. Yo no me reía, sin embargo, temiendo que tanta torpeza nos perdiera. Una ojeada y un gesto imperativo le hicieron, en fin, comprender que debía guardarse la carta.

Nada de interesante el resto del día. Lo que pasó después, traerá tal vez sucesos de que se alegrará, al menos por lo que hace a su pupila. Pero más vale emplear el tiempo en ejecutar los proyectos que en contarlos. Esta es, además, la octava carilla que escribo y estoy cansado, con que adiós.

Ya supone bien que la niña ha respondido a Danceny[19]. También yo he tenido respuesta de mi bella, a quien escribí al día siguiente de mi llegada. Léala usted o no la lea; porque este

[19] No se ha hallado esta carta.

perpetuo escarceo que ya va dejando de divertirme, debe ser bien insípido para las personas ajenas.

Otra vez, adiós. Siempre amo a usted; pero le prevengo, que si me habla de Prevan, lo haga de modo que yo lo entienda.

En la quinta de..., a 17 de septiembre de 17...

CARTA LXXVII

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA PRESIDENTA DE TOURVEL

¿De dónde, señora, el cruel cuidado que pone usted en huirme? ¿Cómo mi interés más tierno no obtiene sino procederes que apenas se emplearían con el hombre que más le diera que quejarse? ¡Qué! El amor me trae a sus pies y cuando una dichosa casualidad me coloca a su lado ¿gusta usted de fingir una indisposición y alarma a sus amigos, antes que consentir estar junto a mí? ¡Cuántas veces, ayer, separó sus ojos para privarme del favor de una mirada! Y si un solo instante pude ver menos severidad, tan corto fue, que sólo me dio tiempo a lamentar su pérdida.

No es ése, no, ni el trato que merece el amor, ni el que puede permitirse la amistad. Esa amistad preciosa de que sin duda usted me ha creído digno, pues me la ofreció ¿qué he hecho yo para perderla? ¿me habrá perjudicado mi confianza o me castiga usted por mi franqueza? ¿No teme al menos abusar de la una y de la otra? ¿No es, en efecto, en el seno de mi amiga donde he entregado el secreto de mi alma? ¿No me he creído obligado con ella a rehusar condiciones que me bastaba aceptar para no cumplirlas y abusar en provecho mío? ¿Quiere, en fin, obligarme a creer que hubiera sido mejor engañarla para obtener indulgencia?

No me arrepiento de una conducta que debía a usted y a mí mismo; pero, ¿por qué fatalidad cada acción loable es para mí anuncio de una nueva desgracia?

Después de ocasionar el único elogio que usted se ha dignado hacerme, he tenido que gemir por la primera vez el infortunio de haberla disgustado. Después de probarle mi sumisión perfecta, privándome de la dicha de verla, usted quiso romper toda correspondencia conmigo; quitarme el débil consuelo de un sacrificio que usted exigió y privarme del amor que sólo le había dado tal derecho. Y finalmente, después de hablarle con sinceridad, me huye hoy como a seductor peligroso de perfidia reconocida.

¿No se cansa de ser injusta? Dígame al menos qué nuevos engaños han podido llevarla a tanta severidad y no se niegue a dictarme las órdenes que he de seguir. Cuando me comprometo a obedecerlas ¿es mucho querer saberlas?

En..., a 15 de septiembre de 17...

CARTA LXXVIII

LA PRESIDENTA DE TOURVEL AL VIZCONDE DE VALMONT

Parece usted, señor, sorprendido de mi conducta y aún en poco está que no me pide cuenta como con derecho a vituperarme. Confieso que me creería más autorizada que usted a quejarme y a asombrarme; pero después de la negativa contenida en su última respuesta, he decidido encerrarme en una indiferencia que no deja lugar a instancias ni reproches. Sin embargo, como me pide aclaraciones, y gracias a Dios nada hay en mí que me impida hacérselas, voy a entrar una vez aún en explicaciones con usted.

Quien leyera sus cartas me creería injusta o rara. Creo merecer que nadie se forme tal idea de mí y que usted, al menos, está en el caso de no adoptarla. Sin duda ha comprendido que necesitando mi justificación, me forzaba a recordar cuanto ha pasado entre nosotros. A lo que parece ha creído tener que ganar en este examen, y como por mi parte no creo perder, al menos, a sus ojos, no temo comenzarlo. Tal vez es éste el único medio de ver quién de ambos tiene derecho a quejarse.

Comenzando, señor, por el día de su llegada a esta quinta, me confesará que al menos su reputación me obligaba a usar con usted de cierta reserva, y que hubiera podido, sin caer en exceso de mojigatería, atenerme a las expresiones del más frío cumplido. Usted mismo me hubiera disculpado y hubiera comprendido que una mujer tan poco formada, no tuviera el mérito de apreciar los suyo. Tal era, seguro, el partido de la prudencia; y me hubiera costado tanto menos seguirle cuanto que no le ocultaré que cuando la señora de Rosemonde me participó su llegada, tuve necesidad de recordar mi amistad con ella para no dejarle ver cuanto me contrariaba la noticia.

Convengo de buen grado en que usted comenzó a mostrarse bajo mejor aspecto que yo imaginara; pero convendrá a su vez que pronto se cansó de una continencia de la que por lo visto no era bastante pago para usted la idea ventajosa que me hizo formar.

Entonces, abusando de mi buena fe y mi seguridad, no temió hablarme de un sentimiento que debía ofenderme; y yo, mientras usted se ocupaba en agravar sus fallas, multiplicándolas, procuraba olvidarlas, ofreciéndole ocasión de repararlas, al menos, en parte.

Tan justa era mi demanda, que usted mismo se vio en el deber de acceder a ella; pero, abusando de mi indulgencia, aprovechó para pedirme un permiso que, sin duda, no debí concederle y que obtuvo, no obstante. De las condiciones puestas no ha cumplido ni una; y su correspondencia ha sido tal, que cada carta me ponía en el deber de no responder. En el momento en que su obstinación me obligaba a alejarle de mí, tuve la condescendencia, culpable tal vez, de tentar el único medio de acercarle dignamente, ¿pero qué importa a sus ojos mi sentimiento honrado? Usted desprecia la amistad; en su loca embriaguez sólo busca placeres y víctimas, sin tener cuenta de las desdichas y la vergüenza.

Tan ligero en sus actos como inconsecuente en sus reproches, olvida sus promesas o las viola como jugando, y después de consentir en alejarse, vuelve sin ser llamado; sin miramientos por mis ruegos, por mis razones; sin tener la atención de prevenirme. No ha temido exponerme a una sorpresa cuyo efecto, aunque bien sencillo, pudo ser interpretado en contra mía por los que nos rodean. Esta zozobra de que tenía usted culpa, no ha tratado distraerla, sino aumentarla. En la mesa toma precisamente asiento al lado mío; una ligera indisposición me obliga a salir, y en lugar de respetar mi soledad, compromete a todos a seguirme. Vuelta al salón, si doy un paso, lo encuentro a mi lado; si hablo, usted es quien me responde. La palabra más indiferente le sirve de pretexto para traer una conversación que no quiero oír, que podría comprometerme; porque, en fin, caballero, por diestro que sea usted, lo que entiendo pueden comprenderlo también los demás.

Obligada así a la inmovilidad y al silencio, no deja de perseguirme; y si miro, encuentro sus ojos. Tengo que apartar los míos, y, por una consecuencia incomprensible, atrae usted sobre mí los del círculo, en un momento en que yo quisiera sustraerme a ellos.

Y se queja de mi proceder. Cúlpeme más de indulgencia y asómbrese de que yo no haya partido al momento de su llegada. Así hubiese debido ser, y todavía me obligará a ello, si no cesa en su ofensiva persecución. No, no olvido, no olvidaré nunca lo que me debo, lo que debo a nudos que he formado, que respeto y amo, y ruégole que crea que, si llegara a verme reducida a escoger entre sacrificarlos y, sacrificarme, no titubearía ni un solo instante. Adiós, señor.

En..., a 16 de septiembre de 17...

CARTA LXXIX

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Contaba ir de caza esta mañana; pero hace un tiempo imposible. No tengo más lectura que una novela que aburriría a una colegiala. Almorzaremos dentro de dos horas lo más pronto. Así que voy a escribirle, a pesar de mi larga carta de ayer. Pero no la fastidiaré, porque voy hablarle del guapísimo Prevan. ¡Cómo! ¿no sabe acaso la famosa aventura que separó a las inseparables? Apostaría a que a la primera palabra la recuerda de pies a cabeza. Pero, vaya, pues que lo desea.

Recuerda usted que todo París miraba con asombro que tres mujeres, las tres bonitas, las tres inteligentes y que podían tener las mismas pretensiones, estuviesen íntimamente ligadas entre sí desde su entrada en sociedad. Pareció al principio la causa su extremada timidez; pero pronto rodeados de una corte numerosa, de la que se repartían los tributos, y advertidas de su valor por el interés y los obsequios de que eran objeto, su unión se estrechó aún y hubiérase dicho que el triunfo de una era de las tres. Esperábase al menos que el momento del amor traería las rivalidades. Nuestros pisaverdes se disputaban el honor de ser la manzana de la discordia; y yo mismo hubiera entonces entrado en juego, si la gran boga de la condesa de***, en aquel momento me hubiera permitido serle infiel, antes de haber obtenido el favor que solicitaba.

Entre tanto, nuestras tres hermosuras hicieron su elección, como de común acuerdo, en el mismo carnaval; y lejos de que excitase disturbios, como todos habían creído, no sirvió sino para hacer su amistad más íntima con el nuevo encanto de las comunicaciones confidenciales.

El enjambre de pretendientes desgraciados, se unió al de las mujeres celosas, y la escandalosa constancia fue sometida a la censura pública.

Los unos sostenían que en esta sociedad de inseparables (así las llamaban), la ley fundamental era la comunidad de bienes, y que el amor mismo se sujetaba a esta regla; otros aseguraban que los tres amantes estaban libres de competidores, pero no de competidoras; en fin, la cosa llegó hasta decirse que no habían sido admitidos, sino por decoro, y no habían recibido, sino un título sin funciones.

Estas voces, verdaderas o falsas, no produjeron el efecto que se esperaba. Al contrario, las parejas conocieron que estaban perdidas si se separaban en aquel momento, y tomaron el partido de resistir a la tempestad. El público, que se cansa de todo, se cansó bien pronto de una sátira infructuosa. Llevado de su inconstancia natural, se ocupó de otras cosas; y luego, volviendo a ésta con su inconsecuencia ordinaria, cambió la crítica en elogios. Como aquí todo es moda, el entusiasmo sucedió y se convirtió en verdadero delirio, cuando Prevan emprendió el verificar estos prodigios, y fijar sobre el particular la opinión del público y la suya.

Buscó, pues, a estos modelos de perfección. Admitido fácilmente en su sociedad, sacó de ello un favorable agüero. Sabía bien que las gentes dichosas no se dejan acercar con tanta facilidad. Vio, en efecto, muy pronto que aquella dicha tan pregonada era, como la de los reyes, más envidiada que apetecible. Notó que aquellos supuestos inseparables empezaban a buscar los placeres externos, y que hasta se procuraba ya distracciones, y concluyó de ello que los vínculos del amor o de la amistad estaban ya, o relajados o rotos, y sólo los del amor propio y la costumbre conservan todavía su fuerza natural.

Sin embargo, las mujeres, que la necesidad reunía, conservaban entre ellas la apariencia de la misma intimidad; pero los hombres, más libres en su proceder, hallaban deberes o negocios que los llamaban; se quejaban de ellos aún, pero no se dispensaban, y ya rara vez el número que se juntaba a pasar las noches era completo.

Esta conducta de su parte favorecía los designios del asiduo Prevan, que colocado naturalmente cerca de la que había sido abandonada cada día, hallaba alternativamente, y según las circunstancias, el remedio de rendir los mismos obsequios a las tres amigas.

Comprendió fácilmente que elegir entre ellas era perderse; que la falsa vergüenza de ser la primera que renunciase a la fidelidad, asustaría a la que prefiriese; que el amor propio herido de las otras dos, las haría enemigas del nuevo amante y no dejarían de desplegar contra él la severidad de los grandes principios; en fin, que los celos harían volver a hacer más cuidadoso a un rival que podía ser todavía temible. Todo hubiera servido de obstáculo, y todo se hacía fácil en su triple proyecto; cada mujer era indulgente, porque estaba interesada en serlo, y cada hombre también, porque creía no estarlo.

Prevan, que no tenía entonces sino una sola amada que sacrificar, tuvo la dicha de que ésta adquiriese celebridad. Su calidad de extranjera y el obsequio de un gran príncipe, que rehusó con bastante destreza, habían hecho que las gentes de la corte y de la ciudad fijasen en ella su atención; su amante disfrutaba de la parte que le correspondía de este honor, y se aprovechaba de él cerca de sus nuevas queridas.

Lo dificultoso era saber conducir a la vez las intrigas, cuya marcha debía necesariamente reglarse por la más tardía; y, en efecto, sé por uno de sus confidentes, que su mayor trabajo fue el detener una que estaba ya en sazón casi quince días antes que las otras.

En fin, el gran día llegó. Prevan, que había ya obtenido el consentimiento de las tres, era

dueño de arreglar la cosa como quisiese, y lo hizo como va usted a ver. De los tres maridos, uno estaba ausente, otro partía al día siguiente, a la madrugada, y el tercero estaba en la ciudad. Las amigas inseparables debían cenar en casa de la futura viuda; pero el nuevo señor no había permitido que los antiguos servidores fuesen admitidos. En la mañana del mismo día hace tres paquetes de las cartas de su querida; acompaña al uno con el retrato que había recibido de ella; al segundo con una cifra amorosa que ella misma había pintado; y al tercero, con un mechón de sus cabellos; cada una recibió por completo este tercio de sacrificio, y consintió, en cambio, en enviar al amante desgraciado una carta ruidosa de rompimiento.

Ya era esto mucho, mas no bastante todavía. Aquella cuyo marido estaba en la ciudad, no podía disponer sino de la tarde, se convino que una incomodidad fingida, la dispensaría de ir a cenar a casa de su amiga, y que toda la parte de la noche hasta la hora de acostarse sería reservada a Prevan. La parte que corre desde esta hora hasta el amanecer, fue señalada al mismo para aquella cuyo marido estaba ausente; y el tiempo después de amanecer momento de la partida del tercer esposo, le fue indicado para la última.

Prevan, que atiende a todo, corre después a casa de su bella extranjera: allí muestra y excita el humor que le convenía, y no sale hasta hacer entablar una querella que le asegura veinticuatro horas de libertad. Hechas así sus disposiciones, volvió a su casa, contando con reposarse un poco; pero otros cuidados le esperaban allí.

Las cartas de rompimiento habían sido como un golpe de inspiración para los amantes desgraciados: cada uno de ellos no dudaba ya que era sacrificado a Prevan; y uniéndose la cólera de haber sido burlado al mal humor que causa siempre la más pequeña humillación de verse uno dejado, los tres, sin comunicarse sus ideas, pero como de concierto, habían resuelto pedir satisfacción a su venturoso rival.

Éste halló, pues, en su casa los tres carteles de desafío, y los aceptó noblemente; mas como no queriendo privarse ni de sus placeres ni de la gloria de esta aventura, fijó las citas para la mañana del día siguiente, las tres en el mismo sitio y a la misma hora. Fue en una de las puertas del bosque llamado de Bolonia.

Llegada la noche, hizo su triple carrera con igual brillo; a lo menos se ha jactado después de que cada una de sus nuevas conquistas había recibido tres veces la prenda y el juramento de su amor. Aquí, como usted piensa, las pruebas faltan a la historia; todo lo que puede el historiador imparcial es hacer notar al lector incrédulo que la vanidad y la imaginación exaltadas pueden producir prodigios; y además, que la mañana que había de seguirse a una noche tan brillante, parece debía dispensarle de tener contemplaciones para lo venidero. Sea lo que fuere, los hechos siguientes son más positivos.

Prevan fue exactamente al sitio que había señalado, y halló en él a sus tres rivales, no poco sorprendidos de encontrarse juntos, y acaso ya cada cual consolado en parte, viendo que tenía compañeros de infortunio. Se llegó a ellos con un rostro afable y cortés, y les tuvo este discurso, que se me ha repetido fielmente:

"Señores: Al hallarse ustedes reunidos en este lugar, han adivinado ya, sin duda, que cada uno de los tres tiene iguales motivos para quejarse de mí. Estoy pronto a darles satisfacción. Decidan a la suerte entre ustedes quién ha de ser el primero que intente una venganza a la que los tres tienen el mismo derecho. No he traído conmigo ni padrinos ni testigos, pues no habiéndolos buscado para la ofensa tampoco los pido para la reparación." Luego, cediendo a su carácter de jugador, añadió: "Bien sé que rara vez se gana el siete y leva; pero sea la que fuere la suerte que el hado me destine, siempre ha vivido bastante el que ha sabido ganarse el amor de las mujeres y la estimación de los hombres."

Mientras que sus adversarios, admirados, se miraban silenciosos, y acaso su delicadeza calculaba que este triple combate no hacía igual la partida, Prevan volvió a tomar la palabra, diciendo: "No oculto a ustedes que la noche que acabo de pasar, me ha fatigado cruelmente. Sería un acto generoso de parte de ustedes, que me permitiesen tomar algunas fuerzas. He dado mis órdenes para que me tengan pronto aquí cerca un desayuno: háganme ustedes el honor de aceptarle. Almorzaremos juntos, y, sobre todo, alegremente. Puede uno batirse por semejantes bagatelas, pero no por eso alterar nuestro buen humor."

Fue admitido el desayuno, y dicen que jamás estuvo Prevan más amable. Tuvo el talento y destreza de no humillar a ninguno de sus rivales; de persuadirles de que los tres hubieran obtenido el mismo triunfo con igual facilidad; y, sobre todo, de hacerles confesar que ninguno hubiera dejado escapar la ocasión, como él tampoco lo había hecho. Confesados estos datos, el asunto se arreglaba por sí mismo; así es que, todavía no había acabado de desayunar, cuando había ya repetido diez veces que semejantes mujeres no merecían que hombres honrados se batiesen por ellas. Esta idea produjo la cordialidad; el vino le dio mayor fuerza, de modo que, pocos momentos después, no se contentaron con deponer toda especie de rencor, sino que se juraron mutuamente una amistad sin reserva.

Prevan, a quien, sin duda, no agradaba menos este desenlace que el primero, no quería, sin embargo, perder la celebridad que debía resultarle de ello. En consecuencia, adaptando con maña sus proyectos a las circunstancias, dijo: "En efecto, señores, no soy yo de quienes tienen que vengarse, sino de sus infieles damas. Ofrezco a ustedes la ocasión. Yo mismo me apercibo ya de una ofensa que pronto se me hará, porque si cada uno de ustedes no ha podido fijar a una sola, ¿puedo yo jactarme de fijar a las tres? Con que vengo a tener el mismo motivo de queja de ustedes. Sírvanse aceptar esta noche una cena en mi casita particular, y espero poder hacer que mi venganza no se difiera."

Quisieron que se explicase; mas él, con el tono de superioridad que la circunstancia le obligaba tomar, añadió: "Señores, creo haber probado que sé conducirme en las ocasiones; con que así, dígnense ustedes confiarse en mí." Todos consintieron y abrazando a su nuevo amigo, se separaron hasta la noche, mientras veían el efecto de sus promesas.

Prevan, sin pérdida de tiempo, volvió a París, y fue según costumbre, a visitar a sus nuevas conquistas. Logró de las tres que prometiesen ir a cenar a solas con él aquella noche en su casita. Dos pusieron mil dificultades, pero ¿qué podían al fin negar el día siguiente al pasado? Les dio separadamente la cita a una hora de distancia, tiempo necesario para sus planes. En seguida se retiró, hizo prevenir a los otros tres conjurados, y los cuatro se fueron alegremente a esperar a sus víctimas.

Se oye llegar a la primera. Prevan se presenta solo; la recibe con el aire más expresivo, y la conduce hasta el santuario de que ella se creía ser la única divinidad; luego sale con un ligero pretexto, y se hace reemplazar al punto por el amante ultrajado. Bien comprende usted que la confusión de una mujer, que no está hecha aún a semejantes aventuras, hacía el triunfo muy fácil en aquel momento: toda reconvención que no fue hecha, fue contada por un favor, y la fugitiva esclava, entregada de nuevo a su antiguo dueño, fue muy dichosa de poder esperar su perdón, cargándose con su primera cadena. El tratado de paz fue ratificado en un sitio más secreto; y habiendo quedado la escena vacía, fue alternativamente ocupada por los otros actores, casi de igual manera; y, sobre todo, con el mismo desenlace. Cada mujer, sin embargo, creía que era la única que representaba. Su asombro y embarazo aumentaron cuando, al momento de la cena, se hallaron reunidas las tres parejas; pero su confusión llegó al colmo, cuando Prevan, que volvió a presentarse en medio de todos, tuvo la crueldad de hacer a las tres infieles un género de excusas, que descubriendo su secreto, les hacía ver completamente hasta qué punto habían sido burladas.

Sin embargo, se pusieron todos a la mesa, y poco después, comenzaron a encontrarse menos embarazados. Los hombres se resignaron y las mujeres se sometieron. Todos sentían la rabia en el corazón, pero el lenguaje no era menos afectuoso por eso; la alegría despertó los deseos, que en cambio prestaron nuevo atractivo a las palabras. Esta escandalosa borrachera duró hasta la mañana: y cuando las mujeres se retiraron, debieron creerse perdonadas; pero los hombres, que habían conservado rencor, procedieron al día siguiente a un rompimiento, que no tuvo compostura; y no contentos con dejar a sus infieles damas, completaron su venganza, publicando su aventura. Desde aquel tiempo una de ellas vive en un convento, y las otras dos perecen de fastidio en sus tierras.

Ésta es la historia de Prevan. Toca a usted el ver, si quiere aumentar sus trofeos y atarse a su carro triunfal. La carta de usted me inquieta verdaderamente, y espero con impaciencia una respuesta más juiciosa y clara a la última que le tengo escrita.

Adiós, mi bella amiga, desconfíe de las ideas festivas y bizarras que la seducen con demasiada facilidad. Piense que en la carrera que sigue el ingenio no basta, y que una sola imprudencia puede originar un mal irremediable. Permita así que la prudente amistad dirija algunas veces sus placeres.

Quede usted con Dios, y crea que, a pesar de todo, la amo siempre como si fuese una mujer de razón.

En..., a 18 de septiembre de 17...

CARTA LXXX

EL CABALLERO DANCENY A CECILIA VOLANGES

Cecilia, mi querida Cecilia: ¿Cuándo vendrá el tiempo en que volvamos a vernos? ¿Quién me enseñará el modo de vivir lejos de usted? ¿Quién me dará la fuerza necesaria? Jamás, no, jamás podré soportar esta fatal ausencia. ¡Cada día aumenta mi desdicha! ¡y sin poder ver el término! Valmont, que me había prometido socorrerme y consolarme, Valmont me descuida y, tal vez, me olvida. Como él está cerca de su amado objeto, ignora lo que sufre cuando está separado. Al enviarme la última carta de usted, nada me ha escrito, y sin embargo, es él quien debe avisarme cuándo y cómo podré verla. ¿No tiene, pues, nada que decirme? Usted misma no me habla de él ¿es acaso porque no lo desea ya? ¡Ah! ¡Cecilia!, ¡Cecilia, qué desdichado soy! La amo más que nunca; pero este amor, que hace el encanto de mi vida, se convierte en el mayor tormento.

No, yo no puedo vivir así; es preciso que la vea, es preciso, aunque sólo sea un instante. Cuando me levanto, me digo: No la veré; y me acuesto diciendo: No la he visto. Los días, tan largos, no tienen un solo momento de dicha. Todo es privación, pesar y desesperación: y todos mis males vienen de donde yo esperaba toda mi ventura. Añada a estas crueles penas, mi inquietud por las suyas y tendrá una idea de mi horrorosa situación. Pienso en usted sin cesar, y nunca sin agitación. Si la contemplo afligida, desdichada, sufro con sus pesares; si la creo tranquila y consolada, auméntanse los míos. Por todos lados hallo males y sufrimientos.

¡Ah! no así cuando usted habitaba el mismo lugar que yo. Entonces todo era placer. La certeza de volver a verla embellecía hasta los momentos de la ausencia; el tiempo que era forzoso pasar lejos de su vista, me acercaba a usted a medida que corría y el modo con que yo le empleaba no dejaba nunca de referírsela. Si cumplía con mis deberes me hacía más digno de usted; si cultivaba alguna habilidad, esperaba agradarle más con ella. Aun cuando las distracciones del mundo me alejaban de usted, no dejaba de acercarme con la imaginación. En el teatro procuraba adivinar lo que le hubiera agradado más. Un concierto me recordaba sus habilidades y nuestras ocupaciones tan placenteras. En la sociedad, en el paseo, distinguía la más ligera semejanza. Comparábala con todas y siempre tenía la ventaja.

Cada momento del día, le rendía un nuevo homenaje, y cada noche iba a ofrecer el tributo a sus pies.

Ahora ¿qué me queda?: pesares dolorosos, privaciones eternas, y una ligera esperanza que disminuye el silencio de Valmont y el de usted cambia en sobresalto. ¡Diez leguas sólo nos separan y un espacio tan corto, viene a ser para mí sólo un obstáculo insuperable! Y cuando para vencerle imploro el socorro de mi amigo, de la dueña de mi vida, ambos permanecen indiferentes y tranquilos. Lejos de ayudarme, ni aun se dignan responderme.

¿Qué se ha hecho pues la activa amistad de Valmont? ¿En qué han parado, sobre todo los tiernos sentimientos de usted, que la hacían tan ingeniosa para hallar medios de vernos todos los días? Me acuerdo que muchas veces, sin dejar de tener el deseo, me hallaba precisado a sacrificarle a ciertas consideraciones y deberes. ¿Qué no me decía usted entonces? ¿cuántos pretextos no combatía mis razones? Y, acuérdese, Cecilia, siempre mis razones cedían a sus deseos. No me hago mérito de ello, ni yo tenía siquiera el de hacer entonces un sacrificio, pues lo mismo que usted deseaba obtener, ansiaba yo concederlo. Pero en fin, ahora pido yo a mi turno, ¿y qué?: verla un momento sólo, y renovar y recibir el juramento de un amor eterno. ¿No hace, pues esto tanto su felicidad como la mía? No admito esta idea terrible que pondría el colmo a todos los infortunios. Me ama usted y siempre me amará; lo creo, y estoy seguro, y nunca quiero dudarlo, pero mi situación es horrorosa, y no puedo soportarla más tiempo. Adiós mi adorada Cecilia.

París, 18 de septiembre de 17...

CARTA LXXXI

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT

¿Qué lástima me da con sus quejas! ¡Cómo me prueban éstas mi superioridad sobre usted! ¿Y quiere ser mi maestro, y dirigirme? ¡Ah! mi pobre Valmont. ¡Qué distancia hay todavía de usted a mi! No, todo el orgullo de su sexo no bastaría para llenar el intervalo que nos separa. ¡Porque no podría usted ejecutar mis proyectos los cree imposibles! Ente orgulloso y débil, ¿le sienta bien, querer calcular mis medios y juzgar mis recursos? Realmente, vizconde mío,

los consejos que me da me han enfadado y no se lo puedo ocultar.

Que para disimular su increíble torpeza, en el asunto de su presidenta, me presente usted como un triunfo el haber desconcertado un instante a esta mujer tímida que lo ama, consiento; que haya obtenido de ella una mirada, una sola, me sonrío y se lo paso; que conociendo, a pesar suyo el poco valor de su conducta, espere ocultarla a mi atención, lisonjeándome con el sublime esfuerzo de reunir dos jovencitos, que están ellos mismos abrasándose por verse, y que, sea dicho de paso, deben a mí sola el ardor de sus deseos, quiero concederlo también, que, en fin, se crea autorizado por esas hazañas para decirme en un tono doctoral, que vale más emplear su tiempo en ejecutar sus proyectos que contarlos, ese rasgo de vanidad no me daña y lo perdono. Pero que usted pueda creer que tengo necesidad de su prudencia, que me descarrilaría si no siguiese sus consejos, que debo sacrificarles un placer, ¡un capricho! en verdad, vizconde, es de su parte engreírse demasiado con la confianza que me place acordarle.

¿Qué ha hecho, pues, que yo no haya sobrepujado mil veces? Usted ha seducido, y aun perdido muchas mujeres; pero ¿qué dificultades ha tenido que vencer? ¿Qué obstáculos que superar?; ¿En dónde halla usted en eso mérito que sea verdaderamente suyo? Una figura hermosa, puro efecto de la casualidad; gracia, que el trato del mundo da casi siempre; talento real, es verdad, pero que en caso necesario podría ser suplido con cierta verbosidad; una osadía bastante loable, pero debida tal vez únicamente a la facilidad de sus primeros triunfos; si no me engaño, éstas son todas sus cualidades; pues en cuanto a la celebridad que ha podido adquirir, creo no exigirá usted que cuente por mucho el arte de procurar o aprovechar la ocasión de dar un escándalo.

En cuanto a la prudencia y la astucia, no hablo de mí, pero, ¿qué mujer no tendría más que usted? su presidenta le lleva de la mano como un niño.

Créame, vizconde; rara vez adquirimos las cualidades que nos son esencialmente necesarias. Combatiendo un riesgo debe usted obrar sin precaución. Para ustedes los hombres, las derrotas no son sino triunfos de menos. En esta partida tan desigual, nuestra fortuna es el no perder, y la desgracia de ustedes el no ganar. Aun cuando yo concediese a ustedes tanta habilidad como la nuestra ¿cuánta ventaja no deberíamos llevar todavía por la necesidad que tenemos de hacer un uso continuo de nuestros medios?

Supongamos, consiento en ello, que ustedes pongan tanta maña en vencernos cuanta nosotras en defendernos o en ceder; convendrán ustedes a lo menos que después del triunfo les es inútil. Ocupados únicamente de su nuevo placer, se entregan a él sin miedo y sin reserva; no es a ustedes a quienes importa su duración.

En efecto, estas cadenas recíprocamente puestas y recibidas, para hablar el lenguaje de amor, ustedes solos pueden, a su elección estrecharlas o romperlas: dichosas aún nosotras, si, cuando ustedes ceden a su natural inconstancia, prefiriendo el misterio al escándalo, se contentan con un abandono humillante, y no hacen del ídolo de la víspera la víctima del día siguiente.

Mas, si una mujer desdichada siente la primera el peso de su cadena, ¿a qué riesgos no se expone si quiere romperla, o se atreve solamente a sacudirla? No puede menos de temblar cuando ensaya alejar de ella el nombre que su corazón repugna con violencia.

Si se obstina en quedarse, es preciso que ella conceda al miedo lo que antes acordaba el amor.

Su prudencia debe desatar con maña estos mismos vínculos que ustedes hubieran roto. Estando a la disposición de su enemigo, no le queda recurso si él no es generoso; y ¿cómo esperar que lo sea cuando, si alguna vez se le alaba porque lo es, jamás se le censura por lo

contrario?

Sin duda no negará estas verdades, que su evidencia ha hecho ya triviales. Si no obstante usted me ha visto, disponiendo de los sucesos y de las opiniones, hacer de estos hombres tan temibles un juego de mis caprichos y de mis fantasías; quitar a los unos la voluntad, y a los otros el poder de dañarme: si he sabido alternativamente, y según la movilidad de mis gustos, atraerme o enviarlos lejos de mí, "Tiranos destronados, ahora esclavos míos."; sí en medio de estas revoluciones frecuentes mi reputación se ha conservado pura, ¿no ha debido usted pensar que, nacida yo para vengar a mi sexo, y dominar el suyo, he sabido crearme arbitrios desconocidos antes?

¡Ah! guarde usted sus consejos y sus temores para esas mujeres frenéticas que se llaman de grandes sentimientos, cuya imaginación exaltada haría creer que la naturaleza ha puesto su sensibilidad en su cabeza; que no habiendo reflexionado jamás, confunden sin cesar el amor y el amante; que, en su loca ilusión, creen que sólo aquel con quien han buscado su placer es el único depositario; y, verdaderamente supersticiosas, acuerdan al sacerdote el respeto y creencia que sólo se deben a la divinidad.

Tema usted también por aquellas que, más vanas que prudentes, no saben en caso necesario consentir en que las abandonen.

Tiemble sobre todo por aquellas mujeres activas, aun cuando están ociosas, que usted llama sensibles, y de las cuales se apodera el amor tan fácilmente y con tanta violencia, que conocen la necesidad de ocuparse siempre de él, aun cuando ya no lo gozan, y que abandonándose sin reserva a la fermentación de sus ideas, crean, por ellas, aquellas cartas tan
deliciosas, pero que son tan peligrosas para quien las escribe, y no temen confiar las pruebas de su debilidad al objeto mismo que la causa; imprudentes que no saben ver en su actual amante su futuro enemigo.

Pero ¿qué tengo yo que ver con esas mujeres inconsideradas? ¿Cuándo me ha visto usted separarme de las reglas que me he prescrito, y faltar a mis principios? Digo mis principios, y lo digo con intención; porque no son como los de las otras mujeres, dados por la casualidad, recibidos sin examen, y seguidos por costumbre: son el fruto de mis profundas reflexiones; yo los he creado, y puedo decir que yo misma me he formado.

Introducida en el mundo, a la edad en que, soltera todavía, estaba reducida por mi estado al silencio y a la inacción, he sabido aprovecharme de ambos para observar y reflexionar. Mientras que se me creía aturdida o distraída, yo, escuchando, a la verdad, muy poco los discursos que se me dirigían, ponía gran cuidado en oír los que se me quería ocultar.

Esta útil curiosidad, al mismo tiempo que sirvió para instruirme, me enseñó además a disimular; obligada muchas veces a ocultar los objetos de mi atención a los ojos de los que me rodeaban, probé de guiar los míos según mi voluntad, entonces logré llegar a usar, según me conviene, este modo de mirar distraído que ha loado usted a menudo. Animada con este primer triunfo, procuré reglar del mismo modo los diferentes movimientos de mi semblante. Si tenía algún pesar, estudiaba el modo de darme un aire de serenidad, y aun de alegría, y he llevado mi celo hasta procurarme dolores voluntarios para estudiar durante ellos la expresión del placer. Me he violentado con igual esmero y más trabajo, para reprimir los síntomas de un gofo inesperado. Así he llegado a tomar sobre mi fisonomía este imperio, de que he visto a usted tan admirado algunas veces.

Era yo muy joven todavía, y ofrecía poco interés, mas era dueña de mis pensamientos, y dudaba que pudiesen quitármelos o sorprenderlos contra mi voluntad. Provista de estas nuevas armas, quise ensayarme a usarlas; no contenta con no dejar penetrar mis ideas, me

divertía en presentarme bajo diversas formas; segura de mis ademanes, ponía cuidado en mis palabras; arreglaba ambas cosas a las circunstancias, o tal vez, sólo según mis caprichos. Desde aquel momento yo sola sabía mi modo de pensar, y no manifestaba sino el que me era útil.

Este trabajo hecho en mí misma había fijado mi atención sobre la expresión de los semblantes y el carácter de las fisonomías; y con este ejercicio logré alcanzar una seguridad de vista penetrante, de la cual, sin embargo, la experiencia me ha enseñado que no debo fiarme enteramente, pero que, en sus resultados, rara vez me ha engañado.

No tenía aún quince años, ya poseía la habilidad a que la mayor parte de nuestros políticos deben su reputación, y todavía no sabía sino los primeros elementos de la ciencia que quería aprender.

Ya se imagina usted que, como hacen todos los jóvenes, yo procuraba adivinar en qué consistía el amor y sus placeres; pero no habiendo estado nunca en el convento, no teniendo una buena amiga, y vigilada siempre por mi cuidadosa madre, no tenía sino ideas vagas, que no podía fijar; la naturaleza misma, de la que seguramente no he tenido que quejarme después, no me daba todavía ningún indicio. Se hubiera podido decir que trabajaba secretamente en perfeccionar su obra.

Mi cabeza sola fermentaba; no deseaba yo gozar sino saber, y el deseo de instruirme me sugirió los medios.
Comprendí que el único hombre con quien yo podía hablar de esto sin comprometerme, era mi confesor. Al instante tome mi partido, sofoqué mi poco de vergüenza, y acusándome de una falta que no había cometido, le dije que había hecho lo que hacen las mujeres. Estas fueron mis palabras, pero con ellas no sabía yo misma lo que decía. Mi esperanza no fue ni del todo engañada ni del todo satisfecha: el miedo de venderme me impedía iluminarme; pero el buen padre me pintó el mal tan grande, que concebí que el placer debía ser extremo; y al deseo de saber sólo en qué consistía, sucedió el de enterarme por mí misma.

No sé hasta donde me hubiera llevado este deseo; y, falta entonces de experiencia, quizás en una sola ocasión me hubiera perdido: dichosamente para mí. Pocos días después me anunció mí madre que me iba a casar; inmediatamente la certeza de que iba a saber lo que deseaba, apagó la curiosidad, y llegué virgen a los brazos del señor Merteuil.

Esperaba con seguridad el instante que debía instruirme, y tuve necesidad de reflexión, para mostrar embarazo y timidez. Aquella primera noche, de la que por lo general se forma una idea tan cruel o tan dulce, no me presentaba sino la ocasión de ganar experiencia: dolores y placeres, todo lo observaba exactamente, y no veía en estas diversas sensaciones sino hechos que debía recoger y meditar. Este género de estudio llegó a gustarme muy pronto; pero, fiel a mis principios, y conociendo, acaso por instinto, que mi marido debía estar más lejos que ninguno de mi confianza, resolví, por lo mismo que era yo sensible, mostrarme impasible a sus ojos. Esta frialdad aparente fue en lo sucesivo el fundamento más sólido de su ciega confianza; añadí, por nueva reflexión, el aire de aturdimiento que autorizaba mi edad, y nunca me creyó más niña que en los momentos en que yo le alababa con más audacia.

Sin embargo, lo confieso, me dejé arrastrar por el torbellino de este mundo, y me entregué absolutamente a sus fútiles pasatiempos. Pero al cabo de algunos meses, habiéndome llevado el señor de Merteuil a su triste casa de campo, el temor de fastidiarme suscitó de nuevo el gusto por el estudio; y hallándome únicamente rodeada de personas que, por su distancia de ellas a mí, me ponían a cubierto de toda sospecha, aproveché esta circunstancia para abrir mayor campo a mis experiencias. Allí fue donde principalmente me aseguré de que el amor, que nos pintan como la causa de nuestros placeres, no es, a lo sumo, sino el pretexto.

La enfermedad de mi marido interrumpió tan dulces ocupaciones; fue preciso acompañarle a la ciudad, a donde venía a buscar auxilios. Murió, como sabe usted, poco tiempo después, y aunque, en resultado, yo no tenía motivo de quejarme de él, no dejé de apreciar menos vivamente la libertad que iba a dejarme mi viudez, y de la que me proponía aprovechar lindamente.

Mi madre contaba con que volvería al convento o iría a vivir con ella. Yo rehusé uno y otro partido; y sólo consentí, por la decencia exterior, en volver a la misma casa de campo, en donde todavía me quedaban algunas observaciones que hacer. Las fortifiqué por medio de la lectura; mas no crea usted que fue toda de la especie que se la imagina. Estudié nuestras costumbres en los romances, y nuestras opiniones en los filósofos; busqué en los moralistas más severos lo que exigían de nosotros, y así me aseguré de lo que se podía hacer, lo que se debía pensar, y lo que era preciso aparentar. Fijada una vez en estos tres objetos, el último solamente presentaba algunas dificultades para la ejecución; esperé vencerlas, y medité la manera.

Empecé a cansarme de mis rústicos placeres, demasiado uniformes para la actividad de mi cabeza; sentí la necesidad de volverme coqueta, para reconciliarme con el amor, no para experimentarle yo misma, sino para inspirarle y fingirle. En vano se me había dicho, y había yo leído, que no se podía fingir este sentimiento; veía yo, no obstante, que, para conseguirlo, bastaba juntar al ingenio de un autor el talento de un cómico. Me ejercité en ambos géneros, y quizás con algún acierto; pero en vez de buscar los vanos aplausos de los espectadores, resolví emplear en mi dicha particular lo que otros sacrificaban a la vanidad.

Un año se pasó en estas diferentes ocupaciones. Permitiéndome entonces mi luto presentarme en el mundo, volví a la ciudad con mis grandes proyectos, y no esperaba hallar el primer obstáculo que encontré.

Mi larga soledad y mi austero retiro me habían dado un aire de hipocresía, que asustaba a nuestros más agradables galanes, todos se alejaban de mí, dejándome entregada a la multitud de fastidiosos que aspiraban todos a mi mano. La dificultad no estaba en rehusarlos; pero muchas de estas repulsas disgustaban a mi familia, y perdía yo en esto, altercados domésticos el tiempo de que me habla propuesto hacer un uso tan delicioso. Me fue, pues, preciso, para atraerme a los unos y alejar a los otros, hacer patentes algunas inconsecuencias, y emplear en dañar a mi reputación todo el cuidado que pensaba poner en conservarla. Lo conseguí muy fácilmente, como puede usted pensar; pero no estando arrebatada por ninguna pasión, no hice sino lo que creí necesario, y medí con prudencia la dosis de mi aturdimiento.

Luego que logré el fin que deseaba, volví atrás, y atribuí el honor de mi enmienda a una parte de aquellas mujeres que, no pudiendo ya aspirar a gustar por sus gracias exteriores, intentan lograrlo por su mérito intrínseco y sus virtudes. Esta fue una inspiración que me valió más de lo que yo esperaba. Estas dueñas, reconocidas, se declararon mis apologistas, y su esmerado celo por lo que llamaban obra suya fue llevado a tal punto, que, a la menor palabra que alguien se permitiese contra mí, todo el partido de hipocritonas sostenía que era un escándalo, un agravio. Con igual medio adquirí la aprobación de todas nuestras mujeres presuntuosas, que, persuadidas de que yo renunciaba a seguir la misma carrera que ellas, me acogieron por objeto de sus elogios, cuantas veces quisieron probar que no murmuraban de todo el mundo.

Entre tanto, mi conducta precedente había atraído amantes; y para manejarme bien entre ellos y mis infieles protectoras, me presenté como una mujer sensible, pero difícil, a quien el exceso de su delicadeza daba armas contra el amor.

Entonces empecé a desplegar en el gran teatro las habilidades que yo misma había adquirido,

y mi primer cuidado fue el de ganar el nombre de invencible. Para lograr este fin, los hombres que no gustaban fueron siempre los únicos de quienes tuve el aire de aceptar obsequios. Me servían útilmente para procurarme el honor de haberles resistido, mientras que me entregaba sin temor al amante que prefería en secreto. Pero a éste no le permitía nunca mi fingida timidez que se presentase en el mundo, y las miradas de todos se fijaban siembre en el amante desgraciado.

Usted sabe cuán pronto me decido. Es porque tengo observado que las atenciones anteriores son casi siempre las que hacen que se conozca el secreto de las mujeres. Óbrese como se quiera, no es el mismo tono antes que después del logro. Esta diferencia no se escapa al observador atento, y he juzgado menos peligroso engallarme en la elección que hacer que se me penetre. Además, gano con esto el impedir las apariencias de verdad, por las cuales únicamente se nos puede juzgar.

Estas precauciones, y la de no escribir jamás, podían parecer excesivas, y yo, sin embargo, jamás las he creído suficientes. Profundizando mi corazón y estudiando el de otros, he visto que no hay nadie que no tenga un secreto que le importe que ninguno sepa; verdad que me parece que la antigüedad ha conocido mejor que nosotros, y de la cual la historia de Sansón podría ser tal vez un ingenioso emblema. Yo, nueva Dalila, he procurado, como ella, emplear todo mi conato en sorprender este secreto importante. Y ¿de cuántos Sansones modernos no he tenido yo los cabellos en la punta de mis tijeras? Por cierto que son los que ya no temo, y los únicos que me he permitido humillar algunas veces. Mas dócil y flexible con los otros, he obtenido su discreción con el arte de volverlos infieles para que no me crean inconstante, con una amistad fingida, una confianza aparente, algunos procederes generosos, y la idea lisonjera, que conserva cada uno, de haber sido mi único amante. En fin, cuando me han faltado estos medios, he sabido, conociendo que iba a romper, sofocar de antemano la confianza que estos hombres peligrosos hubieran podido obtener, ya poniéndolos en ridículo, ya calumniándolos.

Lo que voy diciéndole, me lo ha visto usted practicar continuamente: ¡y ahora duda de mi prudencia! Pues bien; acuérdese de los tiempos en que empezaba a obsequiarme; ningún otro homenaje me había agradado tanto; lo deseaba antes de haberle visto. Seducida con su reputación, me parecía que le necesitaba para completar mi gloria, y ardía en deseos de batirme con usted cuerpo a cuerpo. Es el único de mis gustos que me ha dominado un momento. Sin embargo, si usted hubiera querido perderme, ¿qué medios habría encontrado?; vanos discursos, que no dejan impresión ninguna, que su reputación misma hubiera hecho sospechosos, y una serie de hechos inverosímiles, cuya relación hubiera pasado por un romance mal urdido. A la verdad, después de aquel tiempo, he descubierto a usted todos mis secretos; pero bien sabe cuáles son los intereses que nos unen, y de nosotros dos soy yo quien merece el título de imprudente.

Ya que me he pacto a darle explicaciones, quiero hacerlo con toda exactitud. Desde aquí oigo decirle que estoy a lo menos a la merced de mi doncella; en efecto, si no sabe el secreto de mis sentimientos, sabe el de mis acciones. Cuando usted me habló de ella antiguamente, le respondí sólo que estaba segura de ella; y la prueba de que esta respuesta bastó entonces para su tranquilidad, es que más adelante le ha confiado usted, por cuenta suya, secretos bastante peligrosos. Mas ahora que Prevan le inquieta, y le vuelve el juicio, creo ya no se fiará en mi palabra. Debo, pues, convertirle.

Primeramente, es hermana mía de leche, y este vínculo, que no nos lo parece, lo es para gentes de su clase; además, yo sé su secreto, y aún mejor: víctima de una locura de amor, estaba perdida si yo no la hubiese salvado. Sus padres, henchidos de honor, querían nada menos que encerrarla; se dirigieron a mí, y desde luego vi cuán útil podía serme su cólera. Los favorecí, y obtuve la orden que solicitaban. Después, tomando repentinamente el partido

de la clemencia, al cual atraje a sus padres, y aprovechándome de mi influjo con el anciano ministro, los hice a todos consentir en que me dejaran depositaria de esta orden, y dueña de detener o de consentir su ejecución, según juzgase yo el mérito de la conducta venidera de la chica. Sabe, pues, que su suerte está en mis manos, y aun cuando por un imposible estos medios poderosos no la detuviesen, ¿no es evidente que nadie la creería cuando se publicase su conducta y su castigo auténtico?

A estas precauciones, que yo llamo fundamentales, se agregan mil otras que el lugar o la ocasión proporcionan, y que la reflexión o el hábito hacen encontrar cuando se necesita, cuyo pormenor fuera minucioso, pero cuya práctica es importante, y que es preciso se tome usted el trabajo de entresacar del total de mi conducta, si quiere llegar a conocerlas.
Pero querer que yo me haya afanado tanto para no coger el fruto; que habiendo adquirido tanta superioridad sobre las otras mujeres, con mis trabajos penosos, consienta en arrastrarme con ellas entre la imprudencia y la timidez; que, sobre todo, tema a un hombre, al punto de no ver otro medio de salvarme que la fuga, no, vizconde, jamás. Es preciso vencer o morir. En cuanto a Prevan, quiero tenerle, y le tendré; quiere publicarlo, y no lo publicará; en dos palabras, es toda nuestra historia. Páselo usted bien, etc.

En..., a 20 de septiembre de 17...

CARTA LXXXII

CECILIA VOLANGES AL CABALLERO DANCENY

¡Oh, Dios! ¡Qué pesar me ha dado la carta de usted! ¡Por cierto que valía la pena de que yo la aguardase con tanta impaciencia! Esperaba encontrar con ella consuelo, y véame más afligida que antes de haberla recibido. ¡Cuánto he llorarlo leyéndola! No es esto de lo que yo le acuso: he llorado ya muchas veces por causa suya, sin haber sufrido; pero esta vez no es lo mismo.

¿Qué significa lo que usted me dice, que su amor es ya un tormento, que no puede vivir así, ni tolerar más tiempo su situación? ¿Va quizás a cesar de amarme, porque no es ya tan agradable como anteriormente? Me parece que yo no soy más feliz que usted, bien al contrario; y sin embargo, le amo más y más. Si el señor de Valmont no le ha escrito, no es culpa mía; yo no podía suplicárselo, porque no hemos podido vernos a solas, y tenemos convenido el no hablarnos jamás delante de las gentes; y esto también para que pueda él hacer más pronto lo que usted desea. No digo que no lo desee yo igualmente, y debe estar bien persuadido de ello; pero ¿qué quiere que yo haga? Si cree que es tan fácil, halle usted el medio, pues yo no deseo otra cosa.

¿Cree que será muy agradable ser reñida por mi madre todos los días, cuando antes jamás me decía nada? Bien al contrario. Ahora es peor que cuando estaba en el convento. Me consolaba, no obstante, pensando que era por usted, y aun había momentos en que me parecía estar contenta de ello; pero cuando veo ahora que también usted padece, y sin que yo tenga la menor culpa, me hongo Irás triste que por torio cuanto ha pasado hasta ahora.

Solamente para recibir sus cartas hay tal dificultad, que si el señor de Valmont no fuese tan complaciente y tan diestro, no sé como lo haría yo; y para escribirle es mayor todavía. En toda la mañana no me atrevo, porque madre está junto a mí, y a cada instante viene a mi cuarto. Algunas veces puedo escribir después de comer, con pretexto de cantar o tocar el arpa; y aun en tal caso es preciso que lo interrumpa a cada línea, para que se oiga que estudio. Felizmente mi doncella se duerme algunas veces por la noche, y le digo que me desnudaré sin su ayuda, para que se vaya y me deje la luz. Después es preciso que me oculte detrás de la cortina, para

que no se vea la claridad, y que escuche el menor ruido, para poder taparlo todo si alguien viene. Yo quisiera que estuviese usted aquí, y vería que es preciso amar fuertemente para hacer lo que hago. En fin, muy cierto es que hago cuanto puedo, y que quisiera poder hacer más todavía.

Seguramente, no rehusó el decirle que le amo, y que le amaré toda mi vida; jamás lo he dicho más de corazón, ¡y lo siente usted! ¡Me había asegurado, sin embargo, antes de que yo se lo hubiese dicho una vez, que esto sólo bastaba para hacerle feliz! No puede usted negarlo; está en sus cartas. Aunque no las tenga ya, me acuerdo de ellas como si las leyese todos los días. ¿Y porque estamos separados, ya no piensa lo mismos Pero esta ausencia no durará siempre. ¡Dios mío! ¡qué desgraciada soy! y es usted bien ciertamente la causa...

A propósito de sus cartas; espero que habrá guardado las que madre me ha cogido y le ha enviado; forzoso es que venga un tiempo en que yo no esté tan observada como ahora, y entonces usted me las devolverá todas. ¡qué placer tendré cuando pueda guardarlas siempre sin que nadie las vea!; ahora las entrego al señor de Valmont, porque de otro modo habría mucho riesgo; a pesar ele eso, nunca se las doy sin que me cause mucho sentimiento. Adiós, mi querido amigo. Le amo de todo corazón, y le amaré eternamente. Espero que ahora no estará triste; y si estuviese cierta de ello, ya no lo estaría yo misma. Escriba lo más pronto que pueda, porque hasta entonces estaré siempre melancólica.

En la quinta de..., a 27 de septiembre de 17 ...

CARTA LXXXIII

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA PRESIDENTA DETOURVEL

Muy señora mía: Continuemos, se lo suplico por favor, una conversación tan desgraciadamente interrumpida. Pueda yo acabar de probarle cuán diferente soy del retrato que le habían hecho de mí; pueda, sobre todo, gozar aún de aquella amable confianza que empezaba usted a manifestarme. ¡qué atractivo sabe usted dar a la virtud! ¡Cómo sabe hermosear y hacer amar los sentimientos honrados y puros! ¡Ah! ésta es la más fuerte de sus seducciones, la única que la hace respetable y poderosa.

Sin duda, basta ver a usted, para desear agradarle: oírla hablar, para desearlo continuamente. Pero el que tiene la dicha de conocerla más de cerca, que puede leer alguna vez en su corazón, cede muy pronto a un sentimiento más noble; y penetrado de veneración, no menos que de amor, la venera, imagen de todas las virtudes. Yo, quizás, más capaz que otro de amarlas y seguirlos, arrastrado por algunos errores que me habían alejado de ellas, a usted debo el haberme acercado nuevamente y haber conocido todo su encanto. ¿Verá, pues, como un crimen este nuevo amor? ¿Condenará su propia obra? ¿Vituperará el interés que usted misma pudiese tomar por ella? ¿qué mal puede temerse de un sentimiento tan puro, y qué dulzura no se experimentaría al fomentarlo?

¡Mi amor la asusta, y lo halla violento y desenfrenado! Modérele con un amor más dulce por parte suya; no rehusé el imperio que le ofrezco, al que juro no sustraerme jamás, y en el cual me atrevo a creer que la virtud podría tal vez tener alguna cosa que ganar. ¿Qué sacrificio podría parecerme penoso, estando seguro de que el ser amado por usted sería la recompensa? ¿Cuál es el hombre tan desdichado que no sepa gozar de las privaciones que él mismo se impone? ¿que no prefiera una palabra, una mirada, acordada de buena gracia, a todos los goces que pudiese lograr por violencia o por sorpresa? ¡Y usted ha creído que yo soy este hombre! ¡y me ha temido! ¡Ah! ¡por qué su dicha no dependerá de mí! ¡Cómo me vengaría

haciéndola feliz! Pero la estéril amistad no produce esta dulce influencia, fruto sólo del amor.

¡Esta palabra la intimida! Y ¿por qué? Un efecto más tierno, una unión más estrecha, un solo pensamiento, la misma dicha, como las mismas penas, ¿qué hay en todo esto que no cuadre con su alma sensible? Y sin embargo, así es el amor; a lo menos el que me inspira y yo siento. Él es, sobre todo, el que calculando sin interés, sabe apreciar las acciones por lo que merecen, y no por lo que valen; tesoro inagotable de las almas sensibles, todo se torna estimable hecho por él o para él.

¿Qué tienen de horrible estas verdades, tan fáciles de comprender, tan dulces en su ejecución? ¿Qué temor puede infundirle un hombre sensible a quien no permite el amor ser feliz, si no lo es usted?

Hoy es éste mi único deseo; por lograrlo sacrificaré todo, menos el sentimiento que me lo ha inspirado; comparta conmigo esos mismos sentimientos, y podrá entonces dirigirle como quiera. Pero no suframos que nos separe, en vez de reunirnos. Si la amistad que me ha ofrecido usted no es una palabra vana; si, según me lo decía ayer, es el sentimiento más dulce que su alma experimenta, sea ella la mediadora en nuestro convenio; no la desecharé; pero siendo juez del amor, consienta en escucharle; el no oírle fuera una injusticia, y la amistad no es injusta.

Una segunda conversación no será más peligrosa que la primera; el acaso puede prestar ocasión, y usted misma pudiera indicar el momento. Quiero creer que no tengo razón; ¿no le agradará más el convencerme que el combatirme? ¿Duda acaso de mi debilidad? Si aquella tercera persona no hubiese venido tan importunamente a interrumpirnos, tal vez ya estaría yo enteramente conforme con el parecer de usted: ¿quién puede calcular adónde llegaría su poder?

¿Debo decirlo? A veces sucede que temo ese mismo poder invencible a que me entrego sin atreverme a calcular; ese encanto irresistible, que la hace soberana de mis pensamientos no menos que de mis acciones. ¡Ay de mí! la conversación que le pido, tal vez soy yo quien deba temerla. Tal vez, ligado con mis promesas, me veré después reducido a abrasarme en las llamas de un amor que preveo que no podrá apagarse, sin atreverme ni aun a implorar el socorres de usted. ¡Ah! señora, por favor, no abuse de su dominio. Mas ¿qué digo? Si debe usted ser más feliz entonces, si yo debo parecerle más digno de su atención, ¿qué penas no mitigará tan dulce idea? Sí, lo conozco; hablar a usted todavía es darle más fuertes armas contra mí; es someterme más completamente a su voluntad. Es mucho más fácil defenderse contra sus cartas; aunque expresen los mismos sentimientos, no está usted presente para prestarles su influencia. Sin embargo, el placer de oiría me hace arrostrar el peligro; a lo menos tendré la dicha de haber hecho cuanto cabe por usted, aun contra mí mismo, y mis sacrificios se convertirán en homenaje. Demasiado feliz yo, si puedo probarle de mil maneras, como de mil maneras lo siento, que, sin exceptuarme yo mismo, es usted, y será siempre, el objeto que más ama mi corazón.

En la quinta de..., a 23 de septiembre de 17...

CARTA LXXXIV

EL VIZCONDE DE VALMONT A CECILIA VOLANGES

Ya vio ayer cuán contrariados estábamos. No he podido en todo el día entregarle la carta que tenía, e ignoro si hoy encontraré mayor facilidad. Temo comprometerla poniendo más celo que destreza, y no me perdonaría a mí mismo una imprudencia que seríale fatal, y causaría la desesperación de mi amigo, haciéndola eternamente infeliz. Sin embargo, como conozco cuán impaciente es el amor, comprendo cuán penoso debe ser, en su situación, el ver retardarse el único alivio que puede gozar en este momento. A fuerza de pensar en los medios de apartar los obstáculos, he hallado un modo, cuya ejecución será fácil, si usted pone cuidado por su parte.

He creído que la llave de la puerta de su cuarto que da al corredor está siempre sobre la chimenea de su madre de usted. Todo sería muy fácil teniendo esta llave, debe usted saberlo; pero a falta de ella, yo le procuraré otra enteramente igual y que la suplirá. Me bastará para ello tener ésa en mi poder una hora o dos. Le será muy fácil hallar ocasión de tomarla, y para que no se aperciba su falta; agrego aquí una mía que es parecida lo bastante para que no se conozca la diferencia si no la ensayan, lo que espero no sucederá. Será preciso únicamente que le ponga una cinta azul y deslucida como la que tiene la suya.

Es necesario tener esta llave mañana o pasado mañana a la hora del almuerzo, porque podrá dármela más fácilmente entonces, y ser vuelta a poner en su lugar para la noche, tiempo en que su madre pudiera poner más atención. Yo podré volvérsela a la hora de comer, si nos entendemos bien. Sabe usted que cuando se pasa de la sala a la pieza de comer, siempre es la señora de Rosemonde la que va la última. Yo le daré la mano, usted sólo debe dejar su bastidor lentamente o bien dejar caer alguna cosa para detenerse: entonces tomará la llave que yo tendré el cuidado de llevar en la mano, a la espalda. Es preciso que usted, luego que la haya tomado, no deje de acercarse a mi tía y hacerle algunas caricias; si por acaso dejase usted caer la llave, no se aturda; yo fingiré que es mía, y respondo de todo.

La poca confianza que le muestra su madre y su duro modo de proceder, autorizan más de lo preciso este pequeño engaño. Fuera de ello éste es el único medio de continuar recibiendo las cartas de Danceny y de enviarle las suyas; todos los demás son en realidad demasiado peligrosos, y podrían perder a ustedes dos sin recurso; por eso mi prudente amistad se echaría en cara el seguir empleándolos.

Dueños de la llave, tendremos que tomar ciertas precauciones contra el ruido de la puerta y de la cerradura, pero son muy fáciles.

Bajo el mismo armario donde puse el papel, hallará aceite y una pluma. Usted va alguna vez a su cuarto en horas en que está sola.

Es preciso aprovechar de ese tiempo para untar la cerradura y los goznes. Solamente debe cuidar de no coger manchas, porque éstas servirían para que se descubriese todo. También es necesario aguardar a la noche, porque si está hecho con la inteligencia de que usted es capaz, al día siguiente ya no se conocerá nada.

Si no obstante se nota, no dude en decir que ha sido el hombre que viene a limpiar los suelos de la casa. Será preciso, en tal caso, especificar el tiempo, y aun lo que habrá hablado con usted; como por ejemplo, que tiene éste cuidado porque el hierro no se tome en todas las cerraduras que no trabajan mucho; porque usted comprende bien que no fuera verosímil que hubiese presenciado esa obra sin preguntar con qué objeto se hacía. Estos pequeños pormenores dan un aire de verosimilitud, y con esto las mentiras son de menos consecuencia quitando el deseo de verificarlas.

Cuando haya acabado de leer esta carta, le pido vuelva a leerla, y que se ocupe de su contenido; lo primero, porque es menester saber bien lo que se quiere ejecutar bien; y lo segundo para que se asegure usted de que no he omitido nada.

Acostumbrado yo muy poco a servirme de astucias, tengo corto uso de ellas, y ha sido precisa la vivísima amistad que profeso a Danceny, y el interés que me inspira usted, para determinarme a servirme de estos medios, por más inocentes que sean. Aborrezco todo lo que tiene aire de engaño. Tal es mi carácter: pero sus desgracias me han interesado de tal manera, que soy capaz de intentarlo todo por desviarlas.

Ya ve usted que luego que se entable esta comunicación entre nosotros dos, me será mucho más fácil procurarle la entrevista que desea con Danceny. Sin embargo, no le hable aún de nada de esto; no serviría sino para aumentar su impaciencia, y el momento de satisfacerla no está todavía tan próximo. Debe usted hacer más pronto por calmarla que por excitarla, y en cuanto a ello me refiero a la delicadeza de usted. Adiós mi bella pupila; porque ahora lo es. Ame pues un poco a su tutor, y sobre todo sea dócil, y no le irá mal con serlo. Me ocupo en hacer su felicidad, esté segura de que hallaré el medio.

En..., a 24 de septiembre de 17...

CARTA LXXXV

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT

Ya estará tranquilo y, sobre todo, me hará justicia. Escúcheme usted y no me confunda más con las demás mujeres. He llevado a buen fin mi aventura con Prevan; a buen fin: ¿entiende lo que esto quiere decir? Ahora va a juzgar quién de los dos puede vanagloriarse, él o yo. La relación no será tan divertida como la acción, pero tampoco fuera justo que, no habiendo hecho usted sino razonar bien o mal sobre este asunto, le resultase tanto placer como así, que

he puesto mi cuidado y mi trabajo.

Entre tanto, si tiene que dar algún grande golpe, o intentar alguna empresa famosa en que este rival peligroso le parezca temible, venga que ahora le deja el campo libre por algún tiempo y acaso no se levantará jamás del tiro que acabo de asestarle.

¡Qué feliz es usted de que yo sea amiga suya! soy para usted una hechicera bienhechora. Usted se consume lejos de la beldad que adora: digo una palabra y se halla a su lado. Quiere vengarse de una mujer que le perjudica; yo le indico el sitio en donde debe herir y se la entrego a su discreción. En fin, para alejar del combate a un concurrente formidable, me invoca usted también y yo escucho su ruego. En realidad, sino emplea su vida en darme gracias es sólo porque es ingrato. Vuelvo a mi aventura y la tomo desde su principio.

La cita que di en alta voz el sábado al salir de la Ópera, fue oída como yo lo esperaba. Prevan fue a la casa designada, y cuando la maríscala le dijo con mucha atención que estimaba muchísimo verle ir dos veces seguidas en los días de sus tertulias, tuvo cuidado de decir, que desde el martes anterior, se había librado de muchos empeños que tenía, para poder disponer de aquella noche. Al buen entendedor buenas palabras.

Como yo quería saber, sin embargo, si era yo o no la verdadera causa de esta actitud lisonjera, quise poner al nuevo aspirante en la precisión de elegir entre mí y su pasión dominante. Declaré que no jugaría yo aquella noche; en efecto, él por su parte dio también mil pretextos para no jugar, con que el primer triunfo que obtuve fue sobre el sacanete.

Me apoderé para la conversación del obispo de *** y lo escogí precisamente a causa de su amistad estrecha con el héroe del día, para darle así mayor facilidad de acercarse a mí. También me alegraba de tener un testigo respetable que, en caso necesario, pudiese dar testimonio de mi conducta y mis palabras. Este arreglo me salió bien.

Después de las frases vagas y usuales, Prevan, haciéndose muy pronto dueño de la conversación, ensayó sucesivamente varios tonos, para ver cuál me agradaba más. Deseché el sentimental como quien no tiene fe en él; contuve con mi aire serio el tono alegre, que me pareció demasiado libre para la primera vez; cayó luego en la amistad delicada, y sobre este punto tan debatido, empezamos nuestros recíprocos ataques.

Cuando fuimos a cenar, el obispo no bajó de la sala; Prevan me dio la mano, y se halló naturalmente sentado junto a mí a la mesa. Es menester hacerle la justicia de decir que sostuvo muy bien la conversación particular conmigo, no pareciendo ocuparse sino de la general, con la que tuvo el aire de hacerse todo el gasto. Estando en los postres se habló de una comedia nueva que debía representarse el lunes siguiente en el primer teatro. Yo manifesté algún pesar de no tener un palco; él me ofreció el suyo, que desde luego rehusé, como se acostumbra, a lo que respondió de una manera bastante original que yo no le había comprendido, que ciertamente no haría este sacrificio a una persona que no conocía, pero que me prevenía solamente que la señora maríscala disponía aquel día de dicho palco. Ésta recibió bien la chanza y aceptó un asiento.

Cuando volvimos a la sala, él pidió otra como puede usted figurarse. La maríscala, que le trata con muchísima bondad, se la prometió, con tal que tuviese juicio, y él sacó motivo de esta expresión para empezar una de aquellas conversaciones de doble sentido para las cuales me ha ponderado usted un talento particular. En efecto, habiéndose sentado a sus pies, como un niño obediente, según decía y como para pedirle sus consejos y que le comunicase su prudencia, dijo muchas cosas lisonjeras y tiernas de las que me era muy fácil hacerme la aplicación. No habiendo continuado el juego muchas personas después de la cena, la conversación fue más general y menos interesante; pero nuestros ojos se hablaron mucho.

Digo los nuestros y debiera decir los suyos, porque los míos sólo expresaban una cosa, la sorpresa. Debió pensar que me admiraba y que me ocupaba sucesivamente del efecto prodigioso que obraba en mí. Creo que le dejé muy satisfecho, y no lo quedé yo menos.

El lunes siguiente fui al teatro, como se había convenido. A pesar de la curiosidad de usted en cosas de literatura, nada puedo decirle de aquella representación, sino que Prevan tiene un talento maravilloso para la galantería, y que la pieza cayó; esto es todo lo que sé. Yo veía con sentimiento acabarse aquella noche, que realmente me gustaba mucho, y para prolongarla propuse a la mariscala que viniese a cenar a mi casa, lo que me procuró pretexto para proponérselo también al amable galán, que no pidió sino el tiempo preciso para ir a desempeñarse en casa de la condesa de P***. Este nombre volvió a ponerme en cólera; vi claramente que iba a comenzar sus confianzas; me recordé los prudentes consejos de usted, y me propuse firmemente... seguir la aventura, bien segura de curarle de su peligrosa indiscreción.

Siendo nuevo en mi sociedad, que aquella noche era poco numerosa, me debía todas las atenciones de uso; por eso cuando fuimos a cenar me presentó su mano. Yo tuve la malicia, al aceptarla, de fingir un leve temblor, y de llevar durante mi marcha los ojos y la respiración forzada. Tenía el aire de quien presiente su derrota, y teme a su vencedor. Él lo notó perfectamente, y por eso el traidor, mudando al instante el tono y porte del galán que era, se volvió sensible y tierno. Sus palabras eran casi las mismas, puesto que las circunstancias le obligaban a ello; pero su mirar, aunque menos vivo, era más afectuoso; la inflexión de su voz más dulce; su sonrisa no indicaba ya el artificio, sino el contento. En fin, desapareciendo el fuego de la agudeza en su lenguaje, el ingenio cedió el lugar a la sencilla y natural delicadeza. Yo le pregunto ahora: ¿lo hubiera hecho usted mejor?

Yo, por mi parte, me puse tan distraída, que fue preciso que todos se apercibiesen; y cuando me reconvinieron, tuve el talento de excusarme torpemente, y de echar una ojeada pronto, pero tímida, sobre Prevan, y propia para hacerle creer que lo que yo temía únicamente era que él adivinase la causa de mi turbación.

Después de cenar, aprovechándome del tiempo en que la maríscala contaba una de aquellas historias que cuenta siempre, me recosté en mi sofá en la postura y ademán de quien piensa distraída en algún objeto agradable. No sentía yo que me viese Prevan en aquella situación, y, en efecto, vi que me observaba con una atención particular. Ya pensará usted que con mis tímidos ojos no me atrevía a buscar los de mi vencedor; pero dirigidos hacia él de una manera más sumisa, bien pronto noté que producía el efecto que deseaba. Era menester persuadirle, además, de que yo misma le experimentaba; por eso, cuando la maríscala anunció que iba a retirarse, yo exclamé con voz tierna y sensible: "¡Ay, Dios! ¡me hallaba tan bien así!" No obstante, me levanté; pero antes de despedirla, pregunté cuáles eran sus planes, para tener un pretexto de decir los míos; y dije que dos días después pasaría la noche en mi casa. Con esto se marcharon todos.

Entonces me puse yo a reflexionar. No dudaba que Prevan aprovecharía la especie de cita que yo acababa de darle, y que vendría bastante temprano para encontrarme sola, y que el ataque sería vivo; pero también estaba segura de que, por la reputación que yo gozaba, no me trataría con aquella ligereza que, por poco uso que se tenga, no se emplea sino con mujeres de intrigas o sin ninguna experiencia; y yo veía mi logro seguro si pronunciaba la palabra amor; sobre todo si pretendía oiría de mi labio.

¡Qué cosa tan cómoda es tener que hacer con ustedes, los que tienen principios! Algunas veces un amoroso aprendía nos desconcierta con su timidez, o nos embaraza con sus transportes vehementes; es una verdadera fiebre que, como otra cualquiera, tiene su frío y su calor, y algunas veces varía en sus síntomas. Pero la marcha arreglada de ustedes se adivina

fácilmente.

Su modo de entrar, su aire, su tono, sus expresiones, todo lo sabía yo desde la víspera. No le diré, pues, nuestra conversación, que usted suplirá fácilmente. Observe sólo que en mi fingida defensa le ayudaba yo cuanto podía; turbación, para darle tiempo de hablar; frívolas razones, para que las combatiese; temor y desconfianza, para que retirase las promesas; aquella continua repetición suya, no pido a usted sino una sola palabra; y aquel silencio mío entonces, que tenía el aire de hacerla esperar, para que fuese más deseada; en medio de todo esto, una de mis manos cien veces tomada, y que se retiraba siempre, mas nunca se negaba. Podía pasarse así un día entero; nosotros pasamos así una hora bien cumplida, y acaso estaríamos en ello todavía, si no hubiésemos oído entrar un coche en el patio de mi casa. Este feliz contratiempo hizo, como era natural, más vivas sus instancias; y yo, viendo llegado el momento en que estaba al abrigo de toda sorpresa, después de haberme preparado con un prolongado suspiro, pronuncié la palabra preciosa. Al momento anunció el criado al que entraba, y al breve rato mi tertulia era ya bastante numerosa. Prevan me suplicó le permitiese venir a la mañana siguiente, y consentí; pero cuidadosa de defenderme, mandé a mi doncella que estuviese el tiempo de esta visita en mi alcoba, desde la cual sabe usted que se ve cuanto pasa en mi cuarto de vestir, en donde le recibí Libres de conversar, y teniendo ambos el mismo deseo, pronto estuvimos de acuerdo; mas era preciso desembarazarse de aquel espectador importuno; allí lo esperaba yo.

Entonces, pintándole como quise mi vida interior, le persuadí fácilmente que jamás hallaríamos un momento libre, y que era una especie de milagro el que habíamos logrado la víspera, el cual todavía sería muy expuesto, porque a cada momento podía entrar alguien en la sala. No dejé de añadir que todos estos usos interiores se habían establecido, porque hasta entonces nunca me habían incomodado; y al mismo tiempo insistí sobre la imposibilidad de mudarlos, sin comprometerme a los ojos de las gentes de mi casa. Probó a entristecerse, a enojarse, y a decirme que sentía yo poco amor; y ya comprende usted cuánto me movía todo esto; pero queriendo dar el golpe decisivo, recurrí a las lágrimas. Fue exactamente aquello de; ¡Lloráis, Zaira mía! Este imperio que ya creyó tener sobre mí, y la esperanza que concibió de perderme como quisiese, suplieron en él a todo el amor de Orosmán.

Pasada esta escena trágica, procedimos a formar nuestro arreglo. No pudiendo valernos del día, pensamos en la noche; pero mi portero era un obstáculo insuperable, y yo no quería permitir que le ganase. Me propuso valernos de la puerta falsa del jardín, pero había yo previsto su idea, y creé al instante un dogo, que aunque muy tranquilo y silencioso durante el día, era un verdadero demonio por la noche. La facilidad con que conté todos estos pormenores era muy propia para animarle; así es que acabó por proponerme el medio más ridículo, y es el que adopté.

Desde luego su criado era tan seguro como él mismo, y en esto no se engañaba, porque tanto lo era el uno como el otro. Yo debería dar una gran cena, a la cual asistiría él, y hallaría modo de salir solo. Su diestro confidente llamaría el coche, abriría la portezuela, y Prevan, en vez de subir a él, se escabulliría mañosamente. Su cochero no podía notarlo, y así, habiendo partido para todos los concurrentes, y quedándose, no obstante, en mi casa, se trataba sólo de saber si podría llegar hasta mi aposento. Confieso que por lo pronto mi dificultad fue encontrar bastante débiles mis razones contra este plan, para que él tuviese aire de destruirlas, pero me respondió con ejemplos. Al oírle, nada era más común que este medio, y era el que empleaba las más de las veces como el menos peligroso.

Rendida a unas autoridades tan irrecusables, convine con sencillez en que, ciertamente, había una escalerita secreta que conducía muy cerca de mi gabinete; que yo podía dejar puesta la llave y él encerrarse, y esperar allí sin mucho riesgo que mis criadas lo notasen; y luego, para dar más verosimilitud a mi consentimiento, al momento después, ya no quería yo; y, en fin, no

acababa de convenir sino es a condición que estaría enteramente sometido, y tan comedido y juicioso. ¡Ah! ¡qué especie de juicio! En fin, quería bien probarle mi amor, mas no contentar el suyo.

La salida de que olvidaba hablar a usted, debía ser por la pequeña puerta del jardín; no se trataba sino de esperar al amanecer: entonces el cancerbero no se opondría. A dicha hora no pasa un alma por la calle, y toda la servidumbre duerme profundamente. Si usted se admira de este montón de razonamientos mal formados, es porque olvida nuestra recíproca posición. ¿Qué necesidad tiene usted de hacerlos mejores? El no deseaba otra cosa sino que todo se supusiese, y yo estaba bien segura de que nadie lo sabría. Convenimos en que la cita sería dos días después. Observe usted que la cosa está bien arreglada, y que nadie sabe aún mi trato con Prevan. Le encuentro en una cena en casa de una amiga mía; le ofrece su palco para una primera representación, y yo acepto una plaza en él; convido yo a esta dama a cenar conmigo, durante el espectáculo, y delante de Prevan; no puedo casi dispensarme de convidarle a él también. Acepta, y dos días después me hace una visita que el uso exige; viene, a la verdad, a verme al día siguiente por la mañana; pero a más que las visitas de por la mañana no significan nada, depende de mí el encontrar en ésta un paco de ligereza: en efecto, le pongo el número de las personas menos liadas conmigo, enviándole un convite formal y por escrito para una cena de etiqueta. Puedo decir, como Anita, en cierta ocasión: Esto es, sin embargo, todo lo que hay.

Llegado el día fatal, aquel día en que yo debía perder mi virtud y mi reputación, di mis instrucciones a mi fiel Victorina, que las ejecutó como usted verá muy pronto. Entre tanto vino la hora de la tertulia. Había entrado ya mucha gente, cuando fue anunciado Prevan. Le recibí con una atención muy particular, y que probaba justamente mis pocas relaciones con él, y le puse a jugar con la maríscala, por ser la señora a quien debía su conocimiento. Esta tertulia no produjo nada notable, sino un billetito que el discreto amante halló medio de entregarme, y que he quemado, según acostumbro. Me anunciaba que contase con él; y estas palabras esenciales estaban acompañadas de todas aquellas de amor, de felicidad suprema, etc., etc., que no faltan jamás en tales ocasiones.

A media noche, habiéndose acabado las partidas, propuse una corta macedonia. Con ella me propuse dos cosas; proporcionar que Prevan pudiese marcharse, y al mismo tiempo hacer que se notase su salida, vista su reputación de jugador. Me alegraba de que, de esta manera, pudiese todo recordarse, cuando preciso, que yo no me había dado prisa por quedarme sola.

El juego duró más de lo que yo había pensado. El diablo me tentaba, y cedí al deseo de ir a consolar al prisionero impaciente. Así me en caminaba a mi pérdida, cuando reflexioné, que si me rendía del todo a este deseo, no tendría ya sobre él bastante dominio para contenerle en los límites de la decencia que mi proyecto necesitaba, y tuve fuerza para resistir. Me volví atrás, y no sin mal humor tomé mi plaza en la mesa del juego que duraba eternidades. Acabó por fin, y todos se marcharon. En cuanto a mí, hice venir mis criadas, me desnudé con prisa y las despaché.

¿Me ve usted ya, vizconde, en mi vestidito ligero, marchando tímidamente y de puntillas, con una mano trémula abrir la puerta a mi vencedor? Luego que me apercibí... El curso del rayo no es más rápido. ¿Qué puedo decir a usted? Fui vencida antes de haber podido decir una palabra para detenerle o defenderme. Quiso después tomar una situación más cómoda y más conveniente a las circunstancias. Maldecía de su vestido y atavío que le separaba de mí; quería combatirme en armas iguales; pero mi extremada timidez se opuso a esta idea, y mis tiernas caricias no le dejaron tiempo para ello. Otra cosa le ocupaba.

Había doblado ya sus derechos, y sus pretensiones renacían; pero entonces: "Escúcheme usted, le dije; tendrá usted en esto una excelente relación que hacer a las dos condesas de D...

y a otras mil; pero deseo infinito saber como contará usted el fin de la aventura." Al decir esto, tiré de mi campanilla lo más fuerte que pude. En verdad esta vez llegó mi turno, y mi acción fue más viva que sus palabras. Aún no había hecho más que tartamudear algunas voces, cuando oí que mi Victorina acudía y llamaba a todos mis criados, que según mis órdenes había retenido ella en mi cuarto. Entonces tomando yo mi tono de reina y levantando la voz continué: Salga usted, caballero, inmediatamente, y no vuelva más a ponerse delante de mis ojos. En esto entraron los criados.

El pobre Prevan perdió la cabeza, y creyendo ver un lazo en lo que sólo era una burla, sacó prontamente su espada. Mal le salió, porque mi ayuda de cámara, valiente y vigoroso, lo agarró por medio del cuerpo y le tumbó en el suelo. Confieso que tuve un susto muy grande. Contuve a mis criados y los mandé que le dejasen marcharse libremente, asegurándose sólo de que hubiese salido de mi casa. Me obedecieron, pero entre ellos fue muy grande el rumor, indignándose de que alguien se hubiese atrevido a comprometer el honor de su virtuosa señora. Todos fueron acompañando con algazara y escándalo al desventurado caballero, como yo lo deseaba.

Sólo Victorina se quedó conmigo, y nos pusimos a componer el desorden que había en mi cama. Mis criados volvieron todavía alborotados, y yo turbada y conmovida aún, les pregunté por cual feliz acaso se habían encontrado sin acostarse. Victorina me contó que había dado ella de cenar a dos amigas suyas, que se habían quedado después con ella, y en fin, todo aquello en que estábamos convenidas. Di gracias a todos, y los hice retirarse, mandando no obstante a uno de ellos que fuese a llamar a mi médico. Me pareció que tenía motivo de temer el efecto de mi mortal sorpresa; y era un medio infalible de dar curso y celeridad a esta noticia.
Todo ha salido tan bien que, antes de medio día, y luego que se ha podido entrar en mi cuarto, ya mi vecina devota estaba a la cabecera de mi cama, para saber la verdad y el pormenor de esta horrible aventura. Me he visto obligada a quejarme amargamente con ella, durante una hora, de la corrupción de nuestro siglo. Un momento después he recibido un billete de la maríscala, que incluyo aquí. En fin, antes de las cinco, he visto entrar, con gran sorpresa mía al señor M***. Venía según me dijo, a hacerme excusas de que un oficial de su cuerpo hubiese podido agraviarme hasta tal punto. No lo había sabido sino a la hora de comer, en casa de la maríscala, y había enviado inmediatamente a Prevan la orden de constituirse preso. He pedido su gracia y me la ha negarlo. He pensado entonces en que, en calidad de cómplice, debía yo castigarme por mi parte y guardar un severo arresto, por lo cual he hecho cerrar mi puerta y decir que estaba incomodada.

A mi soledad debe usted el que le escriba esta larga carta. Escribiré una a la señora de Volanges, de la que seguramente hará lectura en público, y en la cual verá usted esta historia como es preciso contarla.

Olvidaba decirle que Belleroche está furioso, y quiere absolutamente desafiar a Prevan. ¡Pobre joven! Por fortuna tendré tiempo suficiente para calmar su cabeza. Entre tanto, voy a descansar la mía, que está fatigada de escribir. Adiós, mi vizconde,

En la quinta de..., a 24 de septiembre de 17... por la noche.

CARTA LXXXVI

*LA MARISCALA DE*** A LA MARQUESA DE MERTEUIL.*

(Billete incluso en la precedente.)

¡Válgame Dios! ¿Qué oigo, mi querida buena amiga? ¿Es posible que el joven Prevan haga cosas tan abominables? ¿Y con usted? ¡A qué no está expuesta! ¡Con que ni en su propia casa se puede ya vivir segura! En verdad, lances de esta especie consuelan a una de ser vieja. Pero de lo que jamás me consolaré es de haber sido en parte causa de que usted haya recibido en su casa un monstruo semejante. Le prometo que si todo lo que me han dicho de él es cierto, no volverá a poner los pies en la mía; es el partido que tomarán con él todas las gentes honradas, si hacen lo que deben.

Me han dicho que se ha puesto usted mala, y su salud me inquieta. Deme noticias suyas, que espero con impaciencia, o bien hágamelas dar por uno de sus criados, si no se hallara en estado de hacerlo por sí misma. Sólo le pido una palabra para mi tranquilidad. Hubiera ido a verla esta mañana, si no fuese por mis baños, que mi doctor no permite que interrumpa: y además, tengo que ir después de medio día a Versalles, siempre por el asunto de mi sobrino.

Adiós, mi querida amiga: cuente usted con mi eterna y sincera amistad.

París, a 26 de septiembre de 17...

CARTA LXXXVII

LA MARQUESA DE MERTUEIL A LA SEÑORA DE VOLANGES

Escribo a usted desde mi cama, mi querida y buena amiga. Un suceso, el más desagradable e imposible de prever, me ha puesto mala de susto y de pesadumbre. No es decir que tenga alguna cosa de que acusarme; pero es siempre tan sensible a una mujer honrada y que conserva la modestia conveniente a su sexo el atraer sobre ella la atención del público, que daría cuanto tengo por haber podido evitar esta desgraciada aventura, y aún no sé si tomaré el partido de irme al campo hasta que se olvide. Vea usted el caso.

Encontré en casa de la maríscala de *** un cierto caballero Prevan, que conocerá usted seguramente de nombre y que no conocía yo de otro modo. Pero hallándome en aquella casa, tenía motivo, me parece, de creer que sería hombre de buena compañía. Es bastante bien formado y me ha parecido que no deja de tener talento. La casualidad y el fastidio del juego me dejaron sola para mantener la conversación entre él y el obispo de ***, mientras que todas los demás estaban ocupados coro el sacanete. Hablamos los tres hasta la hora de la cena. En la mesa, una comedia nueva, de que se habló, le dio ocasión para ofrecer su palco a la maríscala, que lo aceptó, y se convino en que yo aceptaría una plaza. Era para el lunes último. Como la maríscala debía venir a cenar conmigo después del teatro, propuse a dicho sujeto acompañarla, y vino. Dos días después me hizo una visita que se pasó en discursos y frases de uso, sin que yo notase cosa particular. Al día siguiente vino a verme por la mañana, lo que me pareció un poco de ligereza; pero juzgue que en vez de hacérselo sentir por mi modo de recibirle, era mejor darle a conocer por medio de una atención, que no éramos tan íntimos como parecía creerlo. Para ello le envié, el mismo día, un convite bien seco y bien de ceremonia para una gran cena que daba yo anteayer. No le dirigí cuatro veces la palabra en toda la noche, y él por su parte se marchó apenas acabó su partida. Convendrá usted en que hasta aquí nada parece que deba parar en una aventura. Después de las partidas se jugó una macedonia, que duró hasta cerca de las dos de la mañana, y al fin me fui a la cama. Haría a lo menos media hora que mis criados se habían retirado, cuando oí ruido en mi cuarto. Descorrí la cortina con muchísimo susto y vi entrar a un hombre por la puerta que conduce a mi gabinete. Di un grito muy agudo, y ala luz de mi lamparilla, reconocía ese mismo señor

Prevan, que con una desvergüenza increíble, me dijo que no me sobresaltase; que iba a explicarme el motivo de su conducta, y que me suplicaba que no gritase. Hablando así encendía una bujía: yo estaba sobrecogida a tal punto, que no podía decir una palabra. Su aire tranquilo y natural creo que me sorprendía más. Pero apenas había dicho dos palabras cuando vi en lo que consistía el pretendidos misterio y mi sola respuesta fue, como puede usted creer, el tirar con toda mi fuerza de la campanilla.

Por una fortuna increíble, mis criados mayores habían pasado la noche en tertulia en el cuarto de mi doncella y todavía no estaban acostados. Como ésta al acudir a mi alcoba me oyó hablar con mucha vehemencia, se asustó y llamó a todos. Ya se imaginará usted qué escándalo resultaría de esta escena. Mis criados estaban furiosos, y vi el momento en que mi ayuda de cámara mataba a Prevan. Confieso que en aquel momento me alegré de tener tantos defensores; pero, reflexionando hoy, hubiera preferido que hubiese entrado sola mi doncella, pues hubiera bastado y se hubiera evitado el escándalo que me aflige.

En lugar de ello, el alboroto ha despertado a los vecinos; mis criados han hablado, y es hoy la noticia de todo París. Prevan está en prisión, por orden del comandante de su cuerpo, que ha tenido la atención de venir para darme excusas, según me dijo. Este arrestó va a dar más que hablar todavía, mas no he podido obtener el evitarlo. Todos mis conocimientos de la Corte y ciudad han venido a informarse de mí; pero no me era posible recibir, y las pocas personas que he visto me han dicho que todo el mundo me haría justicia, y que la indignación general contra Prevan llegaba al calmo. Seguramente lo merece, mas esto no me quita el terrible disgusto de un lance tan desagradable.

Además, este hombre tendrá algunos amigos, que deben ser muy malos, ¡y quién sabe la que inventarían por dañarme! ¡Ay Dios! ¡cuán desgraciada es una mujer joven! Nada ha hecho todavía con ponerse al abrigo de la maledicencia; es preciso a más que sepa imponer respeto a la calumnia. Escríbame usted lo que hubiera hecho en mi lugar, y, en fin, lo que piense sobre este particular. Siempre ha sido usted la que me ha dado los consuelos más dulces y los avisos más prudentes, y de quien yo los recibo con mayor placer.

Adiós, mi querida y buena amiga: ya sabe usted que soy suya por la vida. Abrace de mi parte a su amable hija.

París, a 26 de septiembre de 17...

CARTA LXXXVIII

CECILIA VOLANGES AL VIZCONDE DE VALMONT

Muy señor mío: A pesar del placer que tengo en recibir las cartas del caballero Danceny, y aunque no deseo menos que el que podamos vernos todavía en libertad, sin embargo, no he podido resolverme a ejecutar lo que usted me propone. Primeramente, es muy peligroso; la llave que usted quiere que yo ponga en lugar de la otra, se le parece mucho, en realidad; pero, sin embargo, hay entre las dos alguna diferencia, y mi madre atiende a todo y se apercibe de todo. Además, aunque no se han servicio de ella todavía, desde que estamos aquí, puede dar una casualidad desdichada; y si se llegara a notar, estaría yo perdida para siempre. Fuera de todo esto, me parece que sería una ocasión bien mala; ¡hacer así una llave doble! me parece muy osado. Es verdad que sería usted quien tuviese la bondad de encargarse de ello: mas a pesar de eso, si se supiera, no se me echaría menos la culpa, puesto que lo habría hecho para mí. En fin, dos veces he intentado tomarla: cierta-mente, sería facilísimo si se tratase de otra cosa; pero yo no sé porqué me he puesto siempre a temblar, y no he tenido valor suficiente.

Creo, pues, que vale más quedarnos como estamos.

Si quiere usted ser en adelante tan complaciente conmigo como hasta ahora, siempre hallará modo de entregarme una carta. Aun para la última, si no es por la desgracia de que usted se volvió en cierto momento, nos hubiera sido cosa muy fácil. Conozco muy bien que no puede usted estar pensando siempre en esto, como yo, pero más quiero tener un poco de paciencia que aventurar tanto. Estoy segura de que Danceny diría como yo, porque todas las veces que deseaba alguna cosa que me causaba pesar, consentía al instante en renunciar a ella.

Con esta carta devolveré a usted la suya y la de Danceny, y la llave. No por eso le agradezco menos sus bondades, que le suplico me continúe. En verdad que soy muy desdichada, y que sin usted lo sería mucho más; pero al cabo es mi madre, y es menester tener paciencia. Con tal que Danceny me ame siempre y usted no me abandone, vendrá tal vez un tiempo más feliz. Quedo suya, con el más fino reconocimiento, su más humilde y atenta servidora.

En..., a 26 de septiembre de 17...

CARTA LXXXIX

EL VIZCONDE DE VALMONT AL CABALLERO DE DANCENY

Amigo mío: Yo no tengo enteramente la culpa de que sus asuntos no vayan con tanta celeridad como usted quisiera; pues necesito no sólo luchar con la vigilancia y severidad de la señora Volanges, sino también vencer algunos otros obstáculos que su amiguita de usted me opone, la que, bien sea por frialdad o por timidez, no hace siempre lo que le aconsejo, aunque estoy bien persuadido de que sé mejor que ella lo que conviene practicar.

Yo había hallado un medio sencillo, cómodo y seguro de entregarle sus cartas, y aun de facilitar después la entrevista que usted apetece; pero no he podido reducirla a que lo ponga en ejecución Esto lo siento tanto más, cuanto veo que no hay otro para que usted se acerque a ella; y que, aun por lo que mira a la correspondencia, me recelo a cada paso que nos vamos a comprometer los tres. En vista de esto, bien podrá juzgar que ni quiero arriesgarme, ni exponer a ustedes. Me causaría, sin embargo, una verdadera aflicción el que por la poca confianza de su amiguita no pudiera serle útil. Convendrá quizá escribirle sobre este particular. Usted verá lo que quiere hacer, y decidirá: pues no basta servir a los amigos, si no se les sirve también a medida de sus deseos. Éste podría ser también un medio para que usted conociese por sí mismo su modo de pensar; pues la mujer que es dueña de sí misma, no ama tanto como lo propala. No es esto decir que yo dude de la constancia de su cortejo; pero como es muy joven, y tiene mucho miedo a su madre, que ya sabe que busca siempre ocasiones de hacerle daño, sería peligroso el dejar pasar mucho tiempo sin hablarla usted. Con todo, no debe inquietarse mucho con lo que acabo de decirle, porque en realidad yo no tengo ningún motivo de desconfianza, y hago esto principalmente a impulsos de la amistad. No me extiendo más, porque tengo algunos negocios que me llaman la atención. No he adelantado tanto como usted; pero me consuela el saber que no me excede usted en amor; y aunque mis pasos sean infructuosos, creeré haber empleado bien el tiempo, siempre que logre serle útil. Adiós, amigo mío.

En la quinta de..., a 26 de septiembre de 17...

CARTA XC

LA PRESIDENTA DE TOURVEL AL VIZCONDE DE VALMONT

Muy señor mío: Tendré mucha satisfacción en que esa carta no le cause el más ligero sentimiento, y que en el caso de que le ocasione alguno, que pueda templarse con el que yo experimento al escribírsela. Usted debe conocerme bastante ahora para estar bien seguro de que mi intención no es la de afligirle, así como la de usted no será tampoco la de sumergirme en una eterna desesperación. Suplícole, pues, en nombre de la tierna amistad que le he prometido, y aun de los sentimientos quizás más vivos, pero seguramente no tan sinceros, que usted me ha manifestado, que no volvamos a vernos. Márchese pues, y hasta que esto se verifique, evitemos toda conversación particular y peligrosa, en que, por un poder inconcebible, sin lograr jamás decir a usted lo que quiero, paso el tiempo en escuchar lo que no debiera oír.

No tenía otra cosa más presente ayer, cuando vino a buscarme al parque, que decirle lo que le escribo hoy, y, sin embargo, no hice más que ocuparme de su amor... de su amor... al que no debo corresponder jamás. ¡Ah! le pido por favor que se aleje de mí. No tema que mi ausencia entibie mis sentimientos hacia usted; ¿y cómo he de vencerlos, cuando no tengo ya valor para combatirlos? Usted ve como todo se lo digo; pues temo menos confesar mi debilidad, que sucumbir a ella; pero este imperio que he perdido sobre mis sentimientos, le conservaré sobre mis acciones; sí, le conservaré, y estoy resuelta a ello, aunque me cueste la vida. ¡Ah! no hace mucho tiempo que yo me creía segura de no tener que sostener jamás semejante combate. Yo me daba el parabién, y quizá me gloriaba demasiado. El cielo ha castigado cruelmente este orgullo; pero lleno de misericordia, al paso que nos castiga, nos advierte también antes que caigamos; y sería dos veces culpable si continuase en ser imprudente, conociendo mi debilidad.

Cien veces ha dicho usted que no quería una felicidad comprada con mis lágrimas. ¡Ah! no hablemos ya de felicidad; pero déjeme a lo menos que recobre alguna tranquilidad. Si usted me concede lo que le pido, ¡qué nuevos derechos adquirirá sobre mi corazón! Y si éstos se fundasen sobre la virtud, no podré menos de aceptarlos. ¡Cuán agradable será mi reconocimiento! Le deberé la dulzura de gozar sin remordimientos de un deliciosa placer, cuando ahora, por el contrario, horrorizada de mis pensamientos, tiemblo ocuparme igualmente de usted que de mí. La idea sola de usted me estremece, y cuando no puedo echarla de mí, trato de combatirla; no la dejo, pero la rechaza.

¿No sería mejor para ambos el hacer cesar este estado de turbación y de ansiedad?

¡Oh, caro vizconde, cuya alma siempre sensible, aun en medio de sus errores, ha conservado amor a la virtud, tenga consideración a mi deplorable estado, y no rebase mi súplica! Un interés más dulce, pero no menos tierno, sucederá a estas violentas agitaciones. Entonces respiraré con sus beneficios; desearé vivir, y diré, en medio de la alegría de mi corazón: ¿Cree usted comprar a un precio excesivo el fin de mis tormentos, con someterse a unos ligeros sacrificios, que lejos de imponerlos, se los suplico? ¡Ah! si para hacerle feliz fuera necesario

consentir en ser desgraciada, créame que no dudaría un momento en ello; para ser culpable... no, no, amigo; antes moriré mil veces.

Avergonzada, y en vísperas de ser atacada por los remordimientos, temo a los otros y a mí misma. Me sonrojo cuando estoy en sociedad, y me estremezco cuando estoy sola. No arrastro ya más que una vida dolorosa, y no estaré tranquila sino cuando usted quiera. Por más loables que sean mis resoluciones, no bastan para asegurarme. He formado ésta desde ayer, y, sin embargo, he pasado toda la noche llorando. Vea a su amiga, aquella que usted ama, pedirle confusa y rendida el reposo de su inocencia.

¡Ay, Dios mío! Si usted no mediara, ¿me hubiera visto nunca precisada a hacer una súplica tan humillante? Nada le echo en cara. Demasiado conozco por mí misma cuán difícil es resistir a una pasión dominante. Una queja no es una murmuración. Haga usted por generosidad lo que yo hago por obligación, y agregárase a los sentimientos que me ha inspirado el de un eterno reconocimiento. Adiós, adiós, señor vizconde.

De..., el 27 de septiembre de 17...

CARTA XCI

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA PRESIDENTA DE TOURVEL

Muy señora mía: Su carta me ha consternado, y no sé todavía cómo he de contestar a ella. Si es preciso elegir entre su desgracia y la mía, no hay duda que a mí me toca sacrificarme, y sobre esto no vacilo; pero antes de todo, me parece que unos intereses tan grandes merecen que se discutan y aclaren. ¿Y cómo lo conseguiremos, si no nos hemos de hablar ni ver ya? ¿Qué, ha de bastar un vano terror para separarnos, acaso sin remedio, al mismo tiempo que estamos unidos con los más dulces sentimientos? En vano la tierna amistad, el ardiente amor reclamarán sus derechos; sus gritos no serán escuchados. ¿Y por qué? ¿Cuál es, pues, ese urgente peligro que la amenaza? ¡Ah! créame; semejantes temores, y tan ligeramente concebidos, son ya, a mi parecer, motivos bastante poderosos para que usted esté segura.

Permítame que le diga que encuentro en esto ayunos vestigios de las impresiones poco favorables que le han hecho concebir contra mí. No se tiembla al lado del hombre a quien se estima, ni se aleja, sobre todo, a aquel que se ha creído digno de alguna amistad. El hombre peligroso es el único a quien se debe temer, y de quien se debe huir; ¿y ha habido jamás alguno más respetuoso y sumiso que yo? Ya ve usted cómo me contengo en mi lenguaje; va no me sirvo de aquellos nombres tan dulces y tan agradables a mi corazón, y que éste repite continuamente en secreto. Ya no soy aquel amante fiel y desgraciado que recibe los consejos y consuelos de una amiga tierna y sensible; soy un reo delante de un juez, un esclavo delante de su amo. Es verdad que estos nuevos títulos imponen nuevos deberes, pero yo me obligo a cumplirlos todos. Escúcheme, usted; y si me condena, subscribo la sentencia, y parto al momento; y aun prometo más. ¿Prefiere usted aquel despotismo que juzga sin oír? ¿Se siente con valor de ser injusta? Pues mande, y será todavía obedecida: pero quisiera oír de su boca esta sentencia, esta orden. ¿Y por qué?, me dirá usted. ¡Ah! si me hace esta pregunta, se ve bien que conoce poco el amor y mi corazón. ¿Es, pues, nada el verla todavía una vez? ¡Ay! cuando llegue usted a ponerme en tal estado de desesperación, quizá una mirada consoladora me impedirá sucumbir a ella. Finalmente, si es preciso que yo renuncie al amor y a la amistad, por los que sólo vivo, verá usted a lo menos la obra de sus manos, y me quedará el consuelo de que se compadecerá de mí. Este ligero favor, aun cuando no lo merezca, me someto a pagarlo bien caro, para esperar lograrle. ¡Qué! ¡Usted va a alejarme de sí! ¡Consiente en que

seamos indiferentes! ¿Qué digo! Usted lo desea; ¡y mientras me asegura que mi ausencia no causará novedad en sus sentimientos, me estrecha a que me marche, para trabajar más fácilmente en destruirlos!

Me dice usted que me lo agradecerá: de este modo lo único que me ofrece es lo que conseguiría un desconocido por el más ligero servicio, y aun su enemigo, si cesase de hacerle dallo. ¡Y quiere que mi corazón se contente con esto! Pregúnteselo usted al suyo. Si su amante, si su amigo, viniesen un día a hablarle de su reconocimiento, ¿no les diría usted con indignación: retírense ustedes, son unos ingratos?

Suspendo decir más, y sólo reclamo su indulgencia. Disimule la expresión de una pena que usted ha causado, y que no es capaz de perjudicara mi perfecta sumisión. Mas le suplico, a nombre de los dulces sentimientos que usted misma reclama, no rehusé escucharme, y que, compadeciéndose de la deplorable situación en que me ha sumergido, no difiera el momento de que esto se verifique.

Adiós, mi querida presidenta.

De..., a 27 de septiembre de 17..., por la noche.

CARTA XCII

EL CABALLERO DANCENY AL VIZCONDE DE VALMONT

¡Oh, amigo mío! Su carta me ha dejado helado; Cecilia? ¡Oh, Dios mío! ¿Será posible que Cecilia no me quiera ya? Sí; veo esta terrible verdad por entre el velo con que usted trata de cubrirla, como un buen amigo. Ha querido usted prepararme para este golpe mortal; le doy las gracias por su atención; pero, ¿cree que se puede engañar al amor? Él previene todo cuanto le interesa; no se instruye de su suerte, sino más bien la adivina. Yo no dudo de la mía; bajo este supuesto, háble me sin rodeos; puede hacerlo, y yo se lo suplico. Comuníqueme usted todo: lo que ha hecho nacer sus sospechas, lo que se las ha confirmado; la más mínima circunstancia es muy preciosa. Procure pues, con especialidad, acordarse de lo que le ha dicho. Una palabra en lugar de otra, puede mudar una frase; y aunque la misma palabra tiene algunas veces dos sentidos, usted puede haberse engañado. ¡Ah! Trato de lisonjearme todavía. ¿Qué es lo que le ha dicho a ella? ¿Me hace algunas reconvenciones? ¿No trata a lo menos de disculpar sus sinrazones? Yo debería haber previsto este cambio por las dificultades que de algún tiempo a esta parte encuentro en todo: el amor no conoce obstáculos. ¿Qué partido debo tomar? ¿Qué me aconseja usted? ¿Trataré de verla? ¿Es esto, pues, imposible? La ausencia es tan cruel, tan funesta... Y ella ha rehusado un medio de verme, y usted no me dice cuál era. A la verdad, si tenía mucho peligro, ella sabe bien que no quiero que se arriesgue demasiado. Pero conozco su prudencia de usted, y, por mi desgracia, no puedo fiarme de ella. ¿Qué haré ahora? ¿Cómo le escribiré? Si le dejo entrever mis sospechas, acaso la apesadumbraré; y si fueren injustas, ¿podré perdonarme de haberla afligido? El ocultarlas es engañarla, y yo no sé disimular nada con ella. ¡Oh! si pudiera saber cuánto sufro, estoy seguro de que mi dolor la enternecería, pues conozco su sensibilidad; está dotada de un excelente corazón, y tengo mil pruebas de su cariño.

Es verdad que es demasiado tímida y corta, ¡pero es tan joven, y su madre la trata con tanta severidad! Voy a escribirle; procuraré contenerme; y sólo le suplico que se remita en todo a usted; y aun cuando todavía lo rehusé, a lo menos no podrá quejarse de mi súplica, y quizá consentirá. Usted, amigo mío, disimulará mis incomodidades, tanto por ella como por mí. Yo le aseguro que aprecia sus cuidados, y que se los agradece. No es desconfianza, sino timidez;

tenga, pues, indulgencia, que es el más bello carácter de la amistad. La de usted me es muy preciosa, y no sé cómo reconocer lo que ha hecho por mí.

Adiós; voy a escribir inmediatamente. Conozco que mis temores renacen. ¡Quién me hubiera dicho que algún día me había de costar trabajo el escribirle! ¡Ah! ayer todavía era éste mi más dulce placer. Adiós, amigo mío; prosiga usted haciendo sus buenos oficios por mí, y téngame mucha lástima.

París, 27 de septiembre de 17...

CARTA XCIII

EL CABALLERO DANCENY A CECILIA VOLANGES

(Esta carta acompaña a la anterior.)

No puedo ocultarle cuánta aflicción me ha causado el saber por Valmont la poca confianza que usted sigue teniendo en él, sabiendo que es mi amigo, y que es la única persona que puede reunirnos.

Yo había creído que estos títulos bastarían para usted, pero veo con dolor que me he engañado. ¿Podré esperar que a lo menos me diga los motivos? ¿Halla todavía algunas dificultades que se lo estorben? Si usted no se explica, yo no puedo adivinar el misterio de esta conducta. No me atrevo a sospechar de su amor, así como usted no osaría, sin duda, hacer traición al mío. ¡Ah! Cecilia... ¿Es cierto que ha desechado el medio sencillo, cómodo y seguro? ¡Es esto tenerse amor! Una corta ausencia ha cambiado bien pronto sus sentimientos. ¿Mas a qué engañarme, a qué decirme que me quiere siempre y que me ama más y más? ¿Cuando su madre de usted ha destruido su amor, ha destruido también su candor? Si le queda a lo menos alguna piedad, no sabrá sin dolor los horribles tormentos que usted me causa. ¡Ah! yo sufriría menos para morir.

Dígame, pues, ¿se ha cerrado su corazón sin remedio? ¿Me ha olvidado usted del todo? Gracias a su repulsa, no sé cuándo oirá mis quejas, ni cuándo responderá a ellas. La amistad de Valmont había asegurado nuestra correspondencia, pero usted la ha despreciado, le parece penosa y ha preferido que sea rara. No, no creeré jamás en el amor ni en la buena fe. ¡Ah! ¿qué podré creer si Cecilia me ha engañado? Respóndame, pues. ¿Es cierto que ya no me ama? No, esto es imposible, usted se hace ilusión, usted calumnia su corazón.

Un temor pasajero, un momento de desaliento, pero que el amor ha hecho desaparecer bien pronto; ¿no es cierto, Cecilia mía? ¡Ah! sin duda; no tengo razón en amarla. ¡Y cuán feliz sería si no la tuviera! ¡Cuánto desearía disculparme tiernamente con usted y reparar este momento de injusticia por una eternidad de amor! ¡Cecilia, Cecilia, compadézcase de mí, resuélvase a verme y sírvase para ello de todos los medios! Vea usted lo que produce la ausencia: temores, sospechas, y quizá frialdad. Una mirada, una sola palabra, y seremos felices. ¡Pero qué puedo hablar todavía de felicidad! acaso está perdida para mí, y perdida para siempre. Atormentado por el temor y estrechado cruelmente entre injustas sospechas, y la verdad más cruel, no puedo pararme a pensar, no vivo sino para sufrir y quererle. ¡Ay, Cecilia! usted es la única que puede hacerme amable la vida, y de la primera palabra que pronuncie depende la vuelta de mi dicha a la certeza de una eterna desesperación.

París, 27 de septiembre de 17?

CARTA XCIV

CECILIA VOLANGES AL CABALLERO DANCENY

Nada comprendo de lo que usted me dice en su carta, y sólo veo en ella la pena que me causa. ¿Qué es, pues, lo que le ha dicho el señor Valmont? ¿Y qué es lo que ha podido hacer creer a usted que yo no le amaba ya? Esto sería acaso una felicidad para mí, porque seguramente sufriría menos; y es cosa bien dura el ver que, cuando le amo a usted como le amo, crea siempre que no tengo razón, y que en lugar de consolarme, será usted de quien me vengan siempre las penas que me causan más pesadumbre, usted cree que le engaño y que no le digo la verdad; tiene entonces una buena idea de mí. Pero supongamos que mintiera, como me lo echa en cara, ¿qué interés tendría yo en ello? En verdad que si no le quisiera ya, no tenía más que decirlo, y todo el mundo me aplaudiría; mas, por desgracia, la pasión puede mas que yo; ¡es preciso que haga esto por un hombre que no tiene conmigo la más mínima correspondencia! ¿Qué he hecho yo para que usted se enfade tanto? No me he atrevido a tomar una llave, porque temía que mi madre lo percibiese, y que esto, no sólo me causase a mí un sinsabor, sino igualmente a usted por la causa mía; y además también porque me parece que sería mal hecho. Pero sólo el señor Valmont me había hablado de esto, y yo no podía saber si usted lo quería o no, puesto que lo ignoraba enteramente. Ahora que veo que lo desea, ¿rehusó por ventura tomar esta llave? Yo me apoderaré de ella desde mañana y después veremos lo que usted tiene que decir.

Por más amigo suyo que sea el señor de Valmont, yo creo que amo a usted tanto como él puede quererle por lo menos; y sin embargo, él ha de tener siempre razón y yo no. Le aseguro que estoy muy enfadada. A usted le importa poco, porque sabe que me calmo inmediatamente; pero ahora que tendré la llave, podré verle cuando quiera y le aseguro que no querré si usted obra de este modo. Más quiero tener las pesadumbres que yo misma me cause, que las que usted me ocasione. Vea, pues, lo que gusta hacer.

¡Si usted quisiera nos amaríamos tanto! y a lo menos o tendríamos más penas que las que otros nos causasen. Yo le aseguro que si fuera dueña de mí misma, no tendría jamás queja de mí: pero si usted no me cree, seremos siempre muy desgraciados y esto no será por culpa mía. Espero que muy pronto nos podremos ver, y entonces no tendremos motivos para apesadumbrarnos como ahora. Si yo lo hubiera previsto, habría tomado al instante esta llave; pero, a decir verdad, pensaba que obraba bien. Suplícole que no se incomode, que no esté triste y que me ame tanto como yo lo amo y entonces estaré contenta. Adiós, mi caro amigo.

En la quinta de..., a 18 de septiembre de 17?

CARTA XCV

CECILIA VOLANGES AL VIZCONDE DE VALMONT

Muy señor mío, he de merecer de usted tenga a bien entregarme la llave que usted me había dado para ponerla donde estaba la otra; pues veo que es preciso que yo consienta en lo que todos quieren. No sé por qué le ha dicho al señor Danceny que yo no le amaba ya; no juzgo que haya dado a usted motivo para pensarlo; y esto le ha causado mucho sentimiento y a mí también. Sé que usted es su amigo, pero esto no debe de ser una razón para apesadumbrarle, ni a mí tampoco. Me haría un favor particular, si le dijese lo contrario la primera vez que le escribe, añadiendo, que está usted seguro de ello; porque en usted es en quien tiene la mayor

confianza y yo no sé qué hacer, cuando digo una cosa y no me la creen.

En cuanto a la llave, puede estar tranquilo. Me acuerdo de todo lo que me recomendaba en su carta. Sin embargo, si usted la tiene todavía y se sirve dármela al mismo tiempo, yo le prometo guardarla bien, y si esto pudiera ser mañana al tiempo de comer, le daría la otra llave pasado mañana al almuerzo, y me la entregaría del mismo modo que la primera. Quisiera que esto no se difiriera, porque entonces daremos menos tiempo a mi madre para que lo perciba, y una vez que usted coja esta llave, tendrá la bondad de servirse de ella para tomar mis cartas, y de este modo el señor de Danceny, sabrá de mí frecuentemente.

Es cierto que esto será mucho más cómodo que ahora; pero al principio me causó gran miedo. Suplícole, pues, me disimule, esperando que no dejará por eso de continuar los mismos servicios que ha hecho anteriormente, a los que le estará muy agradecida.

De usted su muy humilde y obediente servidora.

En..., a 28 de septiembre de 17...

CARTA XCVI

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Apostaría a que ha estado esperando todos los días después de su aventura, que yo la cumplimentase y elogiase; no dudo que mi largo silencio la habrá incomodado no poco; ¿pero qué quiere usted? Yo he pensado siempre que cuando sólo hay que alabar a una mujer se puede dejar esto a su cuidado y ocuparse de otra cosa. Le doy sin embargo las gracias por lo que a mí toca, y la enhorabuena por lo que hace a usted.

Quieto aún convenir, para hacerla enteramente feliz, en que por esta vez ha sobrepujado mis esperanzas.

Veamos después de esto si por mi parte he llenado las suyas. No pretendo hablar de la señora Tourvel, porque le desagrada su lento modo de proceder como que usted sólo quiere ir a cosa

hecha, fastidiándola todo lo que se sigue la marcha ordinaria. Yo, por el contrario, nunca he tenido más placer que el que experimento en estas pretendidas lentitudes.

Sí, me gusta ver y considerar a esta mujer prudente metida sin percibirlo, en un camino en que no puede volver atrás, y cuya rápida y peligrosa pendiente la arrastra a pesar suyo y la obliga a seguirme.

Espantada allí del peligro que la amenaza, quisiera detenerse y no puede, y aunque por su cuidado y destreza acorte sus pasos, es necesario que éstos se sucedan. Algunas veces, no atreviéndose a mirar el peligro, cierra los ojos, y dejándose ir se abandona a mi dirección. Un nuevo temor reanima a menudo sus esfuerzos, y en su mortal horror intenta todavía deshacer el camino, agota sus fuerzas para trepar penosamente por él durante un corto espacio, y bien pronto un mágico poder la vuelve a poner más cerca del peligro, que en vano ha querido evitar.

Viendo entonces que yo soy su único guía y apoyo, sin cuidar ya de reconvenirme sobre una caída inevitable, me pide sólo que la retarde. Fervientes súplicas, humildes ruegos, y cuando los mortales poseídos del miedo ofrecen a la Divinidad, todo se dirige a mí, ¿y quiere usted que sordo a sus súplicas y destruyendo yo mismo el culto que me tributa, emplee en precipitarla el poder que invoca para que la sostenga? ¡Ah! déjeme a lo menos el tiempo de observar estos tiernos combates entre el amor y la virtud.

¿Y qué, cree acaso que el mismo espectáculo que le hace ir corriendo precipitadamente al teatro, y que aplaude usted con furor, es menos interesante en la realidad? ¿Y piensa usted que aquellos sentimientos que escucha con entusiasmo, y que inspira un alma pura y tierna, que teme la felicidad que apetece, y no deja de defenderse aun cuando cese de resistir, no son apreciables sino para el que los causa? He aquí, sin embargo, he aquí los deliciosos placeres que esta celestial mujer me ofrece diariamente.

¡Usted me echa en cara que me saboreo con sus dulzuras! ¡Ah, tiempo vendrá en que tarde o temprano, envilecida por su caída, no sea para mí sino una mujer ordinaria. Pero al mismo tiempo que estoy hablándole de la señora de Tourvel, me olvido de que no quería hacerle conversación de ella. Yo no sé qué poder me une y me arrastra hacia ella sin cesar, aun cuando la ultrajo. Alejemos esta idea peligrosa, y vuelva yo sobre mí mismo para tratar de otro asunto más alegre, de su pupila de usted, ahora ya mía, y espero que en esto va a conocer mi carácter. Como hace algunos días me trata mejor mi tierna devota, y que por lo mismo me ocupo menos de ella, había observado que la señorita Volanges era ciertamente muy bonita y que si era una gran tontería enamorarse de ella como Danceny, no era quizá menor la de no buscar cerca de ella una distracción que mi soledad me hacía necesaria. Me pareció justo también que yo recibiera el premio de los trabajos que me tomaba por ella. Además me acordé que usted me la había ofrecido antes que Danceny tuviese ninguna pretensión, y me creí con derecho a reclamar un bien que él no poseía, sino que yo le había rehusado y abandonado. La bonita cara de la muchacha, su fresca boca, su aire aniñado, y aun su rudeza, fortificaban estas sabias reflexiones; por consiguiente me resolví a obrar, y el éxito ha coronado mi empresa.

Yo la contemplo a usted examinando de qué medios me habré valido para suplantar al amante querido; qué género de seducción podría convenir a la edad de esta joven y a su inexperiencia. Quiero ahorrarle ese trabajo, diciéndole que no he empleado ninguno. Mientras que usted, manejando con destreza las armas de su sexo, triunfa por su astucia, yo dando al hombre sus derechos imprescriptibles, subyugaba por autoridad. Seguro apoderarse de la presa, si podía acercarme a ella, todo mi ardid se dirigía a esto y ni aun merece el nombre de artificio el que empleé para lograrlo.

Me aproveché de la primera carta que recibí de Danceny para su querida, y después de haberla instruido sobre la señal convenida entre nosotros, en lugar de servirme de mi habilidad para entregársela, la empleé en aparentar que no encontraba arbitrio para ello; fingí tomare parte en esta impaciencia que yo mismo hacía nacer, y después de haber causado el mal, indiqué el remedio. Una de las puertas del cuarto en que duerme la señorita, da a un corredor; pero su madre, como era justo, había cogido la llave. Sólo se trataba de apoderarse de ella y nada había más fácil. Yo no pretendía disponer de ella sino dos hora, y estaba cierto de tener otra semejante. Entonces, correspondencias, entrevistas, citas nocturnas, todo venía a ser cómodo y seguro. Con todo, ¿lo creería usted? la tímida muchachita tuvo miedo y se negó. Otro se hubiera desconsolado, pero yo no vi en esto sino fa ocasión de un placer más vivo. Escribí a Danceny quejándome de esta repulsa, y lo hice tan bien, que el pobre atolondrado no cesó hasta que hubo logrado y aun exigido de su cortejo, que accediese a mi solicitud, y se entregase enteramente a mi discreción. Confiésole que me alegraba mucho de haber cambiado así de papel, y que el joven hiciese por mí lo que él creía que haría por él. Esta idea redoblaba a mis ojos el precio de la aventura; por esta razón, luego que tuve en mis manos la preciosa llave, me apresuré a hacer uso de ella. Esto era en la noche última.

Después de haberme asegurado de que todo estaba tranquilo en la quinta, armado de mi linterna sorda, y vestido según la hora y las circunstancias lo exigían, fui a hacer mi primera visita a su pupila. Yo lo había dispuesto todo, sirviéndome de ella misma para entrar sin ruido. Estaba en su primer sueño, de modo que llegué hasta su cama sin que despertase. Traté al principio de ir más adelante, y hacer un ensayo que pudiese pasar por sueño.

Pero temiendo el efecto de la sorpresa y del ruido que se hubiera seguido a ella, preferí despertar con precaución a la hermosa durmiente y logré por este medio prevenir el grito que temía.

Después de haber calmado sus primeros temores, como yo no había ido allí para parlar, me tomé algunas libertades. Sin duda no la han enseñado en el convento a cuántos peligros está expuesta la tímida inocencia, y todo lo que tiene que guardar para no ser sorprendida, porque mientras que ponía toda su atención en defenderse de un beso, que no era más que un falso ataque, dejó lo restante sin defensa. ¡Qué ocasión para malograrla! Mudé de dirección y tomé puesto inmediatamente. Entonces estuvimos a pique de perdernos ambos: la muchacha, espantada, quiso gritar de buena fe; mas por fortuna, los llantos ahogaron su voz. Cogió también el cordón de la campanilla, pero detuve con destreza su brazo a tiempo, diciéndole: "¿Qué quiere usted hacer? ¿Quiere perderse para siempre? Qué me importa a mí que vengan, y ¿a quién podrá persuadir que yo no estoy aquí sin su consentimiento? ¿Quién, sino usted puede haberme suministrado el medio de introducirme aquí? Y esta llave que me ha dado, y que yo no he podido tener sin su ayuda, ¿se encargará usted de decir qué destino tenía?" Esta corta arenga, aunque no calmó el dolor ni la cólera, produjo sin embargo la sumisión. No sé si yo hablaba con elocuencia; a lo menos es cierto que no tenía el aire ni la actitud de un hombre elocuente; porque hallándome con una mano ocupada por la fuerza, y a la otra por el amor, ¿cómo podía pretender yo ni cualquier otro orador hablar con gracia en una situación semejante? Si usted se la pinta bien, convendrá a lo menos que era favorable al ataque; pero yo no entiendo absolutamente nada: y como usted dice, la mujer más sencilla, una pupila, me lleva como un niño. Ésta, aunque afligida, conoció que era necesario tomar un partido y entrar en composición; y viéndome inexorable, y que sus súplicas no me hacían mella, fue necesario pasar a las ofertas. Usted creerá que he vendido muy caro este importante puesto; pues no, porque lo prometí todo por un beso. Es cierto que después de haberlo dado no cumplí mi oferta; pero tenía para ello poderosas razones. Como no estábamos convenidos en si le había de recibir por grado o por fuerza, regateamos tanto, que al fin nos pusimos de acuerdo para un segundo, y éste se había dicho que sería recibido. Entonces, cogiendo sus tímidos brazos y estrechándola con uno de los míos cariñosamente, recibió en fin el dulce beso, de tal modo, que el amor no hubiera podido ejecutarlo mejor.

Tanta buena fe merecía recompensa, y así accedí inmediatamente a su solicitud. Retiré la mano, pero no sé por qué casualidad me hallé yo mismo en su lugar. Usted me supondrá muy apresurado y activo, ¿no es cierto? Pues nada menos que eso, porque ya le he dicho que me agradan las lentitudes. Una vez seguro de llegar ¿a qué apresurar el viaje?

Hablando con seriedad, me alegraba mucho observar por una vez el poder de la ocasión, y la hallé aquí desnuda de todo socorro extraño.

Con todo, ella tenía que luchar con el amor, y con el amor sostenido por el poder o la vergüenza y fortificado sobre todo por el mal humor y grande incomodidad que yo le había causado.

La ocasión era única, se ofrecía y se presentaba siempre; pero el amor estaba muy distante. Para asegurar mis observaciones, yo tenía la malicia de no emplear más fuerzas que las que ella podía combatir. Sólo cuando mi encantadora enemiga, abusando de mi facilidad estaba para escapárseme, la contenía, sirviéndome del mismo temor cuyos buenos efectos había ya experimentado. Pues vea usted, sin valerme de otros medios, ni practicar mas diligencias, la tierna y cariñosa muchachita olvidó sus juramentos, cedió por el pronto, y al fin consintió, aunque a esto se siguiesen inmediatamente las reconvenciones y las lágrimas, que ignoro si eran verdaderas o fingidas; pero, como sucede siempre, cesaron luego que me ocupé en darle un nuevo motivo. Finalmente de debilidad en reconvención, y de reconvención en debilidad, no nos separamos sino satisfechos el uno del otro, y de acuerdo para la cita de esta noche. No he vuelto a mi casa hasta el amanecer, y aunque estaba rendido y falto de sueño, sin embargo lo he sacrificado todo por el placer de hallarme esta mañana al almuerzo, pues me gusta mucho ver las caras a la mañana siguiente. Usted no puede formarse idea de la que tenía esta jovencita.
Turbación en sus ademanes, dificultad para andar, los ojos siempre bajos, ¡y tan hinchados y abatidos! ¡Su cara redonda, se había alargado tanto! Nada había más gracioso; y por la primera vez su madre, alarmada de esta extraordinaria mutación, le manifestaba un interés demasiado tierno. ¡Y la presidenta que se apresuraba a ir al lado de ella! ¡Oh! Por lo que toca a estos cuidados no son sino prestados; día vendrá en que podrán dárselos, y éste no está lejos. Adiós, mi querida amiga.

En la quinta de..., a 1º de octubre de 17...

CARTA XCVII

CECILIA VOLANGES A LA MARQUESA DE MERTEUIL

¡Ay, Dios mío, Marquesa, cuán afligida estoy, y cuán desgraciada soy! ¿Quién me consolará en mis penas? ;Quién me consolará en el embarazo en que me hallo? Es el señor Valmont... ¡Danceny! No, la idea de Danceny me desespera... ¿Cómo se lo contaré a usted? ¿Cómo se lo diré?... Yo no sé qué hacer... Sin embargo, mi corazón está repleto... y es necesario que me franquee con alguno, y usted es la única a quien puedo dirigirme, y en quien me atrevo a confiar. ¡Usted es tan buena para mí!, pero ahora no debe serlo, pues no lo merezco; ¿qué digo? no lo deseo. Todos me han manifestado mucho interés hoy... y todos han aumentado mi dolor.

Yo sentía esto tanto más, cuanto no merecía que ose interesasen por mí. Repréndame usted, por el contrario; regáñeme bien, pues soy culpable; pero después sea mi libertadora. Si no tiene la bondad de aconsejarme, moriré de pesadumbre.

Sepa usted, pues... Mi mano tiembla, como ve; no puedo casi escribir; mi cara está encendida como un fuego... ¡Ah! es el rubor. Pues bien, lo sufriré, y éste será el primer castigo de mi culpa. Sí, todo se lo diré.

Sabrá que el señor Valmont, que hasta aquí me ha entregado las cartas del señor Danceny, halló de repente mucha dificultad en eso, y quiso tener una llave de mi cuarto. Puedo asegurarle que yo no quería; pero él llegó hasta escribir a Danceny, y éste consintió; y como a mí me cuesta tanto trabajo el negarle la más ligera cosa, especialmente después de que mi ausencia le ha hecho tan desgraciado, acabé por acceder a ello. No preveía yo la desgracia que podía sucederme. Ayer, el señor Valmont se sirvió de esta llave para entrar en mi cuarto, cuando yo estaba durmiendo, y tan lejos de esperarle, que al despertar me causó mucho miedo; pero como me habló inmediatamente, lo reconocí, y no grité; además se me ocurrió, de pronto, que quizá vendría a traerme alguna carta de Danceny. Estaba él bien distante de eso. Un momento después quiso abrazarme; y mientras yo me defendía, como era natural, se

manejó tan bien, que yo no hubiera querido por todas las cosas de este mundo...

Pero él quería antes un beso. Fue necesario condescender. ¿Qué había de hacer? tanto más cuanto que, tratando de tocar la campanilla, no sólo no pude, sino que cl tuvo buen cuidado de decirme que si venía alguno, sabría bien echarme la culpa de todo; y, en efecto, era muy fácil, a causa de esta llave.

Después no se retiró ya. Quiso un segundo; pero éste, que no sabía yo lo que era, me turbó enteramente. Y después, era todavía peor que antes. ¡Oh! ciertamente que es una maldad. En fin, después... Usted me eximirá de contarle lo demás; pero yo soy la mujer más infeliz de mundo. Lo que más echo en cara, y lo que es necesario, sin embargo, referir a usted, es que tengo miedo de no haberme defendido tanto como podía. Le aseguro que yo no sé cómo sucedió, porque no quiero a Valmont; antes bien, lo detesto; y hubo momentos, no obstante, en que estuve como si le amase. Usted puede juzgar bien que esto no me impedía decirle siempre que no; pero yo conocía que no obraba como decía; y esto era como a pesar mío; y además, ¡yo estaba tan turbada! ¡Si es siempre tan difícil defenderse como esto, es necesario estar bien acostumbrarlo a ello!... Es verdad que Valmont tiene un modo de insinuarse, que no supe qué hacer para contestarle. En fin, ¿creerá que casi sentí que se fuese, y que tuve la debilidad de consentir en que volviese esta noche, lo que me desconsuela también más que lo restante? ¡Oh! a pesar de esto, prometo a usted que le impediré que venga. Apenas había salido, cuando conocí que había hecho muy mal en prometérselo; por esta razón he estado llorando sin cesar. ¡Danceny, en especial, es el que me causaba más pena! Todas las veces que pensaba en él, mis lágrimas se redoblaban hasta el punto de sofocarme; y pensaba siempre... y aún ahora ve usted el efecto en mi carta empapada en lágrimas. No; no me consolaré jamás, aunque no fuese más que por él... En fin, yo no podía dormir ya, y, por consiguiente, no pegué los ojos en toda la noche. Y esta mañana, cuando me levanté y me miré al espejo, daba miedo; tan demudada estaba.

Mi madre lo percibió luego que me vio, y me preguntó lo que tenía. Yo me eché a llorar al instante. Creía que me iba a regañar, y quizá eso me hubiera causado menos dolor; pero al contrario, me habló con dulzura. Yo casi no lo merecía. Me dijo no me afligiese así; ella ignoraba el motivo de mi pena. ¡Que me pondría mala! Hay momentos en que quisiera estar muerta. Yo no pude sufrir más. Me arrojé entre sus brazos sollozando, y diciéndole:

¡Ah, madre mía! su hija de usted es muy desdichada. Ella no pudo menos de llorar un poco, y todo esto no ha hecho más que aumentar mi pesadumbre; por fortuna, no me preguntó el motivo de mi desgracia, pues no hubiera sabido qué responderle. Suplico a usted me escriba lo más pronto posible, porque no tengo valor para pensar en nada, y no hago más que afligirme.

Tenga a bien dirigirme su carta por medio del señor de Valmont; pero le suplico que en caso de que le escriba al mismo tiempo, no le diga nada de cuanto le he referido. Me ofrezco a la disposición de usted con la más sincera amistad, y soy su más humilde y obediente servidora. No me atrevo a firmar esta carta.

En la quinta de..., a 19 de octubre de 17...

CARTA XCVIII

LA SEÑORA DE VOLANGES A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Hace muy pocos días que usted me pedía consuelo y consejos; hoy me toca a mí pedírselos; y le hago para mí la misma súplica que usted me hacía para sí. Estoy verdaderamente muy afligida, y me recelo que no he tomado los mejores medios para evitar las pesadumbres que experimento. Mi hija es la causa de mi inquietud. Después de mi partida la había visto siempre triste y apesadumbrada pero esto no me cogía de nuevo, y por lo mismo observaba con ella una severidad que creía necesaria.

Esperaba que la ausencia y las distracciones destruirían bien pronto un amor que miraba más bien como un error de la infancia, que como una verdadera pasión. Sin embargo, lejos de haber ganado después de mi permanencia en ésta, observo que esta niña se entrega cada día más y más a una melancolía peligrosa, y temo de veras que su salud se altere. Particularmente de algunos días a esta parte, ha mudado visiblemente, y ayer en particular, me chocó mucho, y todos los que estaban conmigo se alarmaron al verla.

La prueba que tengo de que está vivamente afectada, es que la veo dispuesta a sobrepujar la timidez que ha tenido siempre para conmigo. Ayer por la mañana, a la simple pregunta que le hice si estaba mala, se arrojó entre mis brazos, diciéndome que era muy desdichada y se echó a llorar.

No puedo pintarle la pena que me causó; mis ojos se cubrieron de lágrimas, y no tuve tiempo para volver la cabeza, a fin de evitar que lo notase. Por fortuna, tuve la prudencia de no hacerle más preguntas, y ella no se atrevió a decirme más; pero no es por eso menos cierto de que esta infeliz pasión es la que la atormenta. ¿Qué partido, pues, tomaremos si esto continúa? ¿Haré, por ventura, la desgracia de mi hija? ¿Convertiré contra ella las cualidades más preciosas del alma, la sensibilidad y la constancia? ¿Soy acaso madre para esto? Y aun cuando llegue a ahogar el sentimiento natural, que nos hace desear la felicidad de nuestros hijos; aun cuando mirase como una debilidad lo que yo creo, por el contrario, el primero y el más sagrado de nuestros deberes, ¿si la fuerzo su elección, no seré responsable de las funestas consecuencias que puedan seguirse? ¿Qué uso haré de la autoridad materna, si coloco a mi hija entre el crimen y la desdicha?

Amiga mía, yo no imitaré lo que tantas veces he vituperado. He podido, sin duda, tratar de hacer una elección para mi hija; yo no haría con esto más que auxiliarla con mi experiencia; no era un derecho el que yo ejercía, cumplía sólo con mi obligación. Por el contrario, faltaría a mis deberes disponiendo de ella, con desprecio de una inclinación cuyo origen no he podido

impedir, y cuya extensión y duración ni ella ni yo podemos conocer. No permitiré que se case con uno para querer a otro; y prefiero más bien comprometer mi autoridad que su virtud.

Juzgo, pues, que debo tomar el partido más prudente, que es el de retirar la palabra que he dado al señor Gercourt. Usted acaba de ver los motivos, que me parecen superiores a mis promesas. Digo aún más: que en el estado en que se hallan las cosas, el cumplir con mi palabra sería verdaderamente violarla. Porque, en fin, si debo ocultar el secreto de mi hija al señor Gercourt, debo a lo menos no abusar con éste de la ignorancia en que le dejo, y de hacer con él todo lo que creo que él mismo haría si estuviese instruido.

¿Iré, por el contrario, a venderle indignamente, cuando él confía en mi palabra; y mientras que me honra escogiéndome por una segunda madre, engañarle en la elección que quiere hacer? Estas reflexiones tan verdaderas, y a las que no puedo negarme, me alarman más de lo que pudiera decir a usted. Comparo a mi hija con las desgracias que estas consideraciones me hacen temer, y me la represento feliz con el esposo que su corazón ha elegido, no conociendo sus deberes sino por la dulzura que experimenta en cumplirlos, y veo a mi yerno igualmente satisfecho, y felicitándome de su elección, no hallando cada uno de ellos la felicidad sino en la dicha del otro, y reuniéndose la de ambos para aumentar la mía.

¿La esperanza de un porvenir tan lisonjero debe sacrificarse a vanas consideraciones? ¿Y cuáles son las que me detienen? únicamente las miras del vil interés. ¿De qué le servirá a mi hija ser rica, si no deja por eso de ser esclava de la fortuna? Convengo en que el señor Gercourt es quizá partido mejor que el que mi hija podía prometerse; confieso también que me lisonjea en extremo la elección que ha hecho de ella. Pero al fin, Danceny es igualmente de una casa tan buena como la suya; que en nada le cede por lo que mira a sus cualidades personales, y tiene sobre el señor Gercourt la ventaja de amar y ser amado. Es cierto que no es rico; ¿pero mi hija no tiene bastante para los dos? ¡Ah! ¿a qué privarla de la satisfacción de enriquecer a quien ama?

Estos matrimonios de cálculo, en que todo se ajusta, y en que a todo se atiende menos a los gustos y caracteres, ¿no son el manantial más fecundo de esos escándalos que cada día son más frecuentes? Prefiero, pues, diferirlo; tendré entre tanto el tiempo de estudiar y observar a mi hija, que no conozco todavía. Me siento con bastante valor para causarle un sin sabor pasajero, con tal que recoja de él una felicidad más duradera; pero exponerla a un eterno tormento, lo repugna mi corazón. He aquí, amiga mía, las ideas que me afligen, y sobre las que reclamo sus consejos.

Estos objetos severos chocan mucho con la amable jovialidad de usted, y no parecen propios de su edad; ¡pero su razón se halla tan adelantada!: Por otra parte, la amistad auxiliará su prudencia, y no temo que la una o la otra se nieguen a la solicitud de una madre que las implora.

Me ofrezco a su disposición, mi cara amiga, y no dude nunca de la sinceridad de mi afecto.

En la quinta de..., a 2 de octubre de 17...

CARTA IC

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Todavía han ocurrido, mi bella amiga, algunos lancecitos, pero no son más que escenas, y no acciones. Ármese usted, por lo mismo, de paciencia, y tome una buena dosis de ella; pero mientras que mi presidenta marcha pasito a pasito, su pupila de usted retrocede, y esto es mucho peor. Sea, pues, así: yo tengo mi carácter, que me divierte con estas miserias. En verdad, que voy acostumbrándome a vivir aquí, y puedo decir que en la triste quinta de mi anciana tía no he experimentado un momento de fastidio; pero vamos al hecho. Tengo yo aquí placeres, privaciones, esperanzas, incertidumbres. ¿Qué mas hay en el mayor teatro? ¡Espectadores! Pues tenga usted paciencia, que no faltarán. Si no me ven ocupado, bien pronto les mostraré una abra acabada. No tendrán más que admirar y aplaudir. Sí, aplaudirán; porque puedo al fin pronosticar con certidumbre el momento de la caída de mi austera devota. Esta noche he asistido ala agonía de la virtud. La dulce debilidad va a reinar en su lugar. No fijo la época para más tarde que para nuestra primera entrevista: pero ya la estoy oyendo gritar: ¡orgullo! ¡Anunciar la victoria, y jactarse de antemano! Bien, bien; cálmese usted. Para hacerla ver mi modestia, voy a comenzar por la historia de mi derrota.

¡A la verdad, que su pupila es una personita bien ridícula! Es una niña a quien sería necesario tratar como tal, a quien se le haría mucha gracia poniéndola sola en penitencia. ¿Creerá que después de lo que pasó anteayer entre los dos, después del modo amistoso con que nos separamos ayer de mañana, cuando he querido volver por la noche, según estábamos convenidos, me he hallado con la puerta cerrada por dentro?

¿Qué dice usted a esto? Algunas veces le suceden a uno estas niñerías por la víspera; ¡pero a la mañana siguiente! esto es muy gracioso.

Sin embargo, no me dio gana de reír por lo pronto; jamás había conocido tanto el imperio de mi carácter. Es cierto que yo iba a esta cita sin gusto, y únicamente por ser consecuente; porque en lo demás, tenía más necesidad de irme a mi casa, que me parecía preferible a la de cualquier otro, y la había dejado con sentimiento. Con todo, apenas encuentro un obstáculo, cuando deseo con ansia vencerle. Estaba sobre todo avergonzado de que una niña me hubiese jugado esta pieza. Retiréme, pues, muy malhumorado, y con la firme resolución de no ocuparme de esta tontuela, ni de sus asuntos. Escribíle inmediatamente una esquela, que pensaba entregarle hoy, en la que la valuaba por su justo precio. Pero, como suelen decir, la noche trae los consejos; y esta mañana he visto, que como aquí no hay distracciones que elegir, era necesario guardar ésta; y por lo mismo, he suprimido la severa esquela. Después que he reflexionado en esto, no se me ocurre haber tenido la idea de acabar una aventura antes de poner entre manos los medios de perder la heroína. ¡A dónde nos arrastra un primer impulso! Feliz usted, mi bella amiga, si ha sabido acostumbrarse a no ceder jamás a él. En fin, he suspendido la venganza, por hacer este sacrificio a las miras que usted tiene sobre Gercourt. Ahora que estoy tranquilo, no veo en la conducta de su pupila sino una cosa ridícula y digna de desprecio. En efecto, yo quisiera saber qué es lo que espera ganar con esto. Por lo que a mí toca, no pierdo nada en ello. Si acaso es para defenderse, es preciso convenir que llega ya un poco tarde. Será necesario que un día me descifre este enigma; tengo un vivo deseo de saberlo. ¿Estaría quizá algo fastidiada? Hablando con franqueza, esto podía suceder;

pues sin duda ella ignoraba todavía que las flechas de amor, como la lanza de Aquiles, llevan consigo el remedio para curar las heridas que hacen. Pero no; porque a la vista del gestecito que tuvo todo el día, apostaría que hay allá en su interior algo de arrepentimiento... allá... cierta cosa... como virtud... ¡Virtud! ¿Conviene, por ventura, a ella tenerla? ¡Ah! que la deje para la mujer que ha nacido verdaderamente para ella, la única que sabe hermosearla, y que la hace amar! Disimule, mi bella amiga, y sepa que esta noche misma me ha pasado con la señora Tourvel una escena que voy a referirle, y de la que conservo todavía alguna emoción. Tengo necesidad de violentarme para echar a un lado la impresión que me ha causado, y aun para conseguirlo, me he puesto a escribir a usted. Es preciso perdonar alguna cosa a este primer movimiento. Hace ya algunos días que la señora Tourvel y yo estábamos de acuerdo, y la disputa se ceñía ya sólo a las palabras. Es cierto que ella no correspondía a mi amor sino con la amistad; pero este lenguaje no alteraba el fondo de las cosas; y aun cuando nos hubiéramos quedado así, me habría acaso apresurado menos, pero con más seguridad. Ya no se trataba de alejarme, como lo quería en los principios; y por lo que mira a las conversaciones diarias, si pongo cuidado en ofrecerle la ocasión, ella pone de su parte el de apoderarse de ella. Como nuestras citas son comúnmente para el paseo, me desesperaba el ver el tiempo horroroso que ha hecho todo el día de hoy. A la verdad, que no me salían bien mis proyectos; pero no preveía cuán provechoso era el mal tiempo para ellos. Como no se podía pasear, se pusieron a jugar al levantarse la mesa; y como yo juego poco, y casi no soy necesario, me aproveché de este tiempo para subir a mi cuarto, sin otro objeto que el de esperar en él a que se acabase la partida. Volvía a la tertulia, cuando encontré a la encantadora mujer, que entraba en su cuarto; y que, sea por prudencia o debilidad, me dijo con su halagüeña voz: "¿A dónde va usted? no hay nadie en el salón." No fue necesario más, como puede figurarse, para que yo tratase de entrar en su cuarto; hallé en ella menos resistencia de la que aguardaba. Es cierto que yo había tenido la precaución de entablar la conversación en la puerta, y empezarla por cosas indiferentes; pero apenas estábamos sentados, cuando la dejé caer sobre el verdadero asunto, y le hablé de mi amor a mi amiga. Su primera respuesta, aunque sencilla, me pareció bastante expresiva.

"¡Oh! escuche usted, me dijo; no hablemos de eso aquí"; y temblaba. ¡Pobre mujer! se veía morir. Sin embargo, no tenía razón en temer, porque de algún tiempo a esta parte, como yo estaba seguro del éxito un día u otro, viendo que ella usaba de tantas fuerzas en inútiles combates, había resuelto economizar las mías y esperar sin esfuerzos a que se rindiese de fatiga. Usted conoce bien que se necesita aquí un triunfo completo, y que no quiero deber nada a la ocasión. Después de haber formado este plan, para poder estrecharla sin empeñarme mucho, volví a la conversación del amor, tan obstinadamente rehusada; y para que me creyese con bastante ardor, traté de emplear un tono más tierno. Ya no sentía esta repulsa, pero me afligía. En tal estado, ¿no debía mi sensible amiga darme algunos consuelos? Cuando me los estaba dando puso su mano sobre la mía, y como su hermoso cuerpo estaba apoyado sobre mi brazo, nos hallamos extremadamente juntos.

Usted habrá observado que en semejantes situaciones, a medida que la defensa cede, las peticiones y las repulsas se hacen acercándose más y más; se desvía la cabeza, se bajan los ojos, mientras que las discusiones, pronunciadas con una voz débil, vienen a ser más raras e interrumpidas. Estos preciosos síntomas anuncian de un modo nada inequívoco el consentimiento del alma, pero rara vez pasa a los sentidos; yo creo que es arriesgado el intentar entonces una empresa demasiado notable; porque no sacrificándose nunca este estado de abandono, ni experimentar un dulce placer, no se puede forzar a salir de él sin causar un mal humor, que sería infaliblemente provechoso a la defensa.

Pero en el caso presente necesitaba yo de tanta más prudencia, cuanto tenía, sobre todo, que temer el horror que este olvido de sí misma debía de causar a mi tierna pensativa. Así, yo no exigía aún que hiciese esta confesión que le pedía; una mirada podía bastar, y yo era feliz.
Mi bella amiga, sus hermosos ojos se levantaron, en efecto, para mirarme, y su celestial boca

pronunció: "¡Y bien, si yo!..." pero de repente cerró sus ojos, le faltó la voz, y esta adorable mujer cayó entre mis brazos. Apenas había tenido tiempo de recibirla, cuando desprendióse de mí con una fuerza convulsiva, la vista turbada, y las manos levantadas al cielo... "¡Dios!... ¡Dios mío, salvadme!" exclamó; y al instante, más pronta que un relámpago, se postró a diez pasos de mí. Yo la vi a pique de sofocarse, y me adelanté para socorrerla; pero ella, tomando mis manos, que bañaba con sus lágrimas, y aun abrasando mis rodillas: "¡Sí, usted será, dijo, usted será quien me salve! ¡Si usted no quiere matarme, déjeme; sálveme; por Dios, déjeme usted!" Y estas medias palabras apenas se le escapaban en medio de sus continuos sollozos. Sin embargo, me tenía cogido con tanta fuerza, que apenas podía desprenderme.

Reuniendo entonces las mías, la levanté y la puse entre mis brazos, y al instante cesaron las lágrimas. Ya no hablaba; todos sus miembros se entorpecieron, y violentas convulsiones siguieron a esta tempestad. Confieso que yo estaba conmovido; y creo que hubiera condescendido con su solicitud, aun cuando las circunstancias no me hubieran obligado a ello. Lo que hay de cierto es que después de haberle dado algunos socorros, la dejé, según me suplicaba, y me felicito de ello. Ya casi he recibido el premio.

Esperaba que, así como el día de mi primera declaración, no se presentaría en la tertulia. Pero hacia las ocho bajó al salón, y sólo manifestó que estaba muy indispuesta. Su semblante estaba abatido, su voz débil, su aire modesto; pero sus miradas eran dulces, y a menudo las fijaba sobre sí.

Como no quiso jugar, me vi obligado a ocupar su asiento, y ella se sentó a mi lado. Durante la cena se quedó sola en el salón. Cuando volvimos, observé que había llorado: para convencerme, le dije que me parecía que estaba todavía doliente; a lo que contestó con mucha atención: "¡Este mal no se va tan pronto como viene!"

En fin, cuando nos retiramos le di la mano, y en la puerta de su cuarto me la apretó con fuerza. Es verdad que este movimiento me pareció tener algo de involuntario, pero tanto mejor; ésta es otra prueba de mi imperio. Apostaría que está muy contenta de hallarse allí; todos los gastos están hechos, y no resta más que gozar. ¡Quizá mientras que escribo a usted se está ocupando de esta dulce idea! Y aun cuando se ocupase, por el contrario, de un nuevo proyecto de defensa, ¿no sabemos ya en qué vienen a parar todos sus proyectos? Yo se lo pregunto a usted. ¿Puede diferirse esto más allá de nuestra primera entrevista? Por ejemplo, espero que habrá algunos melindres para concederlo; pero dado el primer paso, ¿saben acaso estas mojigatas contenerse? su amor es una verdadera explosión, y la resistencia les da más fuerza. La feroz gazmoña correría tras de mí, si yo dejara de correr tras ella.

En fin, iré a su casa para recordarle su palabra. ¿Usted no se habrá olvidado de lo que tiene prometido después del suceso: la infidelidad de su amante? ¿Está dispuesta? Por lo que a mí toca, lo deseo como si jamás nos hubiésemos conocido. En lo demás, el conocer a usted es acaso un nuevo motivo para apetecerlo más.

Soy justo, y no soy galante.[20]

Así ésta será la primera infidelidad que haré a mi grave conquista, y le prometo que me aprovecharé del primer pretexto para ausentarme veinticuatro horas de su lado; éste será el castigo que tendrá que sufrir por haberme tenido tanto tiempo separado de usted. ¿Sabe que hace más de dos meses que me ocupa esta aventura? Sí, dos meses y tres días; es verdad que cuento con mañana, porque verdaderamente no se consumará hasta entonces. B*** resistió tres meses completos. Yo me alegro mucho de ver que la franca coquetería se ha defendido más que la austera virtud.

---

[20] Voltaire, Nanine.

Adiós, mi querida amiga, es necesario que acabe esta carta, porque es muy tarde. Ha sido más larga de lo que yo pensaba, pero como la envío mañana por la mañana a París, he querido aprovecharme de esta ocasión para participar a usted un día antes la alegría de su amigo.

En la quinta de..., a 2 de octubre de 17... por la noche.

CARTA C

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Amiga mía, estoy volando, vendido y perdido, estoy desesperado; la señora de Tourvel se ha ido, ¡y ha partirlo sin que yo lo haya sabido! Yo no estaba para impedírselo y para echarle en cara su indigna traición. ¡Ah! no crea usted que la hubiera dejado marchar; se hubiera quedado, aunque hubiese tenido que valerme de la violencia. ¡Pero qué! en mi crédula seguridad, yo dormía tranquilamente; yo dormía, y el rayo cayó sobre mí.

No, no concibo el motivo de esta partida. Es necesario renunciar a conocer las mujeres.

¡Cuando me acuerdo del día de ayer! ¿qué digo? ¡de ayer noche! ¡aquel mirar tan halagüeño! ¡aquella tierna voz! ¡aquello de apretarme la mano! y al mismo tiempo estaba proyectando huir de mí. ¡Oh, mujeres, mujeres! ¡quejaos si os engañan! Pero, sí; cualquiera perfidia que se empleen con vosotras es un robo que os hacen.

¡Qué gusto tendré en vengarme! Yo volveré a encontrar a esta pérfida mujer; yo volveré a tomar mi imperio sobre ella. Si el amor no me ha bastado para hallar los medios, ¿qué no haré auxiliado de la venganza? La veré todavía a mis rodillas trémula y bañada en lágrimas, gritar con una voz encantadora: ¡perdón! y yo seré inexorable.

¿Qué hará ahora? ¿y en qué pensará? Quizás se está jactando de haberme engañado; y, fiel al gusto de su sexo, este placer le parecerá más dulce. Lo que la virtud más ponderada no ha podido lo ha conseguido sin esfuerzo el espíritu de astucia. ¡Insensato! yo temía a su cordura, su mala fe era lo que debía temer.

¡Y verme obligarlo a devorar mi sentimiento! No atreverme a manifestar sino un tierno dolor, cuando tengo el corazón lleno de rabia. ¡Tener que reducirme a suplicar todavía a una mujer rebelde, que se ha sustraído a mi imperio! ¿Deberé humillarme hasta ese punto? ¿Y por quién? por una mujer tímida y que jamás se ha ejercitado en los combates. ¿De qué me sirve haberme establecido en su corazón, después de haberla abrasado con todo el fuego del amor, haber llevado hasta el delirio la turbación de sus sentidos, si tranquila en su retiro, puede hoy engreírse de su huida más bien que yo de sus victorias? ¿Yo lo subiré, amiga mía? usted no lo cree, no tiene usted formada de mí una idea tan baja. ¡Pero la fatalidad me arrastra hacia esta mujer! ¿Tantas otras no desean mis obsequios? ¿No se apresurarán a corresponder a ellos? ¿Aunque ninguna pudiera competir con ésta, el cebo de la variedad, el encanto de nuevas conquistas, el brillo de su número, no ofrecen placeres bastante dulces? ¡Ah! ¿por qué?... Yo lo ignoro, pero lo experimento con vehemencia.

No hay ya para mí felicidad ni reposo, hasta que posea esta mujer que aborrezco, y amo con igual furor. No podré sobrellevar mi suerte sino desde el momento en que disponga de la suya. Entonces tranquilo y satisfecho, la veré, a su vez, entregada a las mismas tempestades que ahora experimento, y aun le suscitaré otras mil. La esperanza y el temor, la desconfianza y la seguridad, cuantos males ha inventado el odio y bienes ha concedido el amor, otros tantos

quiero que llenen su corazón, y que se sucedan en él según mi capricho. Este tiempo llegará... pero hasta entonces ¡qué trabajos! ¡Que ayer estuviese tan inmediato y hoy me vea tan distante! ¿Cómo me acercaré a ella? No me atrevo a dar ningún paso, porque conozco que para tomar mi partido necesitaría tener más tranquilidad, y mi sangre está hirviendo en mis venas. Pero lo que redobla mi tormento, es la sangre fría, con la que cada uno responde aquí a mis preguntas, sobre este acontecimiento, sobre su causa y sobre todo lo que ofrece de extraordinario... Nadie sabe nada, y nadie desea saberlo: apenas se hubiera hablado de esto, si se hubiese consentido en que hablasen de otra cosa. La señora Rosemonde, a cuya casa he ido corriendo esta mañana, luego que supo esta novedad me ha respondido, con la frialdad de su edad, que era consecuencia natural de la indisposición que la señora Tourvel había tenido ayer; que había temido una enfermedad, y que por lo mismo había preferido estar en su casa. Ella encuentra esto muy regular y sencillo, y me ha dicho que hubiera hecho lo mismo si se hubiera hallado en igual caso. ¡Como si pudiera haber alguna cosa común entre las dos! Entre ella que tiene su pie en la sepultura, y la otra, que hace el encanto y el tormento de mi vida. La señora de Volanges, que por lo pronto sospeché que era cómplice, me parece que sólo siente que no le haya consultado sobre esta acción.

Confieso que me alegro mucho de que no haya tenido el placer de no hacerme daño. Esto me prueba que no tiene con esta mujer tanta confianza como yo temía. Siempre es un enemigo menos. ¡Qué placer tendría si supiera que había huido de mi! ¡Cómo se inflaría de orgullo, si ella se lo hubiese aconsejado! ¡Qué importancia no hubiera dado a esto! ¡Dios mío! ¡Cuánto la aborrezco! ¡Oh! Volveré a hacer las amistades con su hija, quiero divertirme con ella a mi capricho. Por esta razón permanecerá aquí algún tiempo; a lo menos la corta reflexión que he podido hacer me inclina a tomar este partido.

¿Cree usted efectivamente que después de un paso tan señalado debe temer mi presencia la ingrata? Si le ha venido la idea de que yo podría seguirla, no habrá dejado de cerrar su puerta; y no estoy más dispuesto a permitirle que me dé este medio, que a sufrir la humillación que él me ocasionaría. Prefiero, por el contrario, anunciarle que me quedo aquí; y aún le haré instancias para que vuelva; y cuando esté mejor persuadida de mi ausencia, me tendrá en su casa: veremos cómo soportará esta aventura. Pero es menester diferirla para aumentar su efecto.
Ignoro si tendré paciencia para ello: veinte veces he tenido hoy, la boca abierta para pedir los caballos. Sin embargo, tomo por mi cuenta y prometo a usted recibir aquí la respuesta, y sólo le ruego, mi bella amiga, que no me hago esperar. Lo que más me incomodaría sería el no saber lo que ocurre; pero mi criado, que está en París, y que trata a la doncella, podrá servirme. Le envío al intento una instrucción y dinero. Suplico a usted tenga a bien unir lo uno y lo otro a esta carta, y procurar enviárselo por uno de sus criados, con orden de entregárselo a él en persona. Tomo esta precaución, porque el tunante tiene la costumbre decir que no ha recibido nunca mis cartas, cuando éstas contienen alguna orden que pueda incomodarle, y a la sazón no me parece tan enamorado de su conquista, como yo quisiera que lo estuviese.

Adiós, mi bella amiga; si se le ocurre alguna idea feliz, algún medio de acelerar mi marcha, no deje de participármelo. Más de una vez he conocido cuán útil podía serme su amistad, y ahora mismo lo estoy experimentando, porque me siento más sosegado desde que empecé esta carta; a lo menos hablo con quien me entiende, y no con autómatas, a cuyo lado vegeto desde esta mañana. A la verdad, cuanto más veo, tanto más inclinado estoy a creer que no hay en el mundo sino usted y yo que valgamos algo.

En la quinta de... a 5 de octubre de 17...

CARTA CI

EL VIZCONDE VALMONT A AZOLAN; SU CRIADO

(Adjunta a la anterior.)

Habiendo salido usted de aquí esta mañana, es necesario ser un mentecato para haber ignorado que la señora de Tourvel partía también; o si usted lo ha sabido es menester ser bien imbécil para no haber venido a participármelo. ¿De qué sirve que usted gaste mi dinero en emborracharse con los criados, y que el tiempo que debiera usted emplear en servirme, lo pase en cortejar a las doncellas, si no estoy por eso más instruido de lo que pasa? ¡Vea usted, sin embargo, sus descuidos! Pero le prevengo, que si le vuelve a suceder uno sólo en este asunto, será el último que tendrá conmigo.

Es preciso que usted se informe de cuanto pasa en casa de la señora de Tourvel; de su salud; si duerme; si está triste o alegre; si sale a menudo y a qué casa va; si recibe gente en la suya, y quién va a ella; en qué se ocupa; si está de mal humor con las criadas, especialmente con aquella que trajo aquí; qué es lo que hoce cuando está sola; si cuando lee, lo hace sin interrupción, o si suspende la lectura para meditar; asimismo cuando escribe. Procure también hacerse amigo del que lleva las cartas al correo. Ofrézcale usted frecuentemente hacer esta comisión por él; y en el caso que acepte, no eche en la estafeta sino las que le parezcan indiferentes y envíeme las otras, sobre todo las que sean para a señora de Volanges, si acaso encuentra algunas.

Disponga las cosas de modo que pueda ser todavía por algún tiempo el amante feliz de su Julia; si tiene otro, como usted lo ha creído, haga de modo que consienta en ser para los dos, y no vaya a picarse de una ridícula naturaleza: se hallará en el caso de otros muchos que valen más que usted. Si su rival fuese demasiado importuno, y observara, por ejemplo, que ocupa mucho a Julia durante el día, y que por eso ella está menos frecuentemente al lado de su ama, sepárelo usted por cualquier medio, o trate de reñir con él; no tema las consecuencias, porque yo le sostendré. Sobre todo no desampare usted esta casa. Yendo continuamente a ella, lo verá todo y lo verá bien. Si por casualidad llegasen a despedir algún criado, preséntese para reemplazarlo, como que no está ya conmigo, diciendo que ha salido de mi casa para buscar otra más tranquila y más arreglada.

En fin, procure que le admitan, sin que por eso deje de estar a mi servicio durante este tiempo. Esto será como cuando estuvo en casa de la duquesa de***; y en lo sucesivo la señora de Tourvel le recompensará largamente.

Esta instrucción debería bastar, si tuviera bastante destreza y celo; pero para suplir a la una y a lo otro, le envío dinero. La esquela adjunta le autoriza, como verá, a recibir veinticinco luises en casa de mi mayordomo; pues no dudo que usted estará sin un cuarto. De esta suma empleará lo que fuese necesario para decidir a Julia a que entable una correspondencia conmigo. Lo restante servirá para dar de beber a los criados. Procure en cuanto fuere posible que esto sea en casa del portero, a fin de que le vea con gusto ir allá. Pero no olvide que no son sus placeres los que quiero pagar, sino sus servicios.

Acostumbre usted a Julia a que lo observe todo y se lo cuente todo, aun lo que le parezca minucioso. Más vale que escriba diez frases inútiles, que el que omita una interesante, y muchas veces lo que parece indiferente no lo es. Como es necesario que yo lo sepa todo inmediatamente, si ocurriese alguna cosa que crea usted merece la pena, enviará a Felipe con el caballo a que se establezca en... y permanecerá allí hasta nueva orden. Será una posta de más en caso necesario. Para la correspondencia ordinaria bastará el correo. Cuidado con perder esta carta. Vuélvala a leer todos los días, así para asegurarse de que nada se le ha

olvidado, como para estar seguro de que la tiene todavía. Finalmente, haga lo que es menester que haga un criado a quien honro con mi confianza.

Usted sabe, que si me diere gusto, no le pesará.

En la quinta de..., a 3 de octubre de 17...

CARTA CII

LA PRESIDENTA DE TOURVEL A LA SEÑORA DE ROSEMONDE

Amiga y muy señora mía: Usted se admirará cuando sepa que parto de su casa con tanta precipitación. Este paso va a parecerle muy extraordinario; pero su sorpresa se redoblará, luego que conozca los motivos. ¿Quizá juzgará que confiándoselo, no respeto bastante la tranquilidad necesaria a su edad, y que me extravío de los sentimientos de veneración que por tantos títulos se le deben? ¡Ah! perdóneme, señora, pero mi corazón está oprimido y tiene necesidad de desahogarse en el pecho de una amiga tan dulce como prudente; ¿y con quién podrá abrirse mejor que con usted? Míreme como a su hija. Tenga usted conmigo las atenciones de una madre; yo las imploro. Acaso tengo algunos derechos a ellas por el afecto que le profeso.

¿Qué se ha hecho de aquel tiempo en que, consagrada toda entera a estos loables sentimientos, no conocía los que, introduciendo en el alma el desorden mortal que experimento, quitan la fuerza de combatirlos al mismo tiempo que imponen la obligación de resistirlos? ¡Ah! este fatal viaje me ha perdido...

¡Qué le diré, en fin! ¡le diré que estoy enamorada, sí, que amo locamente! ¡Ay de mi! esta

palabra que escribo por la primera vez, esta palabra solicitada tan a menudo y siempre negada, daría la vida por tener el consuelo de oírla una sola vez de aquél que la inspira; ¡y sin embargo es necesario rehusarla sin cegar! Sin duda que él va a dudar de mis sentimientos, y a creer que tiene motivos para quejarse de ellos. ¡Soy muy desgraciada! ¿no le es por ventura tan fácil leer lo que pasa en mi corazón como reinar en él? Sí, yo sufriría menos, si supiese lo que sufro; usted misma, a quien se lo digo, no podrá formarse todavía sino una débil idea.

Dentro de algunos momentos voy a huir de él y entristecerle. Al mismo tiempo que se creerá estar a mi lado, me hallaré muy lejos de él. A la hora en que tenía costumbre de verle todos los días, estaré en sitios a donde no ha venido jamás, y donde no debo permitir que venga. Ya están hechos todos mis preparativos; todo está delante de mis ojos, y no puedo fijarlos en nada que no me anuncie mi cruel partida. ¡Todo está pronto menos yo!... y cuanto más se niega mi corazón a la salida, tanto más prueba la necesidad de realizarla.

La realizaré sin duda; porque más vale morir que vivir culpable. Yo lo conozco, demasiado lo sé; no he salvado más que mi juicio, la virtud ha desaparecido. Es necesario confesárselo a usted, lo que me queda todavía, se lo debo a su generosidad. Embriagada del placer de verle, de oírle, de la dulzura de tenerla a mi lado, de la felicidad más grande de hacerlo feliz, estaba sin poder y sin fuerza, apenas me quedaba alguna para combatir, y no tenía ninguna para resistir; me estremecía a la vista del peligro sin poder evitarle. Pues ¡vea usted! Él conoció mi pena y se compadeció de mí. ¿A vista de esto podré no amarle? le debo más que la vida.

¡Ah! si yo temiera sólo perderla por estar a su lado, no crea usted que consintiera jamás en alejarme de él. ¿De qué me sirve la vida sin él, no sería demasiado feliz si la perdiera? Condenada a labrar eternamente su desgracia y la mía; a no atreverme ni a quejarme, ni a consolarle; a defenderme cada día de él y contra mí misma; afanarme en causar su dolor, cuando quisiera dedicar todos mis cuidados a su felicidad; vivir así, ¿no es morir mil veces? He aquí sin embargo la suerte que me espera. No obstante sabré sobrellevarla, y tendré valor para ello. ¡Oh! amiga mía, a quien he escogido por madre, reciba usted el juramento que hago de ejecutarlo. Reciba usted también el de que no la ocultaré ninguna de mis acciones; recíbalo, yo se lo suplico, y se lo pido como un socorro del que tengo necesidad: obligada así, a decírselo todo, me acostumbraré a creerme siempre delante de usted. Su virtud suplirá a la mía. Jamás consentiré en avergonzarme en su presencia, y contenida por este freno poderoso, mientras que la ame como a una amiga indulgente y confidenta de mi debilidad, la honraré también como a mi ángel tutelar que me salvará de la afrenta.

Es verdad que es menester haberla experimentado bastante, para hacer esta solicitud. ¡Fatal efecto, una orgullosa confianza! ¿Por qué no he tenido antes esa inclinación que he sentido nacer? Por qué me he lisonjeado de poderla dominar o vencer a mi antojo? ¡Insensata! ¡conocía yo muy poco el amor! ¡Ah! ¡si le hubiera combatido con más cuidado, habría quizá tomado menos imperio! ¡acaso no hubiera sido necesaria esta partida, o aun sometiéndome a dar este paso doloroso, habría podido no romper enteramente este trato, que hubiere bastado hacerlo menos frecuente! ¡Pero perderlo todo a un tiempo! ¡y para siempre jamás! ¡Oh, amiga mía!... ¡Pero, que aún ahora que escribo ésta me dejo arrastrar todavía, de mis sentimientos criminales! ¡Ah! partamos, partamos, y que estas culpas involuntarias sean expiadas por mi sacrificio.

Adiós, mi respetable amiga; quiérame usted como a su hija, adópteme por tal, y esté segura que, a pesar de mi debilidad, desearé antes morir que hacerme indigna de su elección.

De..., a 3 de octubre de 17..., a la una de la mañana.

CARTA CIII

LA SEÑORA DE ROSEMONDE A LA PRESIDENTA DE TOURVEL

Mi cara amiga, más aflicción me ha causado su partida, que sorpresa el motivo de ella. Una larga experiencia, y el interés que usted me inspira, habían bastado para ilustrarme sobre el estado de su corazón; y si es necesario hablarlo todo, nada o casi nada me ha dicho usted en su carta que yo no supiera; y de no haber estado informada por otro lado, ignoraría todavía quién es su amante, porque no hablándome más que de él en toda su carta, no le menta usted ni siquiera una vez. Yo no tenía necesidad de ello; pues sé bien quién es. Pero hago esta observación, porque me acuerdo que éste es siempre el estilo del amor. Veo que sucede hoy lo mismo que en los tiempos pasados.

Yo no creía hallarme jamás en el caso de refrescar memorias tan distantes de mí, y tan ajenas de mi edad. Con todo, desde ayer me he ocupado mucho de ellas, por el deseo de ver si hallaba algo que pudiere serle útil. ¿Pero qué otra cosa puedo hacer más que admirar y compadecer a usted? Aplaudo el prudente partido que ha tomado, pero me estremece, porque infiero que lo ha juzgado necesario; y aun cuando se halla uno en ese caso es muy difícil mantenerse separada de aquel a quien nuestro corazón nos acerca sin cesar.

Sin embargo, no se desaliente usted. Nada hay imposible para su hermosa alma; y aun cuando usted tuviera un día la desgracia de sucumbir * (¡lo que Dios no permita!), créame, mi bella amiga, le quedará a lo menos el consuelo de haber combatido con todo su poder. Además, lo que no puede la prudencia humana, es muy fácil a la gracia divina, si quiere. Acaso está usted en vísperas de ser socorrida, y su virtud, probada en estos terribles combates, saldrá de ellos más pura y más brillante.

Confíe en que la fuerza que no tiene hoy, la tendrá mañana; pero no cuente sobre ella para vivir tranquila, sino para alentarse a usar de todas cuantas usted tenga.

Dejando al cuidado de la Providencia el ayudarla a usted en un peligro en que nada puedo, me reservo el sostenerla y consolarla en cuanto dependa de mí; no aliviaré sus penas, pero entraré a la parte de ellas. Sólo con este título recibiré con gusto sus confidencias.

Veo bien que su corazón tiene necesidad de ensancharse. Yo le descubro el mío, que la edad no ha podido todavía enfriar hasta el punto de ser insensible a la amistad, y que usted encontrará siempre pronto a recibirla. Esto será un ligero alivio a sus sinsabores, pero a lo menos no llorará sola; y cuando este infeliz amor, tomando demasiado imperio sobre usted la obligue a hablar, vale más que sea conmigo que con él.

Vea usted cómo adopto su lenguaje. Creo que entre nosotras dos no llegaremos a nombrarle; en lo demás ya nos entendemos. Yo no sé si he obrado bien en decirle que él había sentido vivamente su partida; quizá habría sido más prudente no haberlo nombrado; pero a mí no me gusta esta discreción que aflige a los amigos. Con todo, me veo precisada a no dilatarme más. Mi débil vista y mi trémula mano me impiden escribir cartas largas, y sobre todo cuando tengo que escribirlas por mí misma.

Adiós, pues, mi cara amiga: Adiós mi amable hija; sí, la adopto de buena gana por tal, y usted reúne todo cuanto puede engreír y lisonjear a una madre.
En la quinta de..., a 3 de octubre de 17...

CARTA CIV

LA MARQUESA DE MERTEUIL A LA SEÑORA DE VOLANGES

Mi cara y buena amiga, mucho trabajo he tenido a la verdad, para no engreírme leyendo su carta. ¡Qué! ¡Usted me honra con su entera confianza! ¡Usted va hasta pedirme consejos! ¡Ah! soy muy feliz si merezco esta opinión favorable de su parte, y no la debo únicamente a la prevención de la amistad.

En lo demás, cualquiera que sea el motivo, no es menos preciosa a mi corazón; y el haberla obtenido es a mis ojos una razón poderosa para tratar más y más de merecerla. Voy pues (mas sin pretender dar a usted un consejo) a decirle con franqueza mi modo de pensar. Desconfío de él, porque se diferencia del suyo; pero usted juzgará cuando hubiere expuesto mis razones; y si las condena, suscribo desde ahora su juicio. Tendré a lo menos la prudencia de no creerme más sabia que usted.
Con todo, si por esta sola vez hallase mi consejo preferible, será necesario atribuirle a las ilusiones del amor maternal; y puesto que éste es un juicio loable, debe encontrarse en usted. ¡En efecto, cuán bien se advierte por el partido que ha pensado tomar! Por esta razón, si sucediera que usted errase alguna vez, no sería nunca en la elección de las virtudes.

A mí me parece que la prudencia es preferible, cuando se dispone de la suerte de los demás, y, especialmente cuando se trata de fijarla como un lazo indisoluble y sagrado, como es el del matrimonio. Entonces es cuando una madre, igualmente prudente y tierna, debe, como usted dice muy bien, ayudar a su hija cola la experiencia. Ahora bien, yo le pregunto: ¿qué hay que hacer para conseguirlo sino distinguir entre lo que agrada y lo que conviene?

¿No sería pues envilecer la autoridad materna, no sería aniquilarla, el sujetarla a un gusto frívolo, cuyo ilusorio poder sólo hace impresión sobre los que le temen, y desaparece luego que se le desprecia? Por lo que a mí toca, lo confieso, jamás he dado crédito a estas pasiones seductoras e irresistibles que, según el sentir de todos, parece que excusan generalmente nuestros desórdenes. No puedo concebir cómo una inclinación, que en un momento nace y en otro perece, pueda tener más fuerza que los principios inalterables del pudor, de la honestidad

y de la modestia, y no comprendo tampoco, cómo una mujer que los ha ultrajado pueda ser más disculpable, que un ladrón que robase por la pasión del dinero o un asesino por la de la venganza.

¡Ay! ¿quién podrá decir que no ha tenido pasiones que combatir? Pero yo he estado siempre en la persuasión que, para resistir, basta querer, y esta opinión la he confirmado con mi experiencia. ¿qué sería de la virtud sin las obligaciones que prescribe? Su culto está en nuestros sacrificios, y su recompensa en nuestros corazones. Estas verdades no pueden negarse, sino por aquellos que tiene interés en desconocerlas, por aquellos depravados que esperan hacer ilusión por un momento, tratando de justificar su relajada conducta con malas razones. ¿Pero podrá temerse esto de una niña sencilla y tímida, de una hija de usted, y cuya educación modesta y pura no ha podido menos de fortificar su buen carácter? Con todo quiere usted sacrificar el matrimonio ventajoso, que con su prudencia le había proporcionado, a este temor que me atrevo a llamar humillante para su hija. Amo mucho a Danceny, y hace mucho tiempo, como usted sabe, que veo poco al señor Gercourt; pero mi amistad por el uno y mi indiferencia por el otro, no me impiden conocer la enorme diferencia que media entre estos dos partidos.
Convengo en que son iguales en nacimiento; pero el uno es pobre, y la fortuna del otro, aun prescindiendo de su nacimiento, podría bastar para allanarlo todo. Confieso que el dinero no hace la felicidad; pero es preciso convenir que la facilita mucho. La señorita de Volanges es, como dice usted, bastante rica para los dos: sin embargo, sesenta mil libras de renta de que va a disfrutar, no son ya tantas cuando se lleva el nombre de Danceny; cuando es necesario poner y sostener una casa correspondiente a su rango. No estamos ya en los tiempos de la señora de Sevigné. El lujo lo absorbe todo; se lo vitupera, pero es necesario imitarle, y lo superfluo acaba por privar de lo necesario.

Por lo que mira a las prendas morales, de que usted hace mucho aprecio, y con razón, nada se le puede echar en cara a Gercourt, pues tiene dadas pruebas de ello; creo, en efecto, que Danceny no le va en zaga; ¿estamos tan seguros? Es verdad que hasta ahora se le ha visto exento de los vicios de su edad, y que, a pesar del tono del día, demuestra un gusto por la buena compañía, que hace augurar favorablemente de él; mas ¿quién sabe si esta aparente conducta es efecto de una mediana fortuna? Hay siempre algún temor de ser bribón o borracho; y se puede bien amar los vicios, y temer los excesos: mas para ser jugador y libertino se necesita dinero. Finalmente, no sería el primero que anduviera con buena compañía, porque no se le proporcionaba otra.

No digo esto (¡ni Dios lo permita!) porque lo crea de él; pero siempre sería arriesgarse: ¡y qué reconvenciones no se haría usted a sí misma si el éxito no fuese feliz! ¿Qué respondería entonces a su hija, cuando le dijera: "Madre mía, yo era joven y sin experiencia: he sido seducida por un error perdonable en mi edad; pero el cielo, que había previsto mi debilidad, me había deparado una madre prudente para ocurrir a ella y defenderme. ¿Por qué, pues, olvidando su cordura, ha consentido usted en mi desgracia? Era yo acaso la que debía elegir un esposo, cuando no tenía ningún conocimiento del estado del matrimonio? Y aunque yo lo hubiera querido hacer, no tocaba a usted el oponerse a ello? Pero no he tenido jamás ese loco deseo. Dedicada a obedecerle, he esperado su elección con una respetuosa resignación; jamás me he desviado de la sumisión que le debía; y, sin embargo, sufro la pena que sólo merecen los hijos rebeldes. ¡Ay! su debilidad me ha perdido..." Quizá el respeto que le tiene haría que ahogase estas quejas; pero el amor maternal las adivinaría; y las lágrimas de su hija, por más que tratase de ocultarlas, no dejarían por esto de penetrar su corazón. ¿Adónde hallará usted entonces consuelo? ¿Será, por ventura, en ese loco amor contra el que habría debido alarmarla, y del que, por el contrario, se había usted dejado seducir?

Yo no sé, mi cara amiga, si tengo contra esta pasión una prevención muy fuerte; pero creo que debe temerse aun en el matrimonio. No es esto decir que yo desapruebe un sentimiento

honesto y dulce que hace el encanto del lazo conyugal, y suaviza en algún modo las obligaciones que impone, sino que no corresponde a este estado el formarle; la elección de nuestra vida no debe reglarse por la ilusión del momento. En efecto, para escoger es necesario comparar. ¿Y cómo podremos hacerlo cuando un solo objeto nos ocupa, y cuando ni éste podemos conocer, por estar alucinados y obcecados?

He hallado, como puede figurarse, muchas mujeres contagiadas de esta peligrosa enfermedad; he recibido las confidencias de algunas; y al oírlas, se diría que no había un amante que no fuese perfecto; pero estas quiméricas perfecciones sólo existen en su imaginación. La exaltada cabeza no sueña sino gracias y virtudes; adornan con ellas a sus predilectos y favoritos, y estos adornos vienen a ser como el vestido de un dios puesto sobre un modelo vil y despreciable, ante el que, sea quien fuere, apenas le han ataviado, cuando, hechas juguetes de su propia obra, se prosternan para adorarle.
O su hija no ama a Danceny, o experimenta esta misma ilusión: ella es común a los dos si su amor es recíproco. Así, la razón que usted tiene para mirlos perpetuamente, se reduce a que no se conocen, ni pueden conocerse. Pero, me dirá usted, ¿se conocen más el señor Gercourt y mi hija? No, sin duda; pero a lo menos no se engañan, pues sólo viven de la ignorancia de esto. ¿qué sucede, pues, en este caso entre dos esposos que supongo juiciosos? que cada uno de ellos estudia al otro; observa su carácter, busca y conoce inmediatamente lo que conviene que ceda de sus gustos y voluntades, para la tranquilidad de ambos. Estos ligeros sacrificios se hacen sin disgusto, porque son recíprocos y se han previsto; bien pronto nace de ellos una común benevolencia, y el hábito, que fortifica todas las inclinaciones que no destruye, produce poco a poco esta dulce amistad, esta tierna confianza, que, unidas a la estimación, forman, en mi concepto, la verdadera y sólida felicidad de los matrimonios.

Las ilusiones del amor pueden ser más dulces; ¿pero quién no sabe que son menos duraderas? ¡Y qué peligros no acarrea el momento que las destruye! Entonces es cuando los menores efectos parecen chocantes e insoportables, por el contraste que forman con la idea de perfección que nos había seducido. Cada uno de los dos esposos cree, sin embargo, que el otro es el que ha mudado, y que él vale siempre lo que un momento de error le había hecho apreciar. Se admira de que no puede hacer que nazca ya el encanto que no experimenta, se ve humillado, y esto hiere su vanidad. Entonces se agrian los espíritus, los males aumentan, resulta el mal humor, y de él nace el odio; y los frívolos placeres vienen a pagarse al último con largas desgracias.

He aquí, mi cara amiga, mi modo de pensar sobre la materia que nos ocupa: yo no lo defiendo, sino lo expongo; a usted le corresponde decidir; pero si insiste en su parecer, le suplico me diga los motivos que ha tenido para combatir los míos.

Me alegraré que me ilustre, y, sobre todo, que me asegure sobre la suerte de su amable hija, cuya felicidad deseo ardientemente, así por la amistad que le profeso, como por la que me une a usted para siempre.

París, 4 de octubre de 17...

CARTA CV

LA MARQUESA DE MERTEUIL A CECILIA VOLANGES

¿Con que está usted, amiga mía, muy enfadada y abochornada! ¿No es verdad que el señor Valmont es un hombre perverso? ¡Cómo! ¡tiene valor para tratar a usted como si fuera una mujer a quien amase mucho! ¡y la enseña lo que tanta gana tenía de saber! En verdad que esta conducta es imperdonable. ¡Y usted, por su parte, quiere ser prudente con su amante (que no abusa de su discreción); usted sólo busca en el amor las penas, y no los placeres. Nada mejor; y usted será digna de figurar a las mil maravillas en una novela. ¡Pasión, desgracia, y sobre todo virtud, qué cosas tan bellas! En medio de esta brillante comitiva se fastidia uno, ciertamente, algunas veces; pero también se desquita.

Vea usted la pobre niña ¡cuán digna es de compasión! ¡tenía a la mañana siguiente los ojos tan abatidos! ¿Y qué diría si esto sucediera delante de su amante? Vaya, hermoso ángel mío, que esto no le sucederá siempre así; pues todos los hombres no son como Valmont. ¡Y no haberse atrevido a levantar allí los ojos! ¡Oh! a la verdad que ha tenido usted razón; todos hubieran leído en ellos su aventura. Créame, sin embargo; si esto fuese así, muchas mujeres, y aun muchas señoritas, mirarían con más modestia.

A pesar de las alabanzas que me veo precisada a prodigarle, como ve, es necesario convenir que lo ha errado de medio a medio en no participárselo a su madre. ¡Había usted comenzado tan bien! ¡Se había echado en sus brazos; había gemido y también llorado! ¡Qué escena tan patética! ¡qué lástima no haberla acabado!

Su tierna madre, llena de gozo, la hubiera puesto a usted para siempre en un convento, con el objeto de auxiliar su virtud, y allí hubiera podido amar a Danceny cuanto hubiese querido, sin rivales, y sin pecado. Se hubiera usted abandonado al dolor a sus anchuras; y Valmont, seguramente, no hubiese ido a turbar su aflicción con placeres que la repugnan.

Hablando seriamente, ¿es posible que teniendo ya quince años bien cumplidos sea todavía una niña? Dice bien que no merece mis bondades.

Quiero, sin embargo, ser su amiga, y acaso lo necesita usted con la madre que tiene y el marido que desea darle. Pero ¿qué quiere que hagamos, si no trata de formarse más? ¿Qué puede esperarse de usted, cuando lo que hace venir el juicio a las otras, parece, al contrario, que a usted se lo quita?

Si pudiera reflexionar un momento consigo misma, hallaría muy pronto que en lugar de quejarse, debería darse el parabién. ¡Pero usted está avergonzada, y esto la incomoda! ¡Ay! cálmese ya; el bochorno que causa el amar es como su dolor, que no se experimenta más de una vez. Podemos todavía fingirle después; pero ya no lo sentimos. Con todo, el placer queda, y esto no es poco. Me persuado que, en medio de su charla, he descubierto que usted lo tuvo muy grande.

Vamos, un poco de buena fe: háble me con franqueza. La turbación que le impidió obrar como decía, que hacía que usted hallase tan difícil el defenderse, que .la puso de mal humor cuando Valmont se marchó, ¿era la vergüenza lo que la causaba, o era el placer? ¿Y este modo de insinuarse, al que no se sabe qué responder, no provendría del modo de obrar? ¡Ah, muchachita! ¡usted no me dice lo que siente, y engaña a su amiga! Esto no me parece bien. Pero dejémoslo a un lado. Lo que para todos sería un placer, y quizás nada más, vendría a ser para usted en su situación una felicidad. En efecto, colocada entre una madre de quien le conviene ser amada, y un amante a quien desearía querer perpetuamente, ¿cómo no ve que el único medio de lograr estas dos cosas es el de ocuparse de un tercero? Distraída con esta nueva aventura, mientras que usted tendría el aire de sacrificar para con su madre un gusto que le desagradaría, adquiriría para con su amante el honor de una gloriosa defensa. Protestándole continuamente de que lo quería, no le concedería las últimas pruebas de amor.

Estas repulsas, tan poco penosas en su situación, no dejaría su amante de atribuirlas a sus virtudes. Tendría, acaso, lástima de usted; pero la amaría por eso más; y para tener el doble mérito, a los ojos del uno de prestarse al amor, a los del otro de resistirle, no le costaría a usted más gozar de los placeres que él le ofreciera. ¡Oh! cuántas mujeres han perdido su reputación, que la hubieran conservado con cuidado, si hubiesen podido sostenerla por semejantes medios!

¿No encuentra este partido que le propongo como el más razonable y el más dulce? ¿Sabe usted lo que ha conseguido con el que ha tomarlo? Que su madre ha atribuido su excesiva tristeza a un extremado amor; que se halla picada de esto; y que para castigarla, sólo espera estar bien segura de ello. Acaba de escribirme sobre este particular; y se valdrá de todos los medios para arrancarle esta confesión, y aun me dice que llegará hasta proponerle por esposo a Danceny; y todo con el objeto de hacerla a usted hablar. Y si dejándose seducir por esta falaz ternura, responde ingenuamente, bien pronto será usted encerrada para mucho tiempo, y quizás para siempre, y llorará despacio su ciega credulidad.

Es necesario, pues, que esta astucia que quiere emplear contra usted, sea combatirla con otra. Empiece por mostrarle menos tristeza, y por hacerle creer que se ocupa menos de Danceny. Ella se persuadirá de esto tanto más fácilmente, cuanto es el efecto ordinario de la ausencia; y se lo agradecerá tanto más, cuanto hallará en esto una ocasión de aplaudirse de su prudencia, que le ha sugerido este arbitrio. Pero si conservando alguna duda, insiste en probarla, y le habla de matrimonio, sométase a su voluntad como una hija bien nacida. Y a la verdad, ¿qué arriesga usted en ello?

Por lo que hace a un marido, siempre vale tanto como una madre; y el más modesto es aún menos incómodo que ésta. Una vez que esté contenta con usted, tratará al fin de casarla; y entonces, siendo ya más libre, podrá, a se elección, dejar a Valmont para tomar a Danceny, o guardarlos a ambos. Porque, mire usted, Danceny es excelente, y uno de aquellos que se les puede tomar y dejar cuando se quiere, pero no sucede así con Valmont; es difícil guardarle y peligroso dejarle. Se necesita usar con él de mucha destreza, o de mucha docilidad cuando falte aquélla. Pero también, si pudiera usted lograr tenerlo por amigo, sería una felicidad. Él pondría a usted en el primer rango de todas nuestras mujeres a la moda. De este modo se adquiere una consistencia en el mundo; y no hay que avergonzarse y llorar, como cuando las religiosas la hacían comer de rodillas.

Si usted fuese cuerda, no dejaría de hacer las amistades con Valmont, que debe estar muy encolerizado; y como es necesario que usted repare sus tonterías, no tema hacerle alguna insinuación, y así sabrá bien presto que si los hombres nos hacen las primeras, nosotras nos vemos obligadas a hacerles las segundas.

Usted tiene ahora un buen pretexto para éstas, porque no conviene que guarde esta carta; y le

exijo que se la entregue a Valmont luego de haberla leído. No olvide el cerrarla antes. Lo primero, porque es necesario dejar a usted el mérito de haber dado este paso con él, y que no parezca que ha sido aconsejada; y lo segundo, porque no tengo en el mundo otra amiga con quien pueda hablar con más franqueza que con usted.

Adiós, hermosa; siga mis consejos, y me dirá si le va bien con ellos.

P. D. -A propósito, se me olvidaba... una palabra todavía. Procure usted pulir más su estilo, pues escribe como una niña. Conozco bien que esto proviene de que usted dice todo lo que piensa. Esto puede pasar entre las dos, porque entre nosotras no debe haber nada oculto. Pero con todos, y en especial con su amante, siempre tendría, usted el aire de una tontuela. Debe saber que cuando escribe a alguno tratará de decirle más bien lo que a él le agrade que lo que usted piense. Adiós, corazón mío; la abrazo, en lugar de regañarla, esperando que será más razonable.

París, 4 de octubre de 17...

CARTA CVI

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT

Amigo y señor vizconde: ha dado usted el golpe a las mil maravillas, y por eso lo quiero a usted en extremo. Por lo demás, a vista de la primera carta, bien podía esperarse la segunda, y de donde no me ha causado admiración; y mientras que usted, orgulloso de sus futuros éxitos, solicitaba la recompensa, y me preguntaba si estaba pronta, veía que no tenía necesidad de apresurarme. Sí, porque al leer la hermosa relación de tan famosa escena y la viva impresión que usted habría sabido inspirar, al ver su acomodamiento digno de los más bellos tiempos de la caballería, dije veinte veces: Este lance se frustrará. Bien que no podía suceder de otro modo. ¿Qué quiere usted que haga una pobre mujer que se rinde y se la deja así? A fe mía, que en este caso, es necesario a lo menos salvar el honor, y esto es justamente lo que ha hecho la presidenta. Yo he comprendido bien que el partido que ha tomado no es completamente inútil y me propongo servirme de él, por mi cuenta, en la primera ocasión seria que se presente; pero prometo que si aquel por quien hiciese los gastos, no se aprovecha de ellos mejor que usted, no tiene que contar nunca conmigo.

Véase usted anonadado, y esto teniendo dos mujeres, la una destinada para la mañana siguiente, y la otra que lo deseaba ansiosa. ¡Pues bien! Usted va a creer que me jacto, y a decir que no es difícil adivinar después de ver; pero le juro que lo esperaba así; porque en realidad usted no tiene el ingenio de los hombres de su estado; sólo sabe cuanto le enseñan, no inventa nada. Por esta razón luego que las circunstancias no se prestan a las fórmulas usadas, y lo obligan a dejar el camino de todos, se queda perplejo como un infeliz cadete. En fin, una niñería de un lado, y del otro un rasgo de gazmoñería que no es muy común, bastan para desconcertarle. No sabe ni prevenirlos ni evitarlos. ¡Ah! vizconde, vizconde, usted me enseña a no juzgar a los hombres por sus éxitos y pronto habrá que decir de usted: ¡Fue bravo un día! Y después que usted haya hecho tontería sobre sandez, recurrirá a mí. ¿Le parece que yo vio tengo que hacer más que repararlas? En verdad vizconde que no sería obra corta de realizar.

Sea lo que fuere de estas dos aventuras, la una se ha emprendido contra mi voluntad, y no quiero mezclarme en ella. En curato a la otra, como en cierto modo me ha complacido usted, la tomo como asunto propio. La carta que incluyo, que usted entregará en seguida a la chiquita Volanges, es más que suficiente para que vuelva a su amistad; pero le suplico que trate con cuidado a esa niña, y propongámonos de común acuerdo el desesperar a la madre y a

Gercourt. Veo claramente que la personita no se espantará, y luego que se cumplan nuestras miras ella hará lo que quiera.

Dejo esto enteramente a su cuidado. Tiene una tonta ingenuidad, que no ha cedido ni aun al específico que usted le ha administrado, que sin embargo es casi siempre infalible, y ésta es a mi ver la enfermedad más peligrosa que puede tener una mujer. Denota sobre todo una debilidad de carácter casi siempre incurable que se opone a todo; de suerte que ínterin no nos ocupemos en formar una muchachita para la intriga no paremos de ella más que una mujer fácil. Ahora bien; no conozco nada tan común como esta tontería, que se rinde sin saber cómo ni por qué, tan sólo por no saber resistir el ataque. Estas mujeres sólo son máquinas destinadas al placer.

Usted me dirá que no hay que hacer otra cosa, y que esto basta para nuestros proyectos. Sea así, pero no olvidemos que todas llegan pronto a conocer los resortes y motores de estas máquinas; por esta razón para servirse de ésta sin perjuicio, es preciso despachar, detenerse con tiempo, y después romperla. En verdad que no nos faltarían motivos para defendernos de ella, y Gercourt la pondrá a buen recaudo cuando nos plazca. Al hecho, cuando no pueda juzgar de su desgracia, y cuando sea pública y notoria: ¿qué nos importa que se vengue con tal que no se consuele? Lo que digo del marido usted lo piensa sin duda de la madre, ahí está el equivalente.

Este partido, que me parece el mejor y en que paro mientes, me ha decidido a asediar a la joven, como usted verá por mi carta. Es también muy importante no dejar nada en sus manos que pueda comprometernos, y le suplico ponga atención en esto. Tomada una vez esta precaución, yo me encargo de la moral; cumple a usted el resto. Con todo, si vemos en lo sucesivo que la ingenuidad se corrige, siempre estaremos a tiempo para mudar de placer. Al cabo hubiéramos tenido que hacer, un día u otro, lo que vamos a hacer ahora. En ningún caso serán inútiles nuestras diligencias.

¡Sabe usted que ha faltado poco para que las mías se huyan frustrado y para que prevaleciese el hado de Gercourt sobre mi prudencia!

¿No ha tenido la señora de Volanges un momento de debilidad materna? ¿No quería dar su hija a Danceny? Esto era lo que anunciaba aquel interés materno, que usted observó la mañana siguiente. ¡Usted habría sido también la causa de esta hermosa obra maestra! Por fortuna la tierna madre me escribió, y espero que mi respuesta no le habrá agradado. Hablo en ella tanto de virtud, y sobre todo de tal manera la engatuso, que debe creerme en la razón.

Siento no haber tenido tiempo para quedarme con copia, a fin de edificar a usted con la austeridad de mi moral. ¡Ah! ¡verá cómo desprecio a las mujeres tan degradadas que quieren tener un amante! ¡Es tan fácil ser rigorista en estos discursos! Esto sólo daña a los otros, sin causarnos alguna incomodidad. Además de que no ignoro que la buena señora ha tenido en su tiempo sus debilidades como cualquier otra, y no me disgustaba causarle esa íntima humillación. Esto me consolaba un poco cuando pensaba en las alabanzas que yo le daba contra mi conciencia. Así es como en la misma carta la idea de perjudicar a Gercourt me daba alientos para hablar bien de él.
Adiós, amigo vizconde: apruebo mucho la decisión que ha tomado de permanecer en ésa. No tengo arbitrio para acelerar su partida; pero le invito a que se divierta con nuestra común pupila. Por lo que toca a mí, a pesar de su atenta cita, ve usted que es preciso esperar todavía; y convendrá sin duda, en que no es culpa mía.

París, 4 de octubre de 17...

CARTA CVII

AZOLAN AL VIZCONDE DE VALMONT

Amo y señor mío: Apenas he recibido la carta de usted, he pasado con arreglo a sus órdenes a verme con el señor Bertrán, que me ha entregado los veinticinco luises, según su encargo. Yo le había pedido dos más para Felipe, a quien he despachado inmediatamente: y aunque éste se hallaba sin dinero, no ha querido el señor Bertrán dármelo, diciéndome que no tenía orden para ello. Me he visto por lo mismo precisado a echar mano del mío, no dudando de que usted tendrá a bien abonármelo.

Felipe salió ayer noche. Le he recomendado mucho que no se separe de la taberna, a fin de estar seguro de hallarle allí en caso, necesario.

Luego he ido a casa de la señora para ver a la doncella Julia, pero había salido, y sólo he hallado a la Flor que nada sabía, porque desde que llegó no ha estado en casa sino a la hora de comer. Es el segundo día que hace el servicio, y usted sabe bien que yo no la conocía; pero hoy he comenzado.

He vuelto esta mañana a casa de la doncella Julia, y al parecer ha tenido mucho gusto en verme. Le he preguntado sobre el motivo de la vuelta de su ama, y me ha contestado que nada sabe, y creo que en esto dice la verdad. La he reconvenido por que no me había dado parte de su salida, y me ha asegurado que no lo había sabido hasta la noche misma, al tiempo de ir a desnudar a la señora; que tuvo que pasar la noche en arreglar sus cosas y que por lo mismo la pobre muchacha no durmió dos horas. No salió del cuarto de su ama sino después de la una, y sólo la dejó cuando se puso ésta a escribir. Al salir por la mañana, la señora de Tourvel entregó una carta al portero. La Julia no sabía para quién y dijo que sería acaso para usted, pero usted nada me dice de ello.

Durante el viaje, la señora ha tenido cubierta la cara con una gran capucha, por lo cual no era posible verla; pero la doncella Julia cree que ha llorado mucho. No ha abierto la boca en todo el camino, ni ha querido detenerse en...[21] como lo hizo a la ida; cosa que no agradó mucho a la doncella Julia, que no había almorzado.

Pero como yo le he dicho, los amos son los amos. Luego que llegó la señora se acostó, pero sólo estuvo en la cama dos horas. Apenas se levantó, hizo llamar al portero y le dio orden de que no dejara entrar a nadie. No ha estado en el tocador ni se ha compuesto.

Se ha sentado a la mesa para comer y no ha tomado más que la sopa, y se ha marchado al punto. Le han llevado el café a su cuarto, y Julia ha entrarlo al mismo tiempo, y la ha encontrado arreglando los papeles, y ha visto que eran cartas. Apostaría a que eran las de V. S. y de tres que le han traído después de comer, una tuvo delante de sí toda la tarde. Estoy bien seguro que es de V. S. ¿Pero por qué esta señora se ha marchado tan precipitadamente? Esto me extraña; en lo demás V. S. lo sabe bien, y esto no es de mi inspección.

La señora presidenta ha ido después de mediodía a la biblioteca y ha tomado dos libros que ha llevado a su gabinete; pero la doncella Julia afirma que no ha leído ni un cuarto de hora en ellos: sólo se ocupaba de leer esa carta y meditar. Como me he figurado que usted se alegraría mucho de saber qué género de libros eran, y que la doncella Julia lo ignoraba, me he hecho conducir hoy a la biblioteca con el pretexto de verla, y observado que sólo faltaban dos libros, el uno el segundo tomo de los Pensamientos cristianos, y el otro el primero de un libro

[21] En la misma aldea a la mitad del camino de París a la quinta.

titulado Clarisa. Escribo lo que hay. Usted juzgará.

Ayer noche la señora no ha cenado y no ha tomado más que té. Esta mañana ha llamado temprano, y ha pedido el coche al instante. Estaba antes del mediodía en los Fuldenses en donde ha oído la misa. Ha querido confesarse; pero su confesor estaba ausente, y no volverá hasta dentro de ocho días. He juzgado conveniente participar esto a usted.

Ha vuelto a entrar en seguida, se ha desayunado, y después se ha puesto a escribir, y ha estado allí hasta después de la una. He hallado ocasión de hacer bien pronto lo que V. S. deseaba más; porque yo he sido quien llevó las cartas al correo. No había ninguna para la señora Volanges; pero envío una a V. S. que era para el presidente; ésta he creído que sería la más interesante. También había otra para la señora de Rosemonde, pero he pensado que V. S. podrá verla siempre que lo desee, y la dejé partir. Por lo demás V. S. lo sabrá todo, porque la doncella Julia, que entrega las cartas a los criados, me ha asegurado que por la amistad que me tiene y la que profesa a V. S. hará cuanto se quiera. No ha querido el dinero que le he ofrecido; pero pienso que V. S. le hará algún regalito; y si gusta que me encargue de él sabré fácilmente lo que más podrá agradarla.

Espero que V. S. conocerá que no me he descuidado en servirle, y tomo a pecho el justificarme de las reconvenciones que me ha hecho. La causa de no haber sabido la partida de la presidenta ha sido mi celo por el servicio de V. S.; porque me hizo salir a las tres de la mañana, por cuya razón no pude ver a la doncella Julia la víspera por la noche, como acostumbro a hacerlo, habiendo tenido que irme a dormir a Tournebride, para no despertar a los de la quinta.

En cuanto a lo que V. S. me echa en cara de que estoy a menudo sin un cuarto, diga que hay dos motivos para ello; primero porque deseo andar decente, y segundo, porque es preciso honrar el vestido que llevo.

Yo sé que debiera ahorrar algo para lo sucesivo, pero confío enteramente en la generosidad de V. S. que es tan buen amo.

Por lo que toca a entrar al servicio de la señora Tourvel, permaneciendo siempre al servicio de V. S. espero que no lo exigirá de mí. Era muy diferente en casa de la señora duquesa; pero seguramente no iré a llevar librea, y sobre todo la librea de toga, después de haber tenido el honor de ser criado de V. S. En lo demás, V. S. puede disponer de quien tiene la honra de ser, con tanto respeto, su muy humilde servidor.

ROUX AZOLAN.
París, 5 de octubre de?, a las once de la noche.

CARTA CVIII

LA PRESIDENTA DE TOURVEL A LA SEÑORA DE ROSEMONDE.

¡Oh indulgente madre mía! ¡Cuántas gracias tengo que darle! ¡Y cuánta necesidad tenía de su carta! La he leído y releído sin cesar, y no podía dejarla de las manos. A usted debo los únicos momentos menos penosos que he pasado desde mi partida. ¡cuán buena es usted! La prudencia y la virtud saben siempre compadecerse de la debilidad. Usted tiene conmiseración de mis males. ¡Ah! ¡Si los conociera!... ¡Son horribles! Yo creía haber experimentado las penas del amor. ¡Pero el tormento que no puede expresarse, aquel que es menester haberlo sufrido para formarse idea de él, es el separarse de lo que se ama, y separarse para siempre!

¡Sí, la pena que hoy me oprime se renovará mañana y toda la vida! ¡Dios mío, cuán joven soy todavía, y cuánto tiempo me queda para sufrir!

¡Ser una misma la que fabrique su desgracia, la que despedace su corazón con sus propias manos, y mientras que se sufren estos dolores insoportables, conocer a cada instante que una sola palabra puede hacerlo cesar, y que ésta no puede pronunciarse sin pecar! ¡Ah! ¡amiga mía!

Cuando tomé el partido tan penoso de alejarme de él, esperaba que la ausencia aumentaría mi valor y mis fuerzas: ¡cuánto me he engañado!

Parece, por el contrario, que ella ha acabado por destruirlas. Es cierto que tenía más que combatir; pero aun resistiendo, no era todo privación; a lo menos yo le veía algunas veces, y aun a menudo, sin atreverme a levantar los ojos para mirarle. Yo conocía que él me clavaba los suyos. Sí, amiga mía, yo lo sentía; y me parecía que me reanimaban; y aunque no los veía, no dejaban por eso de penetrar hasta mi corazón. Ahora, en mi penosa soledad, apartada de todo lo que más amo, luchando a solas con mi desgracia, todos los momentos de mi triste existencia están marcados con mis lágrimas, y nada templa mi amargura, ningún consuelo acompaña mis sacrificios; y los que he hecho hasta ahora no me han servido más que para hacerme más dolorosos los que me restan por hacer.

Ayer todavía lo he experimentado vivamente. Entre las cartas que me han entregado había una de él. Estaban aún a dos pasos de mí, y ya la había distinguido entre las demás. Me levanté involuntariamente, temblaba, apenas podía ocultar mi emoción; y, sin embargo, este estado no dejaba de causarme algún placer. Habiéndome quedarlo sola un momento después, toda esta dulzura engañosa se desvaneció, y no me ha dejado sino un sacrificio más que hacer. ¿Podía abrir esa carta, que ansiaba, sin embargo, leer?

Por la fatalidad que me persigue, los consuelos que se me presentan no hacen, por el contrario, sino imponerme nuevas privaciones; y éstas son más crueles todavía por la idea que me formo de que el señor de Valmont entra a la parte de ellas.

He aquí, en fin, este nombre que me ocupa continuamente, y que me ha costado tanto trabajo escribir; la especie de reconvención que usted me hace acerca de él me ha alarmado verdaderamente; suplícole que crea que un aparente rubor no ha alterado mi confianza en usted; ¿y por qué temeré nombrarle? ¡Ah! me avergüenzo de mis sentimientos y no del objeto que los causa. ¡Qué otro puede haber sido más digno de inspirarlos que él! Sin embargo, no sé por qué este nombre se presenta naturalmente bajo mi pluma, y aun por esta vez he tenido necesidad de reflexionar para ponerle. Vuelvo a él. Usted me dice que le ha parecido que mi partida le ha causado una viva impresión. ¿Qué es, pues lo que ha hecho? ¿qué ha dicho? ¿Ha hablado de volver a París? Le ruego que haga lo posible para quitárselo de la cabeza. Si ha juzgado, no debe incomodarse por este paso: pero debe conocer que es un partido tomado sin remedio. Uno de mis mayores tormentos es no saber lo que piensa; tengo todavía su carta... pero usted juzga, como yo, que no debo abrirla. Usted sola, mi indulgente amiga, es la que puede hacer que no esté enteramente separada de él. No es mi ánimo abusar de su bondad. Conozco bien que sus cartas no pueden ser largas. Pero usted no rehusará dos palabras a su hija; una podrá sostener su ánimo, y otra podrá consolarla.

Adiós, mi respetable amiga.

París, 5 de octubre 17...

CARTA CIX

CECILIA VOLANGES A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Muy señora mía: Hasta hoy no he entragado al señor Valmont la carta que usted se ha servido escribirme; la he guardado cuatro días, a pesar del continuo sobresalto en que estaba de que me la hallasen; pero la ocultaba con el mayor cuidado; y cuando estaba triste me encerraba para releerla. Veo bien que lo que creía fuese una desgracia, no es casi nada, y es necesario confesar que hay en ello mucho placer; de modo que ya casi no me aflijo. Sólo la idea de Danceny es la que me atormenta muchas veces: pero hay momentos en que no me acuerdo absolutamente de él. ¡Y es porque el señor Valmont es tan amable!

Hace dos días que he vuelto a hacer las amistades con él: esto me ha sido muy fácil, porque apenas hablé dos palabras, cuando me contestó que si tenía que decirle alguna cosa, vendría por la noche a mi cuarto; y yo le he respondido que de buena gana: y después, luego que vino, me ha parecido que estaba tan poco enfadado, como si no le hubiera hecho nunca nada. Sólo me ha regañado después, y esto con mucha dulzura y de un modo... así como usted, lo que me ha probado que me estima mucho.

No puedo decirle cuántas cosas graciosas me ha contado, con especialidad de mi madre, que yo no hubiera creído jamás. Usted me hará el favor de decirme si todo esto es cierto. Lo que no puede dudarse es que yo no podía tenerme de risa; y una vez di una carcajada tan grande, que tuvimos miedo de que mi madre nos hubiera oído; y si hubiese venido a ver lo que era, ¿qué hubiera sido de mí? Por de pronto, me hubiese enviado al convento.

Como es necesario obrar con prudencia, y como el mismo señor Valmont no quisiera por nada del mundo comprometerme, hemos convenido que en lo sucesivo él vendrá solo a abrir la puerta, y luego nos iremos a su cuarto. Allí no hay nada que temer. Yo estuve ayer con él, y en este momento en que le escribo espero también que venga. Ahora no creo que usted me volverá a regañar. Con todo, hay en su carta una cosa que me ha sorprendido mucho; y es lo que me dice acerca de Danceny y Valmont para cuando estuviese casada. Me parece que una vez en la ópera me dijo usted lo contrario; que una vez casada, no podía querer más que a mi marido, y que me sería necesario renunciar a Danceny. En lo demás, puede ser que lo haya entendido mal, y me alegro haberme equivocado, porque ahora no temeré ya el día de mi matrimonio. Yo lo deseo ya, pues tendré más libertad; y espero que entonces pueda manejarme de modo que no tenga que pensar más que en Danceny. Conozco que no seré verdaderamente dichosa con él, porque ahora su idea me atormenta sin cesar; y no soy feliz sino que cuando logro no pensar en él, lo que es muy difícil; y apenas me acuerdo de él me pongo triste inmediatamente.

Lo que me consuela un poco es que usted me asegura que Danceny me amará más: ¿pero está segura de esto? ¡Oh, sí; usted no querría engañarme! Sin embargo, es muy gracioso que yo ame a Danceny, y que el señor Valmont... pero, como usted dice, quizás esto será una felicidad; en fin, veremos.

No he comprendido bien lo que usted me previene sobre mi modo de escribir. Me parece que a Danceny le gustan mis cartas tales como son. Con todo, conozco que no debo decirle nada de lo que pasa con el señor Valmont; así no hay motivo para temer.

Mi madre no me ha hablado todavía nada de mi matrimonio; pero descuide usted porque cuando me hable, supuesto que es con el objeto de engañarme, yo le prometo que sabré mentir.

Adiós, querida amiga; le doy la más expresivas gracias, y le prometo que no olvidaré jamás

las atenciones que tiene conmigo.

Ya es necesario que acabe ésta; pues es cerca de la una, y el señor Valmont no debe tardar.

En la quinta de... a 10 octubre 17...

CARTA CX

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Poderoso Dios: Yo tenía un alma para el dolor; dadme otra para la felicidad. Así creo que se explica el tierno Saint-Preux. Yo, con más suerte que él, poseo a un tiempo las dos existencias. Sí, amiga mía, soy a la vez muy feliz y muy infeliz, y puesto que tengo en usted entera confianza, debo hacerle la completa relación de mis penas y de mis placeres. Sepa que mi ingrata devota se muestra siempre severa. Ya me ha devuelto hasta cuatro cartas, porque habiendo adivinado desde la primera que me devolvió, que haría lo mismo con las otras, y no queriendo perder así mi tiempo, he tomado el partido de no poner la fecha, y desde el segundo correo la misma carta es la que va y viene siempre, sin que yo haya hecho más que mudar el sobrescrito. Si mi querida acaba ordinariamente como las demás y se enternece algún día, aunque no sea más que de fatiga, guardará al fin la misiva, y entonces habrá tiempo de ponerse al corriente. Usted ve que con este nuevo género de correspondencia no puedo estar perfectamente instruido. Con todo, he descubierto que la inconstante persona ha mudado de confidenta: a lo menos me he asegurado que desde que partió de la quinta, no ha llegado ninguna carta a la señora Volanges, mientras que la anciana Rosemonde ha recibido dos; y como ésta no ha dicho a usted nada, como no habla una palabra de su bella querida, de la que hablaba antes sin cesar, he inferido de esto que con ella es con quien tiene todas sus confianzas. Yo presumo que esta revolución dimana, por una parte, de la necesidad de hablar de mí, y por otra de la vergüencilla de volver a dirigirse a la señora de Volanges, para tratar de un sentimiento que hace tiempo ha desaprobado. Teme también haber perdido en el cambio; porque cuanto más envejecen las mujeres, tanto más severas se hacen. La primera le habría dicho mil cosas malas de mí pero ésta le hablará más de amor, y a la sensible mojigata la espanta más esta pasión que la persona.

El único medio de averiguarlo es, como usted sabe, el de interceptar la comunicación clandestina. Ya he dado orden de ello a mi criado, y espero que lo ejecute de un día a otro. Hasta entonces nada puedo hacer sino a la ventura.

Por esta razón hace ocho días que estoy repasando inútilmente todos los medios conocidos, y cuantos se hallan en las novelas y memorias secretas, y hasta ahora no he encontrado uno que convenga a las circunstancias ni al carácter de la heroína. La dificultad no estará en introducirme en su casa, aun de noche, y de adormecerla y hacer de ella una nueva Clarisa; ¡pero después de dos meses de cuidados y de penas tener que recurrir a medios tan extraños! ¡seguir servilmente las huellas de los otros, y triunfar sin gloria!... No tendrá los placeres del vicio y los honores de la virtud. No es bastante para mí el poseerla, quiero que ella misma se me entregue. Ahora bien; para esto es necesario no sólo penetrar hasta donde se halle, sino llegar allá con su consentimiento, encontrarla sola y decidida a escucharme, sobre todo cerrarle los ojos sobre el peligro; porque si llega a verle, sabrá vencerlo o morir. Pero cuanto más conozco lo que conviene hacer, tanto más difícil hallo la ejecución; y aunque usted se burle de mí, no dejaré de confesarle que mi embarazo se redobla a medida que me ocupo más de ella.

Yo creo que perdería la cabeza, sin las felices distracciones que me proporciona nuestra común pupila; a ella debo el ocuparme todavía en otras cosas más que en hacer elogios.

¿Creería que esta muchachita estaba tan espantada, que han pasado tres días largos antes que su carta haya producido su efecto? ¡Vea como una idea falsa puede echar a perder el más bello carácter!

Finalmente no ha venido a verme hasta el sábado, y entonces no me dijo más que unas medias palabras, y pronunciadas en un tono tan bajo, y ahogados de tal modo por la vergüenza, que era imposible oírlas; pero yo adiviné el sentido por rubor que causaron. Hasta entonces me había mantenido con altivez; pero aplacado a la vista de un arrepentimiento tan gracioso, condescendí en ir aquella noche a ver a mi hermosa penitenta; y esta gracia de mi parte fue acogida con todo el reconocimiento debido a un beneficio tan grande.

Como quiera que no olvido jamás ni los proyectos de usted ni de los míos, he resuelto aprovecharme de esta ocasión para conocer exactamente lo que vale esta niña, y también para acelerar su educación. Pero para seguir este trabajo con más libertad, tenía necesidad de mudar el lugar de nuestra cita; porque un simple gabinete, que separa el cuarto de su pupila del de su madre, no podía inspirarle bastante seguridad para dejarla desplegarse a sus anchas. Yo me había propuesto hacer inocentemente algún ruido que pudiera causarle bastante temor para decidirla a tomar en lo sucesivo un asilo más seguro; mas ella me ha ahorrado este cuidado.

La chiquita es reidora; y para contribuir a su alegría, se me ocurrió el contarle, en los entreactos, todas las aventuras escandalosas que me venían a la cabeza, y para animarlas y fijar más su atención, las atribuía todas a su madre, a quien me complacía en engalanar así con vicios y ridiculeces.

No había yo hecho esta elocución sin motivo, porque esto alentaba mejor que cualquiera otra cosa a mi tímida discípula, y al mismo tiempo le inspiraba el más profundo desprecio por su madre. He observado hace mucho tiempo, que si este medio no es siempre conveniente para seducir a una joven, es indispensable, y aún el más eficaz, cuando se trata de depravarla; porque la que no respeta a su madre, no se respetará a sí misma; verdad moral que yo creo tan útil que me alegro mucho de poder suministrar un ejemplo en apoyo de este precepto.

Con todo, su pupila de usted, que no pensaba en moral, reventaba de risa a cada instante, y al

fin estuvo un vez a pique de ser oída. No tuve trabajo en hacerla creer que había hecho un ruido horrible. Fingí un gran terror, que se apoderó también de ella. Para que se acordase mejor no permití que continuase el placer, y la dejé sola tres horas antes de lo que acostumbraba. Al separarnos quedamos convenido en que desde el día siguiente nos reuniríamos en mi cuarto. Ya la he recibido dos veces en él; y en este corto lapso la discípula se ha hecho tan diestra como su maestro. Sí, a la verdad, le he enseñado cuanto sabía, y hasta las complacencias; y sólo he exceptuado las precauciones. Ocupado así toda la noche, logro con esto dormir casi todo el día, y como la gente que hay ahora en la quinta no me llama la atención, apenas estoy una hora en el salón; y aun hoy he tomado el partido de comer en mi cuarto, del que no salgo sino para dar un paseíto.

Estas extravagancias las atribuyen a falta de salud, y para persuadirlos mejor he dicho que estaba perdido de flatos, y también que tenía un poco de calentura. Para aparentarlo sólo debo hablar con un voz lenta y débil. En cuanto a la mutación de mi semblante, confíe usted en su pupila. El amor proveerá.

Ocupo mi tiempo en soñar en los medios de volver a tomar sobre mi ingrata las ventajas que he perdido, y también en componer un catecismo libertino al uso de mi escuela. Me divierto en dar a cada cosa el nombre técnico; y río de antemano de la interesante conversación que esto debe suscitar entre ella y Gercourt, la primera noche de su matrimonio. ¡No hay cosa más graciosa que el ver la ingenuidad con que ella emplea ya lo poco que sabe de esta lengua! No se imagina que pueda hablarse de otro modo. ¡Esta niña es realmente hechicera! Este contraste de la sencilla candidez con el lenguaje libertino, no deja de hacer efecto; sólo me gustan las cosas estrafalarias, sin saber por qué.

Quizá me entretengo demasiado en estos caprichos, pues pierdo en ellos mi tiempo y mi salud; mas espero que mi fingida enfermedad, además, de que me librará de la fastidiosa tertulia, podrá también serme de alguna utilidad para con mi austera devota, cuya cruel virtud se hermana sin embargo con la dulce sensibilidad. No dudo que ella este instruida de este grande acontecimiento, y tengo vivos deseos de saber lo que piensa de él; tanto más, cuanto apostaría a que no deja de atribuirse el honor de haberlo causado. Yo arreglaré el estado de mi salud según da impresión que hiciere sobre ella.

Vea pues, mi bella amiga, cómo está usted al corriente de mis asuntos tanto como yo mismo. Deseo tener noticias más interesantes que comunicarle, y le suplico crea que, en el placer que me prometo de ellas, cuento por mucho la recompensa que espero de usted.

En la quinta de..., 11 de octubre de 17...

CARTA CXI

EL CONDE DE GERCOURT A LA SEÑORA DE VOLANGES

Según parece, señora, todo está tranquilo en este país; y aguardamos, de un momento a otro, el permiso para retornar á Francia. Espero que no dudará de mi disposición para presentarme allí y anudar los lazos que deben unirme a usted y a la señorita Volanges.

Sin embargo, el señor duque de***, primo mío, y con quien tengo tantas obligaciones, acaba de participarme de su llamamiento a Nápoles. Me comunica que cuenta con pasar por Roma y ver en su ruta la parte de Italia que le queda por conocer. Me compromete a acompañarle en este viaje, que durará alrededor de seis semanas a dos meses. No le oculto, señora, que me será agradable gozar de esta ocasión, sensible al hecho de que una vez casado, difícilmente me tomaré tiempo para otras ausencias que no sean aquellas que mi servicio exija.

También es probable que fuera más conveniente esperar el invierno para este casamiento, pues sólo entonces estarán todos mis parientes reunidos en París, y especialmente el marqués de*** a quien debo la esperanza de emparentarme con usted.

No obstante estas consideraciones, mis proyectos al respecto estarán absolutamente subordinados a los suyos y por poco que usted prefiera sus primeros arreglos estoy listo a renunciar a los míos. Le ruego tan sólo me haga saber lo antes posible sus intenciones al respecto. Esperaré aquí su respuesta y sólo ella reglará mi conducta.

Con todo respeto, señora, y con todos los sentimientos que corresponden a un hijo, soy su muy humilde, etc.

EL CONDE DE GERCOURT.

Bastia, 10 de octubre de 17...

CARTA CXII

LA SEÑORA DE ROSEMONDE A LA PRESIDENTA DE TOURVEL

(Dictada.)

A cabo de recibir en este mismo instante su carta del 11[22], y los dulces reproches que contiene. Convenga usted en que aún desearía hacerme más, y que si hubiera usted olvidado que era mi hija, me, habría reñido. ¡Sería injusticia por su parte!

El deseo de responderle por mí misma ha motivado mi silencio, y aun hoy, ya ve que, merced a mi doméstica, le escribo. El maldito reumatismo vuelve a atormentarme; ahora se aloja en el brazo derecho, y me ha dejado completamente manca.

Ya ve lo que es tener amigas viejas, joven y fresca amiga mía. Hay que sufrir sus achaques.

Tan pronto como mis dolores me den alguna tregua, me prometo conversar con usted largamente. Hasta tanto, sepa tan sólo que he recibido sus dos cartas; que ellas hubieran redoblado mi tierna amistad para con usted, si esto fuera posible; y que en cuanto le interesa le acompañan mis mejores deseos.

Mi sobrino está también un poco indispuesto, aunque la indisposición no ofrece motivo de cuidado; es una leve incomodidad que, a lo que me parece, más al humor que a la salud atañe. Nosotros, no lo vemos casi nunca.

Su retirada y la marcha de usted han desanimado nuestra reunión. La pequeña Volanges se aburre mortalmente durante todo el santo día, y bosteza que es una bendición de Dios. Desde hace algunos días nos hace el honor de dormirse profundamente todas las tardes.

Adiós, hermosa mía; sepa que sigo siendo su amiga, su mamá, su hermana, si es que la edad me permitiera este título. Quede con todos mis cariños y bendiciones.

Firmado, ADELAIDA, por madame de ROSEMONDE.

En la quinta de... a 14 de octubre 17...

---

[22] Esta carta no se ha encontrado.

CARTA CXIII

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT

Debo prevenirle, vizconde, que comienza a despertar la curiosidad de París; que empieza a notarse su ausencia, y tal vez a adivinarse la causa. Asistí ayer a una comida donde acudieron multitud de personas; allí se afirmó categóricamente que la causa de su destierro era un amor novelesco y desgraciado.

El gozo se pintaba en los rostros de todos los envidiosos de su, fortuna y de las mujeres que ha abandonado. Yo le aconsejo que no deje tomar cuerpo a estos rumores, y que venga a destruir con su presencia tan falsas suposiciones.

Piense que si una vez se cree que hay alguien capaz de resistir a sus seducciones, dará motivo a que, en efecto, haya quien las resista en lo sucesivo; que sus rivales le perderán el respeto, y osarán combatirle: ¿quién de entre ellos no se creerá más fuerte que la virtud? Piense, sobre todo, que entre las mujeres que figuran en su lista, las que no ha conseguido usted tratarán de desengañar al público, y las otras tratarán de engañarlo. Se le apreciará en menos de cuanta usted vale, como hasta el día se le ha apreciado en más.

Vuelva usted, y no sacrifique su reputación a un capricho pueril, Usted ha hecho cuanto queríamos de la pequeña Volanges; y en cuanto a la presidenta, ¿cree que ha de burlarse? Tal vea no pienso en usted más que para celebrar el haber logrado humillarle. Aquí al menos podrá usted encontrar alguna ocasión de reaparecer brillante y gallardamente, que buena falta le hace; y aun cuando se obstine en su ridícula aventura, no creo que su vuelta lo perjudique en nada... al contrario.

En efecto, si la presidenta adora a usted, como tantas veces usted me lo ha dicho, y tan pocas probado, su único consuelo, su único placer, debe ser aflora hablar de usted, saber lo que hace, lo que dice y piensa, y todo cuanto le atañe. Tales miserias encuentran su valor en razón directa de las privaciones que se sufre. Son migajas de pan de la mesa del rico, no falta quien las desdeñe, pero el pobre las recoge y de ellas se nutre. Ahora bien; la pobre presidenta acepta ahora todas estas migajas. Mientras más se las escatime usted, más el hambre logrará azuzar en ella. Además, puesto que usted conoce a su confidente, no dude que cada carta de ella abundará en sermones, y en cuanto ella crea que haya de corroborar su prudencia y patentizar su virtud. ¿A qué dejarle a la vez recursos para defenderse, y para perjudicar a usted?

No soy, en absoluto, de su parecer en cuanto a lamentar el cambio de confidente. Desde luego madame Volanges lo aborrece, y el odio es siempre más perspicuo e ingenioso que la amistad. Toda la virtud de la tía de usted no ha de llevarla a maldecir un solo instante de su amado sobrino; que la virtud tiene también sus flaquezas. Vuestros temores parten de un principio absolutamente falso.

No es cierto que a medida que las mujeres envejecen se vuelven ásperas y severas. De los

cuarenta a los cincuenta años sí, cuando su semblante se marchita, y la rabia de verse obligadas a abandonar placeres y amoríos se apodera de ellas. Entonces casi todas se tornan acres e impertinentes, fieras y desdeñosas. Tanto tiempo necesitan para consumar la abdicación y el sacrificio: después se dividen en dos clases.

Las más, que no han tenido más que su palmito y su juventud, caen en una apatía imbécil, y de ella no salen más que para el juego y para algunas prácticas de devoción; tal está siempre enojada, a menudo gruñona, a veces intolerable, casi nunca aviesa. No se puede decir que sean severas ni que dejen de serlo: sin ideas, sin propia vida, repiten indiferentemente, y sin comprenderlo, cuanto oyen decir; su personalidad es nula e inofensiva.

Otras, las menos, y que constituyen clase más preciosa y selecta, son aquellas mujeres que habiendo tenido su carácter, y habiendo pensado alguna vez por cuenta propia, saben aún crearse una existencia, cuando ya les falta aquella a la que fueron inclinadas, y toman el partido de engalanar su ingenio de aquellos atavíos que huelgan ya para su semblante estas suelen tener el juicio sano, el espíritu alegre, sólido y grande. Reemplazan los encantos de la seducción por la bondad que obliga y por aquella jovialidad que la edad trae consigo a veces: así logran acercarse a la juventud y hacerse amar. Y entonces, lejos de ser, como usted dice, rígidas y severas, el hábito de la indulgencia, las largas reflexiones sobre la humana flaqueza, y, sobre todo, el recuerdo de su juventud, del que ellas viven todavía, las hacen fáciles y asequibles, inclinadas a veces de la parte más débil.

Yo, en fin, puedo decirle que habiendo buscado siempre a las viejas, y temprano reconocido la utilidad de sus sufragios, siempre encontré muchas entre ellas a quien mucho el afecto me obligaba, a pesar del interés que motivara mi inclinación primera. Y me detengo aquí: porque ahora que usted se inflama tan pronto y tan moralmente, temo se prenda súbitamente de su anciana tía, y que con ella se entierre en la tumba en que ya vive hace tiempo.

A pesar del encanto que le produce la colegiala, no creo que en nada intervenga en sus planes. La tuvo usted a su alcance, e hizo presa de ella; nada más natural: ¡enhorabuena! pero esto no tendrá mayor trascendencia. No es esto, a decir verdad, un goce verdadero. Usted no posee de ella más que el cuerpo. No hablaré de su corazón, que poco le inquietará sin duda: ni aun su cabeza usted ocupa. Ignoro si lo habrá notado; pero yo tengo pruebas de ello por la última carta que me ha escrito[23], y que le envío, para que la lea. Mire cómo cuando habla de usted en ella, es siempre de monsieur de Valmont; que todas estas ideas, aun aquellas que usted en ella inculcara, no paran sino en Danceny, a quien no llama monsieur, sino Danceny a secas. Así lo distingue de todos los demás; y aun entrelazándose a usted, para él guarda su confianza. Si tal conquista le parece seductora; si los placeres que ella le da mucho lo obligan, seguramente usted se contenta con poco. Guárdela, en buena hora, que en nada a mis proyectos se opone. Pero me parece que no vale la pena que de ella se preocupe usted un cuarto de hora; que también es preciso conservar cierto imperio, y no permitirle, por ejemplo, que a Danceny se aproxime, sino después de habérselo hecho olvidar un poco.

Antes que deje de ocuparme de usted, para volver a mí, quiero decirle que la enfermedad que piensa usted adquirir, es muy conocida y usada. En verdad que usted no cavila cosa mayor. Yo, por mi parte, también me repito algunas veces como verá; pero procuro disimular, por los detalles, y por último, el éxito me justifica. Aún quiero intentar un nuevo ardid de esta clase, y correr una nueva aventura. Convengo en que no tendrá el mérito de la dificultad; pero al menos será una distracción para mí, que me aburro mortalmente.

Ignoro por qué, desde la aventura de Prevan, Belleroche se me ha hecho insoportable. De tal

[23] Ved la carta CIX.

manera ha redoblado sus atenciones, su ternura, su veneración, que ha llegado a empacharme. Su cólera en el primer momento, me pareció donosa; fue preciso, no obstante, mitigarla; que hubiera sido comprometerme el no ponerle freno: y no había medio de hacerlo entrar en razón. He tomado el partido de mostrarle mayor amor, para conseguir mi propósito; pero él ha tomado esto tan en serio, que desde hace algún tiempo me agobia de un eterno embeleso. Noto, sobre todo, la insultante confianza que de por sí toma, y su aire de conquista definitiva y segura que cree haber alcanzado. Me humilla, en verdad, el bueno de Belleroche. Y a fe mía que me aprecia en poco si se cree capaz de tasarme. Llegó a decirme ¡asómbrese usted! que yo no había amado a nadie más que a él. Por el momento, tuve necesidad de toda mi prudencia para no desengañarle al punto, diciéndole toda la verdad. ¡Es, ciertamente, un ente propio para tener un derecho exclusivo! Convengo en su buen talle, y no mal empaque y semblante de galán; pero, en verdad, todo no pasa de un simple ardid de amor. Y el momento ha llegado, en fin, en que debemos separarnos.

Procuro desde hace quince días consumar la ruptura, y he empleado la frialdad, la impertinencia, el desdén, y toda suerte de querellas e inconveniencias; pero el personaje en cuestión no suelta la prenda; fuerza es tomar otro partido: en consecuencia, lo llevo a mi casa de campo. Mañana partimos. No habrá allí entre nosotros más que algunas personas desinteresadas y de pocos alcances; y allí estaremos como en el mayor retiro. Allí lo agobiaré de modo tal, por el amor y las caricias, viviremos hasta tal punto en completo idilio, que acabará por desear aún más que yo el fin de este viaje, que ahora tanto lo halaga, y a fe mía que si no vuelve más cansado de mí que yo lo estoy de él, entonces, vizconde, ya no queda más recurso que el que a usted se le ocurra.

El pretexto de esta retirada es el de ocuparme seriamente de mi gran pleito, que ha de juzgarse, en efecto, al fin o al comienzo del invierno. Y así sea, que mucho me inquieta ver toda mi fortuna en el aire. No es que me preocupe el hecho: la razón me abona; mis abogados me lo aseguran también: y aunque no me abonara, mucha sería mi torpeza sino supiera ganar un pleito en que mis adversarios son dos menores y un viejo tutor. Como es preciso, no obstante, no abandonar nada en asunto tan importante, llevaré conmigo dos abogados. ¿No encuentra usted chusco este viaje? Si gano el pleito y pierdo Belleroche, no habré perdido mi tiempo.

Ahora, vizconde, adivinad el sucesor, aunque ya sé que no adiviináis las cosas. Pues bien: Danceny. Os extraña, ¿no es eso? porque, al fin, todavía no me he quedado para educar niños. este merece que se haga una excepción en su favor; tiene las gracias, pero no la frivolidad de la juventud.

Su gran reserva en el círculo contribuye a alejar toda sospecha, y se le encuentra más amable cuando se explaya en una conversación íntima. No quiere esto decir que haya conversado con él por mi cuenta; aún no he sido más que su confidente: pero bajo el velo de la amistad creo adivinar una gran simpatía hacia mí, y siento que él también va inspirándome mucha. Sería una verdadera lástima que tanto ingenio y delicadeza fuesen a sacrificarse y a fracasar cerca de esa imbécil de Volanges.

Espero que se equivoque al creer que la ama: ¡está ella tan lejos de merecerlo! No es que yo esté celosa; pero sería un asesinato, y quiero salvar a Danceny. Ruego, pues, a usted, que procure cuidadosamente que no pueda acercarse a su Cecilia, como tiene ahora la mala costumbre de llamarla. La primera inclinación tiene siempre más fuerza de lo que se cree, y no estaría segura de nada si volviese a verla ahora, sobre todo en ausencia mía. A mi vuelta, yo me encargo y respondo de todo.

He tratado de traer al joven conmigo, pero he hecho el sacrificio a mi prudencia ordinaria; y además hubiese temido que se apercibiera de algo entre Belleroche y yo, y me hubiera

desesperado que tuviese la menor idea de lo que pasa.

Quiero, por lo menos, presentarme a su imaginación pura y sin tacha; tal, en fin, como debiera ser para ser verdaderamente digna de él.

París, 15 de octubre de 17...

CARTA CXIV

LA PRESIDENTA DE TOURVEL A LA SEÑORA DE ROSEMONDE

Mi querida amiga, cedo a mi gran inquietud, e ignorando si estará usted en estado de responderme, no puedo menos de interrogarle. El estado de monsieur de Valmont, que usted me anuncia sin peligro, me intranquiliza no obstante. No es raro que la melancolía y el disgusto del mundo sean síntomas prematuros de alguna enfermedad grave; los sufrimientos del cuerpo, como los del espíritu, hacen desear la soledad; y a menudo se trata de misántropo

a quien deberíamos considerar como enfermo.

Me parece que debiera al menos consultar con alguien. ¿Cómo no tiene usted, también enferma, un médico cerca de sí? El mío, a quien he visto esta mañana, y a quien he consultado indirectamente, opina, que en las personas naturalmente activas esta apatía súbita no debe descuidarse, y, aludió aun que las enfermedades no ceden al tratamiento sino cuando se las ataca a tiempo. ¿Por qué abandonar a un riesgo tal a persona tan cara a usted?

Lo que redobla mi inquietud, es que desde hace cuatro días, no recibo noticias suyas. ¡Dios mío! ¿No me engaña usted sobre el estado de su salud?

¿Por qué ha cesado de escribirme tan repentinamente? Si fuera acaso el efecto de mi obstinación en enviarle sus cartas, creo que hubiera podido tomar antes tan heroico partido. En fin, sin creer en presentimientos, hace unos días que me agobia una tristeza mortal. ¡Oh! ¡tal vez espero la mayor de las desgracias!

Tal vez no crea usted, y vergüenza me cuesta el confesarlo, lo mucho que me apena el no recibir esas cartas que quizá aún rehusara leer. ¡Si yo estuviera segura que se ocupaba de mí! y viera yo algo suyo. Yo no las abría, es verdad, pero lloraba al contemplarlas, mis lágrimas eran más dulces y fáciles, y ellas disipaban en parte la pena que siento desde mi vuelta.

Ruégole mi indulgente amiga, que me escriba tan pronto como pueda, que tenga yo noticias de usted y de él.

Bien noto que apenas si le he dedicado una palabra a usted; pero conoce mis sentimientos, mi afecto sin tasa, mi tierno agradecimiento a su mucha bondad; perdonará a mi gran turbación, a mis mortales penas, y a los temores de un mal de que tal vez yo sea la causa, mi olvido de usted.

¡Dios mío! esa idea desesperante me persigue y desgarra mi corazón; ton sólo esta desgracia me faltaba, y siento haber nacido para sufrirlas todas.

Adiós, mi querida amiga; ámeme, compadézcame. ¿Tendré hoy carta de usted?

París, 15 de octubre de 17...

CARTA CXV

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Es cosa inconcebible, mi hermosa amiga, cómo al alejarse dos seres dejan al punto de entenderse. Mientras yo estaba cerca de usted, nuestro sentimiento era uno, nuestro modo de ver el mimo, y separados unos tres meses, jamás nos acordamos en nada. ¿De quién es la falta? En verdad que usted no titubeará un momento en la respuesta; pero yo, más tardo o más cortés, no me atreveré a contestar. Quiero responder tan sólo a su carta y continuar exponiéndole mi conducta.

Desde luego, le doy mil gracias por su advertencia sobre las voces que acerca de mí corren; pero aún no me inquieta nada de eso; me creo capaz de desmentirlas en breve. Tranquilícese, apareceré en la sociedad, más célebre que nunca, y siempre más digno de usted.

Aguardo que se me estime en algo la aventura de la pequeña Volanges, a la que tan poca importancia le atribuye. Creo que es preciso conceder algún mérito al haber logrado arrebatar, en una sola tarde, a una joven a su verdadero amante; disponer de ella a mi antojo, como de propia cosa, y esto sin perturbar en nada su verdadero amor, sin hacerla inconstante, ni infiel siquiera; en efecto, después de mi capricho, la devolveré a los brazos de su amante, sin que ella se haya apercibido de nada. ¿Es esto tan vulgar? Y después, créame usted, una vez salida de mis manos, los principios que yo la he inculcado influirán en ella ostensiblemente; y sospecho que la tímida colegiala levantará el vuelo a alturas que hagan honor a su maestro.

Si aún se prefiriese el genero heroico mostrare a la presidenta, modelo de todas las virtudes, respetada de los más libertinos, hasta el punto de considerarla inexpugnable; la mostraré, digo, olvidando sus deberes y su virtud, sacrificando su reputación, sus años de honestidad, para correr tras el placer de agradarme, para buscar la embriaguez de amarme y encontrándose bastante indemnizada de tanto sacrificio por una palabra, por una mirada que todavía no gozará siempre. Haré más, la abandonaré; y o no conozco a esa mujer, o no tendré sucesor. Resistirá a la necesidad de consuelo, al hábito del placer, aun al deseo de venganza. En fin, no habrá existido más que para mí; y que su carrera sea más o menos larga, yo sólo habré abierto y cerrado la barrera. Y una ver logrado este triunfo, diré a mis rivales: "Ved mi obra y buscad en el siglo otro ejemplo."

Usted me preguntará de dónde llega tal exceso de confianza. Desde hace algunos días conozco las confidencias de mi bella, no me dice sus secretos, pero yo los sorprendo. Dos cartas suyas a madame de Rosemonde, me han instruido lo bastante, y no he de leer otras que vengan más que por curiosidad. No necesito para triunfar más que aproximarme a ella, y mis medios están ya encontrados. Voy a ponerlos en práctica.

¿Desea usted saberlos?... Pero no se los diré para castigarla de no creer en mis ardides. Merecería usted sin duda que le retirase mi confianza, al menos en esta aventura; y en efecto, sin el dulce premio que promete a mi triunfo no le hablaría. Como ve estoy enfadado. Sin embargo, en la esperanza de que usted se corrija, vuelvo a la indulgencia, olvido por un momento mis grandes proyectos, para razonar con usted de los suyos.

Ya la veo en el campo enojada como el sentimiento, triste como la fidelidad. ¡Y el pobre Belleroche! No se contenta usted con hacerle beber el agua del olvido, le agobia de la mayor crueldad. ¿Cómo se encuentra? ¿Soporta bien las náuseas del amor? Quisiera que se volviera doblemente prendado de usted, veríamos así cuál sería su remedio heroico. La compadezco por haber aceptado tal partido. Yo no he hecho más que una vez en mi vida el amor por ese procedimiento. Tenía ciertamente un gran motivo para ello, pues era la condesa de *** y veinte veces entre sus brazos estuve tentado de decirle: "Señora, renuncio al puesto que solicito, permítame abandonar el que ocupo." Así, de todas las mujeres, es la única de quien me complace hablar mal.

En el caso de usted, lo encuentro ridículamente raro; y tiene razón en que yo no adivinaría el sucesor. ¿Y es por Danceny por quién se toma esos trabajos? Déjele adorar a su virtuosa Cecilia, y no se comprometa en ese juego de niños. Deje usted a los escolares crecer al lado de sus nodrizas y jugar con los pensamientos a sus juegos inocentes. ¿Cómo podría entendérselas con un novicio que no sabrá tomarla ni abandonarla y con quien se verá obligada a hacerlo todo? Desapruebo esa elección, y siempre la humillará ante mis ojos, como usted se sentirá humillada ante su conciencia.

Me dice que mucho le agrada Danceny: seguramente se engaña y creo haber encontrado la causa de su error. El bello disgusto de Belleroche le ha venido en época de sequía; París no ofrece a usted motivos de elección; su fantasía, siempre viva, se ha vuelto hacia el primer

objeto que ha encontrado. Pero piense que a la vuelta podrá elegir entre mil; y si teme la inacción en que habrá de caer en la duda, yo me ofrezco para distraer sus ocios.

De aquí a su regreso, mis asuntos habrán terminado de un modo o de otro; y seguramente ni la pequeña Volanges, ni la presidenta misma, me preocuparán entonces bastante, para que no pueda ser yo para usted lo que usted desea. Tal vez entonces estará ya la joven Volanges en brazos de su verdadero amante. Sin convenir, como usted dice, en que no sea un placer verdaderamente grande, como tengo el proyecto de que guarde de mí un recuerdo como de un hombre superior, me he puesto con ella en un tono que no podré sostener mucho tiempo sin peligro de alterar mi salud; y desde este momento no me ocupo de ella sino por aquel cuidado que asuntos de familia requieren...

¿No me entiende usted? Aguardo una segunda época para confirmar mi esperanza y asegurarme de mi completo triunfo. Sí, mi bella, presenta ya indicios de no dejar a su marido sin posteridad, y el jefe de la casa de Gercourt no será sino un segundón del de la de Valmont. Pero déjeme usted acabar a mi antojo esta aventura que no he emprendido sino por instancias suyas. Piense que si hace inconstante a Danceny, le quita a mi aventura su más digno remate.

Considere que ofreciéndome para representarle ante usted, tengo algunos derechos a la preferencia.

Piense que no contrarío en nada sus planes, corriendo yo mismo, a aumentar la tierna pasión del amador para el primero y digno objeto de su elección. Habiendo encontrado ayer a la pupila del usted ocupada en escribirle, y habiendo negado esta dulce ocupación por otra más dulce aún, le he pedido después que me la enseñase, y como yo la encontré fría, le hice sentir que no es ése el modo de consolar a su amante, y escribió otra que yo le dicté, en que imitando lo mejor posible su estilo infantil, he tratado he alimentar el amor del joven por una esperanza más segura. La niña parecía encantada de ser autora de una carta tan hábil, y en adelante me encargó de la correspondencia. ¿Qué no haría yo por ese Danceny? ¡Hubiera sido a la vez su amigo, su confidente, su rival y su querida! Y todavía en este momento le hago el favor de librarle de amistades peligrosas. Sí, sin duda, peligrosas; porque poseer a usted y perderla, es comprar un momento de placer por una eternidad de dolor.

Adiós, mi bella amiga, tenga valor para despachar a Belleroche cuanto antes. Deje a Danceny, y prepárese usted a encontrar y a darme los primeros placeres de nuestra antigua unión.

P. D. -La felicito por su próximo pleito. Quisiera que tan feliz suceso acaeciera durante mi reinado.

Castillo de..., 19 de octubre de 17...

CARTA CXVI

EL CABALLERO DANCENY A CECILIA DE VOLANGES

Madame de Merteuil ha partido esta mañana; así, mi querida Cecilia, heme aquí privado del único placer que me quedaba en su ausencia: el de hablar de usted con nuestra común amiga. Desde hace algún tiempo me ha rogado que le diera ese nombre; y he accedido a ello con tanto más apresuramiento, cuanto por este medio me parecía aproximarme más a usted. ¡Dios mío, qué amable es esta mujer! ¡qué encanto sabe comunicar a la amistad! Me parece que este dulce sentimiento se embellece y dulcifica de cuanto rehúsa al amor. ¡Si subiese cuánto la ama, y cómo se complace en oírme hablar de usted! Esto es lo que más me aficiona a ella sin

duda. ¡Qué placer tan inmenso el vivir consagrado a dos mujeres tan amables, el pasar de las delicias del amor a los placeres de la amistad, y a ello consagrar toda mi existencia, y ser en cierto modo el punto en que convergen dos afectos tan grandes; consagrándome a la felicidad de la una, aumentando así la dicha de la otra! Ame mucho a esta mujer adorable. Después de haber gustado el encanto de la amistad, deseo que usted también lo goce. Los placeres que no comparto con usted me parece no disfrutarlos más que a medias. Sí, mi Cecilia, quisiera rodearle el corazón con los sentimientos más dulces y que cada uno de estos sentimientos le hiciera experimentar una sensación de dicha, aunque siempre creeré que no devuelvo así sino una pequeña parte de la inmensa ventura que de usted recibo.

¿Por qué tan encantadores proyectos no han de ser más que una quimera de mi imaginación, y la realidad no ha de ofrecerme más que privaciones dolorosas e indefinidas? La esperanza que usted me había dado de verla en el campo, veo claramente que se desvanece. El único consuelo que me queda es pensar que, en efecto, no es culpa suya. ¡Y usted olvida decírmelo, lamentarse de ello, como yo me lamento! Dos veces mis quejas han quedado sin contestación. ¡Ah! Cecilia, creo en su amor, pero su alma no es ardiente como la mía. No soy ciertamente yo el llamado a quitar el obstáculo. ¡Si fuesen mis intereses los que yo manejase y no los suyos!... Yo le probaría cómo no hay burlas para el amor.

Tampoco me dice usted cuál será el fin de esta cruel separación: aquí al menos lograré verla probablemente. Esas celestiales miradas reanimarán mi alma abatida, ellas confortarán mi corazón que desfallece. Perdón, Cecilia mía, este temor no es una sospecha. Creo en su amor, en su constancia. Sería muy, infeliz si de ella dudase, ¡pero tantos obstáculos! Amada mía, estoy triste, muy triste. Me parece que la marcha de madame de Merteuil ha renovado en mí el sentimiento de todas mis desgracias.
Adiós, Cecilia mía; adiós, mi bien amado. Piense que su amante se aflige, y que en sus manos se halla el consuelo.

París, 17 octubre de 17...

CARTA CXVII

CECILIA VOLANGES AL CABALLERO DANCENY

(Dictada por Valmont.)

¿Cree entonces, amigo mío, que merezco que me regañen por estar triste cuando usted está afligido, y duda de que yo sufra tanto y más aún sus propias penas? Comparto hasta las que le causo voluntariamente; y sufro más que usted mismo, al ver que no es para conmigo justo.

¡Oh! esto no está bien. Conozco de sobra que lo que le disgusta es que no haya acudido a su llamamiento ninguna de las dos veces que me lo ha pedido; ¿pero cree acaso que el complacerle es tan fácil? ¿Piensa que yo ignoro que lo que me pide no es justo, y que, si me cuesta trabajo no acceder a sus deseos estando lejos, me había de ser más penoso el no complacerlo estando cerca, sobre todo si tengo en cuenta que por haber querido consolarle sólo un momento, estaré apenada ya toda mi vida?

Nada tengo que ocultarle. He aquí mis razones, y juzgue por sí mismo: yo habría acaso podido acceder a sus deseos, si no le hubiera anunciado que ese monsieur de Gercourt, causa de nuestras penas, no llegará tan pronto; y como desde hace algún tiempo mi madre está mucho más cariñosa conmigo; como, por mi parte, la complazco cuanto puedo, ¿quién sabe lo que de ella podré obtener? ¿No sería mucho mejor que pudiéramos ser felices sin que yo

tuviera que reprocharme nada? Si he de creer lo que muchas veces me han dicho, los hombres no aman a sus mujeres tanto como debieran, cuando las han amado en demasía antes de serlo.

Este temor me contiene más que nada. ¿No está usted, amigo mío, seguro de mi corazón, y no tenemos todavía tiempo para todo?

Escuche lo que le prometo; si no puedo librarme de la desgracia de casarme con monsieur de Gercourt, que ya detesto antes de conocerle, nada habrá que me detenga para ser de usted, y esto lo antepondré a todo. Como yo no aspiro sino a ser su amada, y como usted comprenderá que si procedo mal no es por culpa mía, todo lo demás poco me importa, con tal de que me prometa amarme siempre tanto como ahora.

Pero déjeme hasta entonces continuar como hasta aquí, y no me vuelva a pedir una cosa que tengo razones poderosas para no conceder, y que me duele negar, sin embargo.

Yo desearía también que monsieur de Valmont no fuera con usted tan apremiante, porque esto no conduce más que a agravar mis penas. ¡Oh! verdad que tiene en él un buen amigo, sin duda alguna. Hace tanto por usted, como pudiera hacerlo usted mismo.

Adiós, querido amigo; he empezado a escribir muy tarde, y en ello he empleado buena parte de la noche. Voy a acostarme, y a recuperar el tiempo perdido. Envíole un beso, pero no me regañe más.

Castillo de..., a 18 de octubre de 17...

CARTA CXVIII

EL CABALLERO DANCENY A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Si he de creer a mi almanaque, no hace, mi querida amiga, más que dos días que se halla usted ausente; pero a mi corazón le parece que hace dos siglos. Como de usted he aprendido a creer más que a nadie al corazón, ya es hora pues de que regrese, que todos sus negocios deben estar sobradamente terminados. ¿Cómo quiere usted que yo me interese en su proceso si, piérdalo o gánelo, debo igualmente pagar las deudas con el dolor que su ausencia me causa? ¡Oh, cuánta gana tengo de lamentarme, y qué triste es tener el humor de hacerlo en tan hermoso asunto, y no tener derecho de huirlo!

¿No es, sin embargo, una verdadera infidelidad, una negra traición, tener tan alejado a un amigo, después de haberlo acostumbrarlo a no poder vivir sin usted? Puede consultar a sus abogados, y no hallarán medio de justificar esta mala conducta; y, además, estas gentes no aducen más que razonamientos, y los razonamientos no bastan para responder a los sentimientos.

En cuanto a mí, me ha dicho usted tantas veces que la razón le ha obligado a hacer este viaje, que ha conseguido que me rebele contra ella. Yo no quiero oír ya más la voz de la razón, ni aun cuando me aconseja que de usted me olvide. En este caso la razón es bastante razonable, sin embargo; y en realidad, no sería muy difícil que usted lo creyese. Bastaría solamente perder la costumbre de pensar en usted siempre, y aseguro que aquí nada me haría recordarla.

Nuestras más encantadoras mujeres, las consideradas como más amables, están aún tan lejos de usted, que no podrían dar sino una imagen muy pálida.

Hasta creo que, con ojos algo expertos, cuanto más se cree al principio que se le parecen, más se nota después la diferencia, y aunque se esfuercen en poner de su parte cuanto saben y pueden, siempre les falta el ser usted, que es precisamente en lo que estriba el encanto. Desgraciadamente, cuando los días son muy largos, y no se tiene nada que hacer, se sueña, se hacen castillos en el aire, se crea una quimera, poco a poco la imaginación se exalta; se quiere embellecer la obra de la fantasía, se la asemeja a todo cuanto puede agradar, se llega, en fin, a la perfección; y cuando se llega a estas alturas, el retrato conduce al modelo, y se ve con asombro que no e ha hecho otra cosa que pensar en usted.

En este mismo momento soy todavía juguete de un error muy parecido. Acaso crea usted que me he puesto a escribirle para ocuparme de ella. Nada de eso; ha sido por distraerme de este asunto. Tengo cien cosas que decirle, de las que usted no es el objeto, y que como sabe, me interesan vivamente; y de éstas es, sin embargo, de las que me he apartado. ¿Desde cuándo el encanto de la amistad distrae de los del amor? ¡Ah! Si yo reflexionase esto detenidamente, tal vez tuviera que hacerme algún reproche. Pero, silencio; olvidemos esta ligera falta, por temor de volver a caer en ella, y que mi propia amiga lo ignore.

Además, ¿por qué no está usted ahí para contestarme, para guiarme si me extravío, para hablarme de mi Cecilia, para aumentar, si es posible, la felicidad que al amarla siento, con la dulce idea de que es amiga suya la mujer a quien amo? Sí, lo confieso; el amor que ella me inspira es para mí más precioso todavía desde que usted ha querido escuchar mis confidencias.

¡Me gusta tanto abrirle mi corazón, llenar el suyo de mis sentimientos, y depositarlos en él sin reservas! Paréceme que los aprecio en más a medida que usted se digna recogerlos; y por fin, la contemplo, y digo: "En ella se encierra toda mi dicha."

No tengo nada nuevo que decirle sobre mi situación. La última carta que he recibido de ella aumenta y asegura mi esperanza; pero la retarda todavía. Sin embargo, los motivos en que se funda son tan honrados y tan tiernos, que no puedo censurarla ni quejarme. Quizá no entienda usted desde ahí bien lo que le digo: pero ¿por qué no está aquí? Aunque se cuente todo a la amiga, no se atreve uno a escribírselo todo. Los secretos del amor, sobre todo, son tan delicados, que no pueden confiarse a la salvaguardia de la buena fe. Si alguna vez se les permite que salgan, no se les debe al menos perder de vista. Es necesario, en cierto modo, verlos entrar en su nuevo asilo. ¡Ah! Vuelva pronto, mi querida amiga; usted ve bien claramente que su regreso es necesario. Olvide, en fin, las mil razones que la detienen en donde está, o enseñe a vivir donde usted no se encuentre.

Tengo la honra de ser, etc.

París, 19 de octubre de 17...

CARTA CXIX

LA SEÑORA DE ROSEMONDE A LA PRESIDENTA DE TOURVEL

Aunque todavía estoy mala, querida amiga, trato de escribirle a usted por mí misma, con objeto de poder hablarle de lo que le interesa. Mi sobrino continúa tan misántropo como siempre. Envía diariamente a preguntar cómo me encuentro, pero no ha venido ni una sola vez en persona, por más que yo se lo he suplicado varias veces; de modo que no lo veo más que si estuviera en París. Le he encontrado, sin embargo, esta mañana donde no lo esperaba, en mi capilla, a la que había yo bajado por primera vez después de mi dolorosa enfermedad. He sabido hoy que desde hace cuatro días va puntualmente allí a oír misa. ¡Dios quiera que esto dure!

Cuando entré, vino a mí y me felicitó muy afectuosamente por mi mejoría. Como iba a empezar la misa, abrevié la conversación, con el propósito de reanudarla después; pero desapareció antes de que pudiese unirme a él. No ocultaré a usted que lo he encontrado algo cambiado. Pero, querida mía, no me dé motivos para arrepentirme de mi confianza en su buen juicio con inquietudes demasiado vivas; y sobre todo, esté segura de que más preferiría afligiros que engañaros.

Si mi sobrino continúa tan displicente conmigo, tomaré, tan pronto como me sea posible, la resolución de ir a verle en su cuarto, y trataré de inquirir la causa de esta singular manía, a la cual creo que contribuye usted no poco.

Le comunicaré lo que haya averiguado. Termino aquí, porque apenas si puedo ya mover los dedos; y además, porque si Adelaida supiese que le he escrito, se pasaría la tarde reconviniéndome.

Adiós, querida mía.

Castillo de..., 20 de octubre de 17...

CARTA CXX

EL VIZCONDE DE VALMONT AL PADRE ANSELMO
(Religioso del convento de la calle de Saint-Honoré.)

No tengo la honra de conocerle, señor; pero conozco la confianza absoluta que usted inspira a la señora presidenta de Tourvel, y en qué persona tan digna ha depositado tal confianza. Creo, pues, poder dirigirme a usted sin ser indiscreto, con objeto de pedirle un gran favor, verdaderamente propio de su santo ministerio, y en el cual está la señora de Tourvel tan interesada como yo.

Tengo en mi poder documentos importantes que con ella se relacionan, que no pueden ser confiados a nadie, y que no debo ni quiero poner sino en manos de usted. No tengo medio alguno de dar conocimiento a esta señora de los papeles mencionados, porque, razones que acaso conozca usted por ella misma, y que yo creo que no me es permitido darle ahora, le han movido a adoptar la resolución de cortar conmigo toda correspondencia; resolución que hoy, confieso sinceramente, que no tengo motivos para censurar; porque ella no podía prever acontecimientos que yo mismo estaba muy lejos de esperarme, y que no es posible atribuir más que a la fuerza sobrehumana que hay que reconocer en todo esto.

Le ruego pues, señor, que tenga a bien comunicarle mis nuevas resoluciones, y pedirle que me conceda una entrevista privada, en la cual pueda yo al menos, reparar en parte mis yerros con mis disculpas; y, por medio de este último sacrificio, desvanecer ante sus ojos las mismas trazas que aún existen de un error o de una falta que me ha hecho aparecer culpable ante ella.

Sin esta expiación preliminar, no me atrevo a depositar a los pies de usted la confesión humillante de mis prolongados extravíos, ni a implorar su intervención para obtener una reconciliación mucho más importante todavía y desgraciadamente más difícil.

¿Puedo esperar de usted, señor, que no me niegue ayuda tan necesaria y preciosa, y que se dignará sostener mi debilidad y guiar mis pasos por una nueva senda que deseo ardientemente seguir, pero que ruborizándome confieso que desconozco todavía?

Espero su respuesta con la impaciencia del arrepentido que desea reparar sus errores; y le ruego que me crea con tanta gratitud como respeto.

Su muy humilde, etc.

P. D. -Autorízole, señor, en el caso de que lo juzgue conveniente, para transmitir esta carta íntegra a la señora de Tourvel, a la que me consideraré toda mi vida obligado a respetar, y a quien nunca dejaré de honrar como a la persona de quien el cielo se ha servido para conducir mi alma al camino de la virtud por el conmovedor espectáculo de la suya.

Castillo de..., 22 de octubre de 17...

CARTA CXXI

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL CABALLERO DANCENY

He recibido su carta, mi demasiado joven amigo; pero antes de dar gracias a usted, es preciso que le riña; y le prevengo, que si no se corrige, no tendrá más respuesta mía. Abandone, pues, ese tono de zalamería, pura jerga ficticia, que no es verdadero lenguaje del afecto. ¿Es ese el estilo de la amistad? No, amigo mío, cada sentimiento tiene su lenguaje; servirse de otro, es disfrazar el pensamiento que quiere expresarse. Ya sé que nuestras mujeres no entienden nada de lo que quiere decírseles, si no se les traduce en la jerga usual; pero yo creo merecer el que usted me distinga de ellas. Mucho me enoja verme tan mal juzgada.

Usted encontrará en mi carta lo que falta en la suya, franqueza y sencillez. Le diré, por ejemplo, que tendría un gran placer en verle, y que me contraría mucho no tener cerca de mí sino gentes que me enojan, en lugar de gentes que me agraden; pero usted traduciría sin duda esta misma frase: aprenda usted a vivir lejos de donde vivo; de modo que cuando se encuentre cerca de su amada, usted no sabrá vivir sin mi presencia tampoco. ¡Qué piedad! ¿y esas mujeres a quienes falta tan bien ser como yo (tal, según usted, le acontece a la joven Cecilia), no harán sin mí la dicha de usted? He aquí dónde conduce un lenguaje, que, por el abuso, está aún por debajo de la torpe jerga de cumplimiento, simple protocolo a quien no se da más fe que a un servidor cualquiera.

Amigo mío, cuando usted me escriba, que sea para decirme su modo de pensar y de sentir, y no para enviarme frases que encontraré sin duda en la primera novela del día.

Espero que no se ofenda por cuanto le digo, aunque en ello tal vez descubra algún mal humor, que no niego tener: pero para evitar en todo el defecto que en usted reprocho, no le diré que mi disgusto provenga de su alejamiento. Me parece que, no obstante, usted vale más que un proceso y dos abogados, y aún más que el atento Belleroche.

Ya ve que en vez de atormentarse con mi ausencia, debiera felicitarse de ella; pues nunca había hecho a usted tan bello cumplimiento. Veo que el ejemplo me contagia, y que a mi vez voy a caer en la adulación; pero no, prefiero atenerme a mi franqueza; ella tan sólo le asegurará de mi tierna amistad. Es muy grato tener un amigo joven cuyo corazón se encuentra en otra parte. No es éste el sistema de todos las mujeres, pero es el mío. Creo preferible entregarse a un sentimiento del que nada se teme: por eso he sido para usted una confidente tal vez demasiado joven; pero como usted elige sus amores tan jóvenes, me ha hecho apercibir, quizás antes de tiempo, que soy un tanto vieja. Hace bien en prepararse para una larga y duradera confianza, y yo le prometo que en nada me opondré a este lazo recíproco.

Razón tiene usted en parar mientes en los motivos tiernos y honrados que, según me indica, retrasan su ventura. La defensa obstinada es el único recurso que resta a quienes deben sucumbir en el asedio; y lo que yo encontraría imperdonable en otra que no fuera la pequeña Volanges, sería el no saber escapar de un peligro de que ha sido advertida sobradamente por la confesión de su amor. ¡Los hombres no tienen idea de lo que es la virtud, y de lo mucho que el sacrificarla cuesta! Pero a poco que una mujer razone, debe saber cómo, independientemente de su falta, una debilidad es para ella la mayor de las desgracias; y me parece imposible que ninguna incurra en tal flaqueza si ha tenido un solo momento para reflexionar.

No trate usted de combatir esta idea: ella es la que principalmente me impulsa a la amistad que le profeso. Usted me salvará de los peligros del amor, y aunque hasta el presente he sabido defenderme bien, consiento en reconocerme agradecida, y esta gratitud redobla mi afecto.

A Dios ruego que lo tengo en su santa guarda.

Castillo de..., 22 de octubre de 17...

CARTA CXXII

LA SEÑORA DE ROSEMONDE A LA PRESIDENTA DE TOURVEL.

Esperaba, querida hija mía, poder calmar sus inquietudes, y voy a aumentarlas. Tranquilícese usted, no obstante; mi sobrino en nada peligra: no puede decirse que esté en realidad enfermo. Pero algo extraordinario pasa en él. Nada comprendo, y he salido, sin embargo, de su habitación con un sentimiento de tristeza, casi de horror, que me reprocho de comunicarle, y que, no obstante, es imposible que omita en mi carta. He aquí el relato de lo ocurrido; puede estar segura usted de su fidelidad: que muchos años he de vivir para olvidar la triste escena presenciada.

He estado esta mañana en casa de mi sobrino; le encontré escribiendo, y rodeado de varios montones de papel, que parecían los objetos de su trabajo. En ellos se ocupaba cuando yo estaba en medio de la habitación, antes que hubiese advertido mi llegada. En cuanto me vio, noté que al levantarse trataba de componer y calmar su semblante, lo que me hizo fijarme aún más en él. Estaba, a la verdad, descocado, pero le encontré más pálido y mustio y el rostro visiblemente alterado. Su mirada viva y alegre, estaba triste y abatida; en fin, sea dicho entre nosotras, no hubiera deseado que usted lo hubiese visto así; porque su aspecto tenía ese aire especial que inspira la piedad y la emoción que acarrea el amor e inspira pasiones peligrosas.

No obstante mi extrañeza, comencé la conversación como si nada hubiera notado. Le hablé desde luego de su salud, y sin decirme que era buena, tampoco se queja de quebranto alguno, de dolencia determinada. Quejéme entonces de su retirada que iba tomando aspecto de manía, y traté de alegrar un tanto mi reprimenda; pero él me respondió tan sólo y con tono resuelto: "Es un error más, lo confieso; pero será reparado como los otros." Su expresión, aún más que su palabra, dio en tierra con mi jovialidad, y me apresuré a decirle que daba demasiada importancia a un simple reproche de la amistad.

Nos pusimos a conversar tranquilamente, y me dijo poco tiempo después, que tal vez un asunto, el más importante de su vida, le llamaría en breve a París; pero como yo temiera adivinarlo, mi querida, y como me viera próxima a una confidencia que yo no buscaba, guardéme bien de hacerle pregunta alguna, y me contenté con recomendarle menos disipación, como provechoso a su salud. Le añadí que por esta vez no haría ninguna nueva instancia, y que amaba a mis amigos por sí mismos; y entonces, cogiéndome ambas manos, y con tal vehemencia como nunca sabría pintaros, me dijo: "Sí, amada tía, ame usted mucho a un sobrino que os respeta y venera; y como usted dice, ámele por sí mismo. No se aflija usted de su dicha, y no turbe usted con pena alguna la eterna tranquilidad que pronto espera gozar. Repítame que me ama, que me perdona; sí, usted sabrá perdonarme; su bondad conozco y no dudo de su indulgencia: pero, ¿cómo esperarla de aquellos a quienes tanto he ofendido?" Y baja la cabeza para ocultar, yo creo, señales del dolor que pregonaba su voz a pesar suyo.

Conmovida como excuso decirle, me levanté precipitadamente y, notando sin duda mi turbación, puesto que hubo de reponerse al punto: "Perdón añadió, señora, conozco mi extravío. Ruégole que olvide mis palabras, y sólo recuerde mi profundo respeto. No dejaré, agregó aún, de repetir a usted igual homenaje antes de mi marcha." Después de esta frase, me pareció oportuno terminar mi visita, y me marché en efecto.

Mientras más reflexiono, menos adivino cuanto ha querido decirme. ¿Qué asunto es ése, el más grande de su vida? Por qué me pide perdón? ¿De dónde proviene tan súbita ternura al hablarme? Mil veces pregunto lo mismo, y mil veces aguardo en vano una respuesta. Nada veo aquí que a usted ataba; sin embargo, como los ojos del amor tienen doble alcance que los de la amistad, no quiero dejarla en ignorancia de nada de cuanto ocurre.

En cuatro veces he escrito esta carta, y hubiera sido más extensa a no ser por el cansancio que siento.

Castillo de..., 25 de octubre de 17...

CARTA CXXIII

EL PADRE ANSELMO AL VIZCONDE DE VALMONT

He recibido, señor vizconde, la carta con que usted me ha honrado, e inmediatamente he ido en busca de la persona indicada. Le he expuesto el objeto y los motivos del asunto. Aunque muy poco apegada la encontré al sabio partido que había adoptado desde luego, habiéndole

demostrado que por su negativa pondría un obstáculo a la vuelta feliz de usted, oponiéndose al par a las miras misericordiosas de la Providencia, ha consentido en recibir la visita de usted, a condición tan sólo que sea la última, y me ha encargado que le anuncie que estará en su casa el próximo jueves, 28. Si este día no conviniera, puede comunicárselo e indicarle otro. La carta de usted será recibida.

Sin embargo, señor vizconde, permítame que le invite a no diferir sin razones suficientes la visita, con el fin de entregarse antes y por entero a las loables disposiciones que me testificara. Piense que el que tarda en aprovechar el momento de la gracia, se expone a que le sea retirada; que si la bondad divina es infinita, el uso de ella se rige por leyes de justicia; y que puede llegar un momento en que el Dios de misericordia se cambie en un Dios de venganza.

Si usted continúa honrándome con su confianza, le ruego que crea cómo todos mis cuidados serán puestos en obra tan pronto como usted lo indique; por grandes que sean mis ocupaciones, mi más importante asunto será el cumplir con el santo ministerio a que yo particularmente me dedico; y el momento más bello de mi vida, será aquel en que vea prosperar mis esfuerzos por la bendición del Todopoderoso. Débiles pecadores, nada podemos para con nosotros mismos, Dios lo puede todo; y nosotros debemos igualmente a su bondad el deseo de unirle a Él, y yo, los medios de conducir a Él a usted. Con su ayuda, espero convencerle pronto de que solamente la santa religión puede dar, en este mundo, la dicha sólida y durable que en vano se busca contra las pasiones del mundo. Reciba usted mis más humildes respetos.

París, 23 octubre 17...

CARTA CXXIV

LA PRESIDENTA DE TOURVEL A LA SEÑORA DE ROSEMONDE

En medio de la extrañeza que han producido en mí, señora, las noticias que tuve ayer de usted, no olvido la satisfacción que a usted debe producir, y me apresuro a felicitarla. Monsieur de Valmont no se ocupa ya de mí ni de su amor, y no piensa sino en reparar, por una vida edificante, los errores de su juventud. El padre Anselmo me ha informado de ello; a él se ha dirigido como consejero de su porvenir, y también para tener una entrevista conmigo, cuyo principal objeto es devolverme mis cartas, a lo que yo sospecho, y que guardaba, no

obstante mis reiteradas súplicas.

No puedo menos de aplaudir tan dichoso cambio, y felicitarme de ello si, como él dice, en esto tengo alguna parte. Pero ¿por qué he de ser yo el instrumento, a costa del reposo de mi vida? ¿No puede venir la dicha de monsieur de Valmont sino aparejada a mi infortunio? ¡Oh, mi indulgente amiga, perdone usted mi queja! Yo sé que no me es posible conocer los designios de Dios; pero mientras más en vano le pido fuerzas para resistir a mi amor, él se la prodiga a quien no la pide, y a mí me desampara.

Pero ahoguemos esta culpable queja. ¿No sabemos que el hijo pródigo obtuvo de su madre más gracia que el hijo fiel y sumiso? ¿Qué cuentas pediremos a quien nada nos debe?

Y aunque los mortales tuviésemos algún derecho acerca de Dios, ¿cuáles serían los míos? ¿Podré jactarme de una virtud que no debo sino a Valmont? ¡Me ha salvado, y me quejo, no obstante, sufriendo por él! No, mis sufrimientos me serán caros si su dicha es el premio. Sin duda es preciso que él vuelva al padre común. Dios, que lo ha hecho, debe amar su obra. No habría creado un ser tan admirable para hacer de él un réprobo. Mía es la culpa, y el castigo de mi imprudencia audaz; ¿no debo yo sufrir el haberlo visto cuando no debía amarlo?

Mi falta y mi desgracia es haber cerrado los ojos durante tanto tiempo a esta verdad. Usted es testigo, mi querida y digna amiga, cómo me he sometido a este sacrificio, habiendo reconocido la necesidad de él; pero para que fuese completo, faltaba que monsieur de Valmont no lo participara. ¿Confesaré a usted que esta idea es la que ahora más me atormenta? Insoportable orgullo que dulcifica los males que sentimos, por los que hacemos sufrir. ¡Ah! yo venceré este corazón rebelde, yo le acostumbraré a las humillaciones.

Para lograr este propósito he consentido en recibir el jueves próximo la penosa visita de monsieur de Valmont. Yo oiré de sus labios cómo para él ya no soy nada, que la impresión débil y pasajera que había causado en él se ha borrado en absoluto. Vere sus miradas caer sobre las mías, sin emoción, frías, mientras que el temor de mostrar mi pasión me hará bajar los ojos. Las mismas cartas que durante tanto tiempo negó a mis súplicas reiteradas, las recibiré de su indiferencia; me las devolverá como objetos inútiles y que en nada le interesan; y mis manos temblorosas, al recibir este depósito vergonzoso, sentirán que las reciben de manos firmes y tranquilas. en fin, le veré alejarse... alejarse para siempre, y mis miradas le seguirán, sin ver las suyas volverse hacia mí.

¡Y yo estaba reservada a tanta humillación! ¡Ah, que sea al menos útil para mí penetrándome del sentimiento de mi debilidad!
Sí, estas cartas que él no se cuida de guardar, las conservaré como algo precioso. Me impondré la vergüenza de leerlas todos los días, hasta que mis lágrimas hayan borrado la última línea: y las suyas las quemaré, como infestadas del peligroso veneno que ha corrompido mi alma. ¡Oh! ¿qué es el amor? Huyamos de esta pasión funesta, que no permite elegir más que entre la vergüenza y la desgracia, y a veces ambas al par nos agobian; y que al menos la prudencia reemplace la virtud.

¡Qué lejos está el jueves! ¡que no pueda yo consumar al instante el sacrificio doloroso, y olvidar a un tiempo la causa y el objeto! Esta visita me importuna; me arrepiento de haberla concedido. ¿Para qué desea verme ya? ¿qué somos ya uno para otro? Si me ha ofendido, yo lo he perdonado. Le felicito de querer enmendar sus fallas. Haré más, lo imitaré; y seducida por los mismos errores, su ejemplo me redimirá. Pero cuando su proyecto es huir de mí, ¿a qué comenzar por buscarme? ¿Acaso lo que más urge para ambos no es que huyamos uno de otro? Sin duda; y en adelante tal será mi conducta.

Si usted lo permite, mi querida amiga, será a su lado donde iré a entregarme a tan difícil

retiro. Si tengo necesidad de socorro y ayuda, tal ver de consuelo, no lo admitiré más que de usted. Solamente usted sale entenderme y hablar a mi corazón. Su preciosa amistad llenará toda mi existencia. Nada me parecerá difícil para secundar los cuidados que quiera otorgarme. Le deberé mi tranquilidad, mi dicha, mi virtud; y el fruto de sus bondades será haberse hecho digna de mí misma.

He divagado mucho en esta carta; lo presumo al menos por la turbación que se apodera de mí al escribirla. Si en ella hay algún sentimiento que pueda avergonzarme, cúbralo usted con su indulgente amistad. A ella me someto. No quiero ocultarle ningún movimiento de mi corazón.

Adiós, respetada amiga. Espero en breve comunicarle mi llegada.

París, 25 octubre 17...

CARTA CXXV

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Ya ve usted, la soberbia y altiva mujer que se creía invulnerable, rendida a discreción. Sí, amiga mía, soy ya su dueño absoluto; desde hoy nada le resta a concederme.

Estoy demasiado cerca de mi fortuna para poder apreciarla: pero me asombra el encanto nunca sentido que he experimentado. ¿Será cierto que la virtud aumenta el valor, aun en el mismo momento de la flaqueza? Pero releguemos esta idea pueril a las cuentas de las buenas mujeres. ¿No se encuentra en todas partes una resistencia más o menos bien fingida al primer triunfo? ¿He encontrado yo en alguna parte este placer que me encanta? No es éste, sin duda, el del amor; porque, en fin, si alguna vez he tenido momentos de debilidad con esta mujer extraña, he sabido vencerlos siempre, y volver a mis planes. Aunque la escena de ayer me haya conmovido algo más de lo habitual en mí, después de haber participado de la turbación y embriaguez que yo había hecho nacer, parecía lógico que esta ilusión pasajera se hubiera disipado ya; y sin embargo, dura todavía. Tendría, lo confieso, un especial placer en entregarme a ella, si no produjera alguna inquietud. ¿Acabaré, a mi edad, por ser dominado involuntariamente, como un pobre escolar, bajo el yugo de una pasión? No: fuerza es combatirla y analizarla.

Tal vez he logrado ya conocer la causa. Esta idea me complace, y quisiera que fuese verdadera.

En la multitud de mujeres acerca de las cuales he desempeñado hasta el día el papel de amante, no he encontrado ninguna que no deseara tanto, al menos, el ser vencida, como yo deseaba vencerla; estaba yo habituado a llamar prudentes a aquellas que no andaban más que la mitad del camino, en oposición a otras, como defensa provocante apenas cubre sus primeros avances hacia el amor.

Aquí, al contrario, he encontrado una primera prevención desfavorable, fundada por los consejos de una mujer odiosa, aunque inteligente; una timidez natural y extrema, baluarte del pudor; una virtud arraigada, dirigida por la religión, y que tenía ya dos años de triunfo; y al fin, medidas extraordinarias, con el único fin de sustraerse a mis persecuciones.

No es pues, ésta, como mis otras aventuras, una sencilla capitulación más o menos ventajosa, y de la cual más debe aprovecharse que convertir en motivo de orgullo; es una victoria completa, comprada a costa de una campaña penosa, y decidirla merced a sabias maniobras. No es sorprendente que este triunfo, que a mí sólo debo, sea para mí el más amado de todos; y el gran placer que el éxito me produce, no es sino la dulce impresión del sentimiento de la gloria. A este pensamiento me atengo, que me evita la humillación de pensar que pueda depender por un momento del ser a quien he avasallado; que no reside en mí la plenitud de la dicha: y que la facultad de hacerme gozar en toda su energía esté reservada a tal o cual mujer.

Estas reflexiones sensatas regirán mi conducta en tan importante ocasión; y puede usted estar segura que no he de dejarme encadenar hasta el punto de no poder romper estos nuevos lazos a merced de mi capricho. Pero yo le hablo de mi ruptura, y aún ignora usted por qué medios adquirí mi presa: lea, pues, y vea a lo que la prudencia se expone al socorrer a la locura. Tan atentamente estudiaba mis discursos y las respuestas que obtenía, que espero darle unos y otros con una exactitud que espero le agradará.
Verá usted por las dos copias de las cartas adjuntas el mediador que había elegido para aproximarme a mi bella, y con qué celo el santo personaje se ha empleado en unirnos. Lo que aún debo decirle, y que supe por una carta, es que el temor y la humillación de ser abandonada había alterado la prudencia de la austera devota, y había llenado su cabeza y su corazón de sentimientos e ideas que, no por carecer de sentido común, dejan de ser menos interesantes. Después de estos preliminares necesarios, fue cuando, ayer jueves 28, día fijado y concedido por la ingrata, me presenté en su casa como esclavo tímido y arrepentido, para salir vencedor coronado.

Eran las seis de la tarde cuando llegué a casa de la bella reclusa: desde su vuelta, su puerta era inaccesible a todo el mundo. Trató de levantarse cuando se me anunció; pero sus rodillas temblorosas no le permitían continuar de pie, y volvió a sentarse. Como el criado que me había introducido tuvo que detenerse un momento en el departamento para hacer algún servicio, ella parecía impacientada. Llenamos este intervalo con los cumplimientos de rúbrica. Pero para no perder tiempo del cual todo instante era precioso, me dediqué a inspeccionar la habitación, y vi claramente el teatro de mi victoria. Hubiera podido elegir otro más cómodo, porque en esta misma habitación se encontraba una otomana. Pero noté que enfrente de ella había un retrato de su marido; y tuve miedo, lo confieso, que, con una mujer tan especial, una sola mirada a él dirigida podría destruir en un momento la obra de tantos afanes. Al fin quedamos solos, y entré en materia.

Después de haber expuesto en pocas palabras que el padre Anselmo había debido informarla de los motivos de mi visita, me quejé de su rigor y crueldad para conmigo e insistí particularmente sobre el desprecio de que había sido víctima. De ello protestó como yo esperaba, y como usted aguardaba también; fundéme para patentizar este desprecio en la

desconfianza y el horror que había inspirado, y en las consecuencias escandalosas, la negativa a responder a mis cartas, y aun a recibirlas, etc., etc. Como comenzase una justificación que hubiera sido fácil de acabar, creí deber interrumpirla; y para hacerme perdonar este giro brusco, lo convertí al punto en adulación. -"Si tantos encantos, añadí, han hecho en mi corazón una impresión tan profunda, tantas virtudes no han subyugado menos mi alma. Seducido, sin duda, por el deseo de aproximarme a ella, osé creerme digno de usted. No le reprocho haberme juzgado de otro modo, pero me castigó de mi error." Y como ella guardase silencio del embarazo, continué: "He deseado, señora, o justificarme a sus ojos, u obtener de usted el perdón de los errores que me atribuye, a fin de poder al menos terminar con alguna tranquilidad días que serán para mí tan ingratos cuanto usted se niega a embellecerlos."

Aquí trató de responder: "Mi deber no me lo permitía." Y la dificultad de acabar la mentira que el deber exigía, no le permitió continuar. Yo repliqué con el tono más tierno: "¿Es cierto que soy yo a quien habéis huido?"
-"La marcha era necesaria."
-"Será preciso alejarnos?"
-"Es preciso."
-"¿Y para siempre?"
-"Sí." No tengo necesidad de decirle que durante este corto diálogo, la voz de la tierna joven parecía turbada, y sus ojos no se elevaban hasta mí.

Pensé que era preciso animar un poco esta escena, que languidecía; y así, levantándome con aire de despecho: "La firmeza de usted, dije entonces, me devuelve la mía. Pues bien, señora, nos separaremos, aún más de lo que usted piensa; y podrá felicitarse de su obra."
Sorprendida de este tono de reproche, quiso responder: -"La resolución que ha tomado usted..."
-"No es más que el efecto de mi desesperación", repliqué; "usted ha querido que yo sea desgraciado; y yo le demostraré que su triunfo ha sido mayor que sus deseos."
-"Pero la dicha de usted", respondió. Y el sonido de su voz comenzaba a anunciar una emoción muy fuerte. Me precipité a sus plantas, y con el tono dramático que usted conoce:
-"¡Ah, cruel!, exclamé; ¿puede haber para mí una dicha de que usted no participe? ¿Dónde encontrarla lejos de usted? ¡Oh, jamás, jamás!"
Confieso que contaba con el recurso de las lágrimas; pero sea por mala disposición del ánimo, sea por la atención penosa y continua que ponía a todo, me fue imposible llorar.

Por dicha, recordé que para subyugar a una mujer todo medio es bueno; y que basta una fuerte impresión para conmoverla hondamente. Apelé al terror toda vez que la sensibilidad no respondía a mi llamamiento; y para eso, cambiando la inflexión de mi voz, y guardando la misma postura: -"Sí, repliqué; lo juro a los pies de usted; que he de poseerla o morir." Pronunciando estas últimas palabras, nuestras miradas se encontraron. No sé qué creyó ver en las mías la tímida joven; pero se levantó horrorizada, y se escapó de mis brazos, que la tenían asida. Es verdad que yo no hice nada para retenerla; porque he notado que las escenas de desesperación demasiado vivas, se vuelven ridículas cuando el tiempo pasa y no tienen un desenlace trágico, que yo no hubiera tomado nunca. Sin embargo, mientras que ella se defendía de mí, añadí en voz baja y siniestra: "¡Y bien, la muerte!"

Me levanté entonces; y guardando el silencio, la miré como por azar de un modo siniestro y feroz, no sin dejar por ello de observarla bien. El cuerpo tembloroso, la respiración agitada, los músculos contraídos, los trémulos brazos levantados, todo me indicaba que había producido el efecto que buscaba: pero como en el amor todo acaba de cerca, y estábamos bastante lejos, fue preciso aproximarse. Para conseguirlo, pasé de pronto a una aparente tranquilidad, para calmar los efectos de este estado violento, sin debilitar la impresión.

Mi transición fue: "Soy muy desgraciado. He querido vivir para la dicha de usted, y la he

turbado. Me inmolo en aras de su tranquilidad y sigo turbándola." Y añadí con aire más mesurado: "Perdón, señora; poco acostumbrado a las tempestades de las pasiones, sé mal reprimir sus combates. Si a ellas me entrego, piense usted que será la última vez. ¡Ah, cálmese, cálmese!" Y durante este silencio me aproximé insensiblemente.
"Si quiere que me calme -respondió la bella, horrorizada-, permanezca usted también tranquilo."
Y bien, sí, yo se lo prometo", le dije. Y añadí con voz débil: "Si el esfuerzo es grande, al menos no será largo. Pero, añadí, he venido para devolverle sus cartas; dígnese tomarlas. Es el último sacrificio que tengo que realizar. No me deje usted nada que pueda debilitar mis ánimos." Y sacando del bolsillo el precioso paquete: "Helas, aquí, exclamé; pruebas de una amistad falsa y engañosa. Déme ahora usted la señal de abandonarla para siempre."

Aquí la amante, temerosa, cedió en absoluto a su tierna inquietud:
"¿Pero, Valmont, qué tiene usted, qué quiere usted decir? ¿La medida que piensa tomar no es voluntaria? ¿no es fruto de propias reflexiones? ¿no ha aprobado usted el partido necesario que yo debí tomar?"
-"Ese partido, respondí, ha decidido del mío."
-"¿Y cuál es?"
-"El único que queda; separándome de usted, poner término a mis penas."
-"Pero, respóndame, ¿cuál es?" Aquí la estreché en mis brazos, sin que ella se defendiese;
y juzgando, por este olvido de las conveniencias, hasta qué punto era fuerte su emoción: "Mujer adorable, le dije, dejándome llevar por el entusiasmo, usted no tiene idea del amor que inspira; ¡no sabe hasta qué punto fue adorada, y cómo este sentimiento me era más querido que la existencia! ¡Sean sus días dichosos y tranquilos, embellézcanse de toda la dicha que usted me ha quitado! ¡Págueme usted, al menos, este voto sincero por una lágrima, y crea que el último de mis sacrificios no será el más penoso a mi corazón. Adiós."

Mientras que hablaba así, sentía su corazón palpitar con violencia; observaba la alteración de su semblante; la veía sofocada por las lágrimas, que apenas caían de sus ojos. Entonces fingí marcharme, y reteniéndome ella con fuerza: "No, escúcheme usted", exclamó. -"Es preciso que huya de aquí", repliqué.
-"Me escuchará usted."
-"Déjeme."
-"No", exclamó ella. Tras esta última palabra se precipitó, o más bien cayó desvanecida en mis brazos. Como aún dudase de tan dichoso éxito, fingí un gran horror, pero horrorizándome, la conduje o la llevé al lugar ya designado para campo de mi gloria; y en efecto, no volvió en sí más que sometida y presa ya de su dichoso vencedor.

Hasta aquí, mi hermosa amiga, encontrará usted una pureza de método que le agradará sin duda; y verá cómo en nada me aparto de los principios que deben regir estas guerras, que tanto tienen de común con aquellas que dirigen los grandes capitanes. Júzgueme como a un Turena o a un Federico. He obligado a combatir a un enemigo que buscaba armisticios; he procurado por sabias maniobras buscar terreno y condiciones favorables al combate; he sabido inspirar confianza al enemigo, para alcanzarle en la retirada; he inspirado terror antes de empeñado el combate; nada he confiado al azar; he comenzado la refriega cubierta la salida, para conservar, en caso de derrota, todo lo anteriormente ganado. Esto es, a mi juicio, cuanto puede hacerse; pero después de tan completo triunfo, temo caer en la inacción y la molicie de Aníbal, en las delicias de Capua. Contaré a usted el resto. Yo esperaba que semejante suceso fuese seguido de las consiguientes lágrimas y lamentaciones de semejantes casos; y noté un cierto recogimiento y confusión que atribuía al estado de alma de la rendida virtud; así, pues, sin ocuparme de estas ligeras diferencias que me parecían puramente accidentales, seguí sencillamente el camino de los consuelos, persuadido de que, como sucede de ordinario, las sensaciones ayudarían al sentimiento, y que una sola acción haría más que todos los discursos, que yo, no obstante, empleaba de continuo. Pero encontraba una

resistencia verdaderamente horrible, menos por su exceso que por el modo especial con que se presentaba.

Figúrese usted una mujer sentada, de una rigidez inmóvil, y de un semblante invariable, que no parecía escuchar, ni pensar, ni entender; cuyos ojos fijos dejaban escapar lágrimas continuas, que corrían dulcemente. Tal era madame de Tourvel durante mis discursos; pero cuando trataba de llamar su atención hacia mí por una caricia, por el gesto más inocente, el terror se dibujaba en ella; convulsiones, sollozos y algunos gritos a intervalos, pero ni un solo sonido articulado.

Tal crisis se repitió varias veces, y en aumento, hasta el punto que llegué a temer haber alcanzado una victoria inútil. Volví a los lugares comunes ya empleados: "Está usted desolada porque ha hecho mi felicidad." A estas palabras la adorable mujer se volvió hacia mí, y su semblante, aunque atónito, volvió a adquirir su expresión celestial. "¿La dicha de usted? ¿Usted es dichoso?" Redoblé mis halagos. "¿Y dichoso por mí!" Mientras que yo le hablaba todos sus miembros palpitaban; cayó muellemente en su asiento, abandonándome una mano que osé estrechar entre las mías. "Siento, dijo, que esta idea me consuela y me alivia."

Una vez conocido el camino no lo abandoné; era realmente el seguro, y tal vez el único. Cuando intenté otro triunfo, encontré alguna resistencia, y mi experiencia ya me hizo circunspecto; pero clamando en mi auxilio esta misma idea de mi dicha, sentí pronto sus favorables efectos.

"Tiene usted razón, me dijo; no puedo soportar más mi existencia, sino para que ésta constituya su dicha. A ella me consagraré con el alma; desde este momento me entrego a usted, y no tendrá por parte mía, ni queja, ni negativa." De modo tan sencillo y candoroso aumentó mi placer al decidirse a participar de él conmigo. La embriaguez fue completa y recíproca; y por primera vez, la mía sobrevivió al placer. Abandoné sus brazos para caer a sus plantas de rodillas, jurándole un amor eterno; y he de confesarlo, en aquel momento creía sentir lo que decía. Al fin, aun después de separados, su idea me persigue, y me cuesta trabajo el apartarme de ella.

¡Ah! ¿por qué no se encontrará usted aquí para compensar el encanto del triunfo con la recompensa?

Pero no perderé nada por esperar, ¿no es cierto? Aguardo confiado, como convenido entre nosotros, el feliz arreglo que le he propuesto en mi última carta. Ya ve usted que mis asuntos marchan tan bien, que en breve podré dedicarle una buena parte de mi tiempo. Apresúrese, pues, a despachar al imbécil de Belleroche; abandone al empalagoso Danceny, y ocúpese de mí. Pero ¿qué hace usted en el campo, que ni siquiera me responde? De buena gana le reñiría. Pero la dicha conduce a la indulgencia. Acuérdese que el nuevo amante no quiere perder ningún derecho de los antiguos que el amigo gozaba...

Adiós como en otros tiempos... ¡Si, adiós, ángel mío!. Te envío todos los besos del amor.

P. D. -¿Sabe que Prevan después de su mes de prisión ha sido obligado a abandonar su cuerpo? Es hoy la noticia de todo París. En verdad se le ha castigado por un delito que él no ha cometido, y el éxito de usted es completo.

CARTA CXXVI

LA SEÑORA DE ROSEMONDE A LA PRESIDENTA DE TOURVEL

Antes le hubiera respondido, amada niña, si la fatiga de la última carta no me hubiera devuelto mis dolores, que me han privado durante estos días del uso de mi brazo.

Ansiaba testificarle mi agradecimiento por las noticias que me comunicaba acerca de mi sobrino, y felicitarla por ellas sinceramente. Sí, querida bella. Dios que sólo quería probarla, la ha socorrido cuando llegaba el momento en que las fuerzas parecían abandonar a usted. Preciso es reconocer en esto el sabio consejo de la Providencia, que ha salvado a la vez a usted y a mi querido sobrino. Mucho le debe, querida, a la divina Omnipotencia, y algún motivo de arrepentimiento será sin duda para usted haber dudado de ella un salo momento. Comprendo, sin embargo, que deplorará no haber tomado la iniciativa de esa resolución, y que la de Valmont hubiese venido en consecuencia de ella, lo que hubiera conservado mejor los derechos de nuestro sexo, pensando mundanamente en el caso. Pero ¿qué importan estas imperfecciones accidentales cuando los hechos han cumplido una finalidad? ¿Acaso quien escapa al naufragio se lamenta del medio a que debe la vida?

Pronto verá usted cómo las hondas penas que sentía, se alejan; y aunque subsistieran en todo su rigor ¡cuán preferibles no serán siempre a los remordimientos de un crimen o al desprecio que de sí misma habría de sentir usted! En vano antes de ahora le hubiera hablado yo con esta aparente seguridad; el amor es un sentimiento indomable, que la prudencia evita, pero no puede vencer; y que una vez nacido, muere de muerte natural o por ausencia completa de esperanza. Éste es el caso en que usted se encuentra, y que me da el valor y el derecho de hablarle con franqueza. Es cruel horrorizar al enfermo desesperado que no es susceptible de consuelo ni de alivio; pero es sabio mostrar a un convaleciente los peligros que ha corrido, para inspirarle la prudencia que necesita, y la sumisión a los consejos que aún puede utilizar.

Puesto que usted me elige como médico, como tal le hablaré, asegurándole que los dolores que ahora siente, y que tal vez exijan algunos remedios, no son nada en comparación de la horrible enfermedad de la que con bien saliera usted. Como amiga suya que soy, mujer razonable y virtuosa, me permitiré decir que esta pasión que la ha subyugado, tan desgraciada por sí misma, lo era aún más por su objeto. Si he de creer lo que se me dice de mi sobrino, a quien amo con verdadero cariño, y que reúne en efecto muchas cualidades loables y muchos atractivos, es un hombre funesto para las mujeres que persigue, igualmente para seducir que perderlas. Tal vez usted lo hubiera convertido. Nadie sería más digno de esto; pero tantas se han jactado de ello que nada han conseguido, y mucho me alegra no ver a usted reducida a este recurso.

Considere ahora, mi querida bella, que en vez de tantos peligros como hubiera corrido, tendrá

más el reposo de la conciencia, la satisfacción de haber determinado la conversión de Valmont. No dudo que sea obra de su valiente resistencia; y que un momento de debilidad de su parte, hubiera perdido a mi sobrino para siempre. Me agrada pensar así, y espero que usted piense lo mismo; en ello encontrará los primeros consuelos, y yo nuevas razones para amarla más.

La espero de un día a otro, en cumplimiento de lo que me anuncia. Venga usted a encontrar la calma y la dicha en los lugares donde la ha perdido: venga a gozar de la gran satisfacción de haber cumplirlo la promesa de no hacer nada que no sea digno de ella y de usted.

Castillo de... 30 octubre 17...

CARTA CXXVII

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT

Si no he respondido, vizconde, a la carta que me dirigió usted el 19, no ha sido por falta de tiempo; es sencillamente porque me ha puesto de mal humor, y porque no he visto en ella el sentido común. Creí que no debía hacer cosa mejor que no ocuparme de ella; pero su insistencia, y el peligro de que piense que mi silencio significa asentimiento, me fuerza a contestarle.

Yo habré tenido alguna vez la pretensión de reemplazar a todo un serrallo, pero nunca he consentido en figurar como parte de él. Creí que usted lo sabía. Ahora que al menos no ha de ignorarlo, juzgará de lo ridículo de su pretensión. ¿Que sacrifique un gusto, y un gusto nuevo, para ocuparme de usted? ¿Y para ocuparme cómo? esperando a mi vez como esclava sumisa los favores de su alteza. Cuando, por ejemplo, usted quieta distraerse un momento del encanto desconocido que la adorable, la celestial madame de Tourvel le ha hecho experimentar, o cuando ha temido comprometer acerca de la admirable Cecilia la idea que pretende hacerla concebir de usted: entonces, descendiendo hasta mí, vendría a encontrar placeres menos vivos, en verdad, pero sin consecuencia; y sus preciosas dotes, aunque un poco raras, bastarán para mi dicha.

En verdad que usted abunda en virtudes, en opinión de sí mismo; pero yo tampoco peco de modestia: y, a Dios gracias, aún no me encuentro en bancarrota. Es tal vez un defecto mío, pero debo advertirle que tengo otros más.

Tengo, además, el de creer que el escolar, el empalagoso Danceny, únicamente ocupado de mí, sacrificándome, sin hacer mérito de ello, una pasión anterior, antes de haberla satisfecho, y amándome como se ama a su edad, podrá, a pesar de sus veinte años, trabajar más eficazmente que usted, para mi dicha y mis placeres. Y, además, si me viniera en mientes buscarle un compañero, no sería usted, al menos por ahora.

¿Por qué razón, me preguntará? En primer lugar, podría muy bien no haber ninguna: porque el capricho que me haría preferir a usted, sería igual para excluirlo. Quiero, sin embargo, por cortesía, justificarle mi negativa. Me parece que usted tendría demasiados sacrificios que hacer; y yo, lejos de pagarle agradecida, aún me consideraría acreedora a muchos más. Usted ve que estando tan alejados uno de otro, no podemos aproximarnos de ningún modo; y creo que necesito mucho tiempo para cambiar de opinión. Cuando me corrija, le prometo anunciárselo. Hasta tanto, créame usted, haga otros arreglos, y guarde sus besos; ¡tiene tantas a quien dedicarlos!

¿Adiós, como en otro tiempo, dice usted? En otro tiempo hacía más caso de mí; aún no me había dedicado a los terceros papeles; y, sobre todo, esperaba usted mi asentimiento, antes de contar con él. No se incomode, si en vez de decirle adiós, como en otro tiempo, le digo adiós, como al presente.
Servidora de usted.

Castillo de..., 31 octubre 17...

CARTA CXXVIII

LA PRESIDENTA DE TOURVEL A LA SEÑORA DEROSEMONDE

No he recibido hasta ayer su tardía carta. Me hubiera matado, seguramente, si yo fuese dueña ya de mi existencia; pero hoy es de otro, de monsieur de Valmont. Verá usted cómo no le oculto nada. Si cree no encontrarme digna de su amistad, sepa que temo menos perderla que engañarla. Todo lo que puedo decirle que, puesta por monsieur de Valmont en la alternativa de hacer su felicidad o determinar su muerte, me decidí por el primer partido. Ni de ello me jacto, ni tampoco me acuso: digo no más lo sucedido.

Comprenderá fácilmente la impresión que su carta me hizo, y las verdades que contiene. No crea, sin embargo, que ha producido pena alguna en mí, ni que pueda tampoco hacerme cambiar de sentimiento ni de conducta. No por esto dejo de tener momentos crueles, pero cuando mi corazón está más desgarrado, cuando creo no poder soportar mis dolores, digo: Valmont es dichoso; y todo desaparece ante esta idea, o más bien cambia todo en placeres.

Me he dedicado en absoluto al sobrino de usted: por él me he perdido; él es el centro único de mi pensamientos, de mis deseos, de mis acciones. Mientras mi vida sea necesaria a su dicha, será preciosa para mí, y me creeré afortunada. Si alguna vez él piensa de otro modo, no oirá de mi boca queja ni reproche. Ya tengo tomado mi partido sobre el momento fatal.

Ahora verá usted que poco puede afectarme el temor que parece abrigar de que haya de perderme un día Valmont; porque antes de desearlo habrá dejado de amarme; y entonces ¿a qué vamos a reproches? Él sólo será mi juez. Porque yo no viviré más que para él; en él reposará siempre mi memoria; y si él confiesa que le amo, estaré bastante justificada.

Acaba usted de leer en mi corazón. He preferido la desgracia de perder su estimación por mi franqueza, a hacerme indigna de ella por el envilecimiento de la mentira. He creído deber esta confianza a las bondades de usted para conmigo. Añadir una palabra más, podría hacerle sospechar que el orgullo de contar aún con ella me inspiraba, cuando, al contrario, me hago suficiente justicia para renunciar a lo que no creo merecer.

Quedo de usted, su más humilde y obediente servidora.

París, 1º noviembre 17...

CARTA CXXIX

EL VIZCONDE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Dígame, hermosa amiga: ¿De dónde proviene esa actitud y ese humor que reina en la última carta que me dirige: ¿Cuál es el crimen que yo he cometido para despertar en usted tal enfado? ¿Que yo contaba con el consentimiento de usted antes de haberlo obtenido? Creo que lo que para con otra hubiera sido presunción, para con usted no puede achacarse más que a confianza; ¿y en qué este sentimiento puede perjudicar a la amistad y al amor? Uniendo la esperanza al deseo, he cedido a un impulso muy natural, que nos coloca siempre lo más cerca posible del objeto ansiado; y usted ha tomado mi justo anhelo por orgullo y vanidad. Yo sé que el uso establece en estos casos una duda respetuosa; pero usted sabe muy, bien que esto no es más que una fórmula, un simple protocolo; y yo creía que tales minuciosas precauciones no eran necesarias entre nosotros.

Me parece que tan franca conducta, fundada por una antigua amistad, es muy preferible a la insípida adulación que afea tan a menudo el amor. Tal vez al pensar así es por lo mucho que la estimo, y porque nunca supuse que usted pensase de otro modo.

He aquí sin embargo, el único pecado que en mí reconozco; porque pienso que no habrá imaginado que yo la conceptúe superior a ninguna mujer del mundo. Usted me dice que no se cree en bancarrota en el amor; eso demuestra la fidelidad del espejo en que se mira. Usted debió sacar en consecuencia de eso que no la tenía yo en otro concepto.

Busco en vano una causa a tan extraña idea. Me parece que proviene de los elogios que me he permitido hacer de otras mujeres. No de otro modo se explica la afectación con que reproduce usted los epítetos de adorable, encantadora, que yo dedico a madame Tourvel y a la Volanges. ¿Pero no sabe que esos epítetos indican más que el afecto que se tiene a estas personas el estado de ánimo del momento en que se escribe? Y si en el momento en que ambas me afectaban tanto, no deseaba menos a usted; si a usted daba una preferencia marcada sobre arabas, puesto que al fin al reanudar nuestro antiguo lazo fuerza me era romper los presentes, no veo, hermosa amiga, motivo de reproche.

No me será difícil justificarme en cuanto al encanto desconocido de que le hablaba; porque de lo desconocido no ha de inferirse en buena lógica que haya de ser más fuerte y hondo que lo conocido y gustado. ¿Qué podrá aventajar a los deliciosos placeres que usted sabe otorgar,
cada día mayores, y cada vez más nuevos? He querido decir que eran de un género que yo no había experimentado antes, pero sin pretender asignarles categoría; y repito que tales como sean sabré combatirlos y vencerlos. Pondré ahora en ello mayor celo, y este será un homenaje que ofrecer a usted.

En cuanto a la pequeña Cecilia, me parece inútil hablar de ella. Usted no olvidará que a instancias suyas tomé esta niña a cargo mío, y únicamente de usted aguardo la señal para dejarla de mi mano. He podido notar su ingenuidad y su frescura; he podido juzgarla un tanto seductora, porque todos nos complacemos en nuestra obra: pero seguramente no podrá fijar mi atención de un modo serio.

Ahora, querida amiga, me remito a su justicia, a sus primeras bondades para conmigo, a la larga y perfecta amistad a la entera confianza que ha estrechado después nuestros lazos: ¿he merecido el tono de rigor que ha tomado usted? Pero ¡cuán fácil le será indemnizarme cuando quiera! Diga solamente una palabra, y verá si todos los encantos del mundo me retienen aquí, no un día, ni un segundo siquiera. Volaré a sus pies y a sus brazos para probarle mil veces y de mil maneras que usted es, como siempre, la soberana de mi corazón.

Adiós, hermosa amiga; espero su respuesta con gran impaciencia.

París, a 3 noviembre 17...

CARTA CXXX

LA SEÑORA DE ROSEMONDE A LA PRESIDENTA DE TOURVEL

¿Por qué, hermosa mía, no quiere usted ser mi hija? ¿Por qué parece anunciarme que va a suspender toda correspondencia conmigo? ¿Es para castigarme por no haber adivinado lo que era completamente inverosímil? ¿O sospecha que he querido afligirla voluntariamente? No, conozco su corazón demasiado para creer que piensa así del mío. Así es que la pena que me ha causado su carta no es tan grande como la que le ha causado a usted misma.

¡Oh, mi joven amiga, lo digo con dolor! Usted es tan digna de ser amada que nunca el amor podrá hacerla dichosa. ¿Qué mujer verdaderamente delicada y sensible no ha encontrado su desgracia en ese sentimiento mismo que le prometía tanta felicidad? ¿Acaso saben apreciar los hombres a la mujer que poseen?

No es que muchas no sean honradas en sus procedimientos y constantes en sus afecciones; sino que entre las mismas que lo son, hay muy pocas que sepan ponerse al unísono con nuestro corazón. No crea, querida mía, que el amor de ellos es semejante al nuestro. Experimenta, sí, la misma embriaguez; a menudo sienten más entusiasmo, pero no conocen ese interés inquieto, esa solicitud delicada que produce en nosotras tiernos y constantes cuidados y cuyo único objeto es siempre la persona amada. El hombre goza de la felicidad que siente, y la mujer de la que ella se procura. Esta diferencia tan esencial y tan poco notada, influye, sin embargo, de una macera muy sensible en el conjunto de su respectiva conducta. El placer del uno es satisfacer deseos; el de la otra es, sobre todo, hacerlos nacer. Complacer no es para él más que un medio de alcanzar el éxito. Y la coquetería tan frecuentemente censurada en las mujeres, no es sino el olvido de este modo de sentir, y esto mismo demuestra la verdad de sus sentimientos. En fin, ese gusto exclusivo que caracteriza particularmente al amor, no es en el hombre más que una preferencia que sirve, a lo sumo, para aumentar un placer que otro objeto tal vez entibiaría pero no podría destruir; en tanto que en las mujeres es un sentimiento profundo, que no sólo anula todo deseo extraño, sino que, más fuerte que la naturaleza, y sustraída a su influjo, no le deja experimentar más que repugnancia y disgusto allí donde le parecía que debía nacer la voluptuosidad.

Y no crea usted que las excepciones más o menos numerosas que pueden citarse refutan victoriosamente estas verdades generales. Están ellas garantizadas por la voz pública, que únicamente por lo que se refiere a los hombres ha distinguido la infidelidad de la inconstancia: distinción de que ellos mismos se envanecen cuando debiera humillarles; y que en nuestro sexo no ha sido jamás adoptada más que por mujeres depravadas que son vergüenza nuestra, y a quienes todo medio parece bueno si por él pueden salvarse del sentimiento humillante de su bajeza.
He creído, querida mía, que podía serle útil tener estas reflexiones para oponer a las ideas quiméricas de una felicidad perfecta con que el amor no deja nunca de engañar nuestra imaginación: esperanza engañadora, que se mantiene todavía hasta cuando ya es forzoso abandonarla, y cuya pérdida irrita y multiplica las penas, ya demasiado reales, inseparables de una pasión viva. Esta misión de endulzar las penas de usted y de disminuir su número, es la única que me propongo y la única que puedo cumplir en este momento.

En las enfermedades incurables, los remedios no pueden, referirse más que al régimen. Lo

que pido a usted únicamente es que recuerde que compadecer a un enfermo no es curarle. ¿Quiénes somos para censurar nos los unos a los otros? Dejemos el derecho de juzgar al único que lee en los corazones, y hasta me atrevo a creer que ante sus ojos paternales una multitud de virtudes pueden adquirirse por una debilidad.

Pero le recomiendo ante todo, querida amiga, que evite resoluciones violentas, que denotan menos la fuerza que el más completo desaliento: no olvide que haciendo a otro dueño de su existencia, sirviéndome de su misma expresión, no ha podido, sin embargo, vencer a los amigos que la poseían antes, y que no cesarán nunca de reclamar.

Adiós, mi querida hija, piense usted alguna vez en su tierna madre, y crea que será siempre, y sobre todo, el objeto de sus más cariñosos pensamientos.

Castillo de..., 4 noviembre de 17...

CARTA CXXXI

LA MAQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT

¡En buena hora, vizconde! Esta vez estoy más contenta de usted que la anterior. Ahora, conversemos como buenos amigos: espero convencerle de que el arreglo que usted propone es una verdadera locura.

¿No ha notado aún que el placer, que es el único objeto de la unión de dos sexos, no es suficiente para constituir un lazo entre dos seres? ¿Qué si es precedido del deseo que los une, es seguido del disgusto y hastío que los separa? ¿Es una ley de la naturaleza sentir el amor a voluntad? Fuerza es tenerlo en toda ocasión; y sería el caso arduo si no bastara que lo hubiese

de una sola parte. La dificultad se ha resuelto, pues, a medias; en efecto, uno goza del placer de amar, otro de ser amado, menos vivo en verdad, pero al cual se une el placer de engañar, que sirve de compensación; y todo se arregla así.

Pero, dígame, amigo vizconde, ¿quién de nosotros se encargará de engañar al otro? Recordará usted la historia de aquellos pícaros que se reconocieron jugando. Paguemos, dijeron, la partida a escote por iguales partes; y abandonaron el juego. Sigamos este prudente ejemplo y no perdamos un tiempo que podemos emplear en otras cosas.

Y para probarle que su interés me preocupa más que el mío, y que no me inspira ni el capricho, ni el enfado, no le rehúso el premio prometido: comprendo que en una sola jornada quedaremos satisfechos, y no eludo que sabremos embellecerla, hasta el punto de que termine a disgusto. Pero no olvidemos que ese sentimiento es necesario para la dicha: y que por muy dulce que sea nuestra ilusión, no pensemos por eso que haya de ser durable.

Ya ve cuán generosa es mi conducta, antes de que usted se ha justificado a mis ojos: porque al fin, yo debía haber recibido ya la primera carta de la celestial virtud, y aún no he recibido nada; será tal vez que usted ha olvidado las condiciones del trato, o que le interesa menos de lo que piensa hacérmelo creer. Sin embargo, o yo me engaño, o la tierna devota debe escribir mucho: pues, ¿qué hará cuando esté sola? Ella no tendrá seguramente medios de distraerse. Tendría, si quisiera, algunos reproches que hacer a usted; pero los paso en silencio, en cambio del mal humor que mostré en mi última carta.

Ahora, vizconde, no me queda más que hacerle una súplica, tanto por usted, como por mí; y es el diferir nuestra entrevista hasta mi vuelta a la ciudad. Por un lado tendremos la libertad necesaria; ni yo correré por lo demás riesgo alguno, porque los celos podrían ligarme más al imbécil de Belleroche, de quien comienzo a desprenderme. Al mismo tiempo verá usted que no sería meritoria una infidelidad a Belleroche. Una infidelidad recíproca daría mayor encanto a nuestro amor.

Sepa que deploro a veces que estemos reducidos a estos recursos. En el tiempo en que nos amamos, y yo creo que aquello era amor, yo era dichosa, ¿y usted, vizconde?... Pero, ¿a qué ocuparse ahora de una dicha que no puede volver? No, no puede volver, vizconde. Por lo demás, ¿yo exigiría sacrificios que usted no podría o no querría hacer por mí, y que tal vez yo no merezca? ¡Oh, no! ni aun quiero pensar en esto; y a pesar del placer de ocuparme en escribirle, prefiero dejarlo bruscamente.

Adiós, vizconde.
Castillo de... 6 noviembre 17...

CARTA CXXXII

LA PRESIDENTA DE TOURVEL A LA SEÑORA DE ROSEMONDE

Penetrada, señora, de las bondades de usted para conmigo, a ellas me entregaría en absoluto, si no fuera por temor de profanarlas aceptándolas. ¿Por qué, conceptuándolas tan preciosas, me acontece no sentirme digna de ella? Yo debería, al menos, testimoniarle mi agradecimiento; admiraría, sobre todo, esa indulgencia de la virtud, que no conoce nuestras debilidades más que para compadecerlas, y cuyo poderoso encanto conserva tan dulce imperio sobre los corazones, aun cerca del encanto del amor.

Pero, ¿puedo yo conservar una amistad que no hará ya mi dicha? Digo lo mismo de los consejos de usted; conozco su valor, y no puedo seguirlos. ¿Y cómo no creeré en una dicha perfecta, cuando en este momento la experimento? Sí; si los hombres son tales como usted dice, es preciso huirles, son odiosos: pero ¡qué lejos está Valmont, de parecerse a ellos! Si como ellos tiene la vehemencia en la pasión, que usted llama impetuosidad, une a esta vehemencia una delicadeza que la dulcifica y ennoblece. ¡Oh, amiga mía, me habla de compartir mis penas: goce usted de mi dicha, que le debo al amor. Usted ama a su sobrino tal vez con debilidad. ¡Ah, si le conociese como yo! Yo lo amo con idolatría, y aún menos de lo que él merece. Ha podido ser arrastrado a algunos errores, y él mismo conviene en ello; pero ¿quién conoció como él el verdadero amor? ¿Qué más puedo decirle? El lo siente tal como lo inspira.

Creerá usted que es una de esas ideas quiméricas con que el amor engaña nuestra imaginación; pero en ese caso, ¿por qué sería tan tierno después que nada le queda que obtener? Lo confesaré: le encontré antes un aire de reflexión, de reserva, que casi nunca abandonaba, y que me hacía caer, muy a pesar mío, en las falsas y crueles impresiones que se me habían dado de él. Pero una vez que lo vi abandonado a los movimientos de su corazón, parece adivinar todos los deseos del mío. ¡Quién sabe si nosotros hemos nacido uno para otro! ¡Sí, me estaba reservada la dicha de hacer la suya! ¡Ah! si es una ilusión ¡muera yo antes que se acabe! Pero no; quiero vivir para quererle, para adorarle. ¿Por qué dejará él de amarme? ¿Qué otra: mujer le hará más dichosa que yo? Lo sé por mí misma; esta emoción que siento es la única que puede hacer feliz a un mortal. Si, este es el sentimiento delicioso que ennoblece el amor, que lo purifica en cierto modo, y lo hace verdaderamente digno de un alma tierna y generosa como la de monsieur de Valmont.

Adiós, mi querida, mi respetable, mi indulgente amiga. Quisiera en vano escribirle más tiempo; pero se aproxima la hora en que me ha prometido venir, y toda idea me abandona. ¡Perdón! pero usted desea mi felicidad, y es tan grande en este momento, que todo lo llena en mí.

París, 7 noviembre 17...

CARTA CXXXIII

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

¿Cuáles son, pues, mi querida amiga, los sacrificios de que me juzga incapaz usted, y cuyo premio sería el agradarle? Comuníquemelos, y si dudo un momento en ofrecérselos, rehúse el homenaje. ¡Cómo me juzgara usted desde hace algún tiempo, si, aun con tanta indulgencia, duda de mis sentimientos o de mi energía! ¡Sacrificios que yo no podría o no querría realizar! ¿Me cree subyugado, enamorado? Y el premio que ha puesto al éxito, ¿cree usted que lo atribuyo a la persona? Gracias a Dios no he llegado a este extremo, y me comprometo a demostrarlo; sí, yo lo demostraré, aun cuando sea con respecto a madame de Tourvel. Seguramente, después de esto no debe quedar duda alguna a usted.

He podido, creo, sin comprometerme, conceder algún tiempo a una mujer que, al menos, tiene el mérito de no parecerse a las demás. Tal vez la época poco animada en que esta aventura ha tenido lugar, me ha hecho entregarme a ella demasiado; y ahora que todavía no comienza a bullir la sociedad, hace que de ella me ocupe casi por entero. Pero piense usted que aún no hace ocho días que gozo del fruto de tanto tiempo de afanes y desvelos. Más tiempo he dedicado a mujeres que valían mucho menos, y que habían logrado a menor costo; y usted no me inculpaba por ello.

Además, sepa cual es la causa de mi excesivo interés en el asunto: esta mujer es naturalmente tímida; en un principio dudaba constantemente de mi dicha, y esta duda era bastante para turbarla: de modo que apenas comienzo a juzgar hasta dónde llega mi poder en este género de mujeres. Era algo que deseaba conocer, y la ocasión no ha de presentarse muchas veces.

Desde luego, para muchas mujeres, el placer es siempre el placer, y nada más; y cerca de éstas, por grandes que sean nuestros títulos, no somos nunca más que factores, cuya actividad constituye todo el mérito, y para las cuales quien hace más es quien hace mejor.

En otras mujeres, las más quizás, la celebridad del amante, el placer de arrebatarlo a una rival, el temor de perderlo a su vez, lo ocupan todo; nosotros, más o menos, aceptamos la misma clase de placer; pero es más hijo de las circunstancias que del amor. Gozan por nosotros, pero no de nosotros.

Me hacía falta encontrar una mujer delicada y sensible, que sólo se inspirase en el amor, y que no viese en el amor más que su amante; cuya emoción, lejos de seguir la ruta ordinaria, partiese siempre del corazón, para llenar a los sentidos; que yo la he visto, por ejemplo (y no hablo del primer día) salir del placer desconsolada, y encontrar la voluptuosidad en una palabra que brotaba del alma. Fuerza era que reuniese este candor natural, y que se permitiese disimular cualquier impulso del corazón. Convencerá usted en que tales mujeres son raras; yo creo que sin ella no se hubiera encontrado este placer inefable.

No sería extraño que me retuviera más tiempo que otra; y si el trabajo que quiero realizar en ella exige que la haga dichosa, perfectamente dichosa, ¿a qué rehusarla? Pero de que el espíritu se ocupe no se deduce que el corazón sea esclavo. Así, el premio que yo reclamo a esta aventura, no me impedirá correr otras, y dejarla por otras más gratas.

Soy tan libre, que ni aun siquiera he abandonado a la pequeña Volanges, que tan poco me preocupa. Su madre la llevará a la ciudad dentro de unos días: desde ayer he sabido asegurar mis comunicaciones; algún dinero al portero y algunas flores a la mujer han asegurado la cosa. ¿Concibe usted que Danceny no ha sabido encontrar medio tan sencillo? ¡Y que se diga luego que el amor hace ingeniosos a los hombres! Embrutece, por el contrario, a aquel a quien domina. ¡Y no sabré yo defenderme! Esté usted tranquila. Entregaré también a la joven pensionista a su discreto amante cuando usted lo ordene. Ya me parece que usted no tendrá razones para impedírselo; y en cuanto a mí, no tengo inconveniente en hacer este servicio señalado al pobre Danceny. Es, en verdad, lo menos que le debo por todos los que ha hecho. Ahora tiene la gran inquietud de saber si será recibido en casa de madame de Volanges; yo le calmo diciéndole que de un modo o de otro, yo haré su felicidad uno de estos días: entre tanto, sigo ocupándome de la correspondencia que quiere reanudar al regreso de su Cecilia. Tengo ya diez cartas suyas, y tendré aún una o dos antes del dichoso día. ¡Fuerza es que el muchacho se entretenga en algo!

Pero dejemos la infantil pareja, y volvamos a nosotros; que pueda ocuparme sólo de la dulce esperanza que deja la último carta de usted. Sí; sin duda usted me retendrá, y no le perdonaré que dude de ello. ¿He cesado yo alguna vez de ser constante con usted? ¿Nuestros lazos se han roto alguna vez? Nuestra pretendida ruptura no fue más que un error de nuestra imaginación: nuestros sentimientos nuestros intereses son los mismos. Semejante al viajero que vuelve desengañado, reconozco que había dejado la dicha para correr en pos de la esperanza; y diré como Harcourt:

"Mientras que más vivo entre extranjeros, amo más a mi patria."

No combata usted la idea, o más bien el sentimiento que me eleva a usted; y después de haber

ensayado todos los placeres, gocemos de la dicha de conocer que ninguno de ellos es comparable al que volveremos a encontrar más delicioso aún.

Adiós, mi encantadora amiga. Consiento en esperar su vuelta, pero piense en lo mucho que la deseo.

París, 8 noviembre 17...

CARTA CXXXIV

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT

¡En verdad, vizconde, usted es lo mismo que los niños, delante de los cuales no se puede decir nada! ¡A quienes no es posible enseñarles nada de que no se apoderen al punto! Una simple idea, no obstante advertiros la poca importancia que a ella daba, aprovecha usted para hacer de ella el fondo de mi carta; y trata de comprometerme cuando yo eludo todo compromiso, tratando de que comparta con usted sus deseos ilógicos. ¿Es generoso por parte de usted hacerme soportar todo el fardo de la prudencia? Le repito que el arreglo que me propone es completamente imposible. Aunque usted empleara toda la generosidad que muestra en este momento, ¿cree acaso que yo no tengo también mi delicadeza, y que pueda aceptar sacrificios que le perjudiquen?

Sí, es verdad, vizconde; usted se engaña en cuanto al sentimiento que siente por madama de Tourvel. Es amor, créame, o no existe el amor: lo niega usted por cien modos, pero lo prueba por mil. ¿Qué especie de extraño subterfugio es ese con que usted se miente a si mismo (y lo creo sincero para conmigo) que lo lleva al deseo de guardar a esa mujer, deseo que en vano sabrá disimular usted?

¿No se diría que usted no ha hecho jamás dichosa a mujer alguna? Y a fe que anda desmemoriado... Pero no, no esto, vizconde. El corazón perturba el ingenio, amigo mío, y le obliga a pagarse de menguados y pobres razonamientos: pero, a quien interesa el no engañarme en el asunto, soy poco fácil de contentar.

Así, pues, reconociendo su cortesía, que omite las palabras desagradables para mí, observo que, sin que usted sin duda lo note, conserva en el fondo las mismas ideas. Ya no es, en efecto, la adorable, la celestial madame de Tourvel, pero es en cambio la mujer extraña,

delicada y sensible, y esto a exclusión de todas las demás: una mujer rara, en fin, como sin duda no se encontraría otra. Es el encanto desconocido que no es el más fuerte. Y bien, sea: pero puesto que usted no lo había encontrado hasta ahora, es de creer que no lo encontrará en lo sucesivo; la pérdida de madame de Tourvel sería irreparable. Si estos no son síntomas de amor, hay que renunciar a encontrar otros.

Sepa usted que por esta vez le hablo sin enfado. Me he prometido no alterarme en nada en este asunto; pudiera ser causa de perturbación y torpeza. Créame, pues, seamos amigos, y no más. Agradézcame pues mi valor para defenderme; y digo valor, porque a veces precisa aún para no incurrir en lo que a todas luces parece un desatino.

Sólo para convencerlo de cuánta razón me abona, amigo vizconde, voy a contestar a su pregunta sobre los sacrificios que yo le exigiría, y que usted seguramente no podría cumplir. Me sirvo de la palabra exigir, porque creo que usted encontrará seguramente exigencia, y grande, en cuanto voy a decirle: pero, ¡tanto mejor! Lejos de incomodarme le quedaré agradecida. No quiero disimular con usted, aunque tal vez debiera.

Exigiría, pues, ¡oh crueldad! que la extraordinaria, la admirable madame de Tourvel no fuera para usted más que una mujer vulgar, una mujer tal como es; porque, fuerza es no dejarse engañar; el encanto que a veces encontramos en el prójimo, se encuentra en nosotros mismos; y únicamente el amor realiza este fenómeno embelleciendo el objeto amado. Yo sé que usted sabría prometerme, jurarme el cumplimiento de esto que sería imposible, pero yo no creería en discursos vanos. Únicamente su conducta juzgada en todos sus aspectos habría de convencerme.

No sería esto todo, también sería caprichosa. El sacrificio que usted me ofrece de la pequeña Cecilia no sería aceptado por mí. Al contrario, le pediría que continuase con tan penoso servicio hasta nueva orden mía; tal vez por abusar de mi imperio, tal vez más justa e indulgente, júzguelo como quiera, me contentaría con disponer de los sentimientos de usted, sin contrariar sus placeres. De todos modos, querría ser obedecida, y mis órdenes serían severas.

Tal vez entonces me conceptuara deudora de agradecimiento; ¡quién sabe! tal vez me decidiera a la recompensa. Seguramente entonces abreviaría una ausencia que me sería insoportable... Volvería a verlo, vizconde; pero ¿cómo?... Recuerde usted que esto no es más que una conversación, simple relato de un proyecto imposible.

¿Sabe que mi proceso me inquieta bastante? He querido conocer cuáles eran mis fuerzas. Los abogados me citan muchas leyes, autoridades, según ellos, y no encuentro en realidad tanta razón y justicia en favor mío. Casi me arrepiento de haber rehusado la transacción que se me propuso. Algo me tranquiliza, sin embargo, pensar en la destreza de mi procurador, la elocuencia de mi abogado y la belleza de la litigante. Si estos tres factores fallaran, fuerza sería cambiar el régimen vigente de raíz, y ¡adiós el respeto a las viejas costumbres!

El pleito es la única causa que me detiene aquí. El de Belleroche está ganado, libre de costas. Le devolveré la libertad no bien llegue a la ciudad. Le haré este doloroso sacrificio, y me consuela el que sabrá agradecérmelo.

Adiós, vizconde, escríbame con frecuencia: el relato de los placeres de usted distraerá mis ocios de fastidio y monotonía.

Castillo de... 11 noviembre 17...

CARTA CXXXV

LA PRESIDENTA DE TOURVEL A LA SEÑORA DE ROSEMONDE

Procuro escribirle, y no sé si podré conseguirlo. ¡Ah, cuando pienso en que mi carta anterior expresaba el colmo de la alegría! Es el colmo de la desesperación el que ahora me agobia; el que no me deja fuerzas para sentir mis dolores, y que impide expresarlos.

Valmont... Valmont no me ama; no me ha amado nunca. El amor no desaparece así. Me engaña me vende y me ultraja. Todos cuantos infortunios y humillaciones pueden sufrirse me hieren hoy, ¡y todos vienen de él!

No crea usted que es una simple suposición; estoy lejos de sospechar nada. No tengo la dicha de poder dudar. Lo he visto; ¿qué podría decirme para justificarse?... Pero nada le importa; no lo intentará siquiera... ¡Desgraciada! Inútiles eran mis lágrimas y mis reproches; ya no se ocupa de mí.

Es verdad que me ha sacrificado, abandonado, y ¿a quién?, a una mujer despreciable. Pero ¿qué digo?, yo he perdido todo derecho a despreciar. Ella ha faltado menos a sus deberes, es menos culpable que yo. ¡Oh, cuán dolorosa es la pena que se apoya en el remordimiento! Siento que aumentan mis tormentos. Adiós mi querida amiga; por indigna que yo sea de su piedad, usted la tendría de mí si me viera sufrir.

Pero al leer mi carta, noto que no le digo nada de lo ocurrido; quiero hacer valor para contarle el suceso. Ayer, por primera vez después de mi vuelta, debía cenar fuera de casa. Valmont vino a verme a las cinco; jamás lo encontré más tierno. Me hizo conocer que mi proyecto de salir le contrariaba, y decidí en consecuencia permanecer en casa. Sin embargo, dos horas después, y de repente, su aspecto y tono cambiaron sensiblemente. Ignoro en qué pudiera disgustarle; de todos modos, al poco fingió recordar un asunto que le obligaba a abandonarme, y se fue, no sin haberme manifestado un gran sentimiento, que me pareció tierno y sincero.

Juzgué después más conveniente cumplir mi proyecto de salir, puesto que el permanecer en casa era ya inútil. Acabé mi tocado, y tomé el coche. Desgraciadamente mi cochero me hizo pasar ante la ópera, y me encontré detenida por la aglomeración de gente que salía; y noté a

cuatro pasos de mí, y en la misma fila, el coche de Valmont. Latíame el corazón, pero no de temor; y mi único deseo era que mi coche avanzase. El suyo, por el contrario, se vio obligado a retroceder, y se puso al lado del mío. Avancé al momento para asomarme, y ¡cuál no sería mi sorpresa al encontrar a su lado una joven, bien conocida como tal! Me retiré, como usted supondrá; pero lo que a usted costará trabajo creer, es que esa misma joven, instruida sin duda por una odiosa confidencia, no abandonó la portezuela del coche, ni cesó de mirarme, riendo a carcajadas del modo más cínico e insultante.

En mi anonadamiento, me dejé conducir a la casa en que debía cenar; pero me fue imposible permanecer allí; me sentía a cada instante próxima a desvanecerme, y sobre todo no podía contener mis lágrimas.

Al entrar escribí a M. de Valmont, y le envié mi carta al punto: no estaba en su casa.

Buscando a toda costa salir de tan mortal estado, o confirmarlo para siempre, mandé orden de esperarlo en su casa: pero antes de las doce de la noche mi criado volvió, diciéndome que el cochero, que había vuelto, le dijo que su amo no volvería aquella noche.

Esta mañana pensé que no me quedaba más recurso que devolverle sus cartas, y rogarle que no vuelva más por mi casa. He dado órdenes en consecuencia, pero serán inútiles.

Son las doce del día, y aún no ha venido, ni he recibido una letra suya.

Ahora, querida amiga, nada tengo que añadir; ya está instruida, y usted conoce mi corazón. Mi única esperanza es no afligir por mucho tiempo ya la sensible amistad de usted.

París, 15 noviembre 17...

CARTA CXXXVI

LA PRESIDENTA DE TOURVEL AL VIZCONDE DE VALMONT

Sin duda, señor, después de lo que ha pasado ayer, usted no esperaba ser recibido en mi casa; y sin duda tampoco lo deseaba. Esta carta no tiene menos por objeto rogarle que no vuelva que pedirle cartas que no debieron existir, y que si han podido interesarle un momento, como prueba de la pasión que supo despertar, serán hoy sin duda indiferentes, puesto que ya no expresan más que un sentimiento que usted ha destruido.

Conozco y confieso mi error al tener en usted una confianza de la que tantas otras antes que yo habían sido víctimas: a nadie acuso, yo soy tan sólo la culpable; pero creía al menos no haber merecido ser abandonada por usted al desprecio y al insulto. Creía que sacrificándolo todo a usted, y perdiendo por usted mis derechos a la estima de los demás y de la mía, podría esperar que no me juzgara más severamente por todo el mundo, cuya opinión aún separa la mujer débil de la mujer depravada y envilecida. Estas faltas son las únicas de que lo culpo; callo las del amor: su corazón no entenderá sin duda al mío.

Adiós, señor.

París, 15 noviembre 17...

CARTA CXXXVII

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA PRESIDENTA DE TOURVEL

Acabo de recibir, señora, su carta; he temblado al leerla, y apenas si me queda fuerza para responder. ¡Qué horrible idea tiene usted de mí! ¡Ah! sin duda yo he cometido errores; y tales que no me los perdonaré en mi vida, aun cuando usted los cubra con su indulgencia. Pero los que me reprocha han estado siempre muy lejos de mi alma. ¡Quién, yo! ¡humillarla, ultrajarla, cuando la respeto tanto como la amo; cuando no he conocido el orgullo hasta que usted me juzgó digno de sí! Las apariencias la han engañado; y convengo en que no han podido serme menos favorables; pero ¿no tenía usted en el corazón lo que es bastante para combatirlas? ¿Cómo no se ha rebelado a la sola idea de dudar del mío? Usted lo ha creído, sin embargo. Así, no solamente me ha juzgado capaz de tan atroz delirio, sino que ha temido exponerse a todo por sus bondades para conmigo. ¡Ah! Si usted se encuentra degradada hasta este punto por su amor, yo soy el más vil de los hombres a sus ojos.

Agobiado por el dolor que esta idea me causa, pierdo en dolerme de ella el tiempo que debiera emplear en destruirla. Lo confesaré todo; otra consideración me detiene aún. ¿Será preciso relatar hechos que yo quisiera anonadar, y fijar la atención de usted y la mía en un momento de error que quisiera borrar aunque fuera a costa de toda mi vida, cuya causa aún no concibo, y cuyo recuerdo será humillación eterna? ¡Ah! si acusándome debo excitar la cólera de usted, no tendrá sin duda que buscar lejos la venganza; le bastará entregarme a mis remordimientos.

Sin embargo, ¿quién lo creería? este suelo tiene como causa primera el poderoso encanto que siento cerca de usted. Por él olvidé durante mucho tiempo un asunto importante, y que no debió aplazarse. La abandoné demasiado tarde, y no encontré a la persona que buscaba. Esperaba encontrarla en la ópera, y mis gestiones fueron igualmente infructuosas. Allí encontré a Emilia, a quien había conocido en una época en que ni a usted ni al amor conocía; no tenía su coche, y me rogó que la acompañase a su casa. No vi en ello consecuencia alguna, y consentí. Y entonces fue cuando la encontré a usted, y comprendí al punto que me juzgaría culpable.

El temor de afligirla es tan poderoso en mí, que fue notado al punto. Confieso que traté de impedir a esa joven que se asomase; pero esta precaución de la delicadeza se ha vuelto contra el amor. Acostumbrada, como todas las de su estado, a no confiar de su imperio, siempre usurpado, más que por el abuso que hacen de él, no pudo menos de aprovechar esta ocasión para el escándalo. Y mientras más notaba mi embarazo, más quería mostrarse; y su loca alegría (me avergüenza pensar que usted se crea objeto de ella) no tenía otra causa que la pena cruel que yo sentía por mi amor y mi respeto.

Hasta ahora, como verá, yo soy más desgraciado que culpable; y estos errores, que serían los de todo el mundo y los únicos de que usted me cuba, no existen, no pueden ser reprocharlos. Pero usted calla en vano los del amor: no guardaré sobre ellos el mismo silencio; un gran interés me obliga a romperlo.

No puedo yo, sin duda, sin un dolor inmenso, abordar este asunto. Penetrado de mis errores, consentiría en sufrir la pena, o esperaría el perdón del tiempo, de mi eterna ternura y de mi arrepentimiento. Pero ¿cómo callarme, cuando lo que queda por decirle sólo importa a su delicadeza?
No crea usted que trato de ocultar o paliar mi falta; me confieso culpable. Pero no confieso, no confesaré jamás que este error humillante pueda ser considerado como una falta de amor. ¡Qué puede haber de común entre una sorpresa de los sentidos, entre un momento de olvido de sí mismo, seguidos de la vergüenza y el remordimiento, y un sentimiento puro, que no puede nacer más que en un alma delicada, y sostenerse por la estima, cuyo fruto es la dicha! ¡Ah; no profane así usted el amor! Tema profanarse a sí misma, uniendo en un mismo concepto lo que es por naturaleza inseparable. Deje a las mujeres viles y degradadas temer una rivalidad que conocen poder establecerse, experimentar los tormentos de celos igualmente crueles y humillantes. Aparte usted los ojos de tan abyecto espectáculo; y pura como la divinidad, castigue la ofensa sin sentirla.

Pero ¿qué pena podría imponerme usted que sea más fuerte que la que siento? ¿Qué puede compararse al pesar de haberla enojado; a la desesperación de haberla afligido, a la idea de haberla ofendido, haciéndome indigno de su amor? Usted trata de castigarme, y yo le pido consuelos: no porque los merezca, porque los necesito, y sólo de usted pueden venirme.

Si olvidando de repente mi amor y el suyo, destrozando nuestra mutua ventura, quisiera usted entregarme a un dolor eterno, derecho le sobra, sin duda, para ello: castígueme, señora: pero si, más indulgente o más sensible, usted recuerda los tiernos sentimientos. que nuestros corazones unían; aquella voluptuosidad del alma, siempre naciente, y siempre y cada vez más intensamente sentida; los dulces, venturosos días que mutuamente nos debíamos; aquellos bienes y delicias del amor, que en vano se buscarían fuera de él, tal vez prefiera hacerlos renacer a destruirlos para siempre. ¿Qué le diré yo? Todo lo he perdido; perdido por mi culpa; pero de sus manos aún puedo recibirlo todo. Usted decida. Ayer juraba que mi dicha era segura mientras dependiera de usted. ¡Ah, señora, usted me abandona a una eterna desesperación!

París, 15 de noviembre 17...

CARTA CXXXVIII

EL VIZCONDE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Persisto, hermosa amiga; no, no estoy enamorado; y no es culpa mía si las circunstancias me obligan a desempeñar el papel de tal. Acceda usted a mis ruegos; vuelva, y verá pronto por sí misma toda mi sinceridad. Ayer hice mis pruebas, y la confianza vuelve a mi ánimo.

Estuve en cosa de la tierna joven, sin que ningún otro asunto me preocupase: porque la pequeña Volanges, a pesar de su estado, debía pasar la noche en el baile infantil de madame V***. El ocio me había exigido de ella un pequeño sacrificio; pero apenas me fue concedido, el placer que me prometía fue turbado por la idea de este amor a que usted se obstina en condenarme, o a reprocharme al menos; de suerte, que no experimenté otro deseo que el convencerme, y convencerla también, de que sólo se trata de una simple calumnia que usted me dirige.

Formé un partido extremo; y con un pretexto bastante trivial abandoné a la hermosa, sorprendida y atónita, y sin duda aún más afligida. Pero yo me encaminé tranquilo a la Ópera, en busca de Emilia; y ella podrá dar cuenta a Ud. de cómo hasta la mañana, en que nos hemos separado, ningún pesar ha turbado nuestros placeres.

Tenía, sin embargo, verdaderos motivos de inquietud, si mi perfecta indiferencia no me detendiera: porque sabrá que apenas salido de la Ópera, llevando a Emilia en mi coche, el de la austera devota vino a colocarse paralelo a él, y que la aglomeración nos detuvo más de cinco minutos frente por frente nuestras respectivas portezuelas. Nos veíamos como en pleno día; no había, pues, medio de escapar.

Pero esto no es todo; yo había indicado a Emilia cómo aquélla era la mujer de la carta (recordará usted aquella locura en que Emilia sirvió de pupitre)[24]. Ella, que no lo había olvidado, rompió en las más insolentes carcajadas que pueden imaginarse.

Pero aún no acaba el cuento: la celosa beldad envió a su criado a mi casa en la misma noche: no me encontró en ella; pero en su obstinación, envió un segundo recado, con orden de esperarme. Yo, que tenía decidido permanecer en casa de Emilia, despedí mi coche, sin otra orden al cochero que de venir por la mañana a buscarme; y como al llegar a casa encontrara el mensajero de amor, le dijo sencillamente que yo no volvería aquella noche a casa. Adivinará usted cuál sería el efecto de esta nueva, y que a mi vuelta encontré la consiguiente carta de ruptura con toda la dignidad propia del caso.

Así, esta aventura interminable, según usted, hubiera podido, como ya verá, terminar en esta misma mañana; si así no ha sido, no es, como creerá, porque me importe no acabar; sino porque no me parece digno para mí el dejarme despedir como cualquier incauto galán; y sobre todo, porque he querido hacer a usted el honor de este sacrificio.

Respondí al severo billete con una larga epístola sentimental: he alegado muchas razones, y dejé al amor el trabajo de encontrarlas buenas. Y he triunfado de nuevo. Acabo de recibir una segunda carta, muy rigurosa, y que confirma la ruptura, pero cuyo tono es ya muy distinto. Sobre todo, no quiere verme: esta resolución se confirma en la carta cuatro veces del modo más irrevocable. He concluido que no debo perder un momento, y presentarme. Ya he enviado a quien se apodere del suizo, e iré a recibir mi perdón; que en delitos de esta índole, no hay más que una fórmula de absolución general, y ésta requiere la presencia.

---

[24] Cartas XLVI y XLVII.

Adiós, encantadora amiga; corro en pos de esta aventura extraordinaria.

París, 5 noviembre 17...

CARTA CXXXIX

LA PRESIDENTA DE TOURVEL A LA SEÑORA DE ROSEMONDE

¡Cuánto me reprocho, mi tierna amiga, haberle hablado y tan pronto de mis penas pasajeras! Yo soy la causa de la aflicción presente de usted, y yo soy ya dichosa. Sí, todo está olvidado, perdonado, o mejor dicho, reparado. A aquel estado de dolor y de angustia han sucedido la calma y las delicias. ¡Oh, goce del alma, cómo podré expresarte! Valmont es inocente; no se es culpable con tanto amor. Estos graves errores, ofensivos, que yo le reprochaba tan duramente, no los ha cometido; y si en algo necesitara indulgencia, ¿no tengo yo también injusticias que reparar?

No le haré el relato minucioso de los hechos que lo justifican; la fría razón no sería capaz de juzgarlos; al corazón tan sólo cumple el sentirlos. Si usted, no obstante, me encontrara débil, llamaría su juicio en favor del mío. Para los hombres, dice usted, la infidelidad no es la inconstancia.

No por esto esta distinción, que en vano la opinión autoriza, deja de herir mi delicadeza; pero ¿de qué se quejará la mía cuando aún más sufre la de Valmont? Este error que yo olvido, no crea que él lo olvida, ni a sí mismo perdona; y sin embargo, ¡cómo ha reparado esta falta por un exceso de amor y de dicha para mí!

O mi felicidad es mayor, o siento acaso más mi ventura después de haberla perdido por un momento; pero lo que puedo decirle, es que si fuerzas tuviera para soportar mayores dolores, los creería compensados con el inmenso placer que ahora siento. ¡Oh, mi tierna madre, riña usted a su hija inconsiderada de haberla afligido por su precipitación; ríñala por haber juzgado temerariamente y calumniarlo a quien nunca debió cesar de adorar; pero reconociendo su imprudencia, véala dichosa, y aumente su goce participando de él.

París. 17 noviembre 17..., por la tarde.

CARTA CXL

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL.

¿Cómo pues, hermosa amiga mía, no recibo respuesta alguna de usted? Mi última carta me parecía merecer contestación, ¡y aún la aguardo inútilmente! Esto me enoja, por lo menos, y apenas si le hablare de mis asuntos.

Que la reconciliación tuvo efecto al fin; que en lugar de reproches y de desconfianza, ha producido extremos y ternuras; que soy yo quien recibe excusas y consuelos, y las reparaciones debidas a mi candor calumniado; no diré más a usted y sin el imprevisto suceso de la última noche, no le escribiría. Pero como atañe a su pupila lo que voy a decirle y ella probablemente no estará al menos durante mucho tiempo en estado de comunicárselo, me encargo del asunto.

Por razones que adivinará o que no adivinará, la señora de Tourvel no volvió a preocuparme durante algunos días; y como tales razones no podían existir en casa de la pequeña Volanges, me dediqué a frecuentarla con más asiduidad. Gracias al amable portero, no tenía ningún obstáculo que vencer: y llevamos su pupila y yo una vida bastante tranquila. Pero la costumbre lleva al abandono; los primeros días no habíamos tomado precauciones bastantes para nuestra seguridad. Ayer, una increíble distracción ha causado el accidente que voy a relatarle.

No dormíamos, pero estábamos en el reposo que sigue a la voluptuosidad, cuando oímos abrirse la puerta de la habitación de repente. Inmediatamente salto de la cama y me apodero de mi espada, tanto para mi defensa como para la de nuestra común pupila; avanzo y no veo a nadie. Pero la puerta, en efecto, estaba abierta. Avancé a obscuras, y no encontré alma viviente. Entonces me acordé que habíamos olvidado nuestras precauciones ordinarias: por esto la puerta impulsarla por el viento se abrió por sí misma.

Volviendo a mi dulce compañera, para tranquilizarla, ya no la encontré en su lecho; habíase caído, y se encontraba en el suelo: allí estaba tendida sin conocimiento, y sin otro movimiento que fuertes convulsiones. ¡Juzgue usted mi confusión! Logré, sin embargo, colocarla en su lecho; pero se había herido en la caída, y no tardó en sentir sus efectos.

Males de riñones, violentos cólicos, síntomas menos equívocos aún, me ilustraron pronto sobre su estado. Jamás antes de ella se había tanta inocencia ni nadie que tan bien lo disimulase.

Pero ella no dejaba de desolarse, y decidió tomar una resolución. Convení con ella en que iría al punto a buscar al médico de la casa, y previniéndole que irían a buscarle, yo le prevendría de todo en secreto; que ella por su parte llamaría a su criada, a quien haría o no la confidencia; pero que enviaría a buscar socorros, e impediría que se llamase a madame Volanges; atención delicada y natural en una niña que teme inquietar a su madre.

Hice mis dos encargos y mis dos confesiones lo más pronto que pude, y después me fui a casa, de donde aún no he salido: pero el médico a quien yo conocía por lo demás, ha venido a darme cuenta esta mañana del estado de la enferma. No me había engañado; pero espera que, si no sobreviene algún accidente, nadie notará nada en la casa. La doncella es de confianza; el médico ha dado un nombre a la enfermedad; y este asunto se arreglará como mil otros, a menos que sea conveniente darle publicidad para ulteriores consecuencias.

Pero ¿hay todavía algún interés común entre usted y yo? El silencio de usted me hace dudar; no creería en él, si mi deseo no buscase todos los medios de conservar la esperanza.

Adiós, mi hermosa amiga, la abrazo sin rencor.

París, 21 de noviembre de 17...

CARTA CXLI

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT

¡Dios mío, cuándo querrá usted cesar en sus deseos obstinados! ¡Qué le importa mi silencio? No crea que obedezca a falta de razón para defenderme. ¡Ah! así fuera. No, es que me cuesta trabajo decírselo.

Hablemos seriamente; usted se engaña a sí mismo, o trata de engañarme. La diferencia entre sus discursos y sus acciones, me pone en esta alternativa de sentimientos: ¿cuál es el verdadero? ¿Qué quiere usted que le diga cuando yo misma no sé qué pensar?

Usted hace un gran mérito de la última escena con la presidenta; ¿pero qué prueba nada de eso en contra del sistema de usted, o contra el mío? Seguramente yo no he dicho que usted ama a esa mujer lo suficiente para no engañarla, para no aprovechar todas las ocasiones que

se le presenten y que le parezcan agradables o fáciles; yo no dudaba que no le fuese igual satisfacer con otra, con la primera que se presentase, hasta aquellos deseos que ella sola hubiera podido originar; y no me sorprende que por un libertinaje que nadie puede disputarle, haga usted por proyecto lo que tantas veces hace inconscientemente.

Pero lo que digo, lo he pensado y le repito ahora, es que no por esto tiene menos amor a la presidenta; no puro y tierno, sino el que usted puede tener; el que, por ejemplo, hace encontrar a la mujer los encantos que no tiene; que la juzga excepcional, vejando a las demás; tal, en fin, como un sultán puede conceptuar a la sultana favorita, lo que no impide que un día se entretenga con una odalisca. Y tanto más justa me parece esta comparación, cuando que usted no es nunca ni el amante, ni el amigo de una mujer, sino su tirano o su esclavo.

En su última carta, si no me habla únicamente de esta mujer, es porque nada quiere decirme de sus grandes asuntos; v el silencio que guarda acerca de ellos le parece una penitencia para mí. Después de mil pruebas de su preferencia decidida por otra, me pregunta si existe entre nosotros algún interés común. Cuidado, vizconde; si alguna vez respondo, mi respuesta será irrevocable, y temer hacerla en este momento es quizás decir ya mucho. No le hablaré, pues, de esto.

Lo que puedo hacer es contarle una historia. Quizá no tenga usted tiempo de leerla o de prestarle atención como para comprenderla bien: es cosa suya. Esta será, a lo sumo, una historia sin importancia. Un hombre de mi conocimiento, estaba engolfado, como usted de una mujer que no le hacía mucho honor. Tenía, a ratos, el claro conocimiento de que tarde o temprano sus yerros le costarían caro; pero aunque avergonzado, no tenía el valor de romper. Su embarazo era tanto mayor, cuanto que se jactaba de ser libre entre sus amigos. Pasaba su vida sin dejar de hacer tonterías, y diciendo luego: "No es culpa mía." Este hombre tenía una amiga que tuvo la intención de abandonarlo en público en este estado de embriaguez, y de hacer su ridículo incurable: pero, más generosa que maligna, quiso intentar otro recurso para poder decir como su amigo: "No es culpa mía." Comunicó al galán su decisión, por esta carta que podría ser útil a su mal: "Todo cansa, ángel mío; es ley de la naturaleza; no es culpa mía.

"Si hoy me cansa una aventura que me ha ocupado cuatro mortales meses, no es culpa mía.

"Si yo tuviese tanto amor como tú virtud, es fácil que la una hubiese terminado al tiempo que la otra. No es culpa mía.
"Desde hace algunos días te he engañado, pero a ello me forzaba tu ternura implacable. No es culpa mía.

"Una mujer a quien amo hoy exige este sacrificio. No es culpa mía.

"Comprendo que ha llegado la hora de que se me llame perjuro; pero si Dios no concede a los hombres más que la constancia, dando a las mujeres la obstinación, no es culpa mía.

"Créeme, elige otro amante, como yo otra querida. Este consejo es bueno, muy bueno; si lo encuentras malo, no es culpa mía.

"Adiós, ángel mío, te he tomado con placer, te dejo sin pesar; volveré tal vez. Así va el mundo. No es culpa mía?

Debo decir a usted, que el efecto de esta última tentativa, no es para repetirlo en el momento; pero lo diré en mi próxima. Allí encontrará usted mi ultimátum sobre el renovamiento del trato que usted me propone. Hasta entonces, adiós sencillamente...

Mil gracias por los detalles sobre la Volanges, y le doy el pésame por la perdida de su

posteridad. Buenas noches, vizconde.

Castillo de... 24 noviembre de 17...

CARTA CXLII

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Le aseguro, mi linda amiga, que no sé si he leído o comprendido mal su carta, y la historia que en ella me hace, y el modelo de estilo epistolar que contiene. Lo que puedo decirle es que este último me ha parecido original, y a propósito para hacer efecto; lo he copiado íntegramente, y lo he enviado a la celestial presidenta. No he perdido un momento para que la tierna misiva pudiera expedirse anoche. Lo he preferido así, porque al principio había prometido escribirle ayer; y después he pensado que no tendría nada de más con toda la noche para recogerse y meditar sobre este gran acontecimiento, debería usted reprocharme por segunda vez la expresión.

Yo esperaba poder devolverle esta mañana la respuesta de mi amante; pero es ya cerca de mediodía, y no he recibido nada aún. Esperaré hasta las cinco; y si entonces no tengo noticias, iré a adquirirlas en persona, porque en estas cuestiones sólo es molesto el primer paso. Ahora, puede creerme, tengo prisa por ver el fin de la historia de ese hombre que usted conoce, y del que se sospecha que no sabe, en caso necesario, sacrificar a una mujer. ¿No se corregirá? Y su generosa amiga ¿no querrá perdonarle?

No deseo menos recibir su ultimátum, como tan políticamente dice. Tengo curiosidad, sobre todo, por saber si en esta última etapa encontrará usted amor todavía. ¡Ah, sin duda lo hay, y mucho! Pero ¿para qué? Sin embargo, no pretendo hacer valer nada, y lo espero todo de sus

bondades.

Adiós, mi encantadora amiga: no cerraré esta carta hasta las dos, con la esperanza de poder enviarle la deseada respuesta.

A las dos de la tarde.

No hay aún nada; la hora nos urge mucho: no tengo tiempo de añadir ni una palabra. ¿Pero rehusaría usted ahora todavía los más tiernos ósculos de amor?

París, 27 de noviembre de 17...

CARTA CXLIII

LA PRESIDENTA DE TOURVEL A LA SEÑORA DE ROSEMONDE

El velo se ha descorrido, señora, en que la ilusión de mi dicha estaba pintada. La funesta verdad me ilumina, y no me deja ver más que una muerte cierta y próxima, cuyo camino me trazan la vergüenza y el remordimiento. Yo lo seguiré y bendeciré mis tormentos si abrevian mi existencia. Mando a usted la carta que recibí ayer; no añadiré ninguna reflexión, porque todas van en ella. Ya no es tiempo de quejarse, sino de sufrir. No necesito piedad, sino fuerzas.

Reciba, señora, el único adiós que he de dar, y atienda mi último ruego, que es que me abandone a mi suerte, que me olvide por completo, que no cuente más conmigo en la tierra. Cuando se llega a tal infortunio, la misma amistad aumenta nuestros sufrimientos, y no puede remediarlos. Cuando las heridas son mortales, es inhumano todo auxilio. Me es extraño todo sentimiento que no sea la desesperación. Nada puede convenirme sino la noche profunda en que voy a sepultar mi vergüenza. Allí lloraré mis faltas, si es que puedo llorar todavía, porque desde ayer no he derramado ni una lágrima. Mi corazón desgarrado no puede verter más.

Adiós, señora; no me conteste nada usted. En esta carta cruel he hecho el juramento de no recibir ninguna.

París, 17 de noviembre de 17...

CARTA CXLIV

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Ayer a las tres de la tarde, mi querida amiga, impacientado de no tener noticias, me he presentado en casa de la hermosa abandonada; se me dijo que había salido. No he visto en esta frase más que un deseo de rechazarme, y me he retirado con la esperanza de tener hoy alguna carta suya. Cuando volví a casa, se me dijo que madame Tourvel había salido a las once de la mañana. El convento es el verdadero asilo de una viuda; y si persiste en tan loable determinación, uniré a cuanto le debo la popularidad de la aventura.

Ya le decía a usted, hace tiempo, que volvería a aparecer con una nueva aureola de fama. Esta aventura será famosa sí, y contaría como nada mis aventuras si perdiera con esta mujer un rival preferido.

Este partido que ha tomado confieso que me halaga; pero temo que se separe demasiado de mí. ¿Habrá entre nosotros otros obstáculos de los que yo mismo he buscado?

Si yo quisiera acercarme a ella, ¿no lo querría ella también?

En cuanto a la pequeña Volanges, sale a maravilla. Ayer, cuando mi inquietud no me permitía estar tranquilo, he ido hasta la casa de madame Volanges. Encontré a su pupila ya en el salón, en plena convalecencia. Otras mujeres hubieran estado un mes en la chaise longue: ¡bien por las doncellas!

Esta, en verdad, me ha dado envidia saber si era, en efecto, verdadera la curación.

Quiera decirle que este accidente de la pequeña ha vuelto loco al sentimental Danceny. En un principio fue pena; hoy es gozo. ¡Su Cecilia estaba enferma! Tres veces al día pedía noticias suyas; al fin ha pedido permiso a la madre de felicitarla por un objeto tan querido. Madame Volanges lo ha consentido.

Por él sé estos detalles; porque he salido al mismo tiempo que él. No puede usted figurarse el efecto que esta visita le ha causado. Yo le aseguré que pronto estará en posesión de su amada.

Estoy decidido, en efecto, a darle posesión, después que realice mi experiencia. Quiero consagrarme en absoluto a usted: y además, ¿valdría la pena que su pupila sea mi discípula, si no supiera engañar más que a su marido? ¡La obra maestra es engañar al amante! y sobre todo al primero: que en cuanto a mí, no recuerdo haber pronunciado la palabra amor.

Adiós, mi hermosa amiga; vuelva usted a gozar de su imperio, y a recibir el homenaje de mi amor.

París, 25 noviembre 17...

CARTA CXLV

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT

Seriamente, vizconde: ¿Ha dejado usted a la presidenta? ¿Le ha enviado la carta que yo mandé para ella? Verdaderamente, usted es encantador, y ha sobrepujado mis esperanzas. Confieso sinceramente que este triunfo me halaga más que todos los que he podido obtener hasta ahora. Usted encontrará acaso que doy gran valor a esa mujer, y que yo me estimo en poco; nada de eso. Es que no es únicamente sobre ella sobre quien he alcanzado esta victoria, es sobre usted: he aquí lo halagador, lo que es verdaderamente delicioso.

Sí, vizconde; usted amaba mucho a madame de Tourvel, y hasta la ama todavía; la ama como un loco: pero como yo me divertía en que usted se avergonzase de amarla, la ha sacrificado valerosamente. Hubiera usted sacrificado mil, antes de ser objeto de una burla. ¡A lo que nos conduce la vanidad! El sabio tenía razón cuando dijo que era la enemiga de la felicidad.

¿Dónde estaría usted ahora si yo no hubiese querido más que jugarle una mala partida? Pero ya sabe usted que soy incapaz de engañar; y podría relegarme a la desesperación y al convento si me aventuro a rendirme a mi vencedor.

Sin embargo, si capitulo, es en verdad por pura debilidad; porque si quisiera, qué de travesuras podría hacerle todavía: y ¿acaso las merecería usted?

Adivino, por ejemplo, con qué fineza y malicia usted me propone reanudar con la presidenta. ¿Convendría mucho a usted atribuirse el mérito de esta ruptura, sin perder por ello los placeres de su goce? ¡Y cómo entonces este aparente sacrificio sería para ofrecerme renovar nuestra amistad a nuestro gusto! Por este arreglo, la celestial devota creeríase aún la única elegida de su corazón, en tanto que yo me enorgullecería de ser la preferida rival. Nos equivocaríamos ambas: ¿pero qué importa, si usted quedaba contento?

Es lástima que con tanto talento para concebir proyectos, tenga tan poco para ejecutarlos; y que por un sólo impremeditado paso haya usted mismo puesto un obstáculo invencible a lo que más desea.

¿Qué, tenía usted la idea de reanudar nuestras relaciones, y ha podido escribir esa carta? Me

ha creído bien torpe. Créame, vizconde, cuando una mujer hiere el corazón de otra, deja pocas veces de encontrar el lado sensible, y la herida es incurable. En tanto que yo hería el de ésa, o más bien dirigía los golpes de usted, no he olvidado que esa mujer era mi rival, que usted la había por un momento encontrado preferible a mí; y, en fin, que usted me había hallado por bajo de ella. Si me he equivocado en mi venganza, me avengo a sufrir las consecuencias. Así, pues, encuentro bien que usted ensaye todos los medios; y hasta le invito a ello, y le prometo no enfadarme por el éxito, si es que llega a alcanzarlo. Estoy tan tranquila en este punto, que no quiero ni ocuparme de él. Hablemos de otra cosa. Por ejemplo, de la salud de la pequeña Volanges. Usted me dará noticias exactas a mi vuelta, ¿no es verdad? Me alegraré de tenerlas. Después de esto, habrá llegado la ocasión de juzgar qué es lo que más le conviene, si devolver la chica a su amante, o intentar por segunda vez ser el fundador de una nueva rama de los Valmont bajo el nombre de Gercourt. Esta idea me ha parecido bastante buena y le dejo la elección, rogándole, sin embargo, no tomar partido definitivo sin que hablemos antes. No es aplazar la cosa por mucho tiempo, pues yo estaré muy pronto en París. No puedo decirle positivamente el día; pero no dude que, en cuanto llegue, será el primero en saberlo.

Adiós, vizconde; a pesar de mis quejas, mis malicias y mis reconvenciones, le amo todavía mucho, y me preparo a demostrarlo. Hasta la vista, amigo mío.

Castillo de..., 29 de noviembre de 17...

CARTA CXLVI

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL CABALLERO DANCENY

Por fin parto, amigo mío, y mañana por la tarde estaré de vuelta en París. En medio de todas las molestias que proporciona un viaje, no recibiré a nadie. Sin embargo, si tiene alguna confidencia que hacerme, le exceptuaré de la regla general; pero sólo exceptuaré a usted; así, le recomiendo el secreto de mi llegada. Valmont mismo no ha de saberla.

Si alguien me hubiera dicho hace algún tiempo que usted tan sólo tendría mi confianza, no lo hubiera creído. Pero la suya ha arrastrado la mía. Tengo tentaciones de creer que usted ha sido diestro hasta en la seducción. Esto sería muy mal hecho, por lo menos. Sin embargo, no sería ahora peligroso. Usted tiene verdaderamente otras cosas que hacer.

No ha tenido siquiera tiempo para darme parte de sus nuevos triunfos. Cuando su Cecilia estaba ausente, no eran los días suficientemente largos para escuchar las tiernas quejas de usted. Las hubiera dirigido a los aires si yo no hubiese estado allí para escucharlas. Cuando después ha estado ella enferma, usted me ha honrado hasta con el relato de sus inquietudes; tenía necesidad de alguien a quien comunicárselas. Pero ahora que la que usted ama está en París, y buena, y sobre todo que la ve algunas veces, esto basta y no se ocupa de los amigos para nada.

No le censuro. La culpa la tienen sus veinte años. Desde Alcibíades hasta usted se sabe que los jóvenes no conocen la amistad más que en las penas. La felicidad les hace a veces indiscretos pero nunca confiados. Diré como Sócrates: Me gusta que mas amigos vengan a mí cuando son desgraciados[25]; pero en su calidad de filósofo se pasaba bien sin ellos cuando no venían. En esto yo no soy tan sabia como él y he sentido su silencio con toda la debilidad de una mujer.

[25] Marmontel, Cuento moral de Alcibíades.

No vaya, sin embargo, a creerme exigente, aunque hace falta que lo sea. El mismo sentimiento que me hace notar estas privaciones, hace que las sufra con valor, cuando son la prueba o la causa de la ventura de mis amigos. No cuento, pues, con usted para mañana por la noche sino el tiempo que el amor le deje libre y desocupado, y le prohíbo que por mí haga el menor sacrificio.

Adiós, caballero; me regocijaré con volver a verle; ¿vendrá usted?

Castillo de..., 29 de noviembre de 17...

CARTA CXLVII

LA SEÑORA DE VOLANGES A LA SEÑORA DE ROSEMONDE

Usted estará seguramente tan afligida como yo lo estoy, mi digna amiga, cuando sepa el estado en que madame de Tourvel se encuentra; está mala desde ayer; su enfermedad la ha asaltado tan súbitamente, y se presenta con tan graves síntomas, que estoy verdaderamente alarmada.

Una fiebre alta, un arrebato violento y casi continuo, una sed insaciable, he aquí todo lo que se observa en ella. Los médicos dicen que no pueden pronosticar nada todavía; y el tratamiento será tanto más difícil, cuanto que la enferma se niega obstinadamente a tomar toda clase de medicinas; hasta tal punto, que ha sido preciso sangrarla a viva fuerza; se ha necesitado acudir al mismo procedimiento otras dos veces para vendarla porque quería arrancarse la venda.

Usted, que la ha visto como yo tan débil, tan tímida y tan dulce, no podrá concebir que cuatro personas no puedan apenas contenerla, y que por poco que se la quiera convencer de cualquier cosa, se deje arrastrar por furores indecibles. Yo temo que no es más que un delirio y que sea una enajenación mental.

Lo que más aumenta mis temores es lo que sucedió anteayer. Ese día llegó con su doncella a eso de las once de la mañana al convento de... Como ha sido colegiala de aquella casa, ha tenido la costumbre de ir allí algunas veces, y fue recibida como de ordinario, encontrándola todos sana y tranquila. Dos horas después preguntó si el cuarto que ella ocupaba cuando era pensionista estaba vacante, y como le dijeran que sí, pidió ir a verlo; la superiora la llevó allí con algunas otras monjas. Entonces fue cuando dijo que iba a instalarse en aquel cuarto que, decía, no debió abandonar nunca; añadió que sólo saldría de allí muerta; ésta fue su expresión.

Al principio no supieron qué contestarle; pero pasado el primer estupor, se le advirtió que su calidad de mujer casada impedía que se la recibiese sin una autorización especial. Ni esta razón, ni otras mil, tuvieron fuerza alguna; y desde aquel momento se obstinó, no sólo en no salir del convento, sino también de su cuarto. En fin, cansados de discutir, a las siete de la noche se permitió que pasara allí la noche. Se despidió su coche y sus criados, y se aplazó adoptar una resolución hasta el día siguiente.

Se asegura que durante toda la noche, lejos de tener un aire descompuesto, lo tenía tranquilo y reflexivo; que sólo cuatro o cinco veces tuvo un éxtasis tan profundo, que ni aun hablándola podían sacarla de él; y que, antes de recobrarse, llevaba ambas manos a la frente y parecía que la oprimía con fuerza; habiéndole una de las monjas presentes preguntado si le dolía la cabeza, la miró antes de responder con insistencia, y al fin le dijo: "No es ahí donde está el mal." Un momento después pidió que se la dejase sola y rogó que en lo sucesivo nada se le preguntase.

Todos se retiraron menos su doncella, que, afortunadamente, tenía que acostarse en su mismo cuarto por no haber sitio donde alojarla.

Según cuenta esta muchacha, su señora estuvo tranquila hasta las once de la noche. Dijo entonces que quería acostarse; pero antes de desnudarse completamente, se puso a pasear por el cuarto gesticulando frecuentemente. Julia, que había sido testigo de lo que había pasado durante el día, no se atrevió a decirle nada y esperó silencio cerca de una hora. Por fin, madame de Tourvel la llamó dos veces seguidas; ella no tuvo tiempo de llegar, y su señora cayó en sus brazos diciendo: "No puedo más." Se dejó conducir a la cama y no quiso tomar nada ni que se fuese a buscar socorro alguno. Solamente hizo que le pusieran agua a mano y mandó a Julia que se acostase.

Ésta asegura que estuvo sin dormir hasta las dos de la mañana y que no oyó durante este tiempo ni un movimiento, ni una queja; pero a las cinco la despertó el discurso de su ama, que hablaba con voz elevada y fuerte, y que habiéndole entonces preguntado si deseaba algo y no habiendo obtenido respuesta, tomó la luz y fue a la cama de madame de Tourvel, que no la reconoció; pero que, interrumpiendo de súbito los propósitos que sin duda tenía, exclamó con viveza: "Que se me deje sola; que se me deje en las tinieblas; esas son las que me convienen." He observado ayer yo misma que repite esta frase a menudo.

En fin, Julia aprovechó esta especie de orden para ir a buscar gente y socorros; pero madame de Tourvel rechazó ambos con los furores y arrebatos que con tanta frecuencia le han asaltado después. El compromiso en que esto puso a todo el convento decidió a la superiora a mandar a buscarme ayer a las siete de la mañana. No era de día aún. Yo fui inmediatamente. Cuando fui anunciada a madame de Tourvel, pareció recobrar el conocimiento y respondió: "Ah, sí, que entre." Pero cuando estuve cerca de su cama me miró fijamente, me tomó la mano con viveza, la estrechó y me dijo con voz entera, aunque sombría: "Muero por no haber creído a usted." En seguida, tapándose los ojos, volvió a su exclamaciones frecuentes: "Que me dejen sola, etc.," y perdió el conocimiento en absoluto.

Lo que me dijo, y otras palabras que dejó escapar en su delirio, hacen creer que esta cruel enfermedad tienen una causa aún más cruel. Pero respetemos los secretos de nuestra amiga y contentémonos con deplorar su desgracia.

Todo el día de ayer ha sido igualmente tempestuoso, y dividido entre accesos de furor terribles y momentos de un abatimiento letárgico, únicos que le proporcionan algún reposo. No he abandonado la cabecera de su cama hasta las nueve de la noche, y esta mañana volveré para pasar con ella todo el día. Seguramente no he de abandonar a mi desgraciada amiga; pero lo que es su obstinación en rehusar toda clase de cuidados y remedios.

Envío a usted el parte de esta noche que acabo de recibir, y que, como verá, no es más consolador. Tendré cuidado de enviarle todos con puntualidad.

Adiós, mi digna amiga, vuelvo al lado de la enferma. Mi hija, que afortunadamente está restablecida, le envía sus respetos.

París, 29 de noviembre de 17...

CARTA CXLVIII

EL CABALLERO DANCENY A LA MARQUESA DE MERTEUIL

¡Oh, mujer a quien amo! ¡Oh, tú a quien adoro! Amiga sensible, tierna amante. ¿por qué el recuerdo de tu dolor viene a turbar el encanto que siento? ¡Ah, señora, cálmese usted, la amistad lo implora! ¡Oh, amiga mía! Sea dichosa usted; ésta es la plegaria del amor.

¿Qué reproches tiene usted que hacerme? Créame, su delicadeza la engaña. Los dolores que le causo, los delitos de que me acusa, son igualmente ilusorios, y siento que entre nosotros no ha habido otro seductor que el amor No temas entregarte a los sentimientos que inspiras, dejarte abrasar por los fuegos que haces nacer. ¿Qué, por haberse encendido más tarde, serán nuestros corazones menos puros? No, sin duda. Es, al contrario, la seducción quien, no obrando más que por proyectos, puede combinar su plan, regir su marcha y prever los sucesos con antelación a su realización. Pero el amor verdadero no medita, no reflexiona; dicta el corazón a la mente; nunca es su imperio mayor que cuando es desconocido; y en la sombra y el silencio nos rodea de lazos que es igualmente imposible descubrir y romper.

Así aconteció ayer, que, a pesar de la honda emoción que sentí al verla, creí no obstante estar aún autorizado a más que a la apacible amistad, o más bien entregado en absoluto al dulce sentimiento de mi corazón, y no me ocupé de averiguar el origen o la causa. Así pues, mi tierna amiga, sentirás, sin conocerlo, el encanto imperioso que entrega nuestras almas a las dulces impresiones de la ternura, y ambos hemos reconocido el amor, saliendo de la embriaguez en que este dios nos había sumergido.

Pero eso mismo nos justifica en vez de condenarnos. No, tú no has vendido la amistad, y yo no he abusado tampoco de tu confianza. Los dos es cierto, ignorábamos nuestros sentimientos; pero esta ilusión la sentíamos sin tratar de forjarla. ¡Ah! lejos de nosotros lamentarnos del hecho; pensemos sólo en la dicha que nos procura, y sin turbarla por injustos reproches, no nos ocupemos más que en aumentarla por el encanto de la confianza y la seguridad. ¡Ah! alma mía, ¡cuán cara es esta esperanza al corazón! Sí, libre en adelante de todo temor, y entregada en absoluto al amor, compartirás mis deseos, mis transportes, mi delirio, la embriaguez de mi alma, y cada instante de nuestros días afortunados señalaremos con una nueva voluptuosidad.

¡Adiós, mujer adorada! Te veré esta tarde; pero, ¿sola? Ni aun me atrevo a esperarlo. ¡Tú no lo deseas tanto como yo!

Paris, 1º diciembre 17...

CARTA CXLIX

LA SEÑORA DE VOLANGES A LA SEÑORA DE ROSEMONDE

Esperé ayer casi toda la tarde, mi digna amiga, para poder darle noticias más agradables de la querida enferma; pero de ayer a hoy ha desaparecido la esperanza y sólo me queda la pena de su ausencia. Un suceso muy indiferente en apariencia, pero cruel por sus consecuencias, ha hecho el estado de la enferma tan complicado, al menos como antes lo era.

Nada hubiera comprendido de tan súbita resolución, si no hubiera recibido ayer franca y entera confidencia de nuestra desgraciada amiga. Como ella me ha indicado que usted sabe sus infortunios, puedo hablarle sin reserva.

Ayer de mañana, cuando llegué al convento, se me dijo que la enferma dormía hacía tres horas; y su sueño era tan profundo y tranquilo, que temí un momento que fuese letárgico. Algún tiempo después se despertó y abrió las cortinas de su lecho. Nos contempló con aire de sorpresa; y como yo tratara de aproximarme a ella, me reconoció y me llamó. No me dejó tiempo de hacerle pregunta alguna, y me preguntó dónde estaba, qué hacíamos allí, si estaba enferma y por qué no se encontraba en su casa. Creí que sería un nuevo delirio, aunque más tranquilo que el anterior; pero me apercibí que entendía mejor mis respuestas. Había recobrado el pensamiento, mas no la memoria.

Me preguntó, con detalles, sobre todo lo que le había acontecido después de estar en el convento, a donde no recordaba haber venido. Le respondí exactamente, suprimiendo solamente lo que hubiera podido asustarla; y cuando a mi vez le pregunté cómo se encontraba, me respondió que nada sufría en aquel momento; pero que había, durante el sueño, padecido en extremo y que se sentía fatigada. Traté de tranquilizarla rogándole el silencio, cerré un tanto sus cortinas y me senté cerca de su lecho. Al mismo tiempo se le sirvió un caldo que encontró bueno.

Permaneció así durante media hora, durante la cual no habló más que para agradecer los cuidados que yo le prodigaba, y en tales cumplidos brilló la gracia y bondad que usted conoce en ella. Guardó durante algún tiempo un silencio absoluto, que no rompió más que para decir: "¡Ah! sí, recuerdo haber venido aquí!" Y un momento después exclamó dolorosamente: "Amiga, amiga mía, compadézcame; ya encontré todas mis desgracias." Avancé hacia ella, y cogiéndome la mano: "¡Gran Dios! exclamó- ¿no puedo morir?". Su expresión, aún más que sus discursos, me enternecieron hasta las lágrimas; ella lo notó por mi voz y me dijo: "¡Me compadece usted! ¡Si supiera!..." e interrumpiéndose: "Haga, continuó, que nos dejen solas. Lo diré todo a usted."

Ya sospechaba cuál sería el asunto de sus confidencias; y temiendo que esta conversación perjudicase el estado de la enferma, rehusé; pero insistió y fue preciso acceder. Cuando estuvimos solas me contó cuanto usted sabe y que sólo por esto le digo.

Hablóme, en fin, del modo cruel con que ella fue sacrificada: "Creíame segura de morir de esto y el ánimo no me faltaba, pero jamás pensé sobrevivir a mi desgracia." Traté de combatir tal desaliento con las armas de la religión, hasta entonces poderosas con ella; pero comprendí la ineficacia de tan augustas funciones por parte mía, y propuse la venida del padre Anselmo, que tanto predicamento tenía sobre ella. Consintió en esto. Se lo llamó y vino al punto. Permaneció largo tiempo con la enferma, y dijo que si los médicos la juzgaban como él, podía demorarse la ceremonia de los sacramentos y que él vendría al día siguiente.

Eran las tres de la tarde, y hasta las cinco permaneció tranquila nuestra enferma; así volvió a nosotros la esperanza. Por desgracia llegó una carta para ella. Cuando se le presentó rehusó aceptarla. Pero desde este momento creció la agitación. Pronto preguntó de dónde venía la carta (no estaba timbrada), quién la había traído. Se ignoraba. De dónde se le había dirigido. Se le dijo que de Fourières. Guardó después silencio; después empezó a hablar; pero de tal

modo, que el delirio se vio por modo evidente.

Tuvo aún, sin embargo, un momento tranquilo, hasta que al fin pidió la carta. Cuando la miró, exclamó al punto: "¡De él! ¡Gran Dios!" Y luego con voz fuerte y angustiada: "Tomadla, tomadla." Hizo cerrar las cortinas de su lecho y prohibió que nadie se aproximase a él; pero pronto tuvimos que volver a ella. El acceso volvió con mayor violencia, las convulsiones eran verdaderamente horribles. Los accidentes no han cesado desde la tarde; la noche ha sido borrascosa. Su estado, en fin, es tal, que me extraña que aún viva; y no le oculto que la esperanza está casi perdida.

Supongo que esa funesta carta es de monsieur de Valmont; ¿qué podrá decirle aún? Perdón, querida amiga; me prohíbo toda reflexión; es muy cruel ver morir tan sin piedad una mujer tan dichosa antes y tan digna de serlo.

París, 2 diciembre 17...

CARTA CL

EL CABALLERO DANCENY A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Esperando la gloria de verte, me doy, tierna amiga, el placer de escribirte; sólo con tu recuerdo puedo mitigar la ausencia tuya. Trazarte mis sentimientos, recordar los tuyos, es para mi corazón un deleite sin límites; de aquí aún provienen bienes inapreciables. Sin embargo, fuerza es creerlo, no obtendré respuesta tuya; esta carta será la última, y será preciso renunciar a este comercio, según tú, peligroso e innecesario. Seguramente te creeré si en ello insistes. ¿Qué podrás querer tú, amor mío, que yo no quiera? Pero antes permíteme que conversemos juntos.

Sobre los peligros tú sólo debes juzgar, yo no puedo calcular nada, y me atengo a rogarte precauciones para tu seguridad, porque no podré tener sosiego alguno cuando algo a ti te inquiete. Por esto, no es que ambos seamos uno, sino que tú eres tú y yo.

No acontece lo mismo en cuanto a lo innecesario; aquí no podemos tener más que una sola idea; y si diferimos, no puede ser sino a falta de explicarnos o de entendernos. He aquí lo que creo sentir.

Sin duda una carta parece poco necesaria cuando hay completa libertad para verse. ¿Qué se dirá en ella que no exprese mejor una mirada, una palabra, un silencio? Eso me parece verdad; y cuando me hablas de no escribirnos, la idea tiene en mi alma fácil acceso, la perturba tal vez, pero no la daña. Así, cuando quiero besar tu corazón, si acaso se interpone una cinta, un bucle de tu cabello, la aparto, pero no es un obstáculo a mi deseo.
Pero cuando nos separamos, la idea de escribirte viene a atormentarme. ¿Por qué, me digo, esta privación más? Supongo que favorecidos por las circunstancias pasemos juntos una tarde entera. ¿Será preciso robar al placer los momentos de conversar? Sí, del placer, mi tierna amiga; porque después de ti, los momentos mismos del reposo suministran deleites sin cuento. En fin, de todos modos, acaba uno por separarse, y después se está solo. ¡Entonces una carta es preciosa! Si no se la lee se la contempla. ¡Ah! sin duda se puede mirar una carta sin leerla, y en la noche tendría placer en tocar tu retrato.

¡Tu retrato, he dicho! Una carta es el retrato del alma. No tiene, como una fría imagen, la impasibilidad incompatible con el amor; se presta a todos los movimientos de éste, le anima, goza, reposa... ¡Tus sentimientos me son todos preciosos! ¿me privarás de ese placer?

¿Estás segura que la necesidad de escribirme no te atormente? Si en la soledad tu corazón se oprime o se dilata; si un movimiento de placer llega a tu alma; si una tristeza involuntaria la turba un momento, ¿no será en el seno de tu amigo donde habrás de abandonar tu pena o tu goce! ¡Amada mía, tierna amada mía! A ti te cumple decidir. He querido discutir solamente y no seducirte; no te he dicho más que razones, me atrevo a creer que mis súplicas sean más fuertes. Trataré, si insistes, de no afligirme; haré mis esfuerzos para decirme lo que habrías de escribir; pero tú lo dirás mejor que yo y tendré más placer en oírlo.

Adiós, mi querida amiga; la hora se aproxima; te abandono pronto para encontrarte.

París, 3 diciembre 17...

CARTA CLI

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Sin duda, marquesa, que usted no me cree lo bastante inexperto que haya podido creer en lo que me decía usted sobre la entrevista que he presenciado esta tarde, y el extraño azar que había conducido a Danceny a su casa. No es que el semblante de usted no haya sabido tomar la expresión de calma y de serenidad, ni que ninguna frase le haya sido infiel. Convengo en que sus dóciles miradas le han respondido a usted, y que si hubieran sabido hacerse entender, lejos de tener yo la más leve suposición, no hubiera dudado un momento del inmenso pesar que le causaba ese tercer importuno. Pero para no desplegar en vano tan grandes talentos, para obtener el éxito a que usted aspira, para producir en fin la ilusión, es necesario amaestrar al amante novicio con mayor cuidado.

Puesto que comienza usted a poner cátedra, enseñar a los discípulos a no avergonzarse, ni a

enrojecer desconcertados y trémulos ante el donaire más inofensivo, a no negar tan vivamente, para una sola mujer, las cosas de que se defiende tan muellemente para todas las demás. Enséñeles a tales escuchar el elogio de su querida, sin creerse obligados a hacerle los honores; y cuando usted los admita en su círculo, sepan disimular su aire de propietario, de aspecto tan cómico como fácil de reconocer y que ellos tan torpemente confunden con el del amar. Entonces podrá exhibirlos en públicos ejercicios sin que su conducta desacredite a su hábil institutriz; y yo mismo, deseoso de concurrir a la celebridad de usted, prometo hacer y publicar los programas del nuevo colegio.

Pero hasta aquí me extraña, lo confieso, que sea a mí a quien usted trate como a escolar. ¡Oh, con otra mujer sería pronto vengado! ¡Cuán gran placer sería para mí! ¡Cuánto mayor sería del que pensó quitarme! Sí, por usted sola prefiero la reparación a la venganza; y no crea que me retiene la menor duda, lo sé todo.

Usted está en París hace cuatro días; cada día ha visto a Danceny, a él solo. Hoy su puerta estaba aún cerrada; y no ha faltado a su portero, para impedirme llegar a usted, sino una seguridad como la suya. Sin embargo, no debía dudar, me lo ha mandado, que sería el primero en conocer su llegada; de esa llegada de la que aún no podía usted saber el día, escribiéndome la víspera de partir. ¿Negará los hechos, o se excusará de ellos? Reconozca aquí su imperio; pero, créame, conténtese con reconocerlo, no abuse de él mucho tiempo. Nos conocemos, marquesa; esto basta.

¿Sale mañana usted? Tal me dice. En buena hora si sale, y juzgue que he de saberlo. Pero, en fin, volverá por la noche; y para nuestra difícil reconciliación, no tendremos tiempo suficiente hasta el día siguiente.

Dígame si será en su casa, o allá, donde tendrán lugar nuestras mutuas o recíprocas expiaciones. Sobre todo, nada de Danceny. La mala cabeza de usted estaba saturada de esta idea, y puedo bien no estar celoso de este delirio de su fantasía; pero piense que lo que es un simple capricho se haría una preferencia marcada. No me creo digno de esta humillación, y no espero recibirla de usted.

Espero que este sacrificio le cueste poco. Pero aunque algo le costare, me parece haberle dado anticipada correspondencia. Que una mujer sencilla y bella, que no existía más que para mí, que en este momento muere tal vez de amor y de pena, vale al menos un joven escolar que para usted tendrá ingenio y figura, pero que aún no tiene ni experiencia, ni pleno conocimiento del amor.

Adiós, marquesa; nada le digo de mi sentimiento. Todo lo que puedo hacer en este momento es no indagar en mi corazón. Espero su respuesta. Piense en que más fácil que borrar la ofensa que usted me ha inferido, es hacerla imborrable por una negativa, por una dilación.

París, 3 diciembre 17..., por la noche.

CARTA CLII

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT

¡Vizconde, tenga cuidado, y repare en cómo es fuerza manejar mi extrema debilidad! ¿Cómo quiere que yo soporte la idea de incurrir en desagrado de usted, mostrando su indignación, y sobre todo que no sucumba ante el temor de la venganza que usted previene? Además, como bien lo sabe, si lograra hacerme cualquier perversidad, me sería imposible devolvérsela. La

existencia de usted no sería por mi influencia menos tranquila ni menos brillante. Concretamente, ¿qué tendría que temer? Ser obligado a partir si se le daba tiempo para ello. ¿Pero no se vive en el extranjero como aquí? y en todo trance, y dado que el tribunal de Francia lo dejase a usted en paz, ¿acaso el cambio de lugar no daría nuevo teatro a las hazañas y triunfos de usted? Después de intentar devolverle la sangre fría por estas consideraciones morales, volvamos al asunto.

¿Sabe usted por qué no he vuelto a casarme? No es, sin duda, por falta de partidos ventajosos, sino porque nadie tenía derecho a analizar mis acciones. No es que tenga miedo a un freno a mi voluntad, que ésta a fin hubiera triunfado, pero me hubiera molestado en verdad que alguien tuviera el derecho de quejarse; por que, en fin, yo no deseo engañar por necesidad, sino para mi placer. ¡Y he aquí que me escribe la carta más marital que darse puede! Sólo me habla de faltas por mi parte, y ¡gracias por la de usted! ¿Pero cómo es posible faltar a quien nada se le debe? No acierto a ver claro en este asunto.

Pero examinemos el caso. ¿Usted ha encontrado a Danceny en mi casa y eso le disgusta? En buena hora; pero, ¿qué es lo que usted de aquí deduce? Que esto se debía al acaso como le dije, o a mi voluntad como no dije a usted. En el primer caso su causa es injusta; en el segundo es ridícula; ¿valía la pena escribirla? Pero usted está celoso y los celos no razonan. Pues bien, quiero razonar por usted.

O usted tiene un rival, o no lo tiene. Si lo primero, fuerza es superarle en atractivos para triunfar; si lo segundo, fuerza es agradar para no sufrir lo primero, que suele no hacerse esperar en casos tales. En ambos casos, la misma conducta se impone; ¡a qué atormentarse! ¿Por qué, sobre todo, atormentarme a mí? ¿Desconfía, acaso, de su éxito? ¿No sabe ser el más digno de amar? Usted es injusto consigo. Pero no es esto todo; es que no quiero que se dé tanta pena. Usted desea menos mis bondades que abusar de su imperio. ¡Usted es un ingrato! A poco que continuase esta carta sería muy tierna, pero no lo merece.

Usted no merece que yo me justifique. Para castigarlo de sus sospechas, le obligo a considerarlas, así sobre la época de mi vuelta, como sobre la venida de Danceny. ¡Usted se ha tomado un gran trabajo por conocer la verdad! ¿Está ya más al corriente? Deseo que haya encontrado mucho placer en el asunto; por lo demás, en nada ha perjudicado al mío.

Cuanto puedo responder a su carta amenazadora es que no ha tenido el don de agradarme, ni el poder de amedrentarme, y que nunca menos que ahora acordaré lo que se me pide.

Aceptarle tal como hoy se muestra sería un caso de infidelidad real. No sería esto reanudar con el antiguo amante, sería tomar otro decididamente inferior al primero. No he olvidado tanto éste para engañarme así. El Valmont que yo amaba era encantador. Convengo en que nunca encontré un hombre más digno de amor. ¡Ah! le ruego, vizconde, que si lo encuentra me lo envíe; siempre será bien recibido.

Prevéngale, sin embargo, que en ningún caso será para hoy ni para mañana. Su Menechme le ha perjudicado intimidándome, temería engañarme, ¿o tal vez habrá dado palabra a Danceny de recibirle estos dos días? Usted verá que es preciso esperar.

Pero, ¿qué le importa? Se vengará bien de su rival. No será él peor para su amada, que lo es usted para la suya; y después de todo, una mujer no vale más que otra. Tales son las máximas de Ud. La que firma y escribe no existiría más que para usted, y que morirá al fin de amor y de pena, ¿no será sacrificada al primer capricho, al temor de ser burlado un momento? Eso es injusto.

Adiós, vizconde, vuélvase amable. Yo no le pido más sino que sea usted seductor; y cuando

de ello me convenza, me comprometo a demostrárselo. En realidad, soy muy buena.

París, 5 diciembre 17...

CARTA CLIII

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL

Respondo al punto a su carta y trataré de ser claro, lo que no es fácil con usted, cuando toma el partido de no entender.

No son necesarios largos discursos para demostrar que teniendo, como tenemos, en nuestras manos lo necesario para perdernos mutuamente, tenemos un igual interés en permanecer amigos; no es esto de lo que se trata. Pero entre el partido violento de perjudicarnos, o el de seguir unidos como antes, y aun estarlo más reanudando el antiguo lazo; entre estos dos partidos hay muchos otros que tomar. No será ridículo que le diga que desde este momento seré su amante o su enemigo.

Conozco que esta elección le será penosa; que le convendría mejor modificarla, y no ignoro que usted no gusta de verse colocada entre el sí y el no; pero usted conoce que yo no puedo dejarla salir de tan estrecho círculo sin ser burlado, y usted ha debido prever que yo no lo sufriría. Toca a usted decidir; puedo dejar la elección, pero no quedar en la duda.

Le prevengo que no me engañará con sus razonamientos, buenos o malos; que no me seducirá por los ardides con que evita las decisiones, y que, en fin, ha llegado el momento de la franqueza. Doy a usted el ejemplo, y declaro con placer que prefiero la paz y la unión; pero si fuera preciso romperlas, tengo derecho y los medios.

Añado que el menor obstáculo por su parte será tenido por una declaración de guerra. Vea usted que la respuesta que pido no exige largas ni prolijas frases.

Bastan dos palabras.

París, 4 de diciembre de 17...

Respuesta de la marquesa de Merteuil, escrita al final de la misma carta:

¡Pues bien! la guerra.

CARTA CLIV

LA SEÑORA DE VOLANGES A LA SEÑORA DE ROSEMONDE

Los boletines la instruirán mejor que yo del mal estado de nuestra enferma. Entregada a su cuidado, no tengo por ello tiempo de escribirle, más que por haber otros hechos además de la enfermedad. He aquí uno que yo no esperaba. Es una carta que he recibido de monsieur de Valmont, a quien place tomarme por confidente y aun por mediadora cerca de madame de Tourvel, para quien incluía una carta adjunta a la mía. He devuelto una y respondido a la otra. Mando a usted la última, y creo que juzgará, como yo, que no puedo ni debo hacer nada de lo que me pide. Y aun cuando hubiese querido, la desgraciada amiga no estaría en estado de oírme. Su delirio es continuo. Pero, ¿qué diría usted de la desesperación del vizconde? ¿Será cierta o pretenderá engañar a todo el mundo hasta el fin?[26] Si por esta vez es sincera, puede decir que ha hecho la dicha por sí mismo. Creo que quedará contento de mi respuesta; pero confieso que cuanto se relaciona con esta aventura desgraciada me irrita contra su autor.

Adiós, mi querida amiga; vuelvo a mi triste tarea más triste aún por la falta de esperanzas. Ya conoce usted mi cariño.

París, 5 diciembre 17...

CARTA CLV

EL VIZCONDE DE VALMONT AL CABALLERO DANCENY

[26] Por no haber encontrado en la continuación de esta correspondencia quien haya resuelto esta duda, se ha optado por suprimir esta carta de monsieur de Valmont.

Dos veces he estado en su casa, mi querido caballero; pero desde que Ud. ha abandonado el papel de amante por el de hombre de buenas fortunas, se ha hecho inencontrable. Su criado me aseguró, sin embargo, que volvería a la noche, que tenía orden de esperarle; pero yo, instruido de sus proyectos he comprendido que usted no permanecerá en su casa más que unos momentos, y al punto renovará sus excursiones triunfadoras. En buena hora, no puedo más que aplaudir; pero tal vez por esta noche usted cambie de dirección. Usted no conoce todavía más que la mitad de sus asuntos; es preciso ponerse al corriente de la otra, y después, decidir. Lea pues en calma. No trataré de distraerlo de sus placeres, sino al contrario, presentarle la elección entre ellos.

Si hubiera tenido su entera confianza, si hubiera sabido por usted la parte de sus secretos, que me ha dejado adivinar, habría sido instruido a tiempo, y mi celo, menos torpe, no molestaría hoy su marcha. Cualquier partido que usted tome hará hoy la dicha de otro.

¿Usted tiene una cita para esta noche, no es cierto, con una mujer encantadora a quien ama? porque a su edad, ¿qué mujer no se adora al menos los ocho primeros días? El lugar de la escena debe aumentar el encanto. Una casita deliciosa, tomada para usted, debe embellecer la voluptuosidad, los encantos de la libertad y del misterio. Todo está convenido; usted es esperado, usted arde en deseos de llegar allí; he aquí lo que ambos sabemos, aunque nada me haya dicho. Ahora, he aquí lo que usted no sabe y lo que voy a decirle yo.

Desde mi vuelta a París me ocupaba en los medios de aproximar a usted a madame de Volanges; lo había prometido, y la última vez que le hablé de ello, tuve ocasión de oír de sus labios, que era todo aquello ocuparme en su dicha. No pude triunfar por mí solo en empresa tan difícil; pero después de preparados los medios, confié el resto al celo de su joven amada. Ella ha encontrado en su amor recursos de que mi experiencia carecía; la desgracia de usted quiere que haya triunfado. Desde hace unos días, me ha dicho ella, se han vencido toda suerte de obstáculos, y hoy la dicha que buscaba sólo de usted depende.

Desde hace unos días se jactaba de comunicarle la noticia por sus propios labios, y a pesar de la ausencia de su mamá, hubiera sido recibido usted; ¡pero usted no se ha presentado! y para decirlo todo, sea capricho o razón, la joven me ha parecido un tanto enojada de tan poca diligencia por parte suya. En fin, ha encontrado el medio de hacerme llegar a ella, y me ha hecho prometer que entregaría a usted la carta que le adjunto. A tanta obstinación, por parte suya, me parece que es fuerza una cita para esta noche. Sea lo que fuere, he prometido por mi honor y mi amistad, que usted tendrá la tierna misiva por la tarde, y ni puedo ni quiero faltar a mi palabra. Ahora, ¿cuál será, joven, su conducta? Puesto entre la coquetería y el amor, entre el goce y la dicha, ¿cuál será su elección? Si hablase al Danceny de hace tres meses, o sólo al de hace ocho días, seguro de su corazón, lo estaría de su conducta; pero el Danceny de hoy, arrancando por las mujeres, corriendo aventuras, y un tanto salteador, según el uso, ¿preferiría la tímida niña, que sólo tiene su cabeza, su inocencia y su amor, a los encantos de una mujer aguerrida?

En cuanto a mí, mi querido amigo, aun en los principios en que usted hoy abunda, y que confieso que son en cierto modo los míos, las circunstancias me decidirían por la joven amante. Por de pronto es una más, y luego la novedad, y aun más el temor de perder el fruto de tantos desvelos descuidando el cogerlos; porque, en fin, sería dejar la ocasión frustrarse, y no siempre vuelve, y sobre todo en una debilidad primera; a veces, en este caso, basta un momento de enfado, una sospecha, menos aún, para impedir el mejor triunfo. La virtud que se ahoga se salva a veces en una tabla; después vuelve a su fuerza y es difícil de rendir.

Además, ¿qué arriesga usted?: ni una ruptura; algún pequeño disgusto a lo más, merced al cual se compra el placer de una reconciliación.

¿Qué otro placer queda a la mujer rendida que el de la indulgencia? ¿qué ganaría con la severidad? La pérdida de un placer sin gloria ni provecho.

Si, como supongo, usted toma el partido del amor, que me parece también el de la razón, creo prudente no excusarse de la cita incumplida; dejarse esperar sencillamente; si arriesga usted una razón, fuerza será justificarla. Las mujeres son curiosas y obstinadas; todo puede descubrirse; yo soy, como usted sabe, buen ejemplo de ello. Pero si deja la esperanza, que mantiene la vanidad, no será perdida sino mucho tiempo después de la hora de las informaciones; mañana elegirá bien el obstáculo, insuperable pretexto de la cosa; usted estuvo malo, muerto si es preciso, y todo se arreglará.

Por lo demás, y cualquiera que sea el partido que tome, ruégole me lo comunique; y como nada va en ello, siempre encontraré bien su conducta.

Y añado aún, que lo que yo lamento es a madame Tourvel, el estar separado de ella, y que pagaría con la mitad de mi vida la dicha de consagrarle la otra mitad. ¡Ah! créame usted, sólo por el amor somos dichosos.

París, 5 diciembre 17...

CARTA CLVI

CECILIA VOLANGES AL CABALLERO DANCENY
(adjunta a la precedente.)

¿Cómo es, mi querido amigo, que ceso de ver a usted cuando no dejo de desearlo? ¿No tiene acaso tanta gana como yo? ¡Ah! ¡qué triste estoy ahora! Más triste que cuando estábamos completamente separados. La pena que experimentaba por los otros me viene ahora por usted y me causa mucho daño.

Desde hace algunos días, mamá no está nunca en casa; bien lo sabe usted, y esperaba que trataría de aprovechar este tiempo de libertad; pero ya no se ocupa de mí tan sólo. ¡Soy muy desgraciada! ¡Me decía usted tantas veces que yo era la que quería menos! Yo sabía lo contrario y he aquí la prueba. Si hubiera venido a verme, me habría visto sin duda, porque yo no soy como usted; no trato más que de reunirnos. Usted merecía que yo no le dijese nada de lo que he hecho para esto y que me ha dolido tanto; pero lo amo demasiado y tengo tanto deseo de verle, que no puedo abstenerme de decírselo. Y así veré realmente si de veras me ama.

He arreglado todo tan bien, que el portero está interesado por mí, y me ha prometido que todas las veces que venga usted lo dejará entrar como si no lo viese; y bien podemos fiarnos de él porque es un hombre honradísimo. No se trata más que de impedir que lo vean en la casa, y esto es muy fácil no viniendo más que por la noche, pues no habrá entonces nada que temer. Por ejemplo, desde que mamá sale todos los días, se acuesta a eso de las once, y por lo tanto tenemos tiempo.

El portero me ha dicho que cuando quiera venir a esa hora, en lugar de llamar a la puerta no tiene más que llamar a su ventana y le abrirá en seguida; y como usted no podrá tener luz, dejaré entreabierta la puerta de mi cuarto y así le alumbraré un poco. Tendrá buen cuidado de no hacer ruido, sobre todo al pasar por delante de la puertecilla de mamá. En cuanto a la de la doncella me es igual, porque me ha prometido no despertarse; ¡es también buena muchacha!

Y para cuando usted se marche haremos lo mismo. Ahora nos veremos si usted viene.

¡Dios mío! ¿Por qué mi corazón me late tan fuertemente cuando le escribo? ¿Es que va a sucederme alguna desgracia, o es que me altera al esperanza de verle? Lo que sí sé que nunca le he amado tanto, ni nunca he deseado tanto decírselo. Venga, pues, amigo mío, querido amigo mío; que yo pueda repetirle cien veces que le amo, que le adoro, que a nadie amaré más que a usted.

He encontrado medio de hacer decir a monsieur de Valmont que tenía algo que comunicarle; y él, como es muy amigo mío, vendrá mañana seguramente y le rogaré que le mande al punto mi carta. Así, pues, lo espero a usted mañana por la noche, y vendrá sin falta si no quiere que su Cecilia sea muy desgraciada.
Adiós, mi querido amigo, lo abrazo con todo mi corazón.

París, 4 de diciembre de 17... (por la noche).

CARTA CLVII

EL CABALLERO DANCENY AL VIZCONDE DE VALMONT

No dude usted, mi querido amigo, ni de mi corazón ni de mi conducta. ¿Cómo resistir a un deseo de mi Cecilia? ¡Ah! Ella es la única a quien amo y a quien amaré siempre; su ingenuidad, su ternura, tienen un encanto para mí que habré podido tener la debilidad de sustraerme, pero que nada ha de hacerme olvidar nunca. Comprometido en una aventura, por decirlo así sin darme de ello cuenta, a menudo el recuerdo de Cecilia ha venido a amargar mis más dulces placeres; y acaso no le ha rendido nunca, mi corazón homenaje más verdadero que en el instante en que le era infiel. No obstante, amigo mío, respetemos su delicadeza y ocultémosle mis extravíos, no por engañarla, sino por no afligirla. La felicidad de Cecilia es mi más vehemente deseo; nunca me perdonaría una falta que le costase una sola lágrima.

He merecido, lo sé, la broma que usted me da sobre lo que llama mis nuevos principios; pero, puede creerme, no es por ellos por los que en este momento me conduzco, y estoy desde mañana decidido a probarlo. Iré a acusarme a la misma autora y, cómplice de mi devaneo, le diré: "Lea usted en mi corazón, él siente por usted la amistad más tierna; ¡la amistad unida al deseo se parece tanto al amor! Ambos nos hemos aprovechado; pero, aunque susceptible de error, no soy capaz de mala fe." Yo conozco a mi amiga; es tan honrada como indulgente; hará más que perdonarme, aprobará mi conducta. Ella misma se lamentaba de haber traicionado mi amistad; a menudo su delicadeza conmovía su amor; más prudente que yo, fortificará en mi alma esos útiles temores que yo temerariamente trataba de desvanecer en la suya. Yo le debería ser mejor como a usted debo ser más dichoso. ¡Oh, amigos míos, compartid mi gratitud! La idea de deberos mi felicidad aumenta su valor.

Adiós, mi querido vizconde; el exceso de mi alegría no me impide preocuparme de las penas de usted y de tomar parte en ellas. ¡Ojalá pudiera serle útil! ¿Madame de Tourvel sigue inexorable? Se dice también que está muy enferma. Dios mío, lo compadezco. Ojalá pueda recobrar la salud y la indulgencia para hacerle dichoso. Estos son los votos de la amistad; me atrevo esperar que se cumplirán por obra del amor.

Quisiera hablar más tiempo con usted, pero la hora es avanzada y acaso me esté ya esperando Cecilia.

París, 5 de diciembre de 17...

CARTA CLVIII

EL VIZCONDE DE VALMONT A LA MARQUESA DE MERTEUIL
(Al despertar)

Bien, querida marquesa, ¿Cómo se encuentra usted, después de los placeres de la pasada noche? ¿No está algo cansada? Convenga usted en que Danceny es encantador; hace prodigios ese muchacho. Usted no esperaba de él eso, ¿no es cierto? Yo soy justo; semejante rival bien merecía que fuese yo sacrificado. Formalmente, está lleno de buenas cualidades; pero, sobre todo, qué amor, qué constancia, qué delicadeza. ¡Ah! si alguna vez fuese usted amada por él como lo es su Cecilia, no tendría usted que temer a ninguna rival; lo ha probado esta noche. Acaso a fuerza de coquetería otra mujer pudiera arrebatárselo por un momento; un joven no sabe resistir a insinuaciones provocativas; pero una sola palabra del ser amado basta, como usted ve, para desvanecer esa ilusión; así, pues, sólo le falta a usted ser aquel objeto amado para ser del todo feliz.

Seguramente usted no se ha engañado y ha tenido el tacto suficiente para que pueda temérsela. Sin embargo, la amistad que nos une, tan sincera de mi parte como por usted reconocida, me ha hecho desear la prueba de esta noche; es obra de mi celo; ha tenido éxito, pero nada de gracia; no merece la pena, no había nada más fácil.

Después de todo, no me ha costado más que un poco de maña y un ligero sacrificio. He consentido en compartir con el joven los favores de su querida; pero al fin, él tenía tanto derecho como yo y a mí me preocupaba muy poco. La carta que la joven persona le ha escrito, soy yo quien se la ha dictado; pero era sólo para ganar tiempo, porque nosotros teníamos que emplearlo mejor. La que tengo adjunta no era nada, casi nada; algunas reflexiones de la amistad para guiar en la elección de nuevo amante, pero, en rigor, eran inútiles; hay que decir la verdad, no ha vacilado un momento.

Y además, con su candor acostumbrado, debe ir a casa de usted a contárselo todo, y seguramente este relato le agradará bastante. Él dirá: "Leed en mi corazón." Así me lo hace saber, y usted ve claramente que esto lo arregla todo. Espero que leyendo en su corazón cuanto él quiere, leerá también quizás que los amantes tan jóvenes tienen sus peligros, y hasta que vale más tenerme por amigo que por enemigo.

Adiós, marquesa, hasta otra ocasión.

París, 6 de diciembre de 17...

CARTA CLIX

LA MARQUESA DE MERTEUIL AL VIZCONDE DE VALMONT
(Billete.)

No me gusta que se agreguen malas bromas a los malos procederes, y mi conducta está en armonía con mi gusto. Cuando tengo que quejarme de alguien no trato de ponerle en ridículo; hago más que eso, me vengo. Por muy contento que usted pueda estar en este momento de sí mismo, no olvide que no sería ésta la primera vez que usted se ha aplaudido antes de tiempo, solamente por la esperanza de una victoria que puede escapársele en el instante mismo en que parece más segura.

París, 6 de diciembre de 17...

CARTA CLX

LA SEÑORA DE VOLANGES A LA SEÑORA DE ROSEMONDE

Le escribo en el cuarto de su desgraciada amiga, cuyo estado de salud es poco más o menos el mismo. Esta tarde habrá una consulta de cuatro médicos. Desgraciadamente éstas son, como usted sabe, más una prueba del peligro que un medio de socorro.

Parece, sin embargo, que la cabeza se ha fortalecido algo la última noche. La doncella me ha dicho esta mañana que a eso de las doce la llamó su señora, se quedó sola con ella y le dictó una larga carta. Julia ha añadido que mientras ella escribía el sobre, madame de Tourvel había vuelto a delirar, de modo que la muchacha no supo qué dirección debía poner a la carta. Me extrañó que del sentido de ésta no hubiese podido deducir a quién iba dirigida; y ella dijo que temía equivocarse, y que su señora le había encargado mandar inmediatamente la carta. Yo resolví abrirla.

He encontrado el escrito que le envío, el cual, en efecto, no se dirige a nadie, por dirigirse a mucha gente. Sin embargo, creo que a quien se quiso dirigir al principio nuestra desgraciada amiga es a monsieur de Valmont; pero que, sin darse cuenta de ello, ha sido después arrastrada por el desorden de las ideas. Sea de ello lo que fuere, he creído que esta carta no debía entregarse a nadie. La envío a usted porque así verá mejor que yo pudiera expresarlo cuáles son los pensamientos que bullen en el cerebro de la enferma. Mientras continúe tan vivamente afectada, no creo que debamos abrigar esperanza alguna. El cuerpo difícilmente se restablece cuando está tan agitado el espíritu.

Adiós, mi querida y digna amiga. La felicito porque está alejada del triste espectáculo que yo tengo de continuo ante mis ojos.

París, 6 de diciembre de 17...

CARTA CLXI

LA PRESIDENTA DE TOURVEL A...
(Dictada por ella y escrita por su doncella.)

Ser cruel y malhechor, ¿Cuándo te cansarás de perseguirme? ¿No te basta haberme atormentado, degradado, envilecido? ¿Quieres torturarme hasta en la paz del sepulcro? ¡Qué! En esta mansión de tinieblas en que forzosamente me ha enterrado la ignominia, ¿han de acongojarme las penas sin descanso, ha de ser desconocida la esperanza? No imploro una gracia que no merezco; para sufrir sin quejarme basta con que no excedan mis sufrimientos a mis fuerzas. Pero no hagas mis tormentos insoportables. Déjame los dolores, pero quítame el recuerdo cruel de los bienes perdidos. Ya que tú me los arrebataste, no vuelvas a trazar ante mis ojos su imagen desoladora. Yo era inocente y estaba tranquila, y hasta que te vi no perdí el reposo; oyéndote llegué a ser criminal. Autor de mis faltas, ¿qué derecho tienes tú a castigarlas?

¿Dónde están los amigos que me acariciaban? ¿dónde están? Mi infortunio les espanta; ninguno se atreve a acercarse a mí. Estoy oprimida y me niegan su auxilio. Me muero y no me llora nadie. Todo consuelo se me rehúsa. La compasión se detiene al borde del abismo en que el criminal se hunde. Los remordimientos le desgarran el corazón y no hay quien oiga sus lamentos.

Y tú, a quien he ultrajado; tú, cuya estimación aumenta mi suplicio; tú, que eres quien tiene el derecho de vengarse, ¿qué haces lejos de mí? Ven a castigar una mujer infiel. Haz que al menos los tormentos que sufra sean merecidos. Ya he querido alguna vez someterme a tu venganza, pero me ha faltado el valor para confesarte tu vergüenza. No era por disimulo, era por respeto. Que esta carta, por lo menos, te demuestre mi arrepentimiento. El cielo ha hecho suya tu causa y te venga de una injuria que ignorabas. El cielo trabó mi lengua y contuvo mis palabras. Temería que tú me perdonases una falta que él quería castigar. Me ha sustraído a tu indulgencia que habría herido su justicia.

Despiadado en su venganza, me ha entregado al mismo que me ha perdido. Sufro a un mismo tiempo por él y para él. En vano quiero huirle; me sigue, está ahí, me obsesiona sin cesar. ¡Cuán diferente es de lo que era! Sus ojos no expresan sino odio y desprecio; su boca no profiere más que reconvenciones e insultos. Sus brazos no me rodean más que para ahogarme. ¿Quién me salvará de su bárbaro furor?

¡Pero qué! Es él... No me engaño, es él... vuelvo a verle. ¡Oh! mi cariñoso amigo, ¡recíbeme en tus brazos, ocúltame en tu seno! ¡Oh, sí, eres tú, eres tú! ¿Qué funesta ilusión me había hecho desconocerte? ¡Cuánto he sufrido en tu ausencia! No nos separemos más; no nos separemos nunca. Déjame respirar. ¿No sientes cómo palpita mi corazón? ¡No es de temor, es la dulce emoción del amor! ¿Por qué esquivas mis tiernas caricias? Vuelve hacia mí tus dulces miradas. ¿Qué lazos son esos que tú tiendes a romper? ¿Por qué preparas ese aparato de muerte? ¿Quién altera así tus facciones? ¿Qué haces? Déjame, yo me estremezco. ¡Dios mío! ¿Ese monstruo todavía? Amigas mías, no me abandonéis. Vosotras, que me invitáis a huir, ayudadme a combatirle; y vosotras, que más indulgentes me prometéis aminorar mis penas, venid cerca de mí. ¿Dónde estáis? Si no me es permitido volver a veros, contestad al menos a esta carta, para que yo sepa si me amáis todavía.

Déjame ya, cruel, ¿qué nuevo furor te anima? ¿Temes que no penetre hasta mi alma un dulce sentimiento? Redoblas mis tormentos, me obligas a aborrecerte. ¡Oh, qué doloroso es el odio! ¡Cómo corroe el corazón que lo destila! ¿Por qué me perseguís? ¿Qué tenéis ya que decirme? ¿No me habéis puesto así en la imposibilidad de escucharos como en la de responderos? No esperéis nada de mí. Adiós, señor.

París, 5 de diciembre de 17...

CARTA CLXII

EL CABALLERO DANCENY AL VIZCONDE DE VALMONT

Ya estoy enterado, señor, de la conducta de usted para conmigo. Sé también que, no contento con haberme burlado indignamente, no teme envanecerse y alabarse de ello. He visto su traición escrita por su propia mano. Confieso que mi corazón se ha sobrecogido y que he sentido cierta vergüenza de haber ayudado tanto al abominable abuso que ha hecho de mi ciega confianza. Sin embargo, no le envidio por tan odiosa ventaja; solamente tengo curiosidad de saber si seguiría aventajándome en todo. Esta curiosidad quedará satisfecha si, como espero, acude usted mañana entre ocho y nueve de la mañana a la puerta del bosque de Vincennes, pueblo de Saint-Mandé. Tendré buen cuidado de que haya allí todo lo necesario para obtener las aclaraciones que me quedan que pedirle.

París, 6 de diciembre de 17... (por la noche).

CARTA CLXIII

EL SEÑOR BERTRAND A LA SEÑORA DE ROSEMONDE

Señora: con gran sentimiento cumplo con el triste deber de comunicarle una noticia que ha de causarle honda pena. Permítame que le recomiende antes aquella piadosa resignación que todos hemos en vuestra merced admirado tan a menudo, y que es la que solamente puede hacernos sobrellevar las desgracias de que está sembrada nuestra miserable vida.

El sobrino de vuestra merced... Dios mío, ¡es necesario que yo aflija tanto a tan respetable señora! El sobrino de vuestra merced ha tenido la desgracia de sucumbir en un duelo que ha tenido esta mañana con el caballero Danceny. Ignoro, en absoluto, el motivo de la cuestión; pero parece, por la carta que he encontrarlo en el bolsillo del señor vizconde, y que tengo la honra de remitir a vuestra merced, que no era él el agresor. ¡Y es preciso que sea aquel que el cielo ha permitido que sucumba!

Estaba en casa del señor vizconde esperándole, a la misma hora en que lo llevaron a ella. Figúrese vuestra merced mi espanto, al ver a su sobrino en brazos de dos criados y todo bañado en sangre. Tenía dos estocadas en el cuerpo y estaba ya muy débil. Monsieur Danceny estaba allí también y hasta lloraba. ¡Ah! ¡Sin duda debe llorar, pero no es ya tiempo de derramar lágrimas cuando se ha causado una desgracia irreparable! En cuanto a mí, no podía dominarme; y a pesar de lo poco que valgo, no dejaba por eso de expresar mi pensamiento. Entonces es cuando se mostró el señor vizconde verdaderamente grande. Me mandó callar, estrechó la mano de su matador, le llamó su amigo y le abrazó delante de todos, diciéndonos: "Os mando guardar a este señor todas las consideraciones debidas a un hombre galante y valiente." Ha hecho además que se le entreguen legajos muy voluminosos, que yo no conocía, pero a los cuales sé que atribuía mucha importancia. En seguida quiso quedarse con su adversario a solas un momento. Sin embargo, yo había enviado a buscar todos los socorros necesarios, así temporales como espirituales. Pero, ¡ay! El mal no tenía remedio. Menos de media hora después, el señor vizconde había perdido el conocimiento. No ha podido recibir más que la Extrema Unción; y apenas le fue administrada, exhaló el último suspiro.

¡Oh, Dios mío! Cuando, al nacer, recibí entre mis brazos a aquel precioso vástago de tan ilustre casa, ¿quién había de sospechar que expiraría en mis brazos también y que yo tendría que llorar su muerte?

¡Una muerte tan temprana y tan desgraciada! ¡Corren mis lágrimas a pesar mío! Pillo a vuestra merced perdón, señora, por haberme atrevido a mezclar mis dolores con los suyos; pero en todos los estados se tiene corazón y sensibilidad, y yo sería muy ingrato si no llorara toda mi vida a un señor que tantas bondades tenía para mí y que me honraba con tanta confianza.

Mañana, después de que salga de aquí el cadáver, haré sellarlo todo, y vuestra merced puede estar completamente tranquila y confiada en mí. Vuestra merced no ignora que este desgraciado acontecimiento acaba la sustitución y hace sus disposiciones completamente libres. Si yo puedo ser a vuestra merced útil, le ruego que tenga a bien comunicarme sus órdenes; yo pondré todo mi celo en ejecutarlas fielmente.

Soy de vuestra merced, con el más profundo respeto, muy humilde servidor,

BERTRAND.
París, 7 de diciembre de 17...

CARTA CLXIV

LA SEÑORA DE ROSEMONDE AL SEÑOR BERTRAND

En este momento recibo su carta y sé por ella, querido Bertrand, el triste acontecimiento de que mi sobrino ha sido la desgraciada víctima. Sí, sin duda tengo órdenes que dar, y sólo por este motivo me ocupo de cosas ajenas a mi mortal aflicción.

La carta que me envía de monsieur Danceny es una prueba convincente de que él es quien ha provocado el duelo, y mi deseo es que vuestra merced presente al instante, en mi nombre, la oportuna reclamación. Perdonando a su enemigo, a su matador, ha podido mi sobrino satisfacer su natural generosidad; pero yo debo vengar a la vez su muerte, la humanidad y la religión. Nunca podrá recomendarse bastante la severidad de las leyes contra este resto de

barbarie y no creo que en este caso nos esté mandado perdonar las injurias. Espero, pues, que usted emprenda este asunto con todo el celo y actividad de que le reconozco capaz y que se debe a la memoria de mi sobrino.

Cuidará usted, ante todo, de ver de mi parte al señor presidente de... y de conferenciar con él. Yo no le escribo, pues no tengo ánimo más que para entregarme a mi dolor por completo. Usted le presentará mis disculpas y le enseñará esta carta.

Adiós, mi querido Bertrand; le alabo y doy gracias por sus buenos sentimientos y soy su afectísima.

Castillo de..., 8 de diciembre de 17...

CARTA CLXV

LA SEÑORA DE VOLANGES A LA SEÑORA DE ROSEMONDE

Sé, mi querida amiga, que ya ha tenido usted noticia de la pérdida que acaba de sufrir; yo conocía su ternura por monsieur de Valmont, y comparto sinceramente la aflicción que la embarga. Me apena, en verdad, tener que añadir nuevos pesares a los que padece; pero, ¡ay! Ya no le queda por dar a nuestra desgraciada amiga sino lágrimas. La hemos perdido a las once de la noche. Por una fatalidad, que parece unida a su suerte, y que parecía también burlarse de toda precaución humana, el corto intervalo de tiempo que ha sobrevivido a monsieur de Valmont, sólo le ha servido para conocer la infausta nueva de su muerte; y, como ella misma ha dicho, no ha podido sucumbir abrumada por el peso de sus desgracias hasta que se ha colmado la medida.

En efecto, sabe usted que hace dos días que estaba sin conocimiento; y aún ayer por la mañana, cuando llegó el médico y nos acercamos a su cama, no conoció a ninguno y no pudimos obtener de ella ni una palabra ni un gesto. Pues bien, apenas volvimos cerca de la

chimenea, y mientras el médico me daba la triste noticia de la muerte de monsieur de Valmont, esta infortunada mujer recobró su conocimiento, ya porque la naturaleza obrase tal transformación por sí sola, ya porque el oír las palabras Valmont y muerto hayan podido recordar a la enferma las únicas ideas que le preocupaban desde hace mucho tiempo.

Sea de esto lo que quiera, corrió precipitadamente las cortinas de la cama gritando: "¡Qué! ¿Qué dice vuestra merced? ¿Monsieur de Valmont ha muerto?" Traté de hacerla creer que se había engañado y le aseguré que había entendido mal; pero lejos de convencerse, exigió al médico que volviese a empezar el doloroso relato; y como yo tratase aún de disuadirla, me llamó y me dijo en voz baja: "¿Por qué querer engañarme? ¿No estaba ya muerto para mí?" Fue necesario acceder.

Nuestra desgraciada amiga oyó al principio con aire bastante tranquilo; pero poco después interrumpió el relato diciendo: "Ya sé bastante." Pidió en seguida que se le corriesen las cortinas; y cuando el médico quiso de nuevo acercarse a ella para prodigarle los cuidados que su estado exigía, no permitió que se le acercase.

En cuanto el médico salió despidió igualmente a sus doncellas; y cuando estuvimos solas, me rogó que le ayudase a arrodillarse en la cama y que la sostuviera. Así permaneció algún tiempo, silenciosa y sin otra expresión que la de las lágrimas que corrían en abundancia por su rostro. Por último, juntando las manos y elevándolas hacia el cielo, dijo con voz débil, pero ferviente: "Dios Todopoderoso, me someto a tu justicia, pero perdona a Valmont. Que mis desgracias, que yo reconozco haber merecido, no sean motivo de acusación para él y bendeciré tu misericordia." Me permito, querida amiga, entrar en estos detalles en asunto que no dudo renovará y agravará los dolores que la atormentan, porque creo que esta oración de madame de Tourvel ha de llevar al alma de vuestra merced algún consuelo.

Después que nuestra amiga elevó esta corta plegaria, volvió a caer entre mis brazos; y apenas volvió a acomodarse en el lecho, cuando se apoderó de ella un largo abatimiento que no resistió, sin embargo, a los remedios ordinarios. Tan pronto como recobró el conocimiento me pidió que mandase a buscar al padre Anselmo, y añadió: "Éste es el único médico que necesito ahora; siento que pronto acabarán mis males." Se quejaba mucho de opresión y hablaba difícilmente.
Poco tiempo después ordenó a su doncella que me entregara una cajita que envío a usted, que me dijo que contenía papeles suyos; y me encargó que se la entregara en cuanto ella expirase[27]. En seguida hablóme de usted y de su amistad hacia ella, tanto como su situación se lo permitía y con mucha ternura.

El padre Anselmo llegó hacia las cuatro y permaneció solo con ella cerca de una hora. Cuando volvimos a entrar, el semblante de la enferma estaba tranquilo y sereno; pero era fácil ver que el padre Anselmo había llorado mucho. Se quedó para asistir a las últimas ceremonias de la Iglesia. Este espectáculo, siempre tan imponente y doloroso, lo era entonces más por el contraste que ofrecía la tranquila resignación de la enferma, con el dolor profundo de su venerable confesor que se anegaba en lágrimas junto a ella. La emoción fue general, y mientras todos la llorábamos, ella no derramaba ni una lágrima siquiera.

Invirtióse el resto del día en las preces de ritual, que no fueron interrumpidas más que por los frecuentes desvanecimientos de la enferma. Por fin, hacia las once de la noche, me pareció más molesta y angustiada. Tendí la mano para buscan su brazo; ella tuvo todavía fuerzas para tomarla y la estrechó contra su corazón. Ya no sentí sus latidos; y, en efecto, nuestra desgraciada amiga expiró en aquel mismo momento.

---

[27] Esta cajita contenía todas las cartas relacionadas con su aventura con monsieur de Valmont.

Usted recuerda, mi querida amiga, que en el último viaje que aquí hizo, hace menos de un año, hablando de algunas personas cuya felicidad nos parecía más o menos asegurada, nos detuvimos con complacencia en examinar la suerte de esta mujer misma, cuyo fin desgraciado lloramos ahora. Tantas virtudes, cualidades recomendables y atractivos; un carácter tan fácil y tan dulce; un marido a quien ella amaba y de quien era correspondida; una sociedad donde se divertía y de la que hacía las delicias; belleza, juventud, fortuna; tantas ventajas reunidas se han perdido por una sola imprudencia. ¡Oh, Providencia! ¡Fuerza es admirar tus decretos! Pero, ¡cuán incomprensibles son! Me detengo; temo aumentar su tristeza entregándome a la mía.

La abandono a usted para visitar a mi hija que está un poco indispuesta. Al saber esta mañana por mi conducto una muerte tan inesperada de dos personas de su amistad, se ha puesto mala y la he hecho guardar cama. Espero, sin embargo, que esta indisposición no tenga consecuencia. A sus años no se tiene aún la costumbre del dolor, y estas impresiones son más vivas y fuertes. Esta sensibilidad tan activa es, sin duda, una cualidad laudable; pero, ¡de qué modo todo lo que vemos nos enseña a temerla!

Adiós, mi querida y digna amiga.

París, 9 de diciembre de 17...

CARTA CLXVI

EL SEÑOR BERTRAND A LA SEÑORA DE ROSEMONDE

Señora: a consecuencia de las órdenes que vuestra merced ha tenido a bien comunicarme, he tenido la honra de ver al señor presidente de... y le he enseñado la carta de vuestra merced, previniéndole que, según sus deseos, obraría conforme a los consejos que él me diese. Este respetable magistrado me ha encargado que llame la atención de vuestra merced sobre lo mucho que perjudicaría a la buena memoria de su sobrino, cuya honra padecería sin duda por la sentencia del tribunal, la causa que intenta contra el caballero Danceny. Su opinión es, pues, que vuestra merced debe abstenerse de toda gestión; y que si hay algo que hacer es, por el contrario, tratar de evitar que el ministerio público tenga conocimiento de esta desgraciada aventura que ya ha cundido demasiado.

Estas observaciones me han parecido muy prudentes, y yo he decidido esperar nuevas órdenes de vuestra merced.

Permítame, señora, que le suplique que, al tiempo de transmitírmela, me dé noticias acerca del estado de su salud, por la cual abrigo ciertos temores, después de tantas penas. Espero que vuestra merced perdonará esta libertad a mi lealtad y a mi celo.

Soy de vuestra merced, señora, con respeto, etc.

París, 10 de diciembre de 17...

CARTA CLXVII

ANÓNIMO AL CABALLERO DANCENY

Señor: tengo la honra de prevenirle de que esta mañana, en la Audiencia, han hablado los agentes de la justicia de la cuestión que usted ha tenido en estos días con el señor vizconde de Valmont; y de que es de temer que el ministerio público intervenga en este asunto. He creído que esta advertencia podría serle útil, ya para invocar el auxilio de sus protectores, y evitar así enojosas consecuencias, ya para poder, en el caso de que no fueran eficaces las influencias, tomar las necesarias precauciones personales.

Si usted me permite que le dé un consejo, creo que haría muy bien en presentarse en público, durante algún tiempo, menos de lo que lo hace, de años días a esta parte. Aunque ordinariamente se es muy indulgente para esta clase de lances, se debe, sin embargo, ese respeto a la ley.

Esta precaución se hace tanto más necesaria, cuanto que he averiguado que una cierta madame de Rosemonde, que dicen que es tía de monsieur de Valmont, quería encausar a usted; y en este caso, el ministerio público no podría negarse a su demanda. Sería, tal vez, conveniente que usted pudiese hacer hablar a esa señora.

Razones particulares me impiden firmar esta carta. Pero creo que, no por ignorar de quien procede, hará menos justicia a los sentimientos que la dictan.
Tengo la honra de ser, etc.

París, 10 de diciembre de 17...

CARTA CIXVIII

LA SEÑORA DE VOLANGES A LA SEÑORA DE ROSEMONDE

Mi querida y digna amiga: corren aquí rumores extraños y muy enojosos, acerca de madame de Merteuil. Yo estoy, por supuesto, muy lejos de creerlos, y hasta apostaría que no son más que una infame calumnia; pero sé además muy bien cuán pronto toman consistencia las más inverosímiles historias, y cuán difícilmente se borra la impresión que dejan, para que no me alarmen éstas a que me refiero, por fácil que yo crea el destruirlas. Desearía, sobre todo, que esos rumores se desmintiesen antes de propagarse más. Pero recién supe ayer, ya muy tarde, los horrores que empiezan a decirse; y cuando mandé recado esta maligna a casa de madame de Merteuil, acababa de salir para el campo, donde ha de pasar dos días. No han sabido decirme a casa de quién se ha ido. Su segunda doncella, que he hecho venir a hablar conmigo, me ha dicho que su señora no había hecho más que darle orden de esperarla el jueves próximo; y ninguno de los criados que ha dejado, sabe más. Yo misma no tengo idea de dónde ha podido ir: no me acuerdo de nadie que ella conozca que se quede tan tarde en el campo.

Sea de esto lo que fuere, yo espero que usted podrá, de aquí al regreso de madame de Merteuil, hacerme aclaraciones que han de serme muy útiles; porque estas odiosas historias se fundan en circunstancias de la muerte de monsieur de Valmont, de las cuales debe usted de estar enterada, si son verdaderas, o le será fácil, por lo menos, enterarse, lo que por favor le pido. He aquí lo que se dice, o por mejor decir, lo que todavía se murmura; pero que no

tardará, seguramente, en hacerse más público.

Se dice que el lance surgido entre monsieur de Valmont y el caballero Danceny, es obra de madame de Merteuil, que engañaba igualmente a ambos; que, como casi siempre acontece, los dos rivales han empezarlo por batirse, y no han obtenido aclaraciones, sino después del encuentro; que estas aclaraciones dieron lugar a una reconciliación sincera; y que para desenmascarar a madame de Merteuil a los ojos del caballero Danceny, así como para justificarse él mismo, monsieur de Valmont unió a sus declaraciones una multitud de cartas, que forman una correspondencia regular que con ella sostenía, y en la cual se muestra madame de Merteuil, en el estilo más libre, protagonista de las anécdotas más escandalosas.

Se añade que Danceny, en sus primeros momentos de indignación, ha entregado estas cartas a todo el que ha querido leerlas, y que ahora corren por París. Se citan, especialmente, dos[28]: una en que hace la historia completa de su vida y de sus principios, y en que se dice el colmo del horror; otra que justifica plenamente a monsieur de Prevan, cuya historia usted recuerda, por la prueba que allí se encuentra, de que él no hizo más que ceder a los avances más descarnados de madame de Merteuil, y que la cita estaba convenida con ella.

Tengo, afortunadamente, las más poderosas razones para creer que estás imputaciones son tan falsas como odiosas. Por de pronto, ambas sabemos que monsieur de Valmont no se ocupaba, seguramente, de madame de Merteuil; y tengo motivos para creer, que Danceny no se ocupaba más de ella. Así, pues, me parece que no pudo ser ni el motivo, ni el autor del lance. No comprendo tampoco qué interés hubiera podido tener madame de Merteuil en que se la supusiera de acuerdo con monsieur de Prevan, para hacer una escena, que no podía sino ser desagradable por su resonancia, y podía ser peligrosa para ella, puesto que le creaba un enemigo irreconciliable en un hombre que conocía una parte de su secreto, y que tenía muchos partidarios entonces. Sin embargo, es de notar que, desde esta aventura, no se ha elevado ni una sola voz a favor de Prevan, y que, ni por parte de él mismo, ha habido una sola reclamación.

Estas reflexiones me inducen a sospecharle autor de los rumores que corren hoy, y a mirar estas tenebrosidades como obra del odio y de la venganza de un hombre que, viéndose perdido, espera, por este medio, sembrar, al menos, dudas, y procurar, tal vez, una diversión útil. Pero vengan de quien vinieren estas infamias, urge el destruirlas. Caería por su base, si se averiguase que, como es verosímil, monsieur de Valmont y monsieur Danceny no se hablaron después de su desgraciado encuentro, ni hubo entrega de cartas.

En mi impaciencia por comprobar estos hechos, he enviado esta mañana a preguntar por monsieur Danceny. Tampoco está en París. Sus criados han dicho a mi lacayo que había partido esta noche, a consecuencia de un aviso que había recibido ayer; y que era un secreto el lugar donde se hallaba. Indudablemente teme las consecuencias de su lance. Únicamente por usted, mi querida y digna amiga, puedo yo saber los detalles que me interesan, y que pueden ser tan necesarios a madame de Merteuil. Reitero a usted la súplica de que los proporcione lo antes posible.

P. D. -La indisposición de mi hija no ha tenido consecuencia alguna; y me encarga que le presente sus respetos.

París, 11 de diciembre de 17...

---

[28] Cartas LXXXI y LXXXV de esta colección.

CARTA CLXIX

EL CABALLERO DANCENY A LA SEÑORA DE ROSEMONDE

Señora: quizás encuentre usted muy extraño el paso que voy a dar; pero le ruego que me escuche antes de juzgarme, y que no vea ni audacia, ni temeridad, donde no hay más que respeto y confianza. No se me ocultan las desfavorables circunstancias en que, con relación a usted, me encuentro; y no me perdonaría en la vida mi desgracia, si pudiese pensar un solo instante que me había sido posible evitarla. Esté, señora, bien persuadida de que, no por estar exento de reproches, dejo de estarlo de pena; y aun puedo añadir, con sinceridad, que la que le causo, contribuye a agravar mucho las que yo siento. Para creer en los sentimientos, que me atrevo a manifestarle, debe bastarle con hacerse justicia a sí misma, y con saber que, sin tener la suerte de que usted me conozca, yo tengo, sin embargo, la de conocerla.

No obstante, al deplorar la fatalidad que ha causado sus desgracias y las mías, se me quiere hacer temer que, entregada usted a la venganza por completo, busque los medios de conseguirla hasta en la severidad de las leyes.

Permítame, ante todo, que le haga observar, a este propósito, que su dolor le ofusca, porque mi interés en este asunto está íntimamente ligado al de monsieur de Valmont; y que él se encontraría envuelto en la condenación que usted provocará contra mí. Yo creía, señora, poder contar, por lo que a usted se refiere, más con ayuda que con obstáculos en las gestiones que yo me viese obligado a emprender para que este desgraciado acontecimiento quedase enterrado en el silencio.

Pero este recurso de complicidad, que conviene igualmente al inocente y al culpable, no basta a mi delicadeza; deseoso de descartar a usted como parte, la reclamo como juez. La estimación de las personas que se respetan es demasiado preciosa para que yo deje perder la suya sin defenderla; y creo tener los medios para ello.

En efecto, si usted conviene en que la venganza es permitida, mejor dicho, que es debida cuando se ha sido traicionado en el amor, en la amistad, y, sobre todo, en la confianza; si conviene en esto, mis extravíos van a desaparecer ante sus ojos. No crea en mis razonamientos; pero lea, si tiene valor para ello, la correspondencia que en sus manos deposito[29]. Las cartas originales que en ella se encuentran, comprueban la autenticidad de

[29] La colección presente se ha formado con esta correspondencia, con la enviada igualmente a madame de

aquellas de las que sólo existen copias. Por lo demás he recibido estos papeles, tal y como tengo la honra de remitírselos, de manos del mismo monsieur de Valmont. No he añadido nada; y he hecho uso tan sólo de dos cartas, que he hecho publicar.

Una era necesaria a la venganza común de monsieur de Valmont y mía, a la cual teníamos ambos derecho; y de la cual él me había encargado expresamente. He creído, además, que prestaba un servicio a la sociedad, desenmascarando a una mujer tan peligrosa como madame de Merteuil, y que, como usted podrá ver, es la única, la verdadera causa de cuanto entre monsieur de Valmont y yo ha sucedido.

Un sentimiento de justicia me ha llevado también a publicar la segunda, para la justificación de monsieur de Prevan, que apenas conozco; pero quien de ningún modo merece el riguroso tratamiento que acaba de padecer, ni la severidad de los juicios del público, más inexorable todavía, y bajo la cual se halla hace tiempo, sin tener medios de defensa.

De estas dos cartas no encontrará usted más que copias, porque yo guardo los originales. Por lo que a las demás se refiere, no creo poder confiar a manos más seguras un depósito que acaso me importe que no sea destruido; pero del cual me avergonzaría de hacer mal uso. Creo, señora, que al entregarle estos papeles, sirvo mejor los intereses de las personas a quienes pueda importarles, que remitiéndoselos a ellas mismas; les libro de la violenta situación en que se hallarían al recibirlos de mis propias manos, y al saber que conozco aventuras que, indudablemente, desean que todo el mundo ignore.

Creo deber advertirle, a este propósito, que la correspondencia adjunta no es más que una parte de otra más voluminosa, de la cual la entresacó monsieur de Valmont en mi presencia, y que usted debe encontrar, al levantar los sellos, bajo el título, que he visto, de cuenta abierta entre la marquesa de Merteuil y el vizconde de Valmont. Vuestra merced adoptará, sobre este punto, el partido que su prudencia le sugiera.

Soy con el mayor respeto, señora, etc.

P. D. -Algunos avisos que he recibido y los consejos de mis amigos, me han obligarlo a ausentarme de París por algún tiempo; pero el lugar de mi retirada, secreto para todo el mundo, no lo será para usted. Si me honra con una respuesta, le ruego que la dirija a la Encomienda de... para P... y en el sobre: Señor Comendador de... Desde la casa de este señor tengo la honra de escribir a usted.

París, 12 de diciembre de 17...

Rosemonde a la muerte de madame de Tourvel, y con las cartas también confiadas a la misma señora por madame de Volanges, cuyos originales subsisten en poder de los herederos de la referida madame de Rosemonde.

CARTA CLXX

LA SEÑORA DE VOLANGES A LA SEÑORA DE ROSEMONDE

Voy, querida amiga, de sorpresa en sorpresa y de disgusto en disgusto. Es preciso ser madre para tener idea de lo que he sufrido toda la mañana de ayer; y si se han calmado luego mis más crueles inquietudes, aún me queda una viva aflicción, de la que no preveo el fin.

Ayer, a eso de las diez de la mañana, extrañada de no haber visto aún a mi hija, envié a mi doncella a averiguar cuál era la causa del retraso. Volvió a poco sobrecogida, y a mí me sobrecogió aún más, diciendo que mi hija no estaba en su cuarto, y que desde la mañana su doncella no había vuelto a verla. Juzgue usted de mi situación. Llamé a todos mis criados, y especialmente al portero; todos me juraron que no sabían nada y que nada podían decirme acerca del suceso. Fui en seguida al cuarto de mi hija. El desorden que en él reinaba me convenció de que había evidentemente salido por la mañana; pero no encontré nada que me diese más luz. Registré sus armarios, su secrétaire; encontré todo en su lugar, y todos sus vestidos, a excepción del traje con que había salido. Ni siquiera había tomado el poco dinero que tenía.

Como no supo hasta ayer lo que se cuenta de madame de Merteuil, a quien aprecia mucho, y había llorado por eso toda la noche; y como me acordé que ella ignoraba que madame de Merteuil estaba en el campo, mi primera idea fue que había querido ver a su amiga y había hecho la locura de ir a verla sola. Pero el tiempo transcurrió sin que volviese y se renovaron mis inquietudes. Mi pena se aumentaba por momentos y ardía en deseos de descifrar el enigma, pero no me atrevía a tomar informes de ninguna especie, temerosa de dar resonancia a un incidente que quizás pudiera después ocultar a todo el mundo. En mi vida he sufrido tanto.

Por fin, a más de las dos de la tarde recibí, a un mismo tiempo, una carta de mi hija y otra de la superiora de... La carta de mi hija decía únicamente que había temido que yo me opusiera a su vocación de hacerse religiosa y no se había atrevido a hablarme del asunto; el resto de la carta no eran más que excusas por haber tomado una resolución semejante sin mi permiso, aunque yo no la desaprobaría seguramente si conociese los motivos, sobre los cuales me rogaba, sin embargo, que nada le preguntase.

La superiora me decía que, habiendo visto llegar a una joven sola, se había por un momento negado a recibirla; pero habiéndola interrogado y sabido quién era, había creído hacerme un servicio, empezando por dar asilo a mi hija para no exponerla a nuevas correrías, a las cuales parecía determinada. La superiora, ofreciéndome muy razonablemente enviarme a mi hija, si así lo exigía yo, me aconsejaba, como cumple a persona de su condición, no oponerme a una vocación que ella califica de muy decidida; me decía también que no había podido participarme antes de este acontecimiento, por el trabajo que le había costado el conseguir que

mi hija me escribiera, porque su proyecto era que nadie supiese a qué lugar se había retirado. Es una cosa terrible el atolondramiento de los niños.

He estado, en seguida en el convento, y después de ver a la superiora, le pedí ver a mi hija. esta vino muy apenada y temblorosa. Le hablé delante de las monjas y también a solas. Todo lo que he podido sacarle, en medio de muchas lágrimas, es que no podía ser feliz más que en el convento; he adoptado la resolución de permitirle permanecer allí, pero sin entrar aún con el carácter de postulanta como ella me pedía. Temo que la muerte de madame de Tourvel y la de monsieur de Valmont hayan afectado excesivamente a su pueril imaginación. Por mucho respeto que me inspire la vocación religiosa, no vería sin pena y sin temor a mi hija abrazar tal estado. Me parece que tenemos bastantes deberes que cumplir para que tratemos de crearnos otros nuevos, y sobre todo que no es su edad la más a propósito para saber lo que nos conviene.

Lo que complica más mi situación es el próximo regreso de monsieur de Gercourt. ¿Habrá que romper un enlace tan ventajoso? ¿Cómo hacer la felicidad de estos muchachos si no basta tener el mejor deseo y prodigarles los mayores cuidarlos? Le agradecería mucho que me dijese lo que haría en mi lugar; no puedo tomar resolución alguna; no encuentro nada más espantoso que tener que decidir de la suerte de los demás; y lo mismo temo en esta ocasión desplegar la severidad de un juez que la debilidad de una madre.

Me reconvengo sin cesar por aumentar sus penas con el relato de las mías; pero conozco ese corazón; el consuelo que Ud. puede dar a los demás, es el más grande que puede darse a sí misma.

Adiós, mi querida y digna amiga, espero sus dos contestaciones con mucha impaciencia.

París, 13 de diciembre de 17...

CARTA CLXXI

LA SEÑORA DE ROSEMONDE AL CABALLERO DANCENY

Después de lo que usted me ha comunicado, señor, no hay más remedio que llorar y callarse. Se siente vivir aún, cuando se conocen horrores semejantes, se avergüenza una de ser mujer cuando se sabe que hay una capaz de tales demasías.

Me prestaría de buena gana, señor, por lo que a mí atañe, a dejar en el silencio y a dar al olvido todo cuanto recordase o pudiese dar lugar a tristes acontecimientos. Hasta deseo que éstos no causen a usted más dolor nunca que los inherentes a la infausta ventaja que ha logrado sobre mi sobrino. A pesar de sus extravíos, que no puedo por menos de reconocer, sé que no podré jamás consolarme de su pérdida; pero mi eterna aflicción será la única venganza que me permitiré tomar de usted. A su corazón incumbe el apreciar el valor de ella.

Si usted me permite que, a mi edad, le haga una reflexión que no suele hacerse a la suya, le diré que si tuviésemos una idea clara de aquello en que la verdadera felicidad consiste, no iríamos nunca a buscarla fuera de los límites marcados por las leyes y la religión.

Puede estar seguro de que yo guardaré gustosa y fielmente el depósito que me ha confiado; pero le ruego que me autorice a no entregárselo a nadie, ni a usted mismo, señor, a menos que fuese necesario a su justificación. Me atrevo a creer que usted no desoirá este ruego, y que no querrá experimentar de nuevo, en sí mismo, cuánto se padece después de haber satisfecho aun la más justa venganza.

No ceso en mis pretensiones todavía, persuadida como estoy de su generosidad y delicadeza; sería muy digno de ambas que usted pusiera en mis manos también las cartas de mademoiselle de Volanges, que sin duda conserva y que ya no le interesan. Sé que esta joven ha cometido varias faltas para con usted, pero no creo que usted trate de castigarlas; y, aunque no sea más que por el propio respeto, no querrá envilecer a la persona que tanto ha amado. No tengo necesidad de añadir que las consideraciones a que no es acreedora la hija, las merece la madre, esa respetable señora, respecto de la cual tiene usted no poco que reparar; porque, en fin, sean cuales fuesen las ilusiones que tratemos de hacernos a nosotros mismos por una pretendida delicadeza de sentimientos, es lo cierto que el primero que intenta seducir un corazón todavía sencillo y honrado, se hace por este solo hecho el primer cómplice de su corrupción, y debe ser siempre responsable de los excesos y extravíos que después sobrevengan.

No le extrañe, señor, tanta severidad de mi parte; ésta es la mayor prueba que puedo darle de mi completa estimación. Usted adquirirá nuevos títulos a ella si se presta, como yo deseo, a la seguridad de un secreto cuya publicidad perjudicaría a usted mismo, y llevaría la muerte a un corazón maternal que ya ha herido. En fin, señor, yo deseo prestar este servicio a mi amiga, y si temiese que usted iba a negarme este consuelo, le rogaría que pensara que éste es el único que me ha dejado.

Tengo la honra de ser, etc.

Castillo de..., 15 de diciembre de 17...

CARTA CLXXII

LA SEÑORA DE ROSEMONDE A LA SEÑORA DE VOLANGES

Si hubiese tenido, mi querida amiga, que ir a buscar a París las aclaraciones que me pide acerca de madame de Merteuil, no me sería posible dárselas todavía; y yo no las hubiese obtenido indudablemente sino vagas e inciertas; pero he recibido unas que no esperaba, ni tenía razones para esperar, pero que llevan al ánimo una gran certidumbre. ¡Oh, amiga mía, cómo la ha engañado esa mujer!

Me repugna entrar en detalles de ese conjunto de horrores; pero todo cuanto se insinúe, esté usted cierta que está muy por debajo de la verdad. Espero, querida amiga, que me conozca lo bastante para creerme bajo mi palabra y que no ha de exigirme prueba alguna. Bástele saber que tengo una multitud de ellas, en este instante, en mis manos.

No es menor la pena que me causa el hacerle idéntica súplica de que no me obligue a exponerle los motivos en que se funda el consejo que me pide, relativo a mademoiselle de Volanges. La exhorto a que no se oponga a la vocación que manifiesta. Seguramente no existe razón alguna que autorice para obligar a tomar este estado, cuando la persona no es a él llamada; pero algunas veces es una gran fortuna que lo sea, y usted ve que su hija le dice que no la desaprobaría si conociese los motivos. El que nos inspira nuestros sentimientos sabe mejor que nuestra vana sabiduría lo que a cada cual conviene, y con frecuencia lo que parece un acto de su severidad es, por el contrario, un acto de su clemencia.

En fin, mi opinión, que yo sentiría que la aflija, y que por lo mismo debe creer que no la emito sin haberla madurado mucho, es que deje a mademoiselle en el convento, pues que ha elegido este partido; que, lejos de contrariar, facilite el proyecto que parece haber formado, y que, esperando su realización, no dude usted en romper el matrimonio que estaba proyectado.

Después de haber cumplido estos penosos deberes de amistad, y no siéndome posible enviarle consuelo alguno, el favor que me queda que pedirle, mi querida amiga, es que no me pregunte nada más sobre lo que se refiera a estos tristes acontecimientos; dejémoslos en el olvido que les conviene, y sin buscar inútiles y desconsoladoras aclaraciones sometámonos a los decretos de la Providencia y creamos en la sabiduría de sus designios hasta cuando nosotros no alcanzamos a comprenderlos.

Adiós, mi querida amiga.

Castillo de..., 15 de diciembre de 17...

CARTA CLXXIII

LA SEÑORA DE VOLANGES A LA SEÑORA DE ROSEMONDE

¡Oh, amiga mía! ¡En qué pavoroso velo envuelve usted la suerte de mi hija! ¡Y parece que usted teme que intente yo descorrerlo! ¿Qué es lo que me oculta que pueda afligir más el corazón de una madre que las horribles sospechas en que me sume? Cuanto más conozco su amistad y su indulgencia, más se redoblan mis tormentos; veinte veces desde ayer he querido salir de estas incertidumbres atroces y pedirle que me lo cuente todo sin precauciones ni rodeos, y siempre me he sobrecogido de miedo al pensar en el ruego que de no interrogarla me hace usted. Por fin, he adoptado un sistema que aún me da alguna esperanza, y espero de su amistad que no desoirá mis deseos; éstos son que me conteste si aproximadamente he comprendido lo que usted pudiera haberme dicho, y que me cuente todo cuanto pueda cubrir la indulgencia maternal y que no sea imposible reparar. Si mis desgracias exceden esta medida, me avengo a dejar a usted explicarse tan sólo con el silencio; he aquí, pues, lo que ya he averiguado y hasta dónde pueden llegar mis temores.

Mi hija ha mostrado cierta inclinación hacia el caballero Danceny, y he sabido que ha llegado a recibir cartas de él y hasta a contestarlas; pero yo creí poder impedir que esta infantil ligereza tuviese consecuencias peligrosas: hoy, que todo lo temo, concibo que sería posible que mi vigilancia hubiese sido burlada, y temo que mi hija, seducida, haya puesto el colmo a sus extravíos. Recuerdo también varias circunstancias que confirman este recelo. Ya le he dicho que mi hija se sintió mala cuando supo la noticia de la desgracia acaecida a monsieur de Valmont; acaso tal sensibilidad tuviera por única causa la idea del riesgo corrido por Danceny en aquel combate. Cuando después ha llorado tanto al saber lo que de madame de Merteuil se decía, puede que aquello, que yo creí dolor de amistad, no fuese sino efecto de los celos o de la pena que le causaba ver infiel a su amante. Su último paso me parece que se puede atribuir a igual motivo. A veces se cree uno llamado a Dios por la misma causa que hace revolverse contra los hombres. En fin, suponiendo que estos hechos sean verdaderos y que usted esté de ellos bien enterada, habrá usted podido encontrarlos, de seguro, suficientes para autorizar el riguroso consejo que me da.

Sin embargo, si así es, conservando a mi hija creo deber todavía intentar todos los medios para salvarla de los tormentos y peligros de una vocación ilusoria y pasajera. Si monsieur Danceny no ha perdido todo sentimiento de honradez, no se negará a reparar un daño del que es autor; y puedo creer, por último, que el matrimonio con mi hija es bastante ventajoso para que pueda halagarle, así como también a su familia.

Ésta es, mi querida y digna amiga, la única esperanza que me queda. Apresúrese a confirmármela si esto le es posible. Juzgue usted cuánto desearé su respuesta y qué horrible golpe sería para mí su silencio.[30] Iba a cerrar mi carta, cuando una persona de mi confianza ha venido a verme y me ha contado la terrible escena de que anteayer ha sido madame de Merteuil protagonista. Como no he visto a nadie en estos últimos días, no sabía nada de esta aventura; he aquí su relato como me lo ha hecho un testigo ocular.

Madame de Merteuil llegó anteayer, jueves, del campo y fue a la Comedia Italiana, donde tenía su palco; allí estaba sola, y, lo que debió parecerle extraordinario, ningún hombre la visitó durante el espectáculo.
A la salida entró, según costumbre, en el saloncillo que estaba lleno de gente; inmediatamente se levantó un rumor, del cual pareció no creerse ella el objeto. Vio un lugar desocupado en uno de los divanes y fue a sentarse; en seguida todas las mujeres que allí había se levantaron, como si estuvieran previamente concertadas, y la dejaron completamente sola. Este marcado movimiento de indignación general fue aplaudido por todos los hombres e hizo que se redoblaran los murmullos, que se dice que llegaron hasta una silba.

[30] Esta carta ha quedado sin respuesta.

Para que nada faltase a su humillación, quiso su mala suerte que monsieur de Prevan, que no se había presentado en ninguna parte después de su aventura, entrase en aquel instante en el saloncillo. Apenas fue visto, todos, hombres y mujeres, le rodearon y le aplaudieron; encontróse, por decirlo así, arrastrado hasta madame de Merteuil por el público que hacía círculo alrededor de ellos. Se asegura que ella conservó el aspecto de no ver ni oír nada, y ¡que no cambió de fisonomía! Pero yo creo esto exagerado. Sea lo que fuere, esta situación verdaderamente ignominiosa para ella, duró hasta el momento en que anunciaron su coche, y a su salida se reanudaron los escandalosos silbidos. Es vergonzoso estar emparentada con semejante mujer. Monsieur de Prevan fue la misma noche muy bien acogido por los oficiales de su regimiento que allí se encontraban, y no se duda de que muy pronto será repuesto en su graduación y empleo.

La misma persona que me ha dado este detalle, me ha dicho que madame de Merteuil tenía la noche siguiente una alta fiebre, que se creyó al principio que era el efecto de la situación violenta en que se había encontrado; pero desde ayer por la noche se sabe que se le ha declarado la viruela con muy mal carácter. En verdad, creo que sería morir una felicidad para ella.

Se dice también que esta aventura le hará probablemente mucho daño en el pleito que está próximo a verse y en el cual se pretende que tiene necesidad de grandes influencias.

Adiós, mi querida y digna amiga. Veo en todo esto a los malos castigados, pero no encuentro consuelo alguno para las desgraciadas, víctimas.

París, 18 de diciembre de 17...

CARTA CLXXLV

EL CABALLERO DANCENY A LA SEÑORA DE ROSEMONDE

Usted tiene razón, señora, y puede estar segura de que no he de negarle nada que de mí dependa y que tenga para usted importancia. El paquete que me honro de enviarle contiene todas las cartas de mademoiselle de Volanges. Si las lee, no podrá ver, sin asombro, que pueda reunirse tanta iniquidad y tanta perfidia. Esta es, por lo menos, la impresión que me ha hecho su última lectura.

Pero, sobre todo, ¿puede dejarse de sentir la más viva indignación contra madame de

Merteuil, cuando se recuerda con qué abominable placer ha puesto todos los medios posibles para abusar de tanto candor e inocencia?

No, yo no la amo. No conservo rastro de un sentimiento traicionado tan indignamente; y no es el amor lo que me impulsa a tratar de justificar a mademoiselle de Volanges. Pero, sin embargo, aquel corazón tan sencillo, aquel carácter tan dulce y tan dócil, ¿no hubieran podido ser conducidos al bien, con mayor facilidad todavía que han sido arrastrados al mal? ¿Qué joven recién salida del convento, sin experiencia y casi sin ideas, y sin llevar a la sociedad, como casi siempre sucede, más que la misma ignorancia para el bien que para el mal, qué joven, digo, hubiera podido resistir más a tan execrables artificios? ¡Ah! para ser indulgente, es necesario reflexionar qué serie de circunstancias independientes de nosotros, nos ponen en la pavorosa alternativa de la delicadeza y de la depravación de nuestros sentimientos. Usted me hace, pues, justicia, señora, suponiendo que los extravíos de mademoiselle de Volanges, que he deplorado muy vivamente, no me inspiran, sin embargo, ninguna idea de venganza. ¡Bastante es tener que renunciar a amarla! ¡Me costaría mucho aborrecerla!

No necesito reflexión alguna para desear que todo cuanto a ella concierne y pueda perjudicarla, quede por siempre ignorado del mundo entero. Si ha parecido que yo dilataba algo satisfacer los deseos de usted sobre este punto, creo poder no ocultarle el motivo; he querido antes estar seguro de que no sería molestado a consecuencia de mi desgraciado lance. En un tiempo que solicitaba su indulgencia y me atrevía a creerme con ciertos derechos a ella; hubiera temido aparecer con la intención de comprar a usted con alguna condescendencia por mi parte; y, seguro de la pureza de mis razones, he tenido, lo confieso, el orgullo de querer que usted no lo pusiera en duda. Espero que perdonará esta delicadeza, acaso excesivamente susceptible, a la veneración que me inspira, y a la mucha importancia que concedo a su estimación.

Este mismo sentimiento, me hace pedirle como último favor, que tenga a bien decirme si cree que he cumplido todos los deberes que me han impuesto las desgraciadas circunstancias de que me he visto rodeado. Una voz tranquilo sobre este asunto, mi resolución está ya tomada: salgo para Malta; voy a hacer allí gustoso y a observar religiosamente votos, que me separarán de un mundo en el cual, tan joven aún, he tenido ya tanto de que lamentarme; iré allí, por último, a buscar el modo de borrar, bajo un cielo extranjero, la idea de tantos horrores acumulados, y cuyo recuerdo no podría más que entristecer y atormentar mi alma.

Soy con respeto, señora, su humilde, etc.

París, 26 de diciembre de 17...

CARTA CLXXV

LA SEÑORA DE VOLANGES A LA SEÑORA DE ROSEMONDE

La suerte de madame de Merteuil parece, por fin, decidida, mi querida, y digna amiga; es tal que sus enemigos más grandes sienten, al par que la indignación que merece, la compasión que inspira. Tenía razón al decir que acaso fuese una fortuna para ella morir de la viruela. Se ha salvado, es verdad, pero horriblemente desfigurada, y, sobre todo, ha perdido un ojo. Como usted comprenderá, yo no he vuelto a verla; pero me han dicho que está verdaderamente espantosa.

El marqués de... que no desperdicia ocasión de lanzar un chiste, decía ayer, hablando de ella, que la enfermedad la había transformado, y que ahora es cuando tenía el alma en la cara. Desgraciadamente, todo el mundo encontró la expresión muy justa.

Un nuevo acontecimiento ha venido a agravar más todavía sus extravíos y sus desgracias. Su

pleito se ha sentenciado anteayer, y todo lo ha perdido. Costas, perjuicios e intereses, restitución de los frutos, todo ha sitio adjudicado a los menores; de suerte, que la escasa fortuna que no tenía comprometida en este proceso, la ha perdido con creces en las costas.

Tan pronto como conoció esta noticia, aunque enferma aún, hizo sus disposiciones, y se fue sola por la noche en silla de postas. Dicen hoy que ninguno de sus criados ha querido seguirla. Se cree que ha tomado el camino de Holanda.

Esta partida ha escandalizado aún más que todo, porque se ha llevado consigo sus diamantes, que ascienden a una suma muy considerable, y que debían entrar en la sucesión de su marido; toda la plata, sus alhajas, en fin, todo lo que ha podido, y todavía ha dejado tras de sí una deuda de cerca de 50.000 libras. Es una verdadera bancarrota.

La familia debe reunirse mañana para tratar de arreglarse con los acreedores. Aunque soy parienta muy lejana, he ofrecido asistir a la reunión; pero no iré, porque tengo que concurrir a una ceremonia mucho más triste. Ni hija toma mañana el hábito de postulanta. Espero que usted creerá, mi querida amiga, que no he tenido más motivo para creerme obligada a hacer este gran sacrificio que el silencio profundo que usted ha guardado conmigo.

Monsieur Danceny ha salido de París hace cerca de quince días.

Se dice que va a Malta, y que proyecta establecer allí su residencia.
¿Habrá todavía tiempo para detenerle? ¡Amiga mía! ¿Mi hija es tan culpable?... Usted perdonará, sin duda, que una madre no accede sin gran dificultad a adquirir tan dolorosa certera.

¡Qué dolorosa fatalidad se cierne a mi alrededor desde hace algún tiempo, y me hiere en los seres más queridos! ¡En mi hija y en mi amiga!

¡Quién no se espanta al considerar los males que puede acarrear una intimidad peligrosa! y ¡qué penas no nos evitaríamos teniendo más reflexión! ¿Qué mujer no huiría ante la primera proposición de un seductor? ¿Qué madre podría ver, sin temblar, que hablaba a su hija otra persona que no fuese ella? Pero estas tardías reflexiones no llegan nunca, sino después del acontecimiento; y una de las verdades más importantes y más generalmente reconocidas, permanece ahogada, y no se practica en el torbellino de nuestras frívolas costumbres.

Adiós, mi querida y digna amiga, en estos instantes experimento que nuestra razón, insuficiente para prevenir nuestras desgracias, lo es más aún para consolarnos en ellas.

París, 14 de enero de 17...